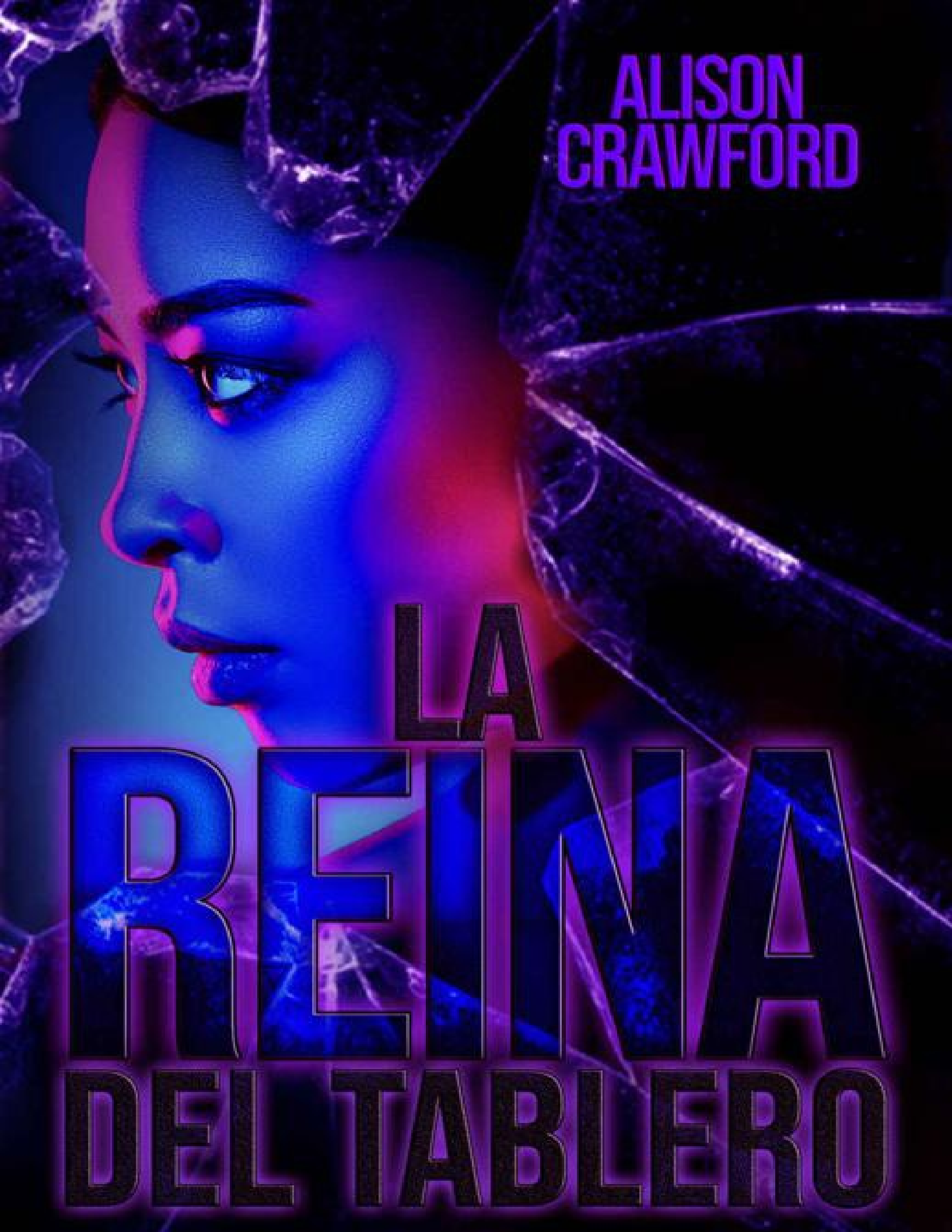

ALISON
CRAWFORD
LA
REINA
DEL TABLERO

LA REINA DEL TABLERO

“Infringes las normas y eres el héroe. Lo hago yo y soy el enemigo.
No me parece justo”.

—Wanda Maximoff (Doctor Strange Multiverse Of Madness)

‘‘Soy un suicida enamorado de la muerte.
Me da miedo no tener miedo a perderte.
Nada me va a cambiar’’

Quiero volar — Natos y Waor ft. Kutxi Romero

‘‘Tengo los ojitos rojos y estas putas ganas de ver el mundo arder
Una botella que sabe a tu boca y que por mucho que beba no mata la sed
Cada vez que me encierro en tu cama es como si volviera a nacer
Pero vuelvo a morder la manzana porque siempre quiero lo que no puedo tener.’’

Malvada — Neto Peña ft. Natos y Waor, Lefty SM, Yoss Bones y Toser One

A Ricky,

Por haberme dado el privilegio de acompañarme durante una parte de mi vida, enseñarme lo que es el verdadero amor incondicional y la lealtad más pura.
Solo tú y yo sabíamos la conexión tan fuerte, única y especial que había entre nosotros.
Y aunque ya no estés físicamente, eso ya nada puedo borrarlo. Porque a donde quiera que vaya, y esté donde esté, tú siempre vas a estar conmigo.
Te llevo en el alma.
Gracias por haberme elegido.
Voy a estar eternamente agradecida a la vida, al universo, o a lo que quiera que esté ahí, por haber hecho que nuestros caminos se cruzasen cuando ambos más lo necesitábamos.
Yo te salvé a ti, pero tú a mí también.
Ahora sí, descansa en tu arcoíris, mi amor.
Hasta que volvamos a vernos.

Te voy a querer en todas mis vidas.

PRÓLOGO

Prisión de alta seguridad Badu ‘e Carros, Cerdeña. 2025

El fuerte graznido que emite la puerta al abrirse provoca que la persona que se encuentra dentro del habitáculo de reducido tamaño alce la cabeza y entorne los ojos.

Dos funcionarios de prisiones se adentran sin miramientos en la celda de aislamiento y se echan encima del preso para reducirle y esposarle las manos. Lo sacan de allí sin mucho esfuerzo y le obligan a caminar, recorriendo el alargado pasillo repleto de celdas a través de las cuales el resto de reclusos de la prisión de alta seguridad le chillan y arman barullo.

Él no los mira.

Tiene la vista fija en el frente.

Los funcionarios le llevan hasta el despacho de Cornelio Manzoni, director de la prisión. Lo fuerzan a sentarse en una de las sillas y se posicionan tras él, custodiando cada lado de su cuerpo, mientras que Cornelio, acompañado por una mujer rubia de cuyo cuello cuelga una cadena de plata con una chapa en la que puede leer la palabra ‘‘INTERPOL’’, le observa impasible.

—¿A qué se debe el honor? —cuestiona. Llevaba tantos días sin hablar que su voz suena más áspera y seca de lo que recordaba.

La agente de la INTERPOL, sin mediar una sola palabra con él, deja una carpeta marrón sobre la mesa del director. La observa por encima. La palabra confidencial se encuentra en el centro, en rojo y resaltada. En una esquina se puede apreciar el logo de la INTERPOL y en el otro extremo aparece lo que, intuye, es un número de expediente.

—Ludovica Esposito, agente de la INTERPOL en el sector italiano —se presenta la mujer rubia. Él le lanza una mirada cargada de desinterés y asiente con vagancia—. Le seré sincera, si por mi fuera, se quedaría aquí encerrado hasta que la piel se le pudriese, pero mis superiores son los que mandan y por esto es mi deber comunicarle que la INTERPOL quiere hacer un trato con usted.

Alza las cejas, aunque no parece muy sorprendido.

—Un trato —repite—. ¿Qué clase de trato?

Ludovica se humedece los labios. El recluso observa el gesto de la agente.

—Ayúdenos a capturar a una persona que supone una gran amenaza para la ley y el país y, a cambio, se le aplicará una rebaja de la mitad de la condena. Además, si colabora, le emitiremos una autorización al juez que lleva su caso para que le trasladen a otra prisión y, cuando sea oportuno, y si reúne los requisitos necesarios, llegar a poder solicitar el tercer grado.

Suelta una carcajada.

—¿Tan ineptos sois, y tan desesperados estáis, que tenéis que recurrir a mí para solucionar vuestros problemas? —espeta con sorna. Sabe de sobra que lo que le está ofreciendo esa mujer es tan falso como la calma que está mostrando mientras habla con él. Conoce de sobra la forma de proceder de la policía. En cuanto les de lo que están buscando, lo mandarán de vuelta al agujero en el que estaba.

Ludovica se mantiene impasible. No titubea.

—¿Por qué yo? —cuestiona.

—Me consta que ya ha hecho esto antes, cuando entró en prisión. —Se aclara la garganta—. Sé que a cambio de una reducción de su extensa condena, colaboró con los Cuerpos y Fuerzas de

Seguridad del país dando nombres y ubicaciones de algunos de los criminales más buscados en Italia. Gracias a su aportación pudo salvarse la vida de muchas personas. —Se sostienen la mirada.

—En ese caso, era lo justo. Si yo caía, todos ellos lo hacían conmigo. Así es como funciona la justicia, ¿no?

La agente Esposito ignora las últimas palabras del recluso y rodea la mesa rompiendo con la escasa distancia que les separaba, abre el expediente, dejando a la vista un par de fotografías de una chica de rasgos asiáticos y varios informes. Él observa los archivos con los labios apretados.

—¿La conoce?

Guarda silencio durante varios segundos más. Despega la vista de la fotografía y mira directamente a los ojos a la agente de la INTERPOL.

—No. —Sube las manos, esposadas, a la mesa y sostiene una de las fotos entre los dedos—. ¿De qué se la acusa? Tiene cara de no haber roto un plato en su vida, ¿no le parece, agente Esposito?

—Que no le engañe su apariencia —responde Ludovica—. Es una de las criminales más buscadas actualmente. Su colaboración podría ser crucial para poder detenerla. Sabemos de buena mano que cuando formabas parte activa del mundo criminal poseías una extensa red de contactos. Además, está operando en un territorio que solía ser tuyo.

—¿De qué se la acusa? —repite con tono neutro. Continúa sosteniendo la imagen.

Ludovica intercambia una mirada con Cornelio y asiente.

—Tráfico de drogas, dirección de un clan de sicariato en continua expansión, asesinatos, secuestros y… tráfico de personas.

Alza las cejas y tuerce los labios hacia un lado a la par que asiente. Deja la fotografía sobre la mesa.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre real es Myong-oh Rhim, aunque en la base de datos aparece como fallecida en el año dos mil veinte —responde Ludovica—. Utiliza una identidad falsa, pero todos se refieren a ella como ‘‘Reina’’. Es la hija de Jeong Sun-ho, un criminal surcoreano acusado de numerosos delitos de trata y tráfico de drogas que murió hace unos años.

Silencio. Esboza media sonrisa.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

1
RHIM

Unas semanas más tarde…

Roma

Con los ojos tan abiertos que da la sensación de que se le van a salir, el hombre que está tirado en el suelo comienza a empalidecer y a toser los coágulos de sangre que se acumulan sin cesar en su garganta, imposibilitándole respirar y anunciándole que su viaje acaba aquí y ahora, en este preciso momento. Emite un gruñido y después, cuando su corazón finalmente deja de latir, la mano se le desploma dramáticamente.

Sorteo el cadáver como puedo, aunque acabo clavándole la gruesa suela de las botas en los dedos de la mano; se escucha el crujido de los huesos quebrándose. Limpio los restos de sangre de la hoja de mi navaja contra la tela de los pantalones y tras rotar la muñeca, cierro el cuchillo y me lo guardo en el bolsillo.

Me dejo caer en el polvoriento y destrozado sofá que algún día fue de piel y cruzo las piernas mientras doy un repaso a la habitación. Falta la mitad del mobiliario, hay grafitis por las paredes, algún que otro cordón policial amontonado por las esquinas, jeringuillas (en algún momento, los yonquis de los suburbios de Roma decidieron convertir este sitio en ruinas en un templo en donde meterse un chute) y un espejo roto con restos resecos de sangre cuyos pedazos se encuentran esparcidos por todo el suelo.

Decadente y perturbador, lo sé.

Por eso es perfecto.

Damiano, mi leal sombra y persona de mayor confianza, me observa en silencio desde el marco de la puerta.

—Moulin Rouge —pronuncio en un, para nada, exquisito acento francés—. ¿Te gusta? Suena exótico.

—No está mal.

—¿Verdad? —Saco el paquete de tabaco y me enciendo un cigarro, no sin antes ofrecerle uno a él—. Creo que ya está decidido. Sí, ese será el nombre. —Expulso el humo—. Dile a Mauro y a Vitto que se hagan cargo de los cuerpos. —Los yonquis que merodeaban por aquí se han puesto un poco nerviosos y han intentado atacarnos. No nos ha quedado más remedio que defendernos. Los que no han salido corriendo por patas han acabado muriendo.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí, que te tomes el resto de noche libre.

Me levanto y me acerco a él, que me observa con el ceño fruncido.

—Feliz cumpleaños, Damiano —digo con una sonrisa.

Sonríe. Niega con la cabeza y me revuelve el pelo.

—Gracias, pero no tienes por qué. Sabes que para mí es un día más, así que no me importa trabajar si me necesitas.

Pongo los ojos en blanco. Damiano es adicto al trabajo, cada día lo tengo más claro.

—Me da igual lo que digas —aviso—. Vas a tomarte la noche libre, quieras o no, así que… —Me encojo de hombros— Aprovecha y sal por ahí, igual si cambias esa cara de tipo duro

enfadado con la vida hasta ligas y todo.

Damiano suelta una carcajada y pone los ojos en blanco.

Lleva trabajando para mí el mismo tiempo que nos conocemos: cinco años. Hemos sido el apoyo del otro durante mucho tiempo, así que es del todo lícito el tomarme ciertas libertades a la hora de interactuar con él. No deja de ser uno de mis esbirros, pero también es lo más parecido a un amigo que he tenido nunca.

Abandonamos juntos la habitación en la que estamos y recorremos el extenso y destartalado pasillo en silencio. Llegamos a la estancia principal del edificio y no puedo evitar fijar la vista en las jaulas que en su día colgaron del techo y que ahora se encuentran tiradas sobre una tarima y amontonadas. El hedor a orín y humedad es nauseabundo en esta parte del local.

—Que alguien saque esa mierda de aquí, por favor —mascullo en voz alta.

Damiano me mira de reojo, pero no dice nada.

Salimos del antiguo Club Paradiso y el aire invernal propio de principios de enero nos enfría el rostro. Son cerca de las nueve de la noche.

—Nos vemos mañana —le digo—. Disfruta de tu cumpleaños, Damiano.

—Y tú llámame si me necesitas.

Tomamos caminos separados. Él hacia uno de los SUV y yo hacia mi moto. Hace sonar el claxon a modo de despedida a lo que yo respondo dándole las largas.

Arranco el motor y salgo del aparcamiento pegando un acelerón. Apenas tardo en salir del polígono industrial de Monteverde en el que está situado el que será mi club. Me ha costado mucho conseguir que los de la Agencia de Gestión del Patrimonio dieran el brazo a torcer.

El edificio estaba a nombre de una persona muerta a todos los efectos y, además, había sido objeto de varias investigaciones policiales. Todo eran trabas cada vez que intentaba llegar a un acuerdo con ellos. Afortunadamente, después de varios meses de arduo trabajo (y de haber soltado más dinero del que me gustaría), he conseguido hacerme con el inmueble.

Una vez que abandono las inmediaciones de Monteverde, recorro la Viale di Trastevere hasta llegar al Ponte Sisto; a pesar de que es sábado, al ser temprano no hay tanto tráfico. Cruzo el puente y tomo uno de los callejones que llevan directamente al bloque de pisos en el que vivo desde hace ya un año.

Viajé desde Seúl a Roma para visitar la tumba de Massimo cuando supe que había muerto y, en cierto modo, despedirme de él y desde entonces, no me he movido de aquí. Hay algo en esta ciudad que me reclama y me incita a quedarme. Lo sentí la primera vez que estuve aquí hace cinco años y lo volví a sentir a mi regreso, en cuanto pise suelo italiano. No sé explicarlo.

Hong Cha-woo, otro de mis hombres de confianza y quien en su día fue la mano derecha de mi padre, se está haciendo cargo de los negocios de Seúl, mientras que yo he ido extendiendo y multiplicando las cabezas de nuestra hidra hasta Europa, convirtiendo Roma en mi punto de mayor interés.

Ser una mujer dentro de un mundo de hombres no es sencillo, especialmente si este mundo no es otro que el de la mafia. He sido cuestionada, infravalorada y no tenida en cuenta muchas veces. También han intentado sobrepasarse conmigo, aprovecharse de la supuesta inocencia que una fémina de mi edad y calibre debería de tener y boicotearme para quitarme de en medio.

Aun así, nunca me he amedrantado. Al contrario.

Antes muerta que doblegarme ante nadie.

Ese es un mantra que llevo de manera explícita grabado a fuego en la piel y en la mente.

Supongo que por eso he conseguido el estatus que tengo.

Me llaman Reina.

La voz de Massimo Vizzini, en forma de ecos de un pasado no tan lejano, resuena por mi mente: ‘‘si juegas bien tus cartas y aprendes a moverte, podrías llegar a ser la reina del tablero.’’

Entro en el piso y dejo el casco de la moto sobre el sofá. Me recojo el pelo y voy directamente a la habitación en la que tengo todos los aparatos para hacer deporte. Como cada día, me posiciono delante del saco de boxeo y tras ponerme los guantes, comienzo a golpearlo sin cesar.

Un rato más tarde, con la frente y la nuca perladas en sudor, la respiración agitada y los brazos casi entumecidos, sujeto el saco con ambas manos para detener su movimiento y me quito los guantes, arrojándolos al suelo con despreocupación. Doblo el tronco hacia adelante, apoyando las manos sobre las rodillas y cierro los ojos, intentando calmar la respiración y recuperar el aliento.

Regreso al salón y me sirvo una copa de coñac, salgo al pequeño balcón y observo el fulgor de la Ciudad Eterna. Imponente. Preciosa y oscura, muy oscura, al mismo tiempo. Me bebo la copa con calma, disfrutando de las vistas. Permanezco ahí fuera durante un buen rato, pierdo la noción del tiempo.

Hasta que mi móvil empieza a sonar.

Volteo el cuello hacia atrás y me doy media vuelta. Cojo el teléfono y observo la pantalla durante unos segundos antes de descolgar.

Me quedo callada, esperando a que la otra persona hable. Es un protocolo de seguridad que Damiano me enseñó y que sigo a rajatabla.

—Jefa —dice Yeyu, una de mis más leales secuaces—. El paquete ha llegado al destino.

Asiento con la vista fija en la pared.

—¿Has comprobado que todo esté en orden?

—Sí. Todo perfecto. Tres mil kilos de cocaína pura. Ya están cargando los camiones. Son ciento dos fajos en total.

—Genial. Cuando todo esté a punto, contacta con el comprador y cítale para el intercambio. En cuanto sepas fecha y hora, házmelo saber. Quiero estar presente.

—De acuerdo.

La llamada finaliza y esbozo una sonrisa.

Mi mayor hito como líder de un grupo de crimen organizado fue cuando, gracias a las arduas directrices que Cha-woo me había dado durante meses, conseguí establecer relaciones con el jefe de un cártel colombiano: Carlos Osorio.

Él nos vende su cocaína, pura y de las mejores que circulan por el mercado, y nosotros le cedemos parte del territorio en Europa. Hicimos un intercambio de esbirros y también acordamos que las ganancias que me llevase con la venta de su mercancía era exclusivamente mía.

Esto último no fue fácil, pero tampoco imposible.

No hay nada que un falso coqueteo y un par de noches de sexo puro y duro en su hacienda a las afueras de Medellín no pudieran solucionar.

Gracias a esta conexión con Colombia es que en las cloacas del mundo de la mafia comenzaron a referirse a mí como Reina.

Hasta ese momento me había mantenido a la sombra, organizando y haciendo que Cha-woo ejecutara mis órdenes. Para el resto de personas del mundo, yo estaba muerta. Ya habían pasado un par de años desde entonces y por eso decidí que era el momento de, bajo una identidad falsa, comenzar a dar la cara por mi organización.

Desvío la mirada al pequeño portafotos que hay sobre la mesa de cristal y aprieto los labios. Aurora sonreía y sus ojos, azules como el mismísimo cielo, brillaban.

Ella, mi pequeña, es el motor de mi vida.

Llegó cuando menos lo esperaba. En el peor momento, de hecho. Y lo cambió todo. Ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando elegí formar parte de este mundo.

Mi rápido ascenso en la mafia supuso un peligro inminente para ella, por eso, tras un incidente en Seúl en el que un par de bandas intentaron tendernos una emboscada para eliminarme, Damiano me recomendó enviarla a un internado en Suiza. Allí estaría a salvo y protegida.

No dudé en llevarla hasta allí a pesar de que apenas tuviera dos años y medio.

Sacrifiqué mis deseos de verla crecer y de que lo hiciese a mi lado a cambio de que continuase respirando.

Aunque fuese lejos de mí, estaría viva, y eso era lo único que me importaba.

Sujeto el marco de fotos con ambas manos y sonrío con tristeza. Se parece tanto a su padre que cuando la observo durante un rato soy capaz de sentir como un escalofrío me recorre la espina dorsal. Pensar que él murió sin saber siquiera que existía es una espina que voy a tener siempre clavada en las entrañas.

No contárselo fue una decisión que yo misma tomé.

Tenía miedo.

No de él, pero sí de su reacción. Massimo no era una persona fácil, y mucho menos normal. Temía que su oscuridad acabase consumiéndolo todo, incluyéndola a ella.

Quizá cometí un error al no habérselo contado, pues no dejaba de ser el padre y tenía todo el derecho a saberlo, pero ya no hay nada de lo que lamentarse o culparse. Está muerto y mi vida hace tiempo que siguió su curso sin él.

Mientras observo el aniñado rostro que mi hija tenía en la fotografía, me siento tentada en coger el móvil para llamar al centro y preguntarle a la directora cómo está. Hace más de un año que no lo hago y no sé muy bien por qué. Supongo que saber que hice lo correcto no es sinónimo de que duela menos.

Sacudo la cabeza y descarto la idea. Será mejor que deje las cosas como están.

Necesito distraerme un poco.

Han sido unas semanas de mucho papeleo y trabajo.

Me sirvo otra copa de coñac y le envío un mensaje a Damiano y a Yeyu. Espero sus respectivas respuestas y me dirijo al cuarto de baño para darme una ducha.

Vamos a salir a celebrar el cumpleaños de Damiano como se merece.

2
RHIM

Observo la fachada del local en el que he quedado con Damiano y Yeyu desde la acera de enfrente mientras me fumo un cigarrillo y les espero. Hay varios grupos de personas esperando para entrar.

El Ice Club, una discoteca que, como su nombre indica, está hecha de hielo, es bastante conocida en la ciudad. Está cerca de mi casa, así que apenas he tardado cinco minutos en llegar.

Escucho un silbido a mi lado y ladeo el rostro para encontrarme con Yeyu, que me sonríe sin enseñar los dientes mientras sacude la mano. Nos saludamos con un asentimiento y le sonrío. Lleva su corta melena echada hacia un lado, dejando a la vista la parte que lleva rapada. El tatuaje de la silueta de una serpiente recorriéndole el cráneo asoma por la zona. Se ha cambiado el piercing de la ceja por uno verde neón y lleva un pronunciado eyeliner que resalta sus rasgos.

Yeyu De la Cruz, de orígenes filipinos, fue vendida a los dieciocho años por sus propios padres como único medio para saldar sus cuantiosas deudas a una red de tráfico de personas.

La mía.

La noche que llegó a Seúl, nos peleamos a puño limpio. Esa arpía tenía muy claro que no pensaba dejar que su vida acabase ahí y luchó contra mí para demostrármelo. Estaba decidida a matarme a mí y a todo mi equipo si de esa manera se libraba del futuro que sus padres habían preparado para ella.

Después de partirnos la cara mutuamente durante horas nos quedamos tumbadas en el suelo, mirando al techo, recuperando el aliento y escupiendo restos de sangre. Me levanté, le tendí la mano y aunque se hizo de rogar, acabó aceptándola. Nos fumamos un cigarro en completo silencio y le dije que quería que trabajase para mí, a mi lado.

Supongo que, de alguna manera, me vi reflejada en ella.

Ya han pasado tres años desde entonces.

Yeyu es quien entrena a los grupos de sicariato aquí en Roma y quien los dirige basándose en las órdenes que yo le doy.

—¿Dónde está el grandullón? —me pregunta.

Me encojo de hombros y oteo a nuestro alrededor.

—Supongo que estará al llegar.

Hablando del Rey de Roma, la moto de Damiano recorre veloz la vía y se cuela en el escaso espacio que hay entre dos coches aparcados. Se baja de ella y, tras guardar el casco bajo el asiento, se encamina hacia nosotras.

Choca los puños con Yeyu y a mí me guiña el ojo.

Hechos los saludos, ponemos rumbo a la discoteca.

Una vez que estamos dentro me sorprendo cuando nos entregan lo que parecen ser unas capas térmicas, aunque no tardo en comprender el significado de dicho atuendo. Es una forma de resguardar a la gente del frío de la sala.

Tal y como me habían informado, todo es de hielo. La barra, los sofás, las mesas e incluso la decoración.

Es original, todo ha de decirse.

Yeyu, que cuando abandona su faceta seria y se suelta la melena se convierte en el alma de cualquier fiesta, emite algo parecido a un grito eufórico al tiempo que levanta las manos y se

acerca a la barra a pedir una ronda de chupitos.

Miro de soslayo a Damiano, que mueve ligeramente la cabeza al ritmo de la música mientras analiza el lugar en el que nos encontramos. Le pego un codazo, captando su atención.

—Relájate y disfruta, aunque solo sea por unas horas. Es tu cumpleaños.

Aprieta los labios y asiente. Me ofrece algo parecido a una sonrisa y menea la cabeza en dirección de Yeyu, que nos hace gestos desde la barra para que nos acerquemos.

Sé que Damiano está muy jodido. Mucho más de lo que él piensa que me hace creer.

Hace unos años se divorció de su mujer y tras un juicio que se alargó demasiado, fue ella quien se quedó con la custodia completa de la niña que tenían en común.

En los años posteriores al divorcio, la visitó alguna vez a pesar de las reticencias de su exmujer. Después, de un día para otro, la niña enfermó y su vida fue apagándose en cuestión de segundos. El cáncer se estaba llevando con él otra vida inocente.

Murió mientras él iba en un avión a Nápoles para verla. No llegó a tiempo para despedirse y eso es algo que carga a sus espaldas.

En días como hoy, su cumpleaños, no puede evitar ponerse más sensible de lo normal, porque también era el cumpleaños de Antonella. Si aquel cáncer no se la hubiera llevado por delante, hoy estaría soplando trece velas en una tarta.

Ha llorado su pérdida en silencio durante todo este tiempo y, si soy sincera, dudo que algún día consiga reponerse del todo. ¿Quién lo haría después de perder a un hijo?

Nos dirigimos, el uno al lado del otro, hacia la barra y cuando estamos a punto de llegar, alguien agarra del brazo a Damiano, obligándole a detenerse. Yo le imito. Delante de nosotros se encuentra un chico algo más mayor que yo. Moreno de ojos verdes y una expresión que, de algún modo, se me hace familiar, como si ya le hubiese visto antes. No consigo recordar de qué.

—¿Damiano? —pronuncia el nombre de mi esbirro con notable sorpresa.

Él también parece sorprendido, aunque no demasiado. Le palmea el hombro con confianza y esboza una de sus sonrisas serias sin enseñar los dientes.

—Niccolo —dice—. Cuánto tiempo.

El tal Niccolo tuerce los labios, pero se pone serio al instante.

—Pensaba que ya no vivías en Roma.

Damiano agacha la mirada y se encoge de hombros.

—Volví hace poco —responde de forma escueta.

Niccolo me mira a mí y luego devuelve la vista a Damiano.

—Me alegro de verte —dice.

—Igualmente. ¿Todo bien por aquí?

—Sí. Todo está controlado. Ha habido algunos cambios.

—Lo imagino.

El chico de los ojos verdes menea la cabeza y tras estrechar las manos con Damiano, desaparece de nuestra vista. No puedo evitar seguirlo con la mirada durante un par de segundos más.

Llegamos a la barra, donde Yeyu nos espera con una ronda de chupitos y le lanzo una mirada interrogante a Damiano.

—¿Quién era ese? —le pregunto.

Se queda callado durante el tiempo suficiente como para que me ponga algo nerviosa.

—Niccolo —responde con la vista clavada en el vaso de chupito, que también es de hielo —. Niccolo Vizzini.

Una punzada afilada me cruza el esternón. Hacía tiempo que no escuchaba ese apellido.

—¿Vizzini? —Frunzo el ceño—. ¿Es…?

—El hermano de Massimo, sí. —Se bebe el chupito y me mira. También es hermano de Damiano, por lo tanto. Matteo Vizzini dejó embarazada a su madre biológica y le secuestró cuando solo era un bebé de apenas unos días de vida para introducirle en una red de tráfico de bebés. Turbio y enrevesado de cojones, lo sé—. Y su némesis. Estaban enfrentados.

Quizá por eso su rostro me era familiar. No se parecen en nada, pero al mismo tiempo sí que lo hacen.

—¿Por qué no me habías hablado de él? —le pregunto mientras me cruzo de brazos.

—Lo hice. Te hablé del actual líder camorrista de Roma y que estaba aliado con la mafia española.

—Sí, pero no me dijiste que ese líder era el hermano de Massimo —murmuro—. Pensaba que al morir, otros, ajenos a su linaje familiar, tomaron las riendas.

Yeyu coloca ambas manos encima de la barra y niega con la cabeza.

—Con todo el respeto, esta noche dejemos a los muertos en el cementerio, ¿sí?

Damiano hace una mueca por el comentario de Yeyu, pero no dice nada al respecto. Conoce de sobra la carencia de filtro para hablar que tiene la filipina.

—Estoy compartiendo territorio con los Vizzini —mascullo mirando a Damiano e ignorando a Yeyu—. Lo que nos convierte en su competencia.

—O en sus enemigos —añade mi hombre con cara de pocos amigos—. Con Niccolo al mando han cambiado muchas cosas. Él no tiene el mismo concepto de mafia que podía tener… su hermano. O tú.

—Y aun sabiendo que podría resultarme problemático, no pusiste ninguna pega a que me asentase aquí. ¿Por qué?

—Hablas como si de haberlo hecho hubiera cambiado algo. Te conozco lo suficiente como para saber lo terca que eres.

Me mordisqueo el labio y hago un barrido de la zona con la mirada, intentando localizar a Niccolo. Hay tanta gente que me resulta imposible.

—No me gusta lo que estás pensando —advierte.

—Si ni siquiera he hablado. —Hago una mueca.

—Oh, jefa. Vamos, tu cara habla por ti. Casi que podemos ver los engranajes de tu cabeza moviéndose a cien por hora ahí dentro, ¿a qué sí, grandullón? —Yeyu me toca la frente con su puntiaguda uña pintada de color negro.

Pongo los ojos en blanco, decidiendo dar por finalizada la conversación. No es el lugar para hablarlo, nunca se sabe cuándo pueden estar escuchándote, y ya hemos dado demasiada información sin darnos cuenta.

Pero sí, tienen razón. Mi cabeza está trabajando.

Damiano me ha estado omitiendo información por una razón que desconozco. ¿Acaso le está protegiendo? Lo dudo mucho. En cualquier caso, no me preocupa demasiado, porque pronto Niccolo Vizzini dejará de ser un desconocido para mí.

Si quiero asegurar mi negocio, será mejor que conozca a la competencia. Sus puntos fuertes, también sus debilidades. Así será más sencillo cuando llegue el momento de quitármelos de en medio.

Después de varias rondas más de chupitos y alguna que otra copa bien cargada, Yeyu arrastra a Damiano a la pista. Él se niega y me busca con la mirada, pidiéndome algo parecido a un auxilio que ignoro por completo. Que me detengan por omisión de socorro.

Me pido una copa de coñac y mientras espero a que me la sirvan observo desde la distancia

como Yeyu baila alrededor de Damiano dejándose llevar por la música. Salta, hace movimientos robóticos y coge a mi esbirro de las manos, obligándole a levantarlas.

Se me escapa una carcajada y niego con la cabeza.

Un chico se cruza en mi ángulo de visión, haciendo que deje de mirar a los míos y me fije en él.

Su pelo, desteñido en tono blanquecino, va revuelto y lleva una copa vacía en las manos. Se tambalea hasta llegar a la barra y se apoya a duras penas contra ella, después se tapa los ojos con una mano y se frota el puente de la nariz de forma exagerada.

La camarera me sirve la copa de coñac y él, sin pensárselo demasiado, hace el amago de cogerla. Estiro la mano veloz, capturando su muñeca con más violencia de lo estrictamente necesario. Voltea el rostro para mirarme y enarca las cejas. Tiene los ojos claros e inyectados en sangre.

A pesar de su aspecto desaliñado, es atractivo. Es el típico chico que es guapo y lo sabe. ¿Con esa cara quién no lo sabría?

—¿No te han dicho que no se roban las copas ajenas?

Mira la copa durante unos segundos y me devuelve la mirada. Sus ojos me escanean el rostro con lentitud, como si estuviese intentando averiguar algo sobre mí con solo mirarme.

—¿Nos conocemos? —cuestiona—. Me suena tu cara.

Cojo la copa y le doy un trago. Me tomo la libertad de mirarle de arriba abajo con bastante descaro, si he de ser sincera. Cuando mis ojos y los suyos vuelven a encontrarse, sacudo el hombro con despreocupación y hago una mueca.

—Lo dudo mucho. —Me bebo el resto de la bebida de golpe, de un solo trago. Como si se tratase de un chupito. Coloco un billete de diez euros sobre la barra y le guiño el ojo—. Disfruta de la copa. —Le acerco el vaso vacío con los dedos y desaparezco de su vista sin darle tiempo a procesar nada más.

Llego hasta las dos únicas personas en este mundo a las que les confiaría mi vida y me uno a Yeyu en la tarea de conseguir que Damiano se suelte la melena, en todos los sentidos posibles, y disfrute, aunque solo sea por unas horas.

Mientras bailo, me parece divisar a Niccolo con la mirada. Lleva a una chica abrazada por los hombros. Van cuchicheando e intercambiando miradas. Compartiendo sonrisas cómplices. Los sigo con la mirada y una sonrisa maliciosa se esboza en mi rostro de forma automática al descubrir que, el ladrón de copas con el que me he topado antes, parece conocerlos demasiado bien.

3
RHIM

Son cerca de las siete de la mañana y solo quedamos Yeyu y yo. Damiano decidió abandonarnos varias horas atrás, a pesar de las infinitas insistencias de mi secuaz para conseguir que se quedase; yo no me he opuesto a que se marchara. Después de todo, pese a ser el motivo por el que hemos salido esta noche, sé que no le apetecía una mierda. Bastante ha aguantado.

Yeyu va borracha como una cuba. Me sorprende que a estas alturas siga manteniéndose en pie. Por mi parte, en cuanto Damiano ha hecho la bomba de humo, he decidido ponerme manos a la obra con un plan que he ido improvisando en cada paso que daba hasta mi objetivo.

Quizá el cliché de la chica extranjera en una ciudad en la que no conoce a nadie está ya muy trillado, pero ha resultado de lo más exitoso. Supongo que el alcohol ha ayudado a que mi acompañante bajase la guardia. Como sea, he pasado parte de la noche compartiendo algo más que bebida y palabras con el chico que ha intentado robarme la copa que, por cierto, se llama Thiago. Thiago Barreiro.

Ahora estamos en la calle, fumándonos a medias, cuales adolescentes que se esconden de sus padres, un porro de marihuana que él llevaba encima.

No suelo profundizar demasiado con los tíos a los que me tiro. De hecho, normalmente, después de follar no vuelvo a verlos más. A veces ni me despido, pero este chico me interesa. No en sentido literal, claro. No puede darme más igual. Me interesa porque le necesito para adentrarme en su círculo. Él va a ser mi nexo de unión entre la Camorra y yo. Mi caballo de Troya, por llamarlo de algún modo.

—¿Sabes? Sigo pensando que nos hemos visto antes —me dice.

—Y yo te digo que es imposible. Llevo poco tiempo aquí —contesto tras darle una calada al porro—. ¿O lo dices porque soy asiática? La coña de que todos somos iguales perdió su gracia hace tiempo, eh.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—Para llevar poco tiempo aquí hablas italiano de puta madre —comenta, escudriñándome con la mirada.

—Eso es porque he tenido un buen profesor de clases de idiomas. Estudié italiano antes de venir a vivir aquí —miento.

—Mmm, vaya. ¿Eres estudiante? ¿Estás de Erasmus o algo de eso? A todo esto, ¿cuántos años tienes?

—Algo así, sí. —Una mentira tras otra. ¿Qué más da? —. Tengo veintidós. —En realidad son veinticuatro.

—Thiago, tío. Estás aquí, llevo buscándote un rato. El equipo va a empezar a cerrar y Tassia y yo nos vamos ya —Una voz masculina a nuestra espalda hace que ambos nos giremos. No puedo evitar que mis cejas se alcen con cierta sorpresa y satisfacción. Estaba esperando este momento con ansias desde hace horas.

Niccolo Vizzini está ahí. Parece que son amigos. Mira a Thiago y luego me mira a mí con los parpados ligeramente entrecerrados. Ahora que le veo de cerca y con más claridad puedo apreciar el parecido entre Massimo y él, aunque sus físicos son muy distintos.

—He salido a fumar —explica Thiago con un encogimiento de hombros—. No soportaba estar ahí dentro. —Suspira. Me mira de reojo y luego mira a su amigo—. Ah, esta es… Hostia,

¿cómo has dicho que te llamabas? Soy malísimo con los nombres, perdóname.

Se me escapa la risa sin poder evitarlo. Este chico es un verdadero desastre, aunque intuyo que el pedo de esta noche y la poca concentración que tiene se debe a otra cosa. La chica de la que no ha dejado de hablar en toda la noche, por ejemplo.

—Hana —pronuncio el nombre de una de las tantas identidades falsas que dispongo.

—Eso, Hana. —Asiente.

Niccolo menea la cabeza y me observa con fijeza.

—Niccolo —se presenta—. Estabas con Damiano, ¿verdad? Antes, cuando he ido a saludarle, tú estabas con él. —Directo a la yugular. Supongo que va en la sangre. Me sorprende que se haya quedado con mi cara. Apenas me ha dedicado más de dos segundos.

Thiago frunce el ceño y me mira, esperando a que diga algo. ¿Él también conoce a Damiano?

—Ah, Damiano. Sí. —improviso sobre la marcha. Le he dicho a Thiago que no conocía a nadie en Roma, así que debo decir algo que tenga sentido—. Es mi vecino. Era su cumpleaños y me ha invitado a venir con él.

El hermano de Massimo se aclara la garganta y asiente a modo de respuesta.

La chica con la que le he visto dentro de la discoteca entra en escena. No puedo evitar fijarme en sus ojos. Tienen el azul más intenso que he visto en mi vida. Ella repara en mí y me ofrece una sonrisa tímida al tiempo que entrelaza su mano con la de Niccolo.

—Hola, soy Tassia —pronuncia en un casi fluido italiano, aunque se nota que no es su idioma natal.

—Hana, un placer.

Sonríe de nuevo.

—¿Nos vamos? —pregunta la chica de los ojos azules.

—Sí —responde Niccolo—. ¿Vienes con nosotros, Thiago? Tu casa nos pilla de paso.

Thiago me lanza una mirada rápida, como si estuviese dudando entre irse con sus amigos o quedarse conmigo. Rezo internamente, y de manera intensa, para que sea la primera opción. Aunque mi querida Yeyu está ahí para sacarme del aprieto. Tiene mejor aspecto que cuando la he visto por última vez hace un rato.

—No te preocupes, vete si quieres. Mi compañera de piso está esperándome —le digo, meneando la cabeza en dirección de mi extravagante secuaz, que está en la puerta de la discoteca, observándome con las cejas enarcadas.

—Vale, pues… ha sido un placer —dice Thiago con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya sabes, cuando quieras salir a reventar cualquier discoteca de Roma…, llámame.

Sonrío. Niccolo pone los ojos en blanco, aunque suelta una carcajada con poco disimulo.

—Lo haría si tuviera tu número —respondo en tono coqueto.

—Ah, mierda. Es verdad. —Se saca el móvil del bolsillo y abre el teclado. Me pasa el aparato—. Escribe tu número, te mandaré un WhatsApp para que tengas el mío.

Asiento sin decir nada y cojo su móvil. Marco uno de los números de teléfono que tengo operativos en Italia y se lo devuelvo.

—Hasta pronto —me dice al levantarse del banco dando un salto—. Termínate el porro si quieres.

—Adiós, Thiago. —Miro a Niccolo y Tassia y les sonrío sin enseñar los dientes—. Adiós, y encantada.

Los tres se marchan y tras asegurarme de que están lo suficientemente lejos, le hago un gesto con la mano a Yeyu para que se acerque. Lo primero que hace al sentarse conmigo es

quitarme el porro. Hace una mueca al darle la calada. Ella es más de hachís que de maría.

—¿De qué coño iba eso? —cuestiona—. ¿Ese era el tío del que hablabas con Damiano? ¿El hermano de…?

—Baja la voz —ordeno. Oteo la zona, asegurándome de que nadie nos está prestando atención—. Sí, es él.

—Ya sabía yo que esa mente estaba al rojo vivo —canturrea—. ¿Qué tienes pensado?

—Por ahora, conocerle. A él y a todo su círculo. Quiero saber a qué y a quién nos enfrentamos.

—¿Y después?

Intercambiamos una sonrisa cargada de complicidad.

—Después, hacemos jaque mate. Tendremos el control de todos los puntos calientes de la ciudad.

—Quieres ser la jodida reina de Roma —dice Yeyu asintiendo—. Me gusta.

—Del tablero —contesto con la mirada perdida en algún punto de la calle mientras en mi mente afloran algunos fragmentos del pasado—. Quiero ser la jodida reina del tablero.

4

RHIM

Me despierto a media tarde. Parpadeo varias veces y me quedo mirando al techo de mi habitación. El silencio lo consume absolutamente todo. Suspiro y me incorporo en la cama, estiro la espalda y me dirijo al cuarto de baño. Me echo agua fría en la cara y cuando regreso a la habitación, reviso mi teléfono móvil.

Tengo varios mensajes sin leer. La mayoría son de Yeyu, también hay un par de Damiano. Se me escapa una carcajada al ver que uno de ellos pertenece, de forma inconfundible, a Thiago. El suyo es el primero al que respondo. Si quiero conocer cada detalle de la organización que dirige Niccolo Vizzini, debo mantener el interés con su amigo. Él va a ser mi enlace directo al corazón de la Camorra.

Tras fingir una conversación coqueta con mi objetivo, marco directamente el número de Yeyu. Sus mensajes presagiaban buenas noticias. Hoy, si todo va bien, seré un poco más rica de lo que ya lo soy.

—Jefa —pronuncia en cuanto descuelga.

—Cuéntame, Yeyu. ¿Quién es el comprador del cargamento de coca? —le pregunto mientras camino descalza por el pasillo de mi casa hasta la cocina. Pongo el altavoz y dejo el móvil sobre la encimera.

—Un albanés —contesta—. Ha dicho que era amigo de nuestro colombiano de confianza. Lo quiere todito.

—Joder, sabía que el trato con Osorio iba a ser fructífero.

—Ya te digo. Al final que le comieses la polla al *sugar daddy* nos ha salido rentable a todos.

Pongo los ojos en blanco al tiempo que suelto una carcajada que parece, le he contagiado a ella. Yeyu conoce con todo lujo de detalles los encuentros sexuales que tuve con Carlos Osorio.

—En fin. ¿Cuándo es el intercambio?

—El próximo sábado por la noche en el puerto de Civitavecchia.

—Perfecto. Llegado el momento, quiero que pongas a doce de nuestras chicas a controlar el perímetro —explico al tiempo que saco una taza del armario y la relleno de agua caliente para hacerme un té—. Tres al francotirador, seis controlando perímetro y tres que vigilen la mercancía. Confío en que todo se desenvuelva con calma, pero nunca se sabe.

—Eso está hecho —contesta Yeyu—. ¿Algo más?

—Sí, que una de las francos sea Liv. Es la mejor.

—¿Oyes eso? Es mi corazón quebrándose con lo que acabas de decir. Pensaba que la mejor francotiradora del equipo era yo.

—No te pongas celosa. Tú eres la mejor en todo, por eso te quiero al pie del cañón conmigo.

—Bueno, eso suena mejor. —Casi puedo imaginarla sonriendo—. ¿Convoco a Damiano para el sábado?

—No. Lo haré yo.

—De acuerdo.

—Hablamos luego.

—Adiós, jefa.

La llamada finaliza y yo me siento sobre la encimera con la taza entre las manos. Doy un sorbo y me quedo observando el calendario que hay colgado en la pared. Hoy es tres de enero.

Me bebo lo que queda de té de un trago, como si fuese una de mis copas de coñac, y abandono la cocina a paso ligero. Me doy una ducha rápida y me visto. Cojo las llaves de la moto y salgo de casa.

El camino desde la zona de Roma en la que vivo hasta el cementerio no es demasiado largo. Apenas hay un par de coches aparcados cuando llego. Dejo el casco de la moto sobre el asiento y tras atusarme el pelo y dar una bocanada de aire, cruzo las grandes y oxidadas puertas de acero.

El silencio lo consume absolutamente todo, siendo el sonido de mis pisadas y el leve movimiento de los árboles el único sonido que me acompaña. Trago saliva y me abrazo a mí misma mientras camino.

Estoy a punto de llegar a mi destino cuando me siento obligada a frenar en seco al descubrir a una mujer delante de la tumba que yo pensaba visitar.

Retrocedo un par de pasos y me oculto detrás de uno de los altos y frondosos pinos. Creo que la mujer está hablando, aunque no logro escucharla. Solo oigo un murmullo tenue y leve.

Pasan varios minutos hasta que se marcha.

No soy capaz de reconocerla. Es alta, de complexión delgada y de pelo castaño oscuro. Lleva los ojos cubiertos por unas gafas de sol redondas y de color negro.

Dejo pasar unos minutos de cortesía, por si en último momento decidiese volver, y cuando me aseguro de que estoy sola, muevo los pies hacia el panteón de la familia Vizzini.

Me coloco delante de la tumba de Massimo y me quedo observando su fotografía en completo silencio.

Hoy es el primer aniversario de su muerte. ¿La verdad? Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Frunzo el ceño al ver una rosa sobre el mármol. Aunque eso no es lo que verdaderamente llama mi atención. Un papel doblado en varias partes, tirado en el suelo, es lo que lo hace. Me agacho para recogerlo y, antes de abrirlo, doy un vistazo al cementerio, asegurándome una vez más de que no hay nadie más que las almas de aquellos que han muerto acompañándome.

Desdoblo el papel y me quedo paralizada, observándolo. Entrecierro los ojos y desvío la mirada hacia el camino por el que se ha marchado la mujer que he visto antes. Luego devuelvo la atención al pequeño trozo de papel que tengo en las manos.

Es una foto de Massimo cuando era pequeño.

Reconocería esa mirada traviesa y esos ojos increíblemente azules en cualquier parte. No sonríe, aunque mira directamente a la cámara.

El papel está desgastado y algo descolorido, pero no me resulta complicado identificarle.

Sin saber muy bien por qué, me la guardo en el bolsillo de la chaqueta y suelto un suspiro.

—No sé si tu misoginia crónica te lo permitiría, pero creo que te sorprenderías con todo lo que estoy consiguiendo, ¿sabes? —murmuro con la vista fija en alguna parte—. Así que supongo que gracias. De algún modo, no sería quien soy hoy si tú no te hubieras cruzado en mi camino. De hecho, si no nos hubiéramos conocido, probablemente estaría muerta. —Tuerzo los labios haciendo una especie de sonrisa—. Espero que hayas encontrado la paz allá donde estés, Massimo. Te prometo que yo seré quien haga la guerra aquí. —Aprieto los labios y doy un par de toques al mármol de la lápida con los nudillos.

Observo la imagen de la lápida durante un par de segundos y me doy media vuelta.

Una parte de mí siempre estará, de algún modo, vinculada a él. Es inevitable.

Massimo era una persona horrible. Cruel. Despiadado. No le temblaba el pulso a la hora de matar. Odiaba a todo el mundo, incluido a sí mismo. Y aun así, a pesar de todo, siempre fuimos

él y yo. Caótico, tóxico y, probablemente, la peor decisión de mi vida, pero tenerle cerca sacó lo mejor y lo peor de mí. También me dio a Aurora.

Y sigo respirando gracias a ello.

Como he dicho, no sería quien soy hoy si él no se hubiera cruzado en mi camino.

Llego hasta mi moto y antes de colocarme el casco, saco de nuevo la imagen que he encontrado en el cementerio. Observo la fotografía en silencio y pienso en la mujer a la que he visto. ¿Quién era y por qué tenía esto?

Al día siguiente, estoy un cigarro mientras observo como las personas encargadas de la obra del Moulin Rouge mueven materiales de un lugar otro. El que ha sido el paraíso de los drogadictos de los suburbios de Roma durante un tiempo está en camino de recuperar su brillo. No veo la hora de ponerlo en marcha.

Quienes somos y quienes necesitamos ser para sobrevivir son dos conceptos muy diferentes, por eso no me costó renunciar a mis principios y emprender en el negocio más fructífero del mundo de la mafia.

—Las chicas llegan la semana que viene —dice Damiano a mi espalda, como si me hubiese leído la mente—. Cha-woo finalmente cerró el negocio con los subsaharianos y los Taiwaneses. Vamos a recibir chicas de Mozambique, Angola, Malaui y Taipéi.

Asiento con la cabeza. Expulso el humo y volteo el rostro en su dirección. No paso desapercibidas sus ojeras.

Decidí empezar a traficar con personas en el momento en que vi que mi vida y mi estatus corría peligro. Como bien me dijo alguien una vez hace mucho tiempo, el poder le pertenece a aquellos que saben cuándo y cómo tomarlo. Y eso es lo que hice.

Sin lamentaciones y sin remordimientos.

Alguien tenía que poner los ovarios sobre la mesa.

Puedo asegurar que por ello no soy peor que la gente con la que me codeo.

—¿Sabemos algo del trato con los rusos? —le pregunto.

—Todavía no. Ya sabes que son huesos duros de roer.

Bufo y ruedo los ojos.

—Y tanto. Como no se decidan pronto optaré por contactar con los ucranianos.

Salimos del local y le ofrezco el paquete de tabaco. Yo acabo de fumarme mi cigarro mientras él se enciende el suyo.

—¿Por qué no me habías contado que el hermano de Massimo era quien movía los hilos en la ciudad? Cuando decidí asentarme aquí te dije que te pusieras al día de todo, que me informases de cualquier cosa que pudiera repercutirnos. —Le miro—. Y no me dijiste nada. Ni siquiera mencionaste su nombre. ¿Por qué?

Damiano suspira, como si en el fondo hubiese estado esperando que tuviéramos esta conversación desde que nos hemos encontrado hace un rato para desayunar y posteriormente venir aquí.

—No lo sé, Rhim.

—¿No lo sabes? —Alzo las cejas. Arrojo el cigarro al suelo y lo apago con la punta de la bota—. Venga ya. Sabías que podría darme problemas.

—Niccolo no es como Massimo —explica—. Él no gestiona las cosas como podía hacerlo él. O tú. A día de hoy tiene poder porque se encuentra aliado con la mafia española, pero nada más. La muerte de Matteo Vizzini y de Massimo supuso la caída de la Camorra a gran escala.

Me mordisqueo el labio inferior mientras meneo la cabeza.

—Pero el clan sigue en activo, motivo más que de sobra como para mantenerse en alerta. Y

empezar a moverse.

Damiano frunce el ceño.

—¿Moverse? ¿Qué vas a hacer?

—Conocer a mi enemigo.

—Ya te he dicho que Niccolo es diferente. No tiene por qué ser tu enemigo.

Me río.

—¿Se te ha despertado el instinto fraternal con el niño de los ojos verdes? —cuestiono—. Venga ya, Damiano. Sabes perfectamente como va esto. Es todo o nada, y… me gusta esta ciudad. Lucharé por ella si es necesario.

Damiano suspira y asiente con la cabeza.

—Me la trae floja Niccolo, si es a lo que te refieres. Nunca hemos tenido una relación que vaya más allá de un saludo formal. —Se cruza de brazos—. Pero su alianza con la mafia española podría ser problemática, así que ándate con ojo. No te conviene llamar la atención más de la cuenta.

—Lo haré. —Sonrío—. Mientras tanto, tú consígueme información de todos ellos. Quiero saberlo todo, hasta el último detalle.

5
RHIM

Cuatro días exactos son lo que tarda Thiago en volver a escribirme para preguntarme si me apetece quedar con él para tomar una cerveza en uno de los tantos bares que hay por la zona del barrio de San Lorenzo, cerca de donde él vive.

A juzgar por el ritmo que lleva bebiendo, casi tres cervezas cada veinte minutos, me atrevería a decir que lo de verme solo ha sido una excusa para emborracharse. Apuesto el cuello y no lo pierdo, a que detrás de su fase de alcoholismo diurna se encuentra la preciosa chica rubia que tiene de fondo de pantalla en el móvil.

Ya estuvo hablándome de ella la noche que nos conocimos, aunque no presté demasiada atención a sus lloriqueos.

Si no recuerdo mal, en la infinidad de información que Damiano me consiguió, la de la foto se llama Anya Dumitrescu y es familiar de Tassia, la chica que conocí la otra noche. A la rubia no he tenido el placer de conocerla todavía. Al parecer, se encuentra fuera del país indefinidamente. A pesar de que es la mano derecha de Niccolo, no me importa demasiado su ausencia. Me consta que lleva poco más de un año ocupando dicho cargo, mientras que Thiago lleva formando parte más o menos activa en el negocio de los Vizzini desde que era un adolescente.

—Tenía muchas ganas de verte —comenta Thiago, haciéndome salir del ensimismamiento —. El otro día lo pasé bien.

—Sí, yo también.

—Honestamente, estaba esperando a que me escribieses —admite con la sonrisa torcida. Ese gesto le hace todavía más atractivo.

Me río y doy un sorbo a mi botellín de cerveza.

—Bueno, amor, en ese caso deberías de saber que yo no soy de las que escriben. Nunca — respondo.

Me mira de arriba abajo con descaro y se ríe. Niega con la cabeza y hace un mohín.

—¿Seré la excepción?

—Lo dudo mucho.

—Así que eres de esas… Interesante.

—Culpable. —Me encojo de hombros.

Thiago se bebe lo que queda en su cerveza y arruga la nariz.

—Háblame de ti, Hana. —Parece interesado de verdad, pero también algo forzado. Como si solo estuviese intentando distraerse conmigo. De ser así, me lo está poniendo bastante fácil. Lo último que necesito es un lío amoroso.

—¿Qué quieres saber? —cuestiono—. Y, por favor, no me respondas que quieres saberlo todo.

Thiago estalla en carcajadas, como si le hubiera cazado.

—De acuerdo, de acuerdo. Pues… A ver… ¿Qué te ha traído a Roma?

—¿Por qué debería de haberme traído algo aquí? —contesto.

—No sé. Te has recorrido medio mundo para venir a vivir aquí, ¿no? Supongo que debe de haber un motivo.

—Necesitaba cambiar de aires. —Me encojo de hombros—. Seúl se me empezaba a quedar

pequeño, por irónico que suene.

Asiente con una sonrisa.

—Por eso decidiste aprender italiano y venir a vivir a Roma.

Le observo con las cejas alzadas y asiento en silencio. Parece que recuerda algunas de las mentiras que le solté cuando nos conocimos.

—Dijiste que estudiabas, ¿no? —me pregunta—. ¿Qué es lo que haces?

Me aclaro la garganta y sonrío.

—En realidad, estoy escribiendo un libro. —Improviso—. Está ambientado aquí y mi crisis existencial derivó en esto. Estudié filología. —Lo bueno de tener una vida ficticia es que puedes ser quien quieras y nadie puede ponerte en duda.

—Hostia, ¿en serio? Tassia, ¿te acuerdas de ella? —Asiento y él imita mi gesto—. Ella también escribió un libro el año pasado.

Lo sé. Lo he leído en sus informes.

Anastasia Bykova, Tassia para su círculo más cercano, fue víctima de una red de tráfico de mujeres durante cuatro años. En su libro expuso con todo lujo de detalles a muchas de las personas involucradas, las cuales fueron capturadas poco después en una macro operación en la que colaboraron la policía italiana y la INTERPOL. Ella participó en la desarticulación de la red que pertenecía a Massimo y su padre.

—Vaya, ¿en serio?

—Sí. ¿De qué va tu libro?

Sacudo los hombros y le hago un gesto a la camarera para que me traiga otra cerveza.

—Un romance entre mafias. Menudo cliché, ¿eh?

Se queda callado durante unos segundos y luego se ríe.

—No sé yo si los mafiosos de verdad tendrán tiempo para el romance —comenta con sorna.

Finjo una carcajada y decido desviar el tema hacia otro lado. No quiero incomodarle demasiado o que empiece a desconfiar.

El sonido de su móvil hace el trabajo por mí.

—Es Niccolo —dice—. Perdona, voy a responder, por si fuera urgente.

—Sí, claro. No te preocupes.

Thiago se levanta y sale a la calle para hablar. Yo le observo a través de la cristalera con disimulo mientras respondo a los mensajes de Yeyu.

Frunzo el ceño al ver que tengo un mensaje de un número oculto. Lo he recibido hace cinco minutos.

Muévete por el tablero con pies de plomo y no confíes en nadie. Te la están jugando, reina.

¿Qué demonios?

Intento escribir una respuesta, pero me salta en la pantalla una notificación alertándome de que el número al que intento contactar no existe cada vez que hago el amago de escribir.

Thiago regresa y ni siquiera me percato de ello hasta que me coloca la mano en el hombro y pego un sobresalto.

—¿Estás bien? —dice—. ¿Te he asustado? —Se ríe.

Niego.

—Tranquilo, es que no te he escuchado. Estaba hablando con mi compañera de piso y… Da igual. —Fuerzo una sonrisa, aunque mi cabeza no deja el runrún. ¿De qué coño iba ese mensaje?

—¿Tienes planes esta noche? —me pregunta.

—Eh… Creo que no, ¿por?

—Una amiga se va a ir una temporada de aquí y le han organizado una fiesta de despedida —comenta—. ¿Quieres venir conmigo? Hay barra libre.

—No sé… —finjo indiferencia—. ¿A tus amigos no le molestará que una desconocida se cuele en su fiesta? Ni siquiera les conozco.

—No te preocupes, no es nada privado. Y seguro que no les importa. Además, ya conoces a Niccolo y a Tassia —dice—. Solo será un rato. Díselo a tu compañera de piso también, si así te sientes más cómoda.

Miro la hora en el móvil. Son casi las ocho de la tarde de un viernes. Desde luego, es una oportunidad de oro que no puedo desaprovechar. Thiago me lo está poniendo en bandeja, las cosas como son. Lo cierto es que no quiero que mi interés sea evidente. De serlo, levantaría sospechas. Además, mañana me reúno con los albaneses y el mensaje que he recibido me ha puesto un poco tensa. Mañana quiero estar al cien por cien y con todos los sentidos activos, pero…

—Sí, vale. Me vendrá bien.

—¿Cenamos algo y vamos?

—Vale.

Tras cenar y tomar algo, Thiago y yo llegamos a un pub del barrio de Trastevere cerca de las once de la noche. No hay demasiada gente y tampoco es que el sitio sea excesivamente grande.

Apenas tardo en localizar a Niccolo. Está bebiéndose una copa mientras charla con un chico asiático. Nos lanza una mirada en cuestión de segundos. La sorpresa es evidente en su rostro. El chico que le acompaña parece darse cuenta y voltea el rostro para mirar en nuestra dirección.

Si no me equivoco, ese chico es Zouk Takahasi. Inspector de policía, corrupto hasta morir e hijo de Yang Mi Takahasi, candidata a la alcaldía de Roma. A ambos la Yakuza les corre por las venas.

Da gusto venir con los deberes hechos.

—¡Hey! —saluda Thiago a sus dos amigos cuando llegamos hasta ellos—. Esta es Hana. Nos conocimos en el Ice Club el otro día. Estábamos tomando una cerveza cuando me has llamado y he pensado en invitarla, lleva poco aquí y le vendrá bien conocer gente. Espero que no os importe.

Niccolo me ofrece una sonrisa.

—La recuerdo. Me alegro de verte.

—Yo soy Zouk —se añade a la conversación con media sonrisa—. Encantado.

—Igualmente.

Niccolo y Thiago se alejan para hablar, aunque no puedo evitar escuchar algunas cosas sueltas. Como por ejemplo, a Niccolo preguntándole si soy su paño de lágrimas mientras Anya está fuera.

Zouk y yo nos quedamos a solas, aunque no dura mucho. Enseguida, Tassia y dos chicas más, una rubia con el pelo rizado y otra asiática que lleva un parche en el ojo, llegan hasta nosotros.

—Vaya, ¡hola, Hana! —saluda Tassia con dos besos a cada lado de la mejilla.

A la rubia no la conozco. Damiano no me ha pasado información sobre ella, supongo que no es relevante. A la otra chica, sin embargo, sí que consigo reconocerla. Es Xiang Lixue, aunque sustituyó el apellido de su padre por el de su madre hace unos meses. No la culpo. Su padre era un monstruo.

Tuve la mala fortuna de cruzarme en su camino. También en el de su hermano.

Lixue es hacker. Creo recordar que trabajó para Massimo hace algunos años, cuando él y yo

estábamos en Seúl. Su nombre salió en alguna conversación.

—Esta es Hana —me presenta Zouk—. Es amiga de Thiago.

Lixue me observa con fijeza y eleva la ceja ligeramente. Se da cuenta de que no he pasado desapercibido su gesto y enseguida suaviza el rostro, ofreciéndome una sonrisa.

—Lixue —se limita a decir.

—Yo soy Carina —la rubia se suma a la conversación con una sonrisa de oreja a oreja.

Zouk decide animar el ambiente pidiendo una ronda de bebidas a la que no tardan en sumarse Niccolo y Thiago. El del pelo blanco me sonríe en la distancia, a lo que yo le respondo con un guiño de ojo.

La noche transcurre más lenta de lo que me gustaría. Todo es demasiado emotivo y cargado de sentimentalismo. Al parecer, Lixue ha decidido tomarse un año sabático y se va a marchar un tiempo. La fiesta de despedida es por ella.

—Es una pena que Anya no esté aquí —comenta Lixue con un mohín.

Por curiosidad, lanzo una mirada a Thiago. Él se aclara la garganta y suelta un suspiro.

—¿Alguien sabe algo de ella? —pregunta Zouk, alternando la mirada entre Tassia y Thiago.

—Sus padres se están divorciando y ella ha ido a pasar una temporada con su madre, que está pasándolo bastante mal —responde Tassia con un encogimiento de hombros—. No sabe cuándo regresará a Roma.

A juzgar por la expresión de Thiago, juraría que hay algo más detrás de la repentina desaparición de su chica, pero no es asunto mío y tampoco es algo que me importe, así que no voy a indagar sobre el tema.

—¡Oye! ¿Y si jugamos a verdad o chupito? —cuestiona Carina, acaparando la atención y haciendo que todos cambien la actitud, que había empezado a decaer un poco.

Thiago se frota las manos y asiente.

—Yo paso —dice Niccolo—. No tardaré en irme, mañana tengo cosas que hacer temprano. —Besa a su chica en la sien—. Voy a fumar.

—¿Te unes? —me pregunta Carina.

—Yo también voy a rajarme, me voy a ir enseguida y no quiero ir muy pasada de copas para conducir.

El grupo se dispone a jugar y yo aprovecho para ir al baño a retocarme y desviarme del camino para salir del bar. Niccolo está apoyado en la fachada, fumándose un cigarro con calma. Me mira de reojo y menea la cabeza.

Es un gesto breve, pero no puedo evitar sentir un escalofrío. Por muy diferentes que sean, no deja de ser un Vizzini.

—¿Me dejas el mechero? —le pregunto.

No me responde, se limita a pasarme el encendedor lanzándomelo con poca fuerza.

Me apoyo en el muro a su lado, aunque dejando cierta distancia. Él me observa mientras me enciendo el cigarro y le devuelvo el mechero. Doy una calada y la expulso.

—Antes te he escuchado hablando con Thiago —comento—. Lo siento, es que he escuchado mi nombre y no he podido evitarlo. ¿Crees…? ¿Crees que está usándome?

Niccolo alza las cejas y se aclara la garganta. Es desconfiado, conozco a los de su calaña. Por eso he decidido ganar terreno con él apelando a los sentimientos.

—Joder —murmura—. No, a ver. No es eso.

—No soy idiota, Niccolo. Es evidente que pasa algo con la chica esa, ¿Anya?

Él asiente.

—Sí, bueno. No soy yo quien debería de hablar de esto. —Me observa—. ¿Qué tipo de

interés tienes en Thiago?

—Es simpático. Y guapo —contesto intentando sonar convincente—. Su personalidad es interesante, creo que podría llegar a gustarme. No me gustaría ilusionarme y que luego me den la patada, ¿sabes?

—Claro, es normal. Yo… —Da una calada y la suelta— Joder, puto Thiago —masculla—. Te voy a ser sincero, ¿de acuerdo? Está pillado de Anya, hasta las trancas. Y creo que, lo que sea que tenéis o podáis llegar a tener, te va a hacer daño.

—Pareces muy seguro.

—Es mi mejor amigo.

Finjo decepción y me obligo a sonar afligida. Dios, deberían darme un puto Óscar por esto.

—Quizá tengas razón y debería plantarme aquí y ahora. Aunque me da un poco de pena. Sois todos muy simpáticos y… No sé, había pensado que igual podíamos salir todos de vez en cuando. No conozco a mucha gente aquí y vosotros parecéis muy unidos.

Niccolo me ofrece una sonrisa y me da un apretón en el hombro. No sé si le habré dado pena, pero su expresión se ha relajado notablemente.

—Eh, tranquila. Solemos quedar a menudo para cenar o salir, puedes venir cuando quieras, dudo que a él o a alguno de los demás le importe. Eso sí, creo que deberías de hablar con Thiago primero y dejar las cosas claras.

—Te lo agradezco, Niccolo. En serio, gracias.

—No hay de qué.

Nos quedamos en silencio y continuamos fumando hasta que él vuelve a sacar tema de conversación, esta vez sobre Damiano. Era de esperar.

—Oye, ¿sueles ver a menudo a Damiano?

Frunzo el ceño.

—Bueno, somos vecinos. Coincidimos a veces, ¿por qué?

—Me gustaría hablar con él. ¿Podrías decírselo?

—Sí, claro.

Hurga en el bolsillo de su chaqueta y saca una tarjeta en la que aparece escrito su número de teléfono. Me lo entrega y asiente con la cabeza. Después arroja la chusta de su cigarro al suelo, lo pisa y se adentra en el bar.

6
RHIM

Cuando el reloj marca las dos y algunos minutos de la madrugada, decido marcharme. No soportaba un solo segundo más ahí dentro.

En cuanto llego a mi casa, lo primero que hago es despojarme de la ropa y me quedo únicamente en ropa interior. Después voy hasta el cuarto en el que hago deporte y me dejo llevar. Necesito liberar la energía que me queda.

Golpeo el saco de boxeo con ímpetu mientras que en mi mente se repiten en bucle las palabras del mensaje que he recibido hace un rato. He intentado dejar de pensar en ello durante la salida al pub, sin embargo, aun en segundo plano, mi cabeza no dejaba de maquinar y de pensar.

Pego patadas, puñetazos y me agacho veloz como si alguien me los estuviese devolviendo y tuviese que defenderme.

Doy un último gancho al saco y me quedo paralizada con la frente pegada a él mientras recupero el control de la respiración poco a poco.

Camino descalza hasta la máquina en la que he dejado el móvil y vuelvo a abrir la conversación por enésima vez. Hago un nuevo amago de responder, pero el resultado es el mismo.

Ni siquiera uno de los chicos que trabajan para mí gestionando todo lo relacionado con la ciberseguridad en Seúl ha conseguido desentrañar la dirección IP. Se lo he enviado mientras cenaba con Thiago, aprovechando que ha ido al baño. Sus palabras textuales han sido ‘‘es como un fantasma’’. Y eso me ha puesto de mal humor, pero también me ha preocupado.

Busco el número de Yeyu y la llamo.

—¿Qué pasa, jefa? —responde al momento. Eso es algo que me gusta de ella. Al igual que Damiano, sin importar la hora y el lugar, siempre está disponible si lo necesito.

—Mañana, cuando nos reunamos con los albaneses, duplica el número de chicas. En vez de doce quiero veinticuatro. Y que el equipo que dirige Damiano haga un rastreo de la zona horas antes. Hasta que no te den el ‘‘ok’’ no iremos.

—Eh… vale. ¿Qué pasa?

—Nada. —Prefiero no entrar en detalles por ahora. Si mañana las cosas salen mal o pasa algo que me haga dudar, entonces se lo contaré tanto a Damiano como a Yeyu.

Quizá la paranoia me ha absorbido en última instancia, pero si hay algo que tengo claro es que no pienso jugármela.

Si el mensaje es cierto y alguien está intentando joderme, no dudaré en devolvérselo. Sea quien sea.

—¿Seguro?

—Sí, tranquila. Solo… mejor prevenir que curar.

—Vale. Voy a reorganizar los grupos y a comunicárselo a las chicas. ¿Necesitas algo más?

—No, por ahora no.

—Vale. Llámame con lo que sea.

—Lo mismo digo.

Cuelgo la llamada y me dejo caer en el banco de hacer pesas. Me quedo mirando la pantalla apagada del móvil y aprieto el aparato entre los dedos.

UN REGALO DE DESPEDIDA

Son las cinco de la madrugada cuando el timbre del piso que Niccolo Vizzini y Tassia Bykova comparten en Roma suena. Ambos se despiertan sobresaltados y se lanzan una mirada confusa.

—Quédate aquí —murmura Niccolo al tiempo que se levanta de la cama como un resorte y se acerca a la cómoda. Se coloca una camiseta y saca una de sus pistolas del cajón.

Intercambia una mirada con su chica, que ha encendido la luz de la mesita y se ha abrazado a sí misma y a las sábanas, y sale de la habitación.

El timbre vuelve a sonar mientras recorre el pasillo. Llega hasta la puerta y se asoma con disimulo a la mirilla. Enarca las cejas y se guarda la pistola en la cinturilla del pantalón al tiempo que comienza a quitar los pestillos de la puerta.

Zheng Lixue le espera al otro lado de la puerta. Lleva puesta una gorra y va vestida completamente de negro. Una mochila grisácea cuelga de su hombro. Niccolo no puede evitar fijarse en la caja que su amiga sostiene en las manos.

—¿Lixue? ¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa? —Niccolo suena preocupado—. ¿Estás bien?

—Mi vuelo sale en dos horas, pero no podía irme sin antes darte esto —dice—. Considéralo un regalo de despedida.

—¿Qué es eso? —pregunta al coger la caja.

—Hay algo que nunca te he contado —dice Lixue mordisqueándose el labio—. Hace unos años solía trabajar con tu hermano.

Él ladea el rostro y frunce el ceño sin poder evitarlo. No logra comprender a dónde quiere llegar su amiga.

—¿Qué?

—Sí, no es algo de lo que me enorgullezca demasiado, pero… era una cría y los encargos que me hacía, me gustaban. —Se encoge de hombros—. Eran distintos a lo que mi padre o el tuyo podían pedirme. Ni siquiera le permitía pagarme, lo hacía porque quería. Supongo que me divertía.

Niccolo niega con la cabeza.

—No estoy entendiendo nada, Lixue. ¿Has venido hasta mi casa a las cinco de la mañana para decirme eso?

Lixue suspira.

—Hace unos años, cuando tenía dieciséis, tuve que irme a Seúl con mi padre —explica lo más rápido que puede. Es la primera vez desde entonces que habla de esto con alguien—. Tu hermano estaba allí. Él, a escondidas de tu padre y el mío, me pidió que investigase a alguien y que le consiguiera toda la información posible.

Señala la caja con la cabeza y continúa hablando.

»Me he vuelto loca al llegar a casa. —Suelta una risa nerviosa—. Sabía que tenía los documentos en algún sitio. Lo he revuelto todo, pero no ha habido suerte. Entonces he recordado que, además de impresos, también se los envíe por correo electrónico. He dado la vuelta a mi bandeja de enviados y… ahí estaba.

Niccolo continúa sin entender nada. Mira a la caja y luego mira a su amiga.

—¿De qué va todo esto? —cuestiona con el ceño cada vez más fruncido—. Sabes de sobra que no quiero saber nada de los asuntos que tuviera mi hermano.

—Lo sé, pero esta vez es distinto. —Se aclara la garganta. Entonces suelta la bomba—.

Antes, cuando la he visto, sabía que no era la primera vez. Su cara me era familiar. Sentía que la conocía de algo, pero no conseguía esclarecer de qué. Entonces Thiago ha dicho que era coreana y mi cabeza ha hecho clic. —Lixue asiente—. No se llama Hana, Niccolo. Se llama Rhim, fue una de las esclavas sexuales que nuestros padres tenían en Seúl y… es la persona sobre la que tu hermano me pidió información. Estaba muy interesado en ella, aunque no sé por qué. —Se encoge de hombros—. Siento ser yo quien diga esto, pero… que esté aquí, en Roma, y cerca de nosotros no me parece casual. Andaos con ojo, ¿sí?

Lixue se marcha tan rápido como ha venido y Niccolo, taciturno, se adentra en el salón de su casa aún con la caja entre las manos. La deja sobre la mesa y se sienta en el sofá para observarla en completo silencio.

Piensa en cada una de las cosas que su amiga le ha dicho y no puede evitar soltar un resoplido.

Decide arrancar la tirita de golpe y abre la caja.

Lo primero que ve es una fotografía. La toma con ambas manos y se queda mirándola con fijeza.

Es ella.

—¿Qué pasa, Niccolo? ¿Quién era? —La voz de Tassia lo hace volver a la realidad. Está apoyada en el marco de la puerta del salón.

—Creo que alguien intenta cazarnos —murmura el Vizzini.

—¿Qué?

Niccolo voltea la imagen, mostrándosela a su chica y ella contiene la respiración.

—Lixue me ha contado que está vinculada, de alguna forma, con mi hermano. Y eso no vaticina nada bueno.

—¿Qué vas a hacer? —quiere saber Tassia.

—Cazarla yo primero.

7

RHIM

La reforma y rehabilitación del Moulin Rouge está llegando a su fin. En cuanto las chicas lleguen en unos días, comenzaré a organizarlo todo para la gran apertura. No puedo estar más ansiosa por ello.

El que será mi despacho, justo donde estoy ahora mismo, ya está habilitado y arreglado para su uso. Los del equipo de construcción y decoración han hecho un trabajo espectacular, sin lugar a dudas.

Inclino el respaldo de la silla hacia atrás y subo los pies al escritorio de cristal, dejando a la vista mis afilados tacones de color negro. Damiano, que está fumándose un cigarro, me observa sin decir nada. Con el tiempo me he acostumbrado a sus silencios. Nunca ha sido un tío de demasiadas palabras.

—¿Piensas llamar a Niccolo? —le pregunto.

Él hace una mueca. Se deja el cigarro entre los labios y se lleva las manos a su melena ceniza. Con un movimiento rápido, se recoge el pelo en un moño y retoma el cigarro.

—No me interesa lo que pueda querer decirme.

—¿Por?

—No hay un por qué. Simplemente no me interesa.

Me humedezco los labios con la punta de la lengua y cruzo las manos sobre mi abdomen. Le observo.

—Si busca que trabajes para él, sería beneficioso para nosotros —comento—. A mí me ahorraría el engorro de hacerme la simpática y de engatusar a Thiago.

Damiano enarca las cejas y menea la cabeza de un lado a otro.

—Aunque me lo ofreciese, no lo aceptaría.

—¿Por qué no? ¿Por mí? No sería real, evidentemente. Solo… una estrategia.

—Aceptar trabajar para él iría en contra de mis principios.

—¿Por qué? ¿Porque le juraste lealtad a Massimo y ellos estaban enfrentados? —Se me escapa una carcajada—. Está muerto, Damiano. Deberías empezar a asumirlo. Ahora trabajas para mí, así que puedes tomarte lo de Niccolo como una orden más que una sugerencia. Llámalo y haz lo que tengas que hacer.

Parece que le he tocado un poco los cojones, su expresión lo ha delatado. Desventajas de conocernos demasiado bien. Se pone de pie y se queda mirándome.

—Que lo supere, ¿cómo? ¿Moviendo cielo y tierra para conseguir reabrir un local que le perteneció? ¿Yendo al cementerio a visitar su tumba? ¿O llevando una puto foto suya en la guantera del coche?

No me deja tiempo para replicar. Sale del despacho tras decir la última palabra.

Pongo los ojos en blanco y resoplo con desgana.

Mi móvil vibra contra la mesa. Observo la pantalla y hago una nueva mueca. Es Thiago. Dice que quiere verme, que le gustaría hablar conmigo.

Estupendo.

Bajo los pies de la mesa y me incorporo. Le he dicho que podíamos vernos ahora para comer. Esta noche tendrá lugar el encuentro con los albaneses y voy a tener la tarde muy ocupada asegurándome de que todo se encuentra en orden. El mensaje que recibí ayer aún sigue

pululando por mi mente. No han vuelto a ponerse en contacto conmigo, tampoco ha sucedido nada extraño, pero no puedo evitar ponerme tensa al pensarlo.

Moverse por un mundo como este es una tarea compleja. Es como vivir atravesando un campo infinito lleno de minas antipersona donde en cada lugar seguro que encuentres, habrá alguien preparado para clavarte un puñal por la espalda.

Nacer para morir. Vivir para sobrevivir. El ciclo infinito. Siempre corriendo a contrarreloj, al filo de la navaja.

Me pongo el abrigo y me doy un repaso en el espejo de pared que ordené que colocasen en el despacho. Retoco el pintalabios y escribo un mensaje rápido a Thiago para decirle que ya voy de camino. El sitio en el que hemos quedado no está demasiado lejos de Monteverde, así que no tardaré demasiado en llegar.

No hay rastro alguno de Damiano cuando bajo a la planta principal del club. Supongo que se ha pirado. En fin, ya se le pasará. No he dicho nada que no fuese cierto. Igual él tampoco ha dicho ninguna mentira, pero yo tengo razón. Para bien o para mal, ya no está. No somos los que éramos antes y no volveremos a serlo. Es hora de focalizarse en lo que verdaderamente importa y si Niccolo tiene intereses profesionales en él, habrá que tragar si queremos beneficiarnos. Así es la puta vida.

Me monto en el coche y antes de arrancar el motor abro la guantera. Si no quiero ser hipócrita debería de empezar a aplicar mis propios consejos.

Saco la foto de Massimo y, sin pensarlo demasiado, cojo mi mechero y lo prendo. Acerco la esquina de la fotografía al fuego y cuando empieza a cobrar intensidad, la arrojo por la ventanilla.

Abandono el aparcamiento de mi club y me introduzco en el tráfico italiano pocos minutos después mientras que en la radio suena una canción de rock de los años ochenta.

El restaurante en el que he quedado con Thiago está cerrado cuando llego. Mas bien, abandonado. Los cristales están llenos de grafitis y el letrero apenas puede leerse. La calle ni siquiera está transitada, parece una zona desierta. Compruebo la ubicación, por si me hubiese equivocado, pero no. Es aquí.

Frunzo el ceño.

Estoy a punto de volver a subirme en el coche cuando recibo un mensaje. Es Thiago. Dice que ya está aquí. Que me está viendo.

Me doy la vuelta, esperando encontrarle. No hay nadie.

¿Está vacilándome?

El móvil vuelve a vibrar.

Abro su mensaje y me quedo observando la pantalla durante unos segundos. Confusa.

‘‘*Te he dicho que te estaba viendo, no he dicho desde donde.*’’

Paso de responderle. Abro el coche y hago amago de subirme, aunque no llego a hacerlo.

Noto varios pinchazos agudos en la espalda. Me tambaleo.

Con una capa de sudor frío cubriéndome la nuca y la espalda, me llevo la mano, que empieza a temblarme sin sentido, a una de las zonas que noto arder y se me encoge el estómago al descubrir que se trata de un dardo tranquilizante.

Pestañeo lentamente. La visión se me empieza a nublar. Trastabillo hacia adelante y, sin poder hacer nada, me desplomo de rodillas en el suelo.

Pierdo el sentido.

8
RHIM

Aleteo las pestañas con lentitud. Los párpados me pesan y noto la garganta muy reseca. Una sensación de somnolencia y pesadez se ha apoderado de mi cuerpo. Ni siquiera soy capaz de abrir los ojos. El cuello se me echa hacia delante de manera involuntaria.

De repente, unas manos frías me sujetan por la mandíbula y alguien me pega un par de bofetadas. Lo siguiente que siento es un chorro de agua fría directamente en la cara.

Consigo separar los párpados, aunque los entrecierro de nuevo durante un segundos puesto que la luz blanca de la habitación hace tentativa de dejarme ciega.

Una vez que consigo adaptarme a la luz y consigo enfocar la vista, lo primero con lo que me encuentro es con Niccolo sentado en una silla justo delante de mí.

Tardo un segundo en recobrar el sentido. Pronto, un flashback de mi supuesta cita con Thiago comienza a formarse con suma nitidez en mi cerebro.

Los dardos tranquilizantes.

—Al fin despiertas —comenta con cara de pocos amigos.

Intento moverme, no obstante, como era de esperar, estoy amarrada por las manos y los pies a una silla.

—¿Qué coño haces? —mascullo.

—No sé, dímelo tú. ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

Se me escapa una carcajada gutural. Tengo la garganta tan seca que la siento rasposa y hasta reírme hace que la sienta dolorida, como si la tuviese llena de cristales que me rajan por dentro.

Miro a nuestro alrededor. Parece que estamos en una especie de almacén o trastero; el espacio es muy reducido y hay cajas por todas partes. Repaso a Niccolo con mala cara y me percato de que en el suelo, justo al lado de su silla, hay una pistola taser.

—¿Me torturarás si no hablo? —cuestiono sujetándole la mirada—. Y yo que pensaba que eras de los buenos.

—Los buenos también hacen de malos cuando es necesario.

—Claro.

Resopla.

—No estoy para juegos, Hana. Espera, ese no es tu nombre real. ¿Verdad, Rhim? —Coge la pistola eléctrica y la enciende. Observo las luces azules parpadear y le miro a él de nuevo. Tuerzo la sonrisa—. Habla de una puta vez.

—¿Qué es lo que quieres que te diga? Ya pareces saberlo todo, ¿no?

No pestañea cuando se echa hacia adelante y coloca el aparato contra el suelo mojado de mi alrededor. Pulsa el botón y siento como pequeñas descargas eléctricas comienzan a sacudir mi cuerpo. Apenas dura cinco segundos.

Se incorpora de nuevo y me sostiene la mirada.

—Puedo subir los voltios hasta que tu corazón no pueda soportarlo —comenta.

Me río. Aún noto el hormigueo en las piernas y las manos.

—Veo que lo del sadismo lo lleváis todos los Vizzini en la sangre. ¿Es un rasgo hereditario de la genética paterna? —Me aclaro la garganta—. Sabes, tiene gracia. Damiano dijo que Massimo y tú eráis distintos. Yo no encuentro muchas diferencias. —Me señalo con la cabeza—. No eres el primer Vizzini que me ata a una silla y me tortura para conseguir una información que

no voy a darle.

Niccolo entorna los ojos y se aclara la garganta. Ha tensado la mandíbula.

—¿Por qué estás en Roma? —pregunta con tono autoritario y fingiendo que ha ignorado mis palabras—. ¿Qué cojones estás buscando? ¡Habla de una vez!

Me humedezco los labios con la lengua y ladeo le rostro. No emito una sola palabra. Niccolo asiente y carga la pistola de nuevo, aunque esta vez la clava directamente contra mi rodilla.

Me sacudo sin poder evitarlo y siento varios espasmos mientras un hormigueo profundo me recorre de la cabeza a los pies. Niccolo aparta el taser y yo, a pesar de que estoy apretando tanto los dientes que incluso me duele la mandíbula, no titubeo. Aprovecho su cercanía para escupirle en la cara.

Por un momento pienso que va a abofetearme, pero no lo hace. Simplemente se levanta y se pasa la mano por la mejilla, apartando mi saliva. Se queda mirándome en silencio y niega lentamente antes de abrir la puerta y marcharse.

Por desgracia, mi soledad no dura demasiado.

Thiago entra en la habitación sin ni siquiera mirarme. Tampoco se sienta, se queda de pie, a pocos metros, y apoyado en la pared con el hombro.

—¿Os vais a ir turnando? —cuestiono con sorna.

—¿Por qué yo? —dice—. ¿Por qué de todo el puto mundo, tuviste que elegirme a mí? Y quiero la verdad. Es lo mínimo que puedes hacer.

—¿O qué? ¿Tú también me vas a electrocutar como tu amigo?

Me enseña su pistola y cómo el cargador está lleno de balas. Le quita el seguro y apunta en dirección de una de mis piernas.

—No exactamente. Así que, si no quieres que te pegue un puto tiro, abre la boca y respóndeme. ¿Por qué yo?

Resoplo.

—Me pareciste la presa perfecta —respondo con total sinceridad. Quiere la verdad, ¿no? Pues aquí la tiene. A ver si así espabila, porque si no lo hago yo, alguien más acabará matándole. Su permisividad y confianza es lo que le genera este tipo de situaciones, es más que evidente. Yo tuve que aprender a la fuerza que yendo así por la vida no acabaría bien. Él, que lleva muchos más años que yo en esto ya debería de saberlo—. Estás fuera de órbita, descentrado. Eso te convierte el blanco perfecto.

La mueca de desagrado en su rostro es más que evidente.

—Estoy hasta los cojones —masculla—. Hasta los putos cojones de que me utilicen para intentar sacar información o acceder a mi familia. ¿Me has visto cara de payaso? Joder, he sido amable contigo y tú me has metido una mentira detrás de otra.

—Desventajas de pensar con la polla en lugar de con el cerebro, supongo. —Me intento encoger de hombros, pero las cuerdas que me mantienen atada a la silla me lo dificultan un poco —. Y, lamento ser yo quien te lo diga, rompiendo este discurso barato cargado de indignación que me estás soltando, pero este melodrama no viene a cuento —espeto—. Me acabas de conocer. Echamos un polvo y, sí, el único interés que tenía en ti era para exprimir toda la información posible, me declaro culpable. No obstante, era más que evidente que tú tampoco estabas interesado. Solo era una distracción para no pensar en tus mierdas. Así que, en este caso, jugamos en igualdad de condiciones.

—Eso no exime que me sienta como una puta mierda porque alguien, una vez más, haya decidido jugar conmigo.

—Ese no es mi problema.

—Ahora tú eres el nuestro.

—Sí, en eso tienes razón.

Thiago aprieta los dientes y los músculos de su mandíbula se tensan. Se pasa las manos por el pelo, despeinándoselo aún más, y se agacha delante de mí.

—¿Quién eres y para quién trabajas?

Me río.

Lo siento, no puedo evitarlo.

Una carcajada viene detrás de la otra.

Thiago, por su parte, me observa cada vez más confuso.

—¿De qué coño te ríes?

—¿En serio me estás preguntando para quién trabajo? —le digo—. Antes de lanzarle dardos tranquilizantes a alguien a quien pensáis secuestrar, deberíais informaros un poco sobre ella, ¿no crees?

Ladeo el rostro hacia un lado, clavando la vista en la pared de enfrente, donde un piloto rojo tintinea disimuladamente.

—Tenemos información sobre ti —admite el del pelo blanco—. Lixue nos la dio antes de irse. Te reconoció porque hace unos años, Massimo le pidió que te investigase.

—No, te equivocas. No tenéis información sobre mí. Tenéis información sobre Jeong Rhim, una surcoreana huérfana de madre e hija de un desgraciado adicto a la heroína que se vio obligada a malvivir y a acatar lo que un cabrón con mucho dinero le ordenaba —pronuncio cada palabra con una frialdad asfixiante—. Tenéis información sobre una chica frágil e indefensa que, a día de hoy, está muerta. No queda nada de ella. Ni un solo ápice. Así que, no. No tenéis nada sobre mí. Soy una completa incógnita para vosotros e intuyo que eso os tiene mosqueados.

Thiago no dice nada. No puede. Lo he dejado sin argumentos porque sabe que tengo razón.

—Acabarás hablando —dice después de un largo silencio—. No te quedará otra. Porque no vas a salir de aquí hasta que lo hagas.

Me deja sola.

Resoplo de cansancio y me remuevo en la silla; la soga me aprieta y magulla la piel de las muñecas y los tobillos. Echo el cuello hacia atrás y me quedo mirando al techo.

Ni siquiera hay una puta ventana.

¿Qué hora será?

Dios, tengo que largarme de aquí cuanto antes.

Yeyu y Damiano deben de estar buscándome como locos.

La reunión con los albaneses no puede celebrarse sin mí.

Inclino la cabeza hacia adelante y me quedo pensativa. El piloto rojo, señal de que me están vigilando, no deja de parpadear. Desvío la mirada a la puerta y luego a la silla en la que estoy atada.

Tomo aire y lo suelto.

Después, hago lo que llevo haciendo toda mi puñetera vida.

Buscar la manera de sobrevivir.

Hago fuerza con las piernas para levantarme. Debido a las ataduras, mi posición es encorvada (con la silla sobre la espalda) y con una movilidad casi nula, pero no me importa.

Cojo carrerilla y me estampo contra la puerta hasta tres veces.

La silla acaba astillándose en varios pedazos, causando mi liberación. Agarro un par de trozos de ella junto a un tramo de la cuerda que me mantenía cautiva y, tras crujirme el cuello,

voy hasta la cámara y la golpeo con un pedazo de la silla hasta que se queda inservible. Después regreso hasta la puerta y le pego una patada al pomo, reventándolo y haciendo que se abra de golpe.

Esbozo una sonrisa cargada de satisfacción.

La reina sigue viva dentro del tablero.

9
RHIM

Tal y como había intuido por el interior de la sala en la que me tenían, estaba en un trastero. Lo primero que veo al salir por la puerta es un extenso pasillo lleno de puertas numeradas.

Lo recorro con más parsimonia de la que me gustaría y volviéndome sobre mí espalda todo el tiempo, por si hubiese alguien. Sigo las indicaciones que llevan hasta la salida y cuando salgo a la calle, se me forma un nudo en el estómago. Es noche cerrada. Dios, y ni siquiera sé dónde estoy.

Camino a paso ligero por la acera fijándome en la cara de las personas con las que me cruzo. Esta zona está demasiado transitada. Mierda.

Atravieso el barullo de gente y me percato de que hay un aparcamiento público a pocos metros de donde me encuentro. Sigo con la mirada a un hombre que se dirige hacia uno de los coches aparcados y voy tras él.

—Perdone, ¿podría ayudarme? —le digo, intentando poner voz de niña buena.

El hombre voltea para verme y alza las cejas con sorpresa. Había empezado a pasar por alto el detalle de que Niccolo me ha tirado un cubo de agua encima y me ha electrocutado dos veces. Probablemente debo tener un aspecto horrible.

—Sí, claro. ¿Qué necesita?

—¿Sabría decirme en qué zona de la ciudad estamos? Llevo poco tiempo aquí y… me he perdido. —Suelto una risa nerviosa—. He perdido el autobús y estoy un poco agobiada.

—Estamos cerca de Piazza di Spagna.

Joder.

—Oh, muchas gracias.

Él sonríe y asiente. Se dispone a abrir su coche y entonces yo doy un vistazo rápido a mi alrededor. No hay nadie.

Me saco un trozo de la silla que llevaba escondido en la cinturilla del pantalón y le propino un golpe seco en la cabeza al hombre. No le he dado lo suficientemente fuerte como para matarlo, pero estará inconsciente un buen rato.

Me agacho para coger las llaves y tras sortear el cuerpo para no pisarlo, me monto en el coche.

Desde donde estoy ahora mismo hasta el puerto de Civitavecchia hay más de una hora de camino y teniendo en cuenta que son las… once, más me vale correr para llegar a tiempo.

Piso el acelerador como alma que lleva al demonio y, duplicando el límite de velocidad, me incorporo a la autopista sorteando a los vehículos que entorpecen mi camino. No dejo de alternar la vista entre la carretera y el reloj que aparece en la pantalla del coche.

Casi cuarenta minutos después, estoy entrando en Civitavecchia.

Los guardias de seguridad del puerto abren las verjas cuando me ven aparecer. Les pago lo suficiente como para que no hagan preguntas.

Aparco el coche pegando un derrape en mitad de la zona de descarga y camino a paso ligero hasta la zona en la que se encuentra nuestro buque.

Suspiro aliviada al descubrir que Damiano y Yeyu están allí. Es ella quien viene hacia mí. Damiano está manteniendo una conversación con Ion Nikolli, el albanés que nos va a comprar la droga. El hombre me lanza una mirada desaprobatoria.

—¿Dónde coño estabas? —murmura Yeyu en cuanto me tiene cerca—. ¿Y qué mierda te ha pasado? Vas hecha una porquería.

Bufo.

—Mejor no preguntes. —Miro de reojo a Ion—. ¿Qué ha pasado?

—Se está impacientando. Tu impuntualidad lo ha puesto de mal humor. Damiano está intentando calmar las aguas.

Lo suponía.

Asiento con la cabeza y me acerco a ellos con determinación.

—Buenas noches, lamento la tardanza. He tenido un percance —digo en inglés.

Ion me observa de arriba abajo.

—Es evidente.

Me aclaro la garganta.

—Si le parece bien, podemos proceder con lo que teníamos pactado.

El albanés masculla algo en su idioma natal que no entiendo y Damiano me lanza una mirada.

—El señor Nikolli ha indicado que le gustaría catar nuestro producto y realizar una prueba de calidad. Ha traído a su equipo para ello. Están trabajando ahora mismo. —Se aclara la garganta.

—¿Y quién ha dado la orden para que así sea? —murmuro en italiano.

—Yo —responde—. Tu retraso lo ha puesto nervioso. Ha empezado a desconfiar y no he tenido otra alternativa.

Carraspeo y finjo una sonrisa.

—Puede tomarse el tiempo que quiera —le digo a Ion. Él se rasca la barba canosa y hace una mueca a la par que asiente.

Ion Nikolli ni siquiera me mira cuando le hablo y es más que evidente que esto va mucho más allá de mi tardanza. No le agrada trabajar con una mujer.

Es de esos mafiosos de la vieja escuela. De los que creen que somos sus trofeos o un medio para tener herederos. He tratado con muchos como él a lo largo de estos años, sé a lo que me atengo. No pienso achantarme lo más mínimo por ello, si es lo que espera.

Pasan varios minutos hasta que los miembros del equipo de Nikolli regresan. Le indican que todos los parámetros son correctos y que la calidad de la cocaína es excepcional. Él asiente satisfecho y, haciendo uso de su misoginia arcaica, estrecha la mano con Damiano y conmigo intercambia un leve movimiento de cabeza.

Si no fuera por el dinero que hay en juego, le clavaría el trozo de silla que todavía conservo dentro de la boca y se lo dejaría atascado en la garganta.

Estoy a punto de indicar a Yeyu que prepare las cosas para proceder al intercambio cuando el sonido de las bocinas policiales, acompañadas por luces azules y rojas, acaparan nuestra atención.

No puede ser verdad.

Ion, con rostro impertérrito, me pega un empujón con la suficiente fuerza como para hacerme caer de bruces contra el suelo y sale corriendo, escoltado por su gente, hasta su barco.

Damiano me levanta tirando de mi brazo hacia arriba y me hace un gesto para que nos larguemos de allí.

La policía ya ha cubierto la zona.

Corro hasta la moto de Yeyu y dejo que ella se marche con Damiano en uno de los coches a pesar de la reticencia de ambos. En estos casos siempre es mejor que nos separemos.

Pronto, una persecución digna de película tiene lugar por las calles de Civitavecchia.

Dos patrullas van detrás de mí.

Manda cojones que mi única arma para defenderme sea un trozo de madera y media soga roída.

Me meto con la moto por un callejón estrecho en el que hay varios charcos. Volteo el rostro hacia atrás, comprobando si hay algún agente siguiéndome, y cuando vuelvo la vista al frente, es demasiado tarde para esquivar a la persona que me llevo por delante.

A causa del impacto, salgo despedida por los aires y me revuelco contra el pavimento hasta acabar bocabajo sobre uno de los charcos. Noto como la sangre me sale por la nariz y como el cuerpo se me entumece.

Me duele la cabeza.

Escucho pisadas a lo lejos.

Voces.

Sirenas de policía.

Intento levantarme, pero no lo consigo.

La oscuridad acaba por consumirme.

10
RHIM

Me despierto sobresaltada. Tengo la respiración agitada y el sabor metálico de la sangre en la boca.

Mi ropa, empapada, se ha adherido a mi cuerpo como si fuera una segunda piel. Empiezo a notar como el frío me cala hasta los huesos.

Fragmentos dispares del accidente durante la persecución se me clavan como dagas en el cerebro.

Me pongo de pie, a pesar de que siento que me duelen todas las extremidades, y echo un vistazo a mi alrededor con el ceño fruncido. Estoy en una habitación de motel. La lámpara de la mesita está encendida, aunque no alumbra demasiado, dando una sensación de penumbra. Apenas puedo ver con claridad.

¿Cómo cojones he llegado aquí?

¿Quién…?

—¿Qué fue aquello que dijiste cuando aceptaste trabajar con Cha-woo? —Una voz masculina capta mi atención. Siento un pinchazo en la boca del estómago, ni siquiera soy capaz de respirar—. Que no dejarías que la mafia te pudriese el corazón, ¿no? —El dueño de la voz sale de su escondite, quedando justo delante de mí, entre la penumbra. Me observa fijamente.

Intento tragar saliva, pero no soy capaz. No soy capaz de hacer o decir nada. Estoy bloqueada.

Los ojos me escuecen. Los tengo tan abiertos que siento que se me van a salir de las cuencas.

—Me enorgullece saber que no solo se te ha podrido, sino que tú misma te lo has arrancado, *pequeña*. Sabía que harías lo correcto. Quienes somos y quienes necesitamos ser para sobrevivir son dos conceptos muy distintos, ¿recuerdas?

Doy un paso atrás de manera involuntaria. Comienzo a negar con la cabeza. Siento que, en cualquier momento, el corazón se me va a salir por la boca.

Él no deja de mirarme. No le sorprende mi reacción. Avanza despacio hasta quedar aún más cerca de mí y yo no puedo evitar cerrar los ojos. Se me escapan las lágrimas sin poder remediarlo.

Su mano, fría como el hielo, envuelve mi mejilla. No aparta las lágrimas. Me obligo a abrir los ojos; necesito asegurarme de que esto es real. De que no estoy soñando.

Lo es. Es demasiado real. Tanto que duele.

Suelto un jadeo que hace que mi pecho se agite, como si estuviese tosiendo. Me tiembla todo el cuerpo y ya no sé si es por el frío o por su mera presencia. Por lo que esto supone.

—He sido yo quien te ha salvado la vida —dice, confirmando mis recientes sospechas—. Como de costumbre —añade con media sonrisa—. Dime, Rhim, ¿cuándo piensas dejar de meterte en líos?

—Massimo… —consigo pronunciar su nombre en voz baja y trémula.

SIETE VIDAS A PRUEBA DE BALAS

Puerto industrial de Civitavecchia
03 de enero de 2024

Tassia, sin saberlo, había hecho el trabajo sucio por él.

Massimo tenía pensado acabar con Xiang Tao y su hijo la noche de fin de año.

Los ucranianos con los que iban a negociar la venta de un grupo de mujeres también entraban en el pack.

Después de haber asesinado a su padre, acabar con los Xiang sería poner el broche final a ese plan que había estado gestando durante años.

Massimo Vizzini pretendía hacer las cosas a su manera. Ser el rey de la Camorra en Roma, romper con todo. Iniciar su legado y llevarlo dónde él siempre quiso. Sin órdenes. Sin nadie que moviese los hilos tras él. Demostrar que había nacido para morir por ello.

Y eso implicaba romper lazos con su pasado, también quitarse de en medio a posibles lacras y parásitos como los Xiang. Mientras ellos continuasen en el tablero, los planes de Massimo peligrarían porque ellos no se iban a conformar con lo que él les iba a exigir.

El mayor de los Vizzini siempre había pensado que Matteo era demasiado permisivo con Tao. Que le daba un poder que en realidad no tenía y del que se había aprovechado durante años.

Massimo se bajó de la furgoneta en mitad del puerto industrial de Civitavecchia. Nadie iba a llamarle la atención por aquello, había matado a todos los guardias de seguridad.

Dio un vistazo rápido a su alrededor y caminó erguido hasta uno de los buques de carga que se encontraban atados. Había un hombre esperándole junto a la escalerilla. Este lo observó con cautela y, sin titubear, sacó su pistola. A Massimo no le importó lo más mínimo. Le ofreció una sonrisa.

—Tú no eres Xiang Kun —dijo el hombre.

—Para tu desgracia, no lo soy —Sacó su pistola y, en un movimiento ágil, Massimo le voló la cabeza de un disparo. Acto seguido se giró para comprobar que no había nadie alrededor y se agachó junto al cadáver. Abrió los bolsillos de la gabardina del hombre y extrajo un teléfono móvil. Echó un vistazo rápido al muerto y, sin muchos preámbulos, le cogió la mano para desbloquear el aparato con la huella dactilar.

Tras consultar los mensajes, torció la sonrisa y volvió a dejar el móvil en su sitio. Le dio una palmada en el pecho al cadáver y le sonrió.

—Gracias por su ayuda, caballero. No habría podido hacerlo sin usted.

Massimo se adentró en el buque y caminó por la cubierta con decisión. Al llegar a la zona en la que se encontraban apilados diversos contenedores industriales, se detuvo unos instantes a observarlos. Todos eran de color rojo, gris y azul. Todos menos uno, justo el que él estaba buscando.

—Verde esperanza —susurró Massimo con una sonrisa mientras se acercaba.

Tiró de los pestillos hasta conseguir desbloquearlos y abrió las puertas. Se sacó una linterna del abrigo y alumbró el interior.

Una veintena de ojos estaban puestos sobre él.

Miradas cargadas de terror. Pánico.

Las niñas se encontraban abrazadas las unas a las otras. Lloraban. Él sonrió.

Sonrió porque ya era demasiado tarde para redimirse. Porque tenía razón cuando le dijo a su hermano que su padre había hecho de él su mejor creación. Porque alguien tenía que hacerlo.

Massimo quería ser el rey, no le importaba el precio.

Tampoco las vidas humanas e inocentes que esto le costase.

Hacía tiempo que eso había dejado de importarle.

Porque ahí, justo en el momento en que observaba a sus próximas víctimas con una maldita sonrisa en la cara, él no veía personas. Solo dinero.

Massimo siempre ha pensado que estaba destinado a hacer cosas grandes. Es lo que su padre se había encargado de hacerle creer durante toda su vida.

Pero, a veces, el destino es caprichoso.

—¡Massimo Vizzini! ¡Las manos sobre la cabeza y de rodillas!

Dejó de sonreír y enarcó las cejas. Se giró lentamente y, frente a él, un grupo de agentes vestidos con un chaleco antibalas con el logo de la INTERPOL le apuntaban con sus armas. Bajó la mirada a su pecho y torció los labios al ver más de seis láseres de color verde.

Tragó saliva y les sonrió.

—¿A qué debo esta visita? —cuestionó con una calma pasmosa. Cualquiera diría que, aquella noche, estaba solo—. ¿Me he portado mal?

Michel Durand dio un paso al frente sin dejar de apuntarle.

—Las manos a la cabeza y de rodillas al suelo. Estás detenido —pronunció con una mezcla de enfado y asco en la voz.

—Detenido —repitió Massimo— ¿De qué se me acusa?

—Pertenencia a banda de crimen organizado, tráfico de drogas, armas y órganos, proxenetismo, explotación sexual y corrupción de menores, abusos y violaciones, secuestros y más de trescientos asesinatos en los últimos diez años, entre ellos, el de tu padre, Matteo Vizzini y el de la agente Nicole Laurent.

El recuerdo del cadáver de Nikki, la agente de la INTERPOL que había intentado capturarle, envuelto en una bolsa de basura siendo arrastrado hacia las profundidades del Río Tíber regresó a la mente de Massimo en el momento en que el policía mencionó el nombre real de la chica. Una punzada casi imperceptible le atravesó.

—No me suena ese nombre. ¿Seguro que no se han confundido de persona?

Michel apretó los labios. Le sorprendió que tratase de negar la muerte de su compañera pero no la de su propio padre. Tragó saliva y le miró directamente a los ojos.

—Para tu desgracia, no. Tenemos pruebas suficientes que te incriminan de forma directa. La agente Laurent hizo un trabajo impecable incluso después de morir: escuchas, grabaciones y… el vídeo en el que acabaste con su vida son algunas de las muchas cosas que tenemos sobre ti. Esto es el fin, Massimo. Haz que sea sencillo.

Las palabras de Michel hicieron que Massimo entrase en una especie de limbo.

Escuchas.

Grabaciones.

Un vídeo.

Fragmentos borrosos de aquella noche se aglutinaron en su mente.

El rostro ensangrentado de Nikki. La forma en que su cuello crujió hasta que su corazón dejó de latir.

Ella no estaba allí por él, como pensaba. Fue al Edén a colocar dispositivos de vigilancia.

Massimo no fue consciente de ello, pero en el momento en que, dentro de aquel cuarto de baño, se abalanzó contra Nikki y le arrebató el arma, ella, de algún modo, supo que era el fin. Por

eso jugó una última carta.

En el momento exacto en que Massimo fue a por ella, Nikki, en un movimiento veloz, colocó uno de los dispositivos de escucha en la manga de la camisa que Massimo vestía aquella noche.

Sin que Massimo lo supiera, esa noche, después de asesinar a la agente, la INTERPOL no solo recibió las imágenes de vídeo captadas por las gafas que llevaba la chica, sino que también asistieron en primera fila a la reunión entre Kun, Massimo y los ucranianos.

Lo sabían absolutamente todo.

Por eso estaban ahí esa noche.

Massimo sacó su pistola y, sin que nadie lo esperase, comenzó a reírse a carcajadas. Parecía un lunático. Reía sin cesar, como si alguien le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.

—¡El arma al suelo y las manos sobre la cabeza! —bramó Michel.

Los láseres de los francotiradores continuaban tintineando contra el pecho de Massimo, uno de ellos se movió hacia su frente. Estaba rodeado y lo sabía. Nadie iba a acudir en su ayuda porque era tan sumamente pretencioso y estaba tan seguro de que aquella noche no ocurriría ningún altercado, que había tomado la errónea decisión de prescindir de los pocos hombres de su padre que decidió mantener con vida.

El Vizzini seguía riendo. Parecía un psicópata.

Miró al cielo y comenzó a asentir lentamente.

—Enhorabuena, amor. Has ganado la partida —musitó rememorando la conversación que había mantenido con Nikki antes de matarla—. Pero ya te dije que lo mío no era lo de la decadencia dentro de un penal. —Tragó saliva y devolvió la mirada a los agentes de la INTERPOL. Quitó el seguro de su arma y, sin más, comenzó a caminar hacia ellos—. Padre, nos vemos en el infierno.

La oleada de disparos no tardó en llegar.

Las balas de los francotiradores impactaron en su cabeza, torso y abdomen.

El cuerpo de Massimo Vizzini cayó contra el suelo de la cubierta con un golpe seco. Las chicas, que aún se encontraban dentro del contenedor, comenzaron a chillar.

—Massimo Vizzini ha sido abatido —dijo Michel acercándose con lentitud—. Repito, Massimo Vizzini ha sido abatido.

Silencio.

Frío.

Eso es lo único que sintió.

La oscuridad estaba consumiéndole.

Los latidos de su corazón, cada vez más ralentizados, retumbaban en sus oídos.

Seguía respirando.

De forma irregular, imperceptible y costosa, pero seguía respirando.

Y Michel Durand se dio cuenta.

Se agachó delante del cuerpo y lo observó impasible.

Le colocó dos dedos en el cuello para medirle el pulso y tragó saliva al sentir como el mayor hijo de puta con el que se había topado en mucho tiempo, seguía aferrándose a la vida aun cuando todo jugaba en su contra.

Pensó en asfixiarle. En clavarle la suela de la bota contra el cuello. Matarlo con la misma sangre fría con la que él había matado a Nicole.

Entonces llegó el equipo de emergencias.

—Sigue respirando—musitó mientras los paramédicos cargaban el cuerpo para subirlo a

una camilla.

Massimo Vizzini estuvo clínicamente muerto siete minutos y medio. En último momento, justo cuando la ambulancia estaba a punto de llegar al hospital, consiguieron reanimarlo a pesar de la gravedad.

Las balas que habían atravesado su cuerpo no habían penetrado órganos vitales, sin embargo, el proyectil que iba dirigido a su cabeza, debido al recorrido que tenía, no le había atravesado el cerebro, sino que había quedado alojado en la cabida cerebral y debía ser extraído de inmediato pues, de no hacerlo, Massimo moriría en cuestión de minutos ya que, cuanto más tiempo pasaba, las escasas posibilidades de sobrevivir se reducían.

La operación duró cuatro horas y media. Extrajeron el proyectil y algunos fragmentos de hueso y tejido muerto que este había dejado a su paso.

Los médicos trasladaron a la INTERPOL la información del estado de salud de Massimo Vizzini y se decidió difundir la noticia de que había sido abatido durante el operativo.

¿El motivo?

Massimo formaba parte de la joya de la corona en la mafia italiana. Era uno de los más buscados, también de los más peligrosos. Era una fuente de datos infinita. La llave maestra para desmontar el crimen organizado en Italia y una pieza clave para sacudir los cimientos de las organizaciones criminales del resto de Europa. Si salía con vida de esto, podrían exprimir la información que necesitasen mientras se pudría entre rejas por todos los delitos que había cometido.

Michel Durand jamás estuvo de acuerdo, pero sus superiores estaban hambrientos de poder. Querían demostrar al mundo que las mafias iban a caer y que cumplirían con el objetivo de limpiar el mundo de criminales.

Massimo permaneció en coma varias semanas dentro de la Unidad de Cuidados Intensivos. El equipo médico tenía pocas esperanzas en su recuperación a pesar de que, contra todo pronóstico, en las pruebas que le realizaban casi a diario, las respuestas neurológicas indicasen lo contrario.

Hasta que un día, cuando ya habían pasado cuatro meses, despertó.

Lo primero que sintió fue un ardor inmenso en el interior de las fosas nasales. En primera instancia intentó arrancarse la cánula y al no poder alzar los brazos se percató de que se encontraba esposado a la cama y que tenía numerosas vías intravenosas conectadas, además de un pulsioxímetro en uno de los dedos.

Empezó a sacudirse de forma frenética.

La máquina que monitoreaba sus pulsaciones comenzó a pitar mientras que la pantalla parpadeaba sin cesar.

Notaba la garganta reseca y la boca pastosa. Tenía sed.

Quería hablar, pero su cerebro no era capaz de enviar la orden correcta a sus cuerdas vocales y a su boca. Estaba nervioso, desconcertado. Con todos los sentidos descontrolados.

La puerta de la habitación se abrió y el doctor entró acompañado de Michel Durand y algunos agentes de policía. Se sostuvieron la mirada.

—Bienvenido, Massimo —dijo el doctor mientras tocaba la pantalla del monitor para que dejase de pitar—. Ha tenido mucha suerte. Un porcentaje muy reducido es capaz de sobrevivir a un impacto de bala en la cabeza.

Massimo tragó saliva. Notó como su garganta se humedecía lentamente, aunque no lo suficiente. Separó los labios y consiguió emitir un pequeño gruñido.

—Has agotado una de tus siete vidas —dijo Michel Durand entonces—. Conserva el resto

para la cárcel en la que te vas a pudrir. Te van a hacer falta.

11
MASSIMO

Puedo percibir su miedo.

La confusión.

Las miles de preguntas que está haciéndose ahora mismo mientras me tiene enfrente.

Pronuncia mi nombre con voz temblorosa y apenas audible.

Cabeceo y suelto un suspiro. Aparto la mano de su cara y doy un paso más para acercarme a ella. Me permito observarla de arriba abajo mientras se limita a tragar saliva. Le tiemblan las rodillas.

Obviando su aspecto tras el accidente, físicamente está tal y como la recordaba. No ha cambiado una pizca.

—Estás aquí… —susurra— Estás… Estás…

—Vivo —acabo la frase por ella—. Estoy vivo.

Jadea. Traga saliva con fuerza y se pasa las manos por el pelo. No rompe el contacto visual conmigo en ningún momento.

—¿Cómo…? ¿Cómo es posible? Dios.

Parece que ha empezado a salir del trance.

Su mirada se mueve ligeramente hacia arriba, a mi frente. A pocos centímetros del entrecejo, donde la cicatriz del balazo que recibí ahora decora mi rostro.

Alza la mano y, aunque duda, acaba por acariciar la zona con dos de sus dedos. Apenas tengo sensibilidad en esa parte de la cara, así que no soy capaz de sentir su tacto. Trago saliva.

—Estuve muerto —le digo—. Pero volví.

—Las noticias dijeron…

—Las noticias dijeron lo que les hicieron creer —corrijo su frase. Me doy media vuelta y me acerco a la ventana de la habitación. Tiene la cortina completamente echada. La aparto un poco y observo la oscuridad de la noche. Apenas se distinguen las luces de los coches en la lejanía.

Noto su presencia detrás de mí.

—¿Dónde has estado….? ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué me has…? —Gimotea—. Massimo…

Me giro para mirarla y descubro que, de nuevo, está abrazada a sí misma y temblando. Le brillan los ojos.

—Deberías darte un baño caliente —sugiero—. Vas a coger una pulmonía. Tienes ropa limpia en la silla.

Su mirada se oscurece, o esa es mi sensación. Asiente vagamente y se da media vuelta. Miro al techo y doy una bocanada de aire antes de estirar el brazo para detenerla. La obligo a girarse y nuestras miradas se encuentran nuevamente.

—Yo… —Carraspeo— Yo también me alegro de verte —murmuro antes de tirar de su brazo hacia mí, haciendo que su cara se estampe contra mi pecho. Apoyo la barbilla en su coronilla y noto como suelta todo el aire que ha estado conteniendo.

Pasan varios minutos hasta que se aleja de mí y la dejo marchar para que vaya al baño.

Una vez que estoy solo, me siento en el borde de la cama y me quito la chaqueta. Levanto la camisa y aprieto los dientes al ver la herida de bala que tengo cerca de la cadera.

Esa zorra de la INTERPOL me ha dejado un regalo de despedida antes de que le rompiese el cuello.

En el instante en que me llevaron a aquella sala y descubrí que el motivo por el que me necesitaban era para dar caza a Rhim, supe que era mi momento. Mi ansiada oportunidad de poner fin a ese cautiverio que me habían asignado. Por eso mentí al decir que no la conocía, por eso acepté el ridículo trato que, sabía de sobra, no iban a cumplir.

El calibre de mi condena, y de mi persona, no era compatible con la supuesta reducción de condena que me habían prometido, pero fingí demasiado bien que me lo tragaba.

Estuve fuera de prisión un día después.

—Varón de treinta años que presenta conducta altamente inestable. Alteración de la personalidad clúster tipo B. Tras valoración se puede estimar un trastorno de la personalidad antisocial con rasgos narcisistas. —La agente Ludovica Esposito caminó alrededor de la mesa con el dossier que estaba leyendo entre las manos mientras que yo me limitaba a observarla en silencio. Tenía las manos esposadas a la mesa y no podía moverme—. Déficit de empatía y exceso de impulsividad. Dificultad para acatar normas y nulo sentido de la responsabilidad. —Me miró con una mezcla de respeto y curiosidad—. Sus informes psiquiátricos son de lo más interesantes.

Decidí no responderle. Tampoco la miraba, tenía la vista fija en los grilletes que me rodeaban las muñecas. Eran más interesantes que un resumen de lo que se supone que ha sido mi vida.

Ludovica obvió mi silencio y continuó leyendo los informes que el equipo de la prisión le había hecho llegar.

—El recluso refiere a numerosas lagunas mentales acerca de acontecimientos relacionados con su infancia o su adolescencia. Posibles episodios traumáticos en edades tempranas. —Pasó la página y yo bufé por la nariz—. Hogar disfuncional marcado por la violencia. —Carraspeó —. Se le impuso la medida de aislamiento permanente tras… Tras acabar con la vida de dos reclusos durante sus primeros días en prisión.

Torcí la sonrisa sin poder evitarlo. La curiosidad de su mirada se había transformado en terror. O quizá desagrado. No lo sé. Me gustó.

—El cliché de las duchas carcelarias ya está pasado de moda, ellos no querían entenderlo. A uno le rompí la cabeza y al otro lo destripé con un pedazo de espejo. —Suspiré. Ludovica no pudo evitar tragar saliva, lo que causó que yo volviese a sonreír. Dedicándose a esto debería estar más que acostumbrada a tratar con el lado oscuro de la humanidad, aunque a juzgar por su rostro sin expresión, parece que siempre acaba sorprendiéndose con ciertas cosas. En este caso, conmigo—. En fin, ¿piensas leerte todos mis informes? —comenté con cierto desagrado y empezando a hartarme de esperar. Llevábamos horas ahí metidos.

—Me sorprende la facilidad con la que cuentas las barbaries que has cometido.

Me removí en el asiento.

—¿Por qué debería de ocultarlas? —Torcí los labios en media sonrisa—. Te lo repito, ¿vas a leerte todos mis informes?

Ludovica negó con la cabeza y cerró la carpeta de golpe.

—No, solo los más relevantes. Quiero saber a qué me expongo con esta misión.

Asentí con desgana.

—¿Y cuál es su valoración, agente? ¿He aprobado el examen? —vacilé.

—Eres un sociópata de manual —contestó la rubia sin titubear, provocando que se me escapase una carcajada silenciosa—. Y un peligro público. Como ya le dije, si dependiese de mí,

usted no saldría de aquí ni para tomar el aire. Sin embargo, por desgracia, lo que yo quiera no cuenta cuando se trata de hacer justicia.

—Todos tenemos un precio, ¿no es así?

Ludovica lanzó una mirada rápida al espejo. Seguí el recorrido con la cabeza e intuí que detrás de ese elemento decorativo se encontraban sus compañeros.

La agente Esposito se aclaró la garganta y extrajo un documento de una de las carpetas que sostenía en las manos. Lo deslizó sobre la mesa hasta hacérmelo llegar y se quedó mirándome.

—Este documento es el acuerdo de colaboración temporal entre la INTERPOL y usted. En el momento en que lo firme, quedará a nuestra disposición y deberá hacer todo aquello que le ordenemos. —Claro—. Puede leerlo si lo desea; en las cláusulas aparecen tipificados los beneficios que tendrá para usted esta colaboración así como las consecuencias penales en el caso de hacer algo que comprometa la misión.

Observé el documento por encima y asentí lentamente. Ni siquiera me molesté en leer las cláusulas de las que le hablaba la agente. ¿Para qué? Cogí el bolígrafo e hice un garabato, como pude, bajo el sello de la INTERPOL.

—Mientras dure la misión, utilizará una identidad falsa. Es lo más seguro. Además de lo más adecuado, dado que, técnicamente, a ojos del resto del mundo, Massimo Vizzini está muerto.

La puerta se abrió y uno de los compañeros de Ludovica entró en la sala. Saludó a la agente con un movimiento de cabeza casi imperceptible y depositó sobre la mesa un pasaporte, un documento de identidad y una especie de jeringuilla metálica que no me gustó demasiado a simple vista.

—Gracias, Rocco.

Una vez que el agente se hubo marchado, Ludovica me mostró los documentos que había traído.

—A partir de este momento, su nombre es Stefano Cavalli. —Señaló la jeringuilla—. Y deberá llevar puesta la baliza de seguimiento intradérmica en todo momento. Es uno de los requisitos expuestos en el contrato que ha firmado. —Ante esto último, hice una mueca.

—¿Trabajaré solo?

—Por supuesto que no. Si hubiese leído el contrato, sabría que un agente será su contacto al que deba hacer los reportes oportunos y del que recibirá órdenes. También que ese mismo agente se asegurará personalmente de que usted no se salta el protocolo.

—Vaya, voy a tener un guardaespaldas. ¿Quién es el afortunado?

—Afortunada. La tiene delante.

Asentí con vagancia.

—En ese caso, agente, debería empezar a tutearme.

No me contestó. Cogió la jeringuilla y, sin mucho preámbulo, me la cavó en la nuca. Sentí un quemazón que duró varios segundos cuando introdujo bajo mi piel la baliza de seguimiento. Después, sacó las llaves de las esposas y percibí la forma que tuvo de contener la respiración sin darse cuenta mientras me liberaba.

En el momento en que los grilletes se soltaron, me froté las muñecas. A Ludovica casi que podía vérsela rezando internamente. No sé si por su vida o porque la patraña que habían ideado saliese bien.

En ese momento, la puerta de la sala se abrió de golpe y, ante mí, apareció mi agente de la INTERPOL favorito. Se posicionó delante de mí con cara de pocos amigos.

—Michel Durand —pronuncié con cierta sorna en el tono, no pude evitarlo—. Ya me preguntaba cuando aparecerías por aquí.

El inspector Durand expulsó el aire por la nariz y se abalanzó sobre mí, sujetándome por el cuello. Ni siquiera me inmuté. Hice algo que sé que le tocó los cojones. Sonreír. No perdí la sonrisa en ningún momento, ni siquiera cuando me estaba asfixiando. Podía ver en su cara que estaba poniéndole enfermo, y eso me encantó.

Ludovica intentó separarnos sin éxito.

—Yo jamás habría accedido a semejante trato. Jamás. Y mucho menos contigo —Espetó Michel lleno de rabia—. Me das asco. Y ni siquiera deberías de estar aquí. Respirando.

—En ese caso… —Alcé la voz a pesar de la falta de oxígeno—, la próxima vez deberías apuntar mejor.

Michel bufó. El error que cometió le iba a perseguir toda su puta vida.

—Un solo error y esto se acaba aquí, ¿te enteras, hijo de puta?

—Por… Por supuesto, inspector. ¿Por quién…? ¿Por quién me toma?

Nos sostuvimos la mirada mutuamente. El odio que sentimos el uno por el otro es más que recíproco. Finalmente, Michel acabó soltándome de mala manera. Me froté el cuello y observé la escena que tenía delante con interés.

—Michel, por favor —Ludovica se interpuso entre ambos. Le obligó a mirarle sujetándole el rostro con ambas manos. No debería haberlo hecho, pero le acarició la mejilla intentando tranquilizarle. Dicho gesto, como es evidente, no me pasó desapercibido; no tardé en darme cuenta de que entre la agente Esposito y Michel Durand había algo más que una relación laboral.

—Tranquilo, inspector —pronuncié con media sonrisa—. Cuidaré de ella. Estoy seguro de que lo pasaremos bien, ¿verdad, agente Esposito? Ya sabes que lo mío con los que son como vosotros… es devoción.

Michel volvió a llenarse de ira. Podía leerle en la cara las ganas que tenía de abofetearme. Apalearme hasta quitarme la vida. Lo sabía porque yo sentía exactamente lo mismo cada vez que le miraba.

—Una sola palabra más y te arranco la lengua —espetó Michel señalándome con el dedo.

—Me encantaría verte intentándolo. —Suspiré—. ¿Cuándo empieza mi labor? Y lo más importante, ¿dónde tendrá lugar la caza de brujas? —Miré a Ludovica—. Dijiste que era en un terreno que solía ser mío. Siento decirte que son muchos los sitios del mundo que tienen mi nombre.

Ludovica, con impaciencia, me estampó en el pecho una carpeta y se cruzó de brazos.

—Nuestras fuentes nos han asegurado que Myong-oh Rhim está en Roma. Saldremos esta noche.

Sonreí.

Roma.

Hogar, dulce hogar.

Palpo la herida con los dedos y aprieto los labios. Estoy a punto de hurgarme en busca de la bala cuando Rhim sale del baño. Lleva el pelo mojado y se ha puesto la ropa que he robado de la tienda de souvenirs. Se da cuenta de la situación y frunce el ceño. Enseguida se acerca hasta quedar arrodillada delante de mí.

—¿Qué te ha pasado?

—Sácame la bala y te lo contaré todo. Imagino que habrá un botiquín en el baño.

Me mira.

Se queda callada unos segundos y termina por asentir. Parece que la ducha le ha sentado bien. No está tan alterada como hace un rato. Se marcha al cuarto de baño y regresa con una caja de plástico entre las manos.

—¿Cómo coño quieres que te saque una bala con un botiquín de primeros auxilios que parece de patio de colegio?

Me encojo de hombros y aprieto los dientes.

—Seguro que te las apañas.

Masculla algo que no alcanzo a escuchar y la observo mientras se levanta de nuevo para ir al baño. Regresa con la camiseta que se ha quitado antes entre las manos. La hace jirones y se queda parada unos segundos antes de abrirme la camisa, dejando mi pecho al descubierto.

El lienzo de cicatrices sigue siendo algo que llama su atención. Aunque estoy seguro de que el lugar en el que se encontraba el tatuaje con mi apellido y que significaba lealtad absoluta hacia mi padre, le sorprende aún más. Ya apenas puede leerse. La parte baja de mi clavícula ahora solo es un pedazo de piel recosida y sin sensibilidad. Me quemé la piel yo mismo. No paré hasta que la tinta quedó ilegible.

Rodea mi cintura con la tela y hace un torniquete con ella, apretándola con fuerza. Después se pone a rebuscar en lo que ha encontrado en el botiquín y extrae una botella de agua oxigenada. Me obliga a tumbarme sobre mis codos y echa un chorro sobre la herida.

Está tan concentrada en su labor que ni siquiera se da cuenta de que la estoy mirando.

—Parece que hay cosas que nunca cambian —murmuro.

Ella levanta la vista y me mira.

—Tú me salvas la vida y yo te curo las heridas —dice en voz baja. Se aclara la garganta—. Tengo que sacar la bala —informa—. Y no hay unas putas pinzas en este botiquín. Tampoco nada con lo que pueda coserla.

—Apáñatelas como puedas —le digo.

—Tendría que verte un médico.

—Sabes tan bien como yo que esa opción está descartada. Vamos, hazte cargo.

Rhim suelta un bufido y, sin dejar de mirarme, me hunde los dedos en la piel. Se me escapa un sonido gutural de la garganta.

Varios segundos eternos después, Rhim deja la bala sobre uno de los trozos de tela de su camiseta. Lleva las manos llenas de mi sangre.

El pecho me sube y baja veloz.

Vuelve a echarme un chorro de agua oxigenada hasta acabar el bote y, escarbando por la caja, encuentra un par de puntos de aproximación. No serán suficientes, pero podrán servir.

Me los coloca con precisión y luego me tapa la herida con un apósito.

No dice nada. Se da media vuelta y se dirige al cuarto de baño. Cuando regresa, con las manos limpias, se sienta en el sillón que hay delante de la cama y se cruza de piernas.

—He cumplido mi parte, ahora te toca a ti. Quiero saberlo todo. Desde el principio.

12
RHIM

No despego la mirada de su silueta en ningún momento, como si sintiese que en cualquier momento se va a volatilizar. Está más delgado de lo que le recordaba, pero su cuerpo sigue tonificado y musculoso. Aparto la mirada de las venas que se marcan en sus antebrazos y continúo observándole con una pizca de irrealidad. Sus cicatrices continúan siendo el mayor foco de atención; incluso diría que tiene algunas nuevas, como ese pedazo de piel quemado en la zona de la clavícula. Aunque, sin duda, la que tiene en la frente hace que se me ponga la piel de gallina y que pueda hacerme alguna idea de lo que ha pasado en su vida. El cabello, rapado al uno o al dos, le da un aspecto más duro, si es que eso es posible. También sexi. Me recuerda a un soldado.

Se pone de pie, sujetándose con la mano la zona en la que acabo de sacarle una puta bala con los dedos, y se pasa la otra por el pelo. Pasan varios minutos hasta que su mirada termina por encontrarse con la mía.

—Estás en peligro, Rhim.

—¿Qué?

—La INTERPOL te está siguiendo los pasos. Por eso yo estoy aquí —dice—. Fueron esa panda de ineptos quienes, aparentemente, acabaron con mi vida, como supongo que habrás oído. —Asiento con la cabeza y él me imita—. Mintieron.

—Sí, bueno, creo que es bastante evidente que mintieron. Estás aquí. Vivo.

—Me dispararon en el cuerpo y en la cabeza —explica—. La bala se quedó alojada en el cráneo y estuve muerto cerca de seis o siete minutos. Tuvieron que operarme de urgencia y estuve varios meses en coma. Cuando desperté, tuve que aprender a caminar de nuevo. También a hablar. Fue humillante. —Carraspea. No puedo evitar sentir pena por él. Ha debido de ser duro pasar por todo eso—. La lesión cerebral no fue demasiado severa, por suerte. La única secuela que me ha quedado es la parálisis facial que tengo en una parte de la cara. —Se señala la cicatriz —. Son tan incompetentes que ni siquiera saben pegar un tiro en condiciones.

Tengo el corazón en un puño.

—Las autoridades, por orden de la INTERPOL, dieron el comunicado en el que decían que había sido abatido mientras los médicos aun dudaban de mi recuperación. Un gran porcentaje de personas muere las horas posteriores a una intervención como la mía —añade.

—¿Por qué la policía dio esa orden? —quiero saber.

—Me llevaron a una prisión en Cerdeña —continúa hablando—. Querían utilizarme para llegar a otros como yo. Sacarme la información que necesitaban. Ya sabes cómo funciona esa mierda.

—¿Y lo hiciste? ¿Los vendiste?

—Sí —responde con un encogimiento de hombros que denota la despreocupación que le provoca haberle entregado en bandeja a la policía a una panda de mafiosos que podrían buscar represalias en cualquier momento—. No tenía nada más que perder, así que lo hice. Gracias a mí, muchos de los grandes de todo el mundo cayeron. Así es como tenía que ser. No se iban a ir de rositas mientras yo comía techo en esa puta celda.

Siento una punzada invisible cuando dice que no tenía nada más que perder.

—¿Y qué tengo que ver yo en eso? ¿También me vendiste? ¿Por eso están buscándome?

Se ríe y hace una mueca.

—No seas estúpida, ¿quieres? —espeta—. Alguien te ha vendido, pero no he sido yo. La INTERPOL se hizo con información sobre ti y comenzaron a investigarte. Decidieron recurrir a mí puesto que ya había colaborado anteriormente. Les dije que no te conocía, pero que me gustaría ayudar. Fingí que me tragué lo que dijeron sobre la reducción de la condena.

—¿Por qué aceptaste?

—Iban a darte caza, pequeña. No podía permitirlo.

Se me seca la garganta. Me obligo a tragar duro.

—¿Desde cuándo te importa a ti lo que me pase a mí? —suelto sin más—. Te fuiste de Atenas aquel día hace cinco años, sin despedirte, y ni siquiera te molestaste en llamarme una sola vez. Tuve que enterarme de lo que habías hecho con tu padre por las putas noticias. Igual que de lo que, supuestamente, te había pasado a ti. —Supongo que algo de rencor sí que le guardo por aquello. Pudo despedirse y no lo hizo. La mañana que desperté y ya no estaba, me dolió. Lo entendía, pero no podía evitar que me doliese.

A Massimo se le endurece el rostro. Abre y cierra la boca, pareciendo estar a punto de decir algo, pero no lo hace. Como si en última instancia hubiese decidido guardar silencio. Carraspea.

—¿Ahora no dices nada?

—¿Qué quieres que te diga? —espeta de mala gana—. ¿Que me olvidé de ti en cuanto crucé la puerta de ese apartamento y seguí con mi vida? Muy bien. Pues eso es lo que hice. Seguir con mi vida. Tenía cosas más importantes que hacer. Asuntos que requerían de mi atención.

El nudo de mi garganta es evidente. Lo único en lo que puedo pensar es en Aurora. Nuestra hija. Llevo años, cuestionándome en silencio, si las cosas hubieran sido diferentes si yo hubiese decidido ser sincera con él desde el primer momento.

No voy a darle el placer de hacerle pensar que me ha afectado algo de lo que haya podido decir. Por eso me mantengo impasible. Apenas pestañeo.

—Entonces, si tanto te la sudaba, ¿por qué quieres ayudarme? Fuiste tú el del mensaje, ¿verdad?

Su mirada fría me traspasa. Mueve la cabeza, asintiendo.

—Eras mi vía de escape.

—Ah. Claro. Pues de nada, supongo.

Cinco años y no ha cambiado una pizca. No sé qué coño me esperaba. Es Massimo Vizzini.

El puto Massimo Vizzini en su máximo esplendor.

Sigue siendo la puta olla a presión que revienta y lo ensucia todo a su paso.

Yo, sin embargo, sí que he cambiado. No pienso entrar en su puto juego. Ya no.

Me levanto del sillón y niego con la cabeza. Él sigue cada uno de mis movimientos. Está muy serio. Justo cuando llego a la puerta, me detiene.

—¿Y ahora qué pasa? —murmuro.

—No puedes irte. La policía está buscándote. Y yo soy un prófugo de la justicia a nivel internacional. —Me mira a los ojos—. He matado a Ludovica Esposito, la agente de la INTERPOL que me estaba custodiando y me he escapado.

Rhim se frota el puente de la nariz.

—¿En qué coño estabas pensando?

—En ti.

—¿Perdón? —Suelto una risa de lo más cínica. No hay quien lo entienda.

Massimo suelta un resoplido.

—Estaban aliados con la policía para la orden de detención en Civitavecchia. Ya te he dicho

que hay alguien jodiéndote por detrás. Si no salía del piso franco, tus posibilidades de ser detenida, aumentaban por momentos. Así que me he clavado unas tijeras en la nuca para sacarme la baliza de seguimiento y luego le he roto el cuello a esa perra. El disparo que me has curado ha sido un regalo de despedida que me ha dejado antes de morir. —Se encoge de hombros—. Me he escapado y he ido a buscarte.

—¿Dónde queda eso que has dicho hace menos de cinco minutos? ¿No te das cuenta de que lo que dices no tiene ningún puto sentido?

—Egoísta y mentiroso, lo sabes bien.

Aprieto los puños. Lo mejor que puedo hacer es ignorarle. A él y a las putas mariposas muertas que intentan aletear por mi organismo.

Massimo es mi vínculo más tóxico. Mi veneno personal. Somos nocivos el uno con el otro.

Como él ha dicho, hay cosas que nunca cambian. Y nosotros no íbamos a ser menos.

—De puta madre. Supongo que una mente macabra y pensante como la tuya tendrá algún plan, ¿no? —le pregunto.

—Pasaremos dos días aquí.

Dos días. Bajo el mismo techo que él.

No estoy preparada.

—Muy bien, ¿y luego qué?

—Luego llamarás a Damiano y le dirás que utilice tu cuenta bancaria para comprar un billete de avión a otro país. Bangkok, por ejemplo. Te dará ventaja. Estarán unos días bajando la guardia por aquí y centrándola en otro sitio. Se darán por vencidos y tú podrás seguir con tu vida. —Se encoge de hombros—. Aunque antes te recomiendo que hagas una limpieza en tu círculo. Es evidente que alguien te ha vendido. No podrás seguir a lo tuyo si tienes un topo, porque no pararán hasta cazarte. Quieren pillarte con las manos en la masa. —Me coloca la mano en el hombro y siento un escalofrío—. Los perros hambrientos nunca son leales, deberías saberlo.

Trago saliva y asiento.

—¿Qué pasa contigo? ¿Qué vas a hacer tú?

—¿Te interesa?

Pongo los ojos en blanco.

—Contesta.

—Me reuniré con alguien que puede ayudarme.

Frunzo el ceño.

—¿Con quién?

—Todo a su tiempo, ¿sí?

Camina por la habitación hasta llegar a la cama y se sienta de nuevo en el borde, tal y como estaba antes, cuando le he curado. Hace una mueca y se echa un vistazo al apósito, por si hubiese sangrado.

—Massimo —pronuncio su nombre y él me mira, esperando a que hable. Sus ojos azules me escudriñan con intensidad. Pienso en nuestra hija de nuevo—. Has dicho que llame a Damiano. ¿Cómo sabes que trabaja conmigo? Ha pasado mucho tiempo. Podría haberse quedado en Atenas. O haber vuelto a…

—Me consta que ha trabajado para ti todo este tiempo —me interrumpe—. Hasta hace un año, Damiano y yo hablábamos de vez en cuando. Me mantenía al tanto de todo. Por eso nunca te llamé. Porque sabía que estabas bien. Y que ya no me necesitabas.

El aire abandona mis pulmones.

No soy capaz de responder.

¿Por qué Damiano nunca me ha contado esto?

13
MASSIMO

El de ayer fue un día demasiado intenso para ambos, especialmente para ella. Por eso Rhim se quedó dormida poco después de nuestra conversación. Yo apenas he pegado ojo, como de costumbre. Hace tiempo que mi disfuncional ciclo del sueño dejó de afectarme. Durante mi estancia en la cárcel empeoró, de hecho.

He pasado el último año en una celda de aislamiento. Salía al patio una vez al día, y siempre lo hacía solo, esposado y bajo la supervisión de cinco funcionarios. Después de lo de las duchas con esos dos imbéciles, el director de la prisión decretó que era un preso inadaptado y altamente peligroso para el resto, por eso me apartaron. Como a un jodido apestado.

La soledad no fue dolorosa. Después de todo, he estado solo toda mi vida, por irónico que parezca y teniendo en cuenta que he crecido rodeado de personas, lujos y he tenido todo cuanto he podido desear.

La perpetuidad de esa soledad, sin embargo, sí que lo fue. Pasaba semanas sin hablar. Consumido por el más profundo y absoluto silencio. Llegué incluso a fantasear con la idea de que la bala que no consiguió matarme, lo hubiera hecho.

Siempre he dicho que la decadencia de un penal no era vida para mí.

Pestañeo varias veces y regreso de la parte más profunda de mis pensamientos.

Ya ha amanecido. Los rayos de sol intentan colarse por la fina rendija de la cortina, pero la tela es demasiado gruesa.

Desde la otra cama, observo a Rhim en silencio. Continúa dormida, dándome la espalda. Recorro su silueta con la mirada, fijándome en la curva de su cadera. Aprieto los labios y dirijo la mirada al techo.

Me levanto de la cama en completo silencio escasos segundos después. Camino descalzo hasta la silla en la que dejé mi camisa y justo cuando estoy a punto de ponérmela, me fijo en el suelo. Justo debajo de la chaqueta llena de rasguños de Rhim hay un papel doblado por la mitad. La miro de soslayo, con el ceño fruncido, y me agacho para cogerlo.

Me esperaba cualquier cosa menos esto.

Una foto mía, cuando era pequeño.

¿De dónde ha sacado esto? ¿Por qué la tiene?

Observo la fotografía en silencio y me percato de que, en realidad, esta es solo una mitad de la foto original. En la foto real aparecíamos Niccolo y yo con nuestra madre. Ella solía tenerla en la cómoda del dormitorio que compartía con Matteo.

Pequeños fragmentos en forma de flashback se abren paso por mis recuerdos.

El sonido del agua.

El suelo mojado.

El bote de pastillas vacío tirado en el suelo, junto a una botella de whisky.

Mi madre sumergida bajo el agua con los ojos abiertos y la piel pálida.

Niccolo gritando, arrojándose hacia ella, intentando salvarle la vida.

Yo paralizado en el marco de la puerta, sintiendo más odio y rechazo que tristeza.

Aprieto los dientes al pensar en la zorra que se suicidó y nos abandonó. También los puños, arrugando la foto en el proceso.

Sacudo la cabeza y la meto en mi bolsillo de mala gana. Me pongo la camisa y los zapatos y

salgo de la habitación.

El pasillo del motel está desértico. No se escucha un alma, solo se huele a café recién hecho procedente de alguna de las habitaciones. Recorro el pasillo a paso ligero hasta llegar a uno de esos teléfonos públicos de dudoso funcionamiento y me muerdo el labio antes de meter las monedas.

Me pongo el auricular en la oreja y aprieto los botones con fuerza.

Silencio.

De repente, un pitido suena al otro lado.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Motel Stella di Mare —murmuro. Miro el reloj de aguja que hay colgado en la pared—. En una hora en el parking subterráneo.

—¿Perdona? ¿Quién eres?

—Ven sola y no hables de esta llamada con nadie. —Hago una pausa—. O tu hijo pagará las consecuencias. Se me da bien destripar cerdos. Especialmente si son policías.

Finalizo la llamada sin darle tiempo a replicar.

Tal y como le dije a Rhim anoche, mi situación es más complicada de resolver que la suya. Por eso he de recurrir a ciertas personas que sé que pueden *ayudarme.* Aunque hacerlo suponga un suplicio para mí.

Al entrar en la habitación, Rhim ya se ha despertado. Está seria. Se ha levantado y está vistiéndose. Se queda paralizada durante varios segundos cuando me ve aparecer. Juraría que hasta parece sorprendida.

—Has vuelto —murmura—. Pensaba que te habías largado.

Se ha quedado a mitad de ponerse la camiseta. No lleva sujetador, así que puedo permitirme disfrutar de la vista de sus tetas. Se coloca la camiseta y se queda mirándome, esperando a que le diga algo.

Lástima que mi mente ahora mismo solo esté enfocada en su cuerpo semidesnudo.

Noto como la polla empieza a palpitarme bajo el pantalón.

Rhim, al ver que no le respondo, me observa con atención. Da algunos pasos cortos hasta llegar a mí, quedándose a pocos centímetros, y se acerca a mi oído.

—Deja de follarme con la mirada —susurra con calma.

—¿Qué pasa si no lo hago? —contesto sin moverme. Casi que ni respiro.

—Te arrancaré los ojos —responde sin apenas moverse—. Y te los haré comer.

Se me escapa una carcajada. Ella da un paso atrás y se queda mirándome a los ojos, ladeando el rostro hacia un lado. Una mueca leve se forma en sus labios.

Su carácter es algo que siempre me ha sacado de quicio, pero al mismo tiempo me ha *atraído*. Algo que siempre he pensado y que jamás he dicho (y diré) en voz alta es que, desde que la conozco, he pensado que es la perfecta horma de mi zapato.

Somos dos volcanes radioactivos en continua erupción.

Nunca saldría bien.

Tampoco he tenido ningún tipo de interés con ella que vaya más allá del sexo.

—Ya no soy la niñata que conociste —añade—. Y no volveré a serlo jamás. Así que no intentes jugar conmigo, porque te garantizo que saldrás perdiendo.

Se aleja de mí y se agacha para coger los pantalones. La sigo con la mirada mientras se los coloca. Es ahí cuando me fijo en la quemadura que tiene en una de las piernas. Se nota que es reciente.

—¿Cómo te has hecho eso? —quiero saber.

Ella se mira la pierna con desinterés y hace una mueca.

—¿Te interesa? —Sé que aunque intente camuflarlo, me guarda cierto rencor por haberla abandonado. No la culpo.

Después de todo, no solo la abandoné a ella.

También abandoné a nuestra hija, que en aquel momento estaba formándose en su interior.

Ella no sabe que yo sé de la existencia de Aurora. Me enteré de que estaba embarazada el día que decidí marcharme. Y no, eso no me frenó. Tal y como le dije, tenía asuntos que resolver.

No me importa lo que piensen de mí por ello.

Hice lo que tenía que hacer.

A veces, hay que hacer sacrificios.

He estado al tanto de todo lo relativo a la cría y a ella por medio de Damiano, que ha sido mi fiel soldado a la sombra durante los últimos años.

—Sí.

Suspira.

—Pues entonces pregúntale al imbécil de tu hermano, me lo ha hecho él.

Su respuesta me pilla por sorpresa.

—¿Conoces a Niccolo?

—Claro que le conozco. Quería quitármelo de en medio y quedarme con el territorio de la Camorra, pero tu amiga, la hacker, le dijo que tú le habías pedido información sobre mí y que me conocías. Entonces me tendieron una trampa y me encerraron en un trastero. —Pone los ojos en blanco—. Tu hermano me estuvo torturando con una pistola taser después de tirarme un puto cubo de agua por encima. Hasta que me escapé, claro. Se pensaba que iba a soltar prenda.

Aprieto los dientes. Niccolo debería de saber que si toca a los míos, la sangre podría llegar al río.

Rhim termina de vestirse y pasa por mi lado, chocando su hombro con el mío, para dirigirse a la ventana. Se asoma por uno de los huecos de la cortina y se da la vuelta. Apoya la espalda en el cristal, se queda mirándome. Me repasa de arriba abajo continuamente y suspira a la vez que niega con la cabeza.

—¿Pasa algo?

—Nada. Es que… sigue pareciéndome irreal que estés aquí. —Se aclara la garganta—. Es irónico. Hace un año estaba delante de tu tumba, llorando tu pérdida y ahora… Joder, ahora estás aquí. En carne y hueso. Es… Esto es una jodida locura.

Alzo las cejas. Noto una punzada en el centro del pecho.

—¿Lloraste mi pérdida? —cuestiono en voz baja. La sorpresa es más que evidente en mi forma de preguntar. No puedo evitarlo.

Rhim me lanza una mirada que me hace sentir rabia. Me mira con pena.

—¿Por qué te sorprende tanto? —Se acerca a mí con lentitud. Noto mis pulsaciones fuertes y rápidas en las sienes—. Te apreciaba.

Es la primera vez en mucho tiempo que alguien me dice eso. No sé qué responder, así que no lo hago. Guardo silencio y asiento vagamente con la cabeza.

Vuelvo a notar esa mirada triste sobre mí. Percibo su lástima.

Y me pone enfermo.

La apunto con el dedo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no vuelvas a mirarme de esa forma? No quiero que sientas pena por mí. No me importa en absoluto si alguien me apreciaba o no, ¿te queda claro? —espeto con rabia.

Rhim aprieta los labios y asiente con desgana.

—Clarísimo. Como siempre.

—Bien.

Miro la hora en el reloj de la mesilla y, sin decir nada más, salgo de la habitación. Todavía quedan veinte minutos para que mi cita tenga lugar, pero no me importa. Necesito aire fresco.

Asegurándome de que nadie puede verme, subo por las escaleras de emergencia hasta llegar a la azotea del edificio y, sin miedo a nada, me siento en el borde de la baranda con las piernas por fuera. Saco un cigarrillo que llevaba suelto por el bolsillo de la chaqueta y me lo coloco sobre los labios. Prendo la llama del mechero y doy una calada profunda. El humo me quema la garganta hasta llegar a los pulmones.

Lo expulso con lentitud, como si no tuviera ningún tipo de prisa, mientras miro al cielo, que está empezando a nublarse.

El día que, un año después, volví a Roma, también estaba nublado. Hacía frío. Ludovica me obligó a bajar del avión que la INTERPOL había cedido para la operación y no me quitó las esposas hasta que estuvimos dentro del coche.

La ciudad eterna seguía igual que cuando me había marchado. En cierto modo, era como si el tiempo no hubiera pasado. Aunque lo hubiese hecho.

Ludovica condujo por las calles de Roma sin dirigirme la palabra. Estaba tensa. Nerviosa, quizá. Yo no dejaba de pensar en las mil formas que tendría de matarla dentro del coche. Sería fácil, rápido y efectivo. Pero tenía que aguantar un poco, para mi desgracia. Necesitaba información para poder organizarme y, sobre todo, ganarme su confianza a bases de mentiras puras y duras.

El piso franco que había previsto la INTERPOL se encontraba cerca del barrio en el que viví con mi padre. La que, algún día, fue mi casa (y el lugar donde mi amado padre murió a mis manos), estaba a pocas calles de allí.

Ludovica dejó su colgante con la identificación como agente sobre la mesa de cristal del piso y me indicó que me sentase en el sofá. La obedecí sin rechistar porque, como he dicho, tenía que ganarme su confianza. Para ello tendría que fingir que estaba conforme con todo lo que se me indicaba y que mi actitud era más que colaboradora.

—Un informante nos ha hecho llegar cierta información que aún estamos por contrastar sobre nuestro objetivo. Aunque todo apunta a que es cierto.

—¿Qué información? —quise saber.

Ludovica dudó, pude verlo en su mirada.

—Ha comprado un cargamento de cocaína al líder del Cartel de Medellín. Según la información que hemos recibido, Rhim podría estar planeando vendérselo, por una cuantía millonaria, a alguien del Este. El intercambio sería aquí, en Italia —explicó—. Cuando tengamos más datos sobre esto nos pondremos en marcha. Sería bueno pillarla con las manos en la masa.

—O dejarla que se confíe y que acumule más delitos —añadí, empleando mis conocimientos —. ¿No?

Ludovica me observó curiosa y asintió.

—Las órdenes las dan mis superiores —informó—. Haré lo que ellos me digan. No quieren que esto se extienda demasiado.

Me acomodé en el sofá y crucé las piernas. La miré.

—Si ya tienes un informante aquí, ¿para qué me necesitas?

—Para mi desgracia, y la de mi agencia, nadie mejor que tú conoce como funciona el

mundo de la mafia en este país. Eres una fuente de información muy jugosa. Además, nuestro informante… se está jugando la vida. Trabaja directamente para Rhim.

Enarqué las cejas. Si alguien estaba traicionando a Rhim, tarde o temprano acabarían pillándola.

—¿Quién es? —quise saber.

—Es información confidencial —contestó Ludovica.

Se dio la vuelta para coger una caja que había junto a la puerta y seguí sus movimientos con la mirada. La repasé de arriba abajo, mirándole el culo con sumo descaro, aunque mi atención se desvío pronto hacia otro sitio. La pistola que llevaba metida en la funda del cinturón.

De nuevo, volví a fantasear con las diversas de formas que tendría de matarla entre estas cuatro paredes. Y me sentí verdaderamente tentado.

Mi bestia interior estaba empezando a despertarse. A pesar de ello, volví a contenerme.

No pensaba regresar a esa celda en mi vida.

Y, por supuesto, tampoco iba a permitir que Rhim acabase entre rejas.

Regreso al presente cuando un par de gotas de lluvia se deslizan por mi frente. La lluvia no me molesta, así que permanezco ahí parado, un par de minutos más. Concretamente, hasta que veo un todoterreno negro entrar en el recinto del motel que se dirige al aparcamiento subterráneo.

Tuerzo la sonrisa.

Arrojo la chusta mojada al vacío y vuelvo hacia dentro. Antes de bajar las escaleras, compruebo que la pistola de la agente Esposito, la misma con la que me disparó y que le robé, está cargada.

14
RHIM

Me echo agua fría en la cara y me agarro con fuerza al lavabo. Alzo la cabeza y observo mi reflejo en el espejo. Suelto un suspiro largo.

Esto es surrealista.

Si soy sincera, una parte de mí, una muy, muy pequeña, albergaba algún tipo de ¿choque de realidad? en el que cuando me despertase, él no estuviera ahí. Que todo hubiera sido producto de mi imaginación por el golpe que me di en la cabeza durante el accidente. Despertaría en un hospital, probablemente esposada y con una orden de arresto.

Pero no.

No he despertado en ningún hospital.

Y Massimo sigue aquí.

Haciéndolo más real aún.

Dios.

La habitación continúa vacía cuando regreso del baño. En uno de sus cambios repentinos de humor, se ha largado sin decir nada y me ha dejado aquí. Según él, deberíamos pasar dos días en este sitio porque era peligroso, pero cuando tiene la mínima oportunidad, se pira. Igual que cuando me he despertado, tampoco estaba. Ni siquiera sé a dónde ha ido.

Por un breve instante he sentido la necesidad de ir tras él. Algo que, sin duda, la antigua Rhim habría hecho. No obstante, he decidido quedarme donde estoy. Tal y como le he dicho a él, ya no soy aquella niñata. No pienso darle el placer de pensar que sigue teniendo algún tipo de control sobre mí.

Lo último que necesito es volver a esa dinámica enfermiza que teníamos; como si se tratase de un ni contigo, ni sin ti.

Me recojo el pelo en una coleta y cojo una gorra con el logotipo del motel que hay colgada tras la puerta. Doy un último vistazo a la habitación y salgo de ella.

No me cruzo con nadie por el pasillo, solo con un niño pequeño y su madre justo cuando estoy llegando a la recepción. Están tan centrados en algo que el niño lleva entre las manos que ni siquiera me prestan atención cuando nos cruzamos.

En la recepción, una mujer que rondará los sesenta y tantos, me ofrece una sonrisa detrás del mostrador.

—¿Ya estás mejor? —me pregunta.

Frunzo el ceño y ella acentúa la sonrisa.

—Ayer, cuando llegaste con tu amigo, estabas inconsciente.

¿Vio llegar a una chica magullada en los brazos de un tío y no se le ocurrió llamar a la policía? ¿O a una ambulancia?

—Me pagan por ver, oír y callar, cielo. Además de controlar el acceso de los clientes —dice al ver mi rostro confuso—. Y conozco a tu amigo. —Vuelve a esbozar una sonrisa y baja la voz —. Todo esto es suyo.

Vaya.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Necesitas algo? —me pregunta.

—¿Puedo utilizar el teléfono? Tengo que hacer una llamada y he perdido mi móvil.

—No tengo teléfono aquí, pero puedes utilizar el comunitario. —Señala con el dedo hacia el pasillo por el que he venido—. Está allí, junto a la escalera. —Abre un cajón y saca un par de euros de él, después me los acerca con la mano deslizándolos por la mesa. Sonríe otra vez y asiente con la cabeza.

—Gracias.

Regreso sobre mis pasos hasta el pasillo y hago un barrido rápido hasta localizar el teléfono, que parece abandonado, como esas antiguas cabinas que había distribuidas por las ciudades. Miro a mi alrededor e introduzco las monedas que me ha dado la señora.

Marco el número de Damiano de memoria. Esa fue una de las primeras clases que me dio cuando empezamos a trabajar juntos. Dijo que era importante memorizar los contactos telefónicos de mi gente más cercana para, en caso de una emergencia, o un peligro, pudiese contactar con ellos.

Me muerdo el labio mientras el teléfono comunica.

—¿Dígame? —contesta justo cuando estoy a punto de perder la esperanza.

—Damiano.

Recibo un suspiro de alivio por su parte al otro lado.

—Rhim, joder. Estás bien. ¿Dónde estás?

Me aclaro la garganta.

—Es una historia un poco larga. Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué pasa?

—Compra un billete de avión hacia Bangkok desde mi cuenta bancaria.

—¿A Bangkok? ¿Por qué? ¿Planeas marcharte?

—Cállate y haz lo que te digo —ordeno. Estoy un poco nerviosa—. Es para desviar la atención de la policía. Parece que se han puesto con ganas de tocarme los cojones.

—De acuerdo. Voy a ello. ¿Dónde estás? ¿Necesitas algo más? —Hace una pausa—. Joder, deberías de haber venido en el coche con Yeyu y conmigo. ¿Cómo coño se te ocurrió irte en la moto?

Tengo demasiadas preguntas que hacerle sobre Massimo que, por el momento, han de esperar.

—Por ahora ya está. No hables de esta llamada con nadie. —Carraspeo—. Te prometo que te llamaré pronto y… te contaré todo lo que ha pasado. Quédate con que estoy bien, ¿de acuerdo? Me han… —medito lo que voy a decir. Me mordisqueo el labio—. Alguien me ayudó anoche, durante la persecución. Me socorrió cuando tuve el accidente y me sacó de allí, para que la policía no me cogiese.

—¿Qué? —cuestiona entre confuso y sorprendido—. ¿Alguien? ¿Quién te…?

La llamada se corta y una voz mecánica me informa de que el tiempo ha finalizado. Suelto un resoplido y niego con la cabeza.

No importa.

Sé que Damiano hará lo que le he dicho. Es un soldado fiel.

El sonido de mis tripas rugiendo con urgencia hace que me lleve las manos al estómago. Sin saber muy bien qué hacer, regreso de nuevo a la recepción con intención de preguntarle a la mujer de antes si el motel dispone de alguna zona de bar o algo por el estilo, pero cuando llego, no está allí.

No hay nadie.

Me doy una vuelta por la recepción, esperando, y me quedo por allí varios minutos. La señora no regresa.

Mi instinto curioso me hace acercarme al escritorio y coger uno de los periódicos que se encuentran apilados en una esquina. Lo abro y miro en todas y cada una de las páginas. En ninguna aparece nada relacionado con la persecución o el hallazgo del cuerpo de una agente de la INTERPOL. Nada. Ni una sola noticia.

Como si no hubiera sucedido.

Lo que me lleva a confirmar lo que Massimo había dicho. Esto es un caso extraoficial. Van a ir a por mí sin hacer ruido. No quieren que los medios hagan eco de esto.

Dejo el periódico en su sitio y me quedo paralizada al ver un zapato asomando por debajo de la mesa.

Trago saliva y doy un paso atrás. Miro a mi alrededor, asegurándome de que no hay nadie, y aprieto los dientes antes de inclinarme de nuevo hacia adelante para mirar.

La señora de la recepción está ahí. Tiene el cuello rajado y un enorme charco de sangre se está formando bajo su cadáver.

Contengo la respiración.

Estoy a punto de echar a correr, pero entonces, alguien me golpea en la cabeza desde la espalda. La gorra sale despedida.

Por inercia, me caigo de rodillas. Noto como la sangre me bombea rabiosa por la herida que me ha provocado el golpe. Escucho pasos detrás de mí.

Estoy a punto de girarme cuando la misma persona que antes me ha golpeado en la cabeza, ahora me patea la espalda. No se detiene hasta que estoy tumbada en el suelo.

Me coloca el pie en el hueco del cuello y comienza a ejercer presión mientras grito hasta desgarrarme la voz. Noto como empieza a faltarme el aire.

Con la mirada borrosa, localizo el lapicero que había en la mesa de la recepcionista y que está tirado en el suelo. Hay unas tijeras entre los bolígrafos. Palmeo el suelo con desesperación, intentando atraparlas, y cuando lo consigo, sintiendo casi que la vida se me escapa por los pulmones, muevo el brazo veloz para clavárselas en la pierna a mi agresor.

El hombre grita y se tambalea hacia atrás, provocando mi liberación.

Me pongo de pie a duras penas sin dejar de frotarme el cuello y de toser y me enfrento cara a cara con él.

Es alto, demasiado alto. Me saca tres cabezas, mínimo. Está fornido y muy musculoso y tiene el pelo negro y rizado. Es la primera vez en toda mi vida que le veo. ¿Qué cojones quiere de mí?

Hace amago de abalanzarse sobre mí y yo le recibo con una patada en las costillas que le hace retroceder, aunque no amedrentarse. Me propina un puñetazo en la boca y yo escupo la sangre al suelo antes de devolvérselo junto a un rodillazo en los huevos.

Siento que la cabeza me va a explotar.

Aprovecho que ha bajado la guardia por el rodillazo y salto sobre su espalda para rodearle el cuello y comenzar a asfixiarle. Él camina hacia atrás hasta empotrarme contra la pared y cuando caigo al suelo, me agarro a su cinturón, del que cuelga una navaja manchada de sangre. Probablemente la haya utilizado para rajar el cuello a la anciana.

Sin meditarlo demasiado, le apuñalo con su propia arma en la parte baja de la espalda. Se gira de forma violenta y me agarra del pelo, momento que yo aprovecho para clavarle nuevamente la navaja, esta vez en el estómago, y muevo el brazo con precisión para provocar una incisión.

Mi agresor comienza a tambalearse hacia atrás, echando sangre por la boca. Extraigo la navaja y limpio su restos contra mi pantalón. Cae de rodillas delante de mí, llevándose las manos

a la herida que le he provocado, y le señalo con el cuchillo.

—¿Quién te envía? —mascullo. Tengo el corazón que se me sale del pecho y un sabor metálico que se extiende por mi garganta.

El hombre no responde. De su boca lo único que sale es sangre.

—Habla de una puta vez. ¿¡Quién te envía!?

—Do të të gjejë dhe do të të vrasë. (Te encontrará y te matará)

Frunzo el ceño. No he entendido nada de lo que ha dicho.

Él comienza a convulsionar. En un momento de descuido, se echa hacia delante y me quita la navaja de las manos. Me sostiene la mirada y sonríe. Se raja el cuello a sí mismo.

Justo cuando su cuerpo se desploma a mis pies, veo a Massimo aparecer por la puerta. Una mujer le acompaña.

Ambos miran al cadaver y luego me miran a mí.

Sostengo la mirada con Massimo y trago saliva. Él hace lo mismo. Sonríe.

Massimo sonríe.

Y a mí se me doblan las rodillas.

La cabeza me va a estallar.

15
MASSIMO

Me muevo con agilidad entre los coches que hay estacionados por el parking subterráneo del motel. Apenas tardo unos minutos en localizar el que estoy buscando.

Ella está ahí, apoyada sobre el capó y abrazada a sí misma. La gabardina negra que lleva puesta le llega a los tobillos. Parece inquieta, mirando a su alrededor de reojo.

No me hago de rogar.

Emerjo entre dos vehículos, provocando que la persona a la que he citado, alce la vista en mi dirección.

El rostro se le descompone.

Abre tanto los ojos que, por unos segundos, soy capaz de imaginarla con los globos oculares fuera de la cuenca.

—Qué… —murmura— Dios santo. ¿Massimo?

Tuerzo la sonrisa.

—Sorpresa. —Extiendo los brazos.

—No es posible. Esto no es… —Niega con la cabeza.

Me acerco a ella lo suficiente como para poder sujetarle la muñeca con firmeza. Está rígida. Seria e inexpresiva. Parece que ha envejecido cinco años de golpe.

—¿Qué no es posible, Yang Mi? —pronuncio su nombre con ansia.

—Moriste —pronuncia.

Suelto una carcajada y dejo de sujetar su mano. Retrocedo un par de pasos.

—Murió mi padre —respondo—. Yo no. La policía os hizo creer a todos lo contrario. Tu hijo te mintió.

Yang Mi Takahasi frunce el ceño.

—¿Qué? No. Zouk no nos habría ocultado una cosa así.

—Pues lo hizo. Y, por eso, ahora me vas a ayudar.

Sí.

Zouk Takahasi, el íntimo amigo de mi hermano, el policía más corrupto que pisa la comisaría, participó en el engaño de la INTERPOL. ¿Por qué estoy tan seguro? Porque cuando salí del hospital, antes de ser enviado a la prisión de Cerdeña, me visitó.

Quería interrogarme sobre las casas de putas que mi padre tenía en Albania.

Yo le pregunté qué pensaría el ingenuo de Niccolo si se enterase de lo que los cerdos de la policía italiana y la INTERPOL tenían entre manos y me aseguró de que no lo haría, porque yo acabaría muriendo entre rejas.

—Mi hijo no es un rastrero como tú —espeta Yang Mi.

Sin escatimar demasiado, la sujeto por el cuello y ejerzo presión. Apenas me cuesta levantarla del suelo.

—Lávate la boca antes de compararme con el niñato de tu hijo. —Mantengo la presión durante varios segundos, hasta que la suelto de golpe—. Aunque he de reconocer que tenemos algo en común. —Sonrío con malicia y ella frunce el ceño—. Ambos hemos matado a nuestro progenitor. Y ahora no vengas a fingir que no lo sabías. La historieta de un ajuste de cuentas de la Yakuza no se la cree nadie.

—¿Qué quieres, Massimo? ¿Por qué me has citado aquí? —murmura Yang Mi frotándose el

cuello con la mano e ignorando lo que he dicho sobre su hijo. No tiene nada que rebatir porque sabe tan bien como yo que es cierto.

—Quiero que me ayudes. Que me brindes protección. —Me cruzo de brazos—. A mí y a… una amiga. Me consta que existe un trato de favor bastante indulgente entre vosotros y la INTERPOL. —Me encojo de hombros—. ¿No te parecen unos hipócritas? Sé sincera, Yang Mi. Quieren exterminar lo que somos y a lo que nos dedicamos y, sin embargo… son capaces de cerrar los ojos y dejar que sigáis operando en sus narices a cambio de nada.

—Alcanzamos un acuerdo —explica ella con nerviosismo.

—Un acuerdo —repito—. Un acuerdo que no hace más que reflejar lo hipócritas que son. Y que muestra cuan corrompido está el mundo. Ni siquiera los que deberían de hacer el bien son capaces de seguir sus principios. —Suspiro—. La doble moral de algunos me pone enfermo, ¿sabes?

Yang Mi se humedece los labios.

—¿Por qué quieres que te brinde protección? —pregunta con impaciencia. Esta mujer nunca ha sido de mi agrado, pero es poderosa. La necesito—. ¿Qué es lo que has hecho?

—Romper con las cláusulas de un contrato de colaboración con la INTERPOL, matar a una agente y… escapar. Entre otras. —Me encojo de hombros y hago caso omiso a su expresión—. La INTERPOL no puede ordenar mi detención porque no disponen de ese poder, sin embargo, la policía sí que puede. Y resulta que tu hijo es el inspector. —Suspiro—. Tengo información muy fea sobre él que podría destrozar su carrera de un plumazo. Y eso también te afectaría a ti, como diputada del senado y aspirante a la alcaldía de Roma. A nadie le gustan los corruptos.

Yang Mi se queda mirándome en silencio. Analizándome minuciosamente. Aprieta los labios y asiente lentamente, aunque parece pensativa.

—Hablaré con mi hijo, pero no te garantizo nada.

—Creo que no me has entendido, Yang Mi. —Me humedezco los labios—. Vas a hablar con tu hijo, sí. Pero le vas a decir que sabes su secreto. Que sabes que participó en el burdo teatro de esos agentes de pacotilla. Y le dirás que me vas a proteger porque si no, os iréis a tomar por culo. Y a ti te mataré delante de él. Se me da bien enseñar a las malas el porqué de las cosas. —Sonrío y ella resopla—. Tú decides, querida. O estás conmigo o estás muerta.

—Estoy contigo —contesta de mala gana. Enarca las cejas—. ¿Quién es la otra persona? Has dicho que el trato te abarcaba a ti y a alguien más.

Me pongo a su lado, apoyando la espalda en el capó de su coche.

—¿Has oído alguna vez hablar de la Reina?

Yang Mi me mira con cierta sorpresa.

—No la conozco, pero he escuchado algunas cosas sobre ella —admite—. Ninguna buena, claro. ¿Por qué? ¿Es ella?

—Sí.

—¿De qué la conoces?

Me encojo de hombros.

—Se podría decir que es la mujer de mis siete vidas.

Ella me observa sin decir nada. Entrecierra los ojos, pensativa, y luego niega lentamente.

—Joder.

—¿Qué?

—Nada. No me lo esperaba. —Se aclara la garganta—. ¿Qué le pasa? ¿Está aquí en Roma?

—La INTERPOL la tiene fichada. Quiero el mismo trato para ella. Protección frente a los cuerpos de seguridad.

Yang Mi asiente con la cabeza.

—Massimo Vizzini preocupándose por alguien más que no sea él mismo. Desde luego, el tiro fallido en la cabeza te ha afectado —dice señalándome la cicatriz de la frente. Suspira.

Ignoro sus palabras.

—Vamos, te presentaré a Rhim. Cuanto antes empecemos con esto, mejor. Necesito poder andar con libertad sin sentir que tengo un puto rifle pegado a la nuca, ¿entiendes?

—Claro.

Comienzo a caminar para salir del parking y Yang Mi me sigue de cerca. No me inmuto al darle la espalda, sé que no va a hacer nada que tenga que lamentar. La conozco. Es una mujer inteligente. Por eso estoy seguro de que tarde o temprano, querrá cobrarse lo que va a hacer por mí.

Justo cuando cruzamos las puertas del motel, que llevan directamente a la recepción, nos encontramos con una escena de lo más… sorprendente.

Rhim, con la cabeza sangrando y las manos llenas de sangre, está delante de un tipo arrodillado que, en el momento en que nosotros aparecemos, se raja el cuello a sí mismo.

Ella alza la vista, como si supiera que estoy allí, y nos quedamos mirándonos.

No sé cómo de apropiado resulta decir esto, pero…

Verla así, visceral y oscura, sacando a relucir su lado más animal, ha hecho que se me ponga dura.

Demasiado.

Me la follaría aquí mismo. Sobre el charco de sangre.

Le sonrío con complicidad.

Intenta devolvérmela, pero se desploma de rodillas al suelo y se lleva las manos a la cabeza.

Es Yang Mi quien toma la delantera y va hacia ella.

Mientras mi acompañante intenta taponar la herida que tiene en la cabeza, yo le echo un vistazo al tipo con el que se ha enzarzado en una pelea mortal.

No le conozco.

Me agacho junto al cadáver y le levanto el brazo para ver el tatuaje que decoraba el dorso de su mano izquierda.

La silueta de dos pájaros con el pico abierto dentro de un escudo.

O lo que es lo mismo: el distintivo de la mafia albanesa.

Miro a Rhim con los ojos entrecerrados.

—Pequeña, me temo que se acaba de añadir un problema más a tu lista —digo—. Alguien de la mafia albanesa quiere tu cabeza.

16
RHIM

Yang Mi Takahasi, enfundada en un vestido de color negro y unos tacones de aguja del mismo color, regresa al salón de su casa con una bolsa de guisantes congelados y me la entrega.

—Póntelo en la cabeza. El frío te vendrá bien para la inflamación y te aliviará el dolor.

Asiento. Sigo con la mirada cada uno de sus movimientos.

—Gracias.

Massimo, sosteniendo una copa de whisky en la mano, está junto a la ventana, dándome la espalda.

Mi primera toma de contacto con esta señora ha sido, desde luego, peculiar.

No tenía por qué hacerlo, pero me ha ayudado. Hasta me ha traído a su casa y me ha curado la herida que ese cerdo cabrón me ha hecho en la cabeza cuando me ha atacado por la espalda.

Massimo ha dicho que nos iba a ayudar. Ella no lo ha negado.

Me sorprende que vaya a hacerlo, teniendo en cuenta que su hijo es quien es.

Aunque lo que verdaderamente me preocupa ahora mismo no es eso. Sino mi atacante. Y lo que dijo Massimo.

La mafia albanesa.

En cuanto lo escuché, inevitablemente pensé en Ion Nikolli. Es la única persona de ese grupo criminal con la que he tratado. El día que íbamos a hacer el negocio ocurrió lo de la redada policial y…

Escapó.

Joder.

¿Por qué querría venir a por mí? No tiene sentido.

Yang Mi no me quita el ojo de encima.

—¿Qué? —le digo.

Massimo, al escucharme, voltea para mirarnos. No dice nada.

Yang Mi se aclara la garganta.

—Nada. Solo… estoy sorprendida. No me esperaba que la Reina, fuese una cría. ¿Cuántos años tienes?

—Casi veinticuatro —contesto sin perder el contacto visual con ella—. La edad solo es un número, Yang Mi. La experiencia, y la vida, son lo que nos hacen madurar, no cumplir años.

Ella aprieta los labios y asiente, le lanza una mirada breve a Massimo y vuelve a mirarme a mí.

—¿Puedo preguntar cómo es que os conocéis? —cuestiona a la par que toma asiento a mi lado y cruza las piernas. Se sirve una copa de whisky con ansia—. Me temo que Massimo no me ha dado demasiados detalles.

—¿Importa? —cuestiona él.

—Importa si voy a participar en esto —concluye Yang Mi—. Vosotros partís de un punto en el que ya tenéis información sobre el otro, también sobre mí. Me gusta jugar en igualdad de condiciones. Por lo que pueda pasar. Además, —Me mira—, a él prácticamente le he visto nacer. Sé todo lo que tengo que saber. Tú, sin embargo, eres una completa incógnita. Lo único que sé es lo que se habla sobre ti en la esfera de la mafia, y supongo que ya sabrás que, en ese ámbito, a ninguno nos precede una buena reputación.

—Si nos precediera una buena reputación, entonces estaríamos haciendo algo mal, ¿no?

Ella suelta algo parecido a una carcajada.

—Exacto.

Me aclaro la garganta y regreso al tema por el que ella ha preguntado.

—Massimo me salvó la vida. Varias veces —explico de forma un tanto concisa.

Yang Mi asiente, aunque no puedo pasar desapercibida su expresión de sorpresa.

—¿Cuándo y por qué?

—Hace cinco años. Estábamos en Seúl, mi ciudad natal.

—Es la hija de Jeong Sun-ho —dice entonces Massimo, captando la atención de Yang Mi y haciendo que ella me lance una mirada significativa. Parece que se esperaba cualquier cosa menos eso.

—Por tu cara, he de suponer que sabes quién es.

Ella suspira.

—Por desgracia. —Hace una mueca—. Mi marido y él eran íntimos, junto a Xiang Tao y Matteo. —Se aclara la garganta—. No sabía que tuviese hijos. ¿Trabajas para él?

—No. Mi padre está muerto.

Mi respuesta le provoca una nueva sorpresa.

—Te diría que lo lamento, pero estaría mintiéndote. Era un hijo de puta.

Me muerdo el labio, aunque no puedo evitar esbozar media sonrisa. La acabo de conocer, pero me cae bien.

—Y si lo hicieras, yo te diría que ha sido duro, porque le quería mucho, pero también te estaría mintiendo. Sé que era un hijo de puta. —Hago una pausa—. Fui yo quien le mató.

Alza las cejas. Intercambia una mirada con Massimo, como si estuviese preguntándole si es cierto lo que digo. Él asiente.

Me observa con interés. También con curiosidad.

—Entiendo, entonces, que le mataste para quedarte con su negocio —teoriza.

Niego con la cabeza.

—Le maté porque iba puesto de heroína hasta las cejas. Intentó violarme y yo me defendí. —Veo tan lejano aquel suceso que ya apenas me inmuto cuando lo exteriorizo. La chica asustada que golpeó a su padre en la cabeza y huyó, dejándole morir desangrado, se sorprendería de la mujer que es hoy día—. Lo de quedarme con su negocio vino después. —Me aclaro la garganta y miro de reojo a Massimo, que también está mirándome mientras bebe de su copa—. Pasaron demasiadas cosas para que yo acabase por tomar esa decisión.

—¿Massimo y tú habéis sido aliados este tiempo?

Rompo el contacto visual con Massimo al agachar la mirada. Yang Mi se ha percatado de ello.

Carraspeo.

—No. Él se marchó y no le volví a ver hasta… ayer.

Yang Mi entrecierra los ojos y me observa fijamente. Parece estar maquinando algo en su cabeza. Le mira.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué? —contesta él de mala gana.

—¿Por qué te marchaste?

—Tenía asuntos que atender. —Hace una pausa—. Acabar con mi padre, por ejemplo.

—Mataste a tu padre el año pasado. Esto que ella me está contando fue hace cinco.

—Quise tomarme mi tiempo —responde—. Devolverle lo que me había hecho poco a poco.

Yang Mi suspira.

—Ya hablaremos del caso de tu padre en otro momento. Hay muchos temas de los que tenemos que ponernos al día, me temo. —Me palmea la rodilla—. ¿Qué puedes contarme sobre el hombre que te atacó? ¿Tienes algún tipo de conexión con los albaneses?

—Yo también quiero jugar en igualdad de condiciones —le digo, repitiendo lo que ella nos ha dicho—. Ahora me toca a mí preguntar. ¿Por qué nos vas a ayudar? ¿Qué esperas a cambio?

Suspira y menea la cabeza.

—No es que Massimo me haya dejado otra alternativa —responde—. Mi hijo está en medio y… haría lo que sea por él. Incluso colaborar con el mismísimo demonio.

Trago saliva sin poder evitarlo y comienzo a juguetear con mis dedos. La entiendo. Si Aurora pudiese salir salpicada de algún peligro, yo sería la primera en sacar las uñas. Iría al infierno con tal de mantenerla con vida.

Cambio la expresión rápido. No quiero que ninguno de los dos se percate de que, sin saberlo, Yang Mi ha tocado uno de mis puntos más vulnerables y que no dejo salir a la luz con frecuencia.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué esperas a cambio? —repito la pregunta.

—No espero nada a cambio. Lo único que espero es que nadie de los míos salga herido por esto, porque entonces, tendremos un problema. —Mira a Massimo—. Entre los míos se encuentra tu hermano Niccolo, así que ándate con ojo.

Massimo se acerca a nosotras y se encara con Yang Mi. Ella no recula, tampoco se inmuta.

—¿A ti quién coño te ha dicho que yo quiera matar a mi hermano?

—¿Tus antecedentes?

—Mi hermano es un puto grano en el culo. No soporto sus moralismos de mierda, pero por extraño que te parezca, no quiero quitármelo de en medio. Me la suda su existencia. —Menea la cabeza mientras habla. Suena calmado, cosa que me sorprende—. Mi problema siempre fue mi padre. Él no.

—¿Te olvidas de Aryanna?

—¿Qué coño pasa con ella?

—Para no ser tu problema, te cebaste con él. ¿No crees? —Yang Mi está muy seria y yo no estoy entendiendo nada. ¿Quién es Aryanna?

Massimo bufa y niega.

—Seguía órdenes de mi padre.

—¿También las seguías cuando asesinaste a Nicole Laurent? ¿O mejor hablamos de Bela? ¿O de tu hermana Chiara?

Veo como Massimo aprieta los puños. Su respiración comienza a agitarse. Me da la sensación de que, en cualquier momento, va a enzarzarse en una pelea con Yang Mi. Ella no parece preocupada.

—Tienes muchas cuentas pendientes con tu pasado, Massimo —habla de nuevo Yang Mi sin dejar de mirarle a los ojos—. Tarde o temprano empezarás a cobrártelas. Una por una.

Massimo golpea el respaldo del sofá con el puño cerrado y se va. Le sigo con la mirada hasta que desaparece por el pasillo y, como siempre, me siento tentada a ir tras él. Yang Mi parece notarlo, por eso me sujeta por la muñeca cuando hago el amago de levantarme.

—Será mejor que le dejes solo. Dudo mucho que ahora mismo vayas a ser bien recibida. Por mucho aprecio que te tenga.

Asiento y me quedo donde estoy, junto a ella.

El silencio empieza a consumirnos. A mí me arde en la punta de la lengua.

—Le conoces muy bien —acabo soltando.

—Ya te he dicho que, prácticamente, tanto a él como a sus hermanos, les he visto nacer, crecer y convertirse en los adultos que son hoy día.

—¿Quiénes eran esas mujeres de las que hablabas antes? No me suenan.

Yang Mi aprieta sus labios pintados de rojo y carraspea.

—No te conozco, pero por lo poco que sé de ti, puedo asegurar que eres una mujer inteligente. De no serlo, no estarías donde estás. —Traga saliva—. Así que seré breve y no entraré en detalles escabrosos. Si conoces a Massimo lo suficiente, sabrás que no le tiembla el pulso con nada, mucho menos con nadie. Y que siempre ha sido el perrito faldero del cabrón de su padre. Ata cabos, querida.

Por supuesto que sé la clase de persona que es Massimo. Creo que lo sé incluso mejor que ella, porque yo he cruzado sus propios límites. Aunque haya sido por unos minutos. Instantes efímeros que me mostraron la vulnerabilidad de un niño que creció sin amor y al que la vida, el mundo y su propia familia, moldeó para convertirse en el hombre que es.

—¿Sabes por qué mató a su padre? —le pregunto.

—No —admite—. Por la violencia cruda de la escena, se determinó que había sido un arrebato producido por el consumo excesivo de alcohol y drogas. Como te he dicho, era su perrito faldero. Mataba por complacerle. Dudo que lo hiciera consciente.

—Le mató porque le odiaba —explico—. Porque él ya había intentado matarle antes, cuando nos conocimos. Tú quizá le conozcas desde que nació, pero yo le conozco en un plano distinto.

—Follarte a un monstruo no hace que le comprendas mejor. Ni que le conozcas —espeta—. Entiendo que te sientas agradecida con él porque te salvó la vida, pero la gratitud con personas como él, acaba por consumirte.

—Es posible, pero todo monstruo tiene detrás una historia. La diferencia entre vosotros y yo es que yo quise saberla. Vi más allá de lo que había delante de mí. ¿O es que ahora sois todos unos santos que no habéis roto un plato en vuestra vida?

Me pongo de pie con intención de marcharme al dormitorio que Yang Mi ha dispuesto para mí. No quiero seguir hablando. Aun me duele la cabeza por lo de hace un rato y esta conversación me ha afectado más de lo que me gustaría.

Recorro el pasillo a paso ligero y freno en seco cuando escucho un golpe. Abro una de las puertas y me muerdo el labio al ver a Massimo, sin camisa, con los puños llenos de sangre. Él me mira y tensa la mandíbula. Se da la vuelta, dándome la espalda, y yo, sin saber muy bien qué estoy haciendo, entro en la habitación.

Me quedo lo suficientemente cerca de él como para poder colocar mi mano sobre su espalda. Noto como se le tensan todos y cada uno de los músculos, también como se estremece.

—¿Tú también vienes a tocarme los cojones?

—No —murmuro—. He oído un golpe y… solo quería saber si estabas bien.

Se sacude, haciendo que despegue mi mano de su piel. Sigue dándome la espalda.

—Ya ves que sí. Puedes irte.

—Puedo, pero no quiero.

—Pues deberías.

—¿Por qué? ¿Tanto te ha molestado lo que te ha dicho Yang Mi para que estés así?

Se voltea y me mira a los ojos. Hago lo imposible por no dejarme absorber por el intenso azul de su mirada.

—Me importa una mierda lo que ha dicho.

—¿Entonces?

Se queda callado. Aprieta los dientes y la mandíbula se le marca aún más. Yo trago saliva y me aventuro a sujetarle la barbilla a sabiendas que puede acabar muy mal. Él no rompe el contacto visual conmigo, tampoco se mueve. Se queda estático, como si fuera un maniquí.

—Entonces nada —murmura.

—Sé que hay algo que te ha molestado. De lo contrario, no te habrías ido así. Tampoco te habrías hecho esto. —Con la mano que tengo libre, busco la suya. Entrelazo nuestros dedos y me mancho los míos con su sangre.

—Sus nombres —dice—. Me ha molestado escuchar sus nombres. Nicole y… Bela.

—¿Te hace sentir culpable?

—No.

Silencio.

Abandono su barbilla para acariciarle la mejilla con lentitud. Mi parte racional está chillando en este momento. Obligándome a parar. A salir de la habitación. Dejarle ahí, solo. Me grita al oído que solo soy una distracción para él y para su explosión de emociones.

Quizá tenga razón y yo solo sea el parche de su malestar.

Pero…

El veneno de Massimo habita en mi interior.

Me corre por las venas.

—¿Y qué es?

—Rabia. Ganas de volver a matarlas.

No me sorprende lo que dice.

—¿Por qué?

—Me traicionaron. —Cierra los ojos cuando asciendo la mano por su rostro y le acaricio la sien—. Todos han acabado traicionándome de algún modo. Y eso me enfada, porque yo a los míos les soy leal. Soy un puto hombre de honor. Me han enseñado a serlo toda mi vida. —Abre los ojos—. Y todos aquellos a los que he sido leal, han acabado jugándomela. Todos menos tú.

Pega su frente a la mía y suspira.

—Todos menos tú —repite.

El corazón me late con demasiada fuerza. Y los latidos se incrementan cuando sus labios rozan los míos, haciéndome arder.

Me separo de él dando un paso atrás, intentando recuperar el aliento que me ha robado con un simple roce. Nos quedamos mirándonos.

No sé cuántos segundos pasan hasta que nos arrancamos la ropa.

Massimo me besa con ferocidad y deseo. Sus manos me exploran de arriba abajo y yo siento que implosiono cuando dos de sus dedos se cuelan en mi interior. Ardo.

Me empotra contra la cómoda y me levanta en peso para subirme sobre ella, dejándome al borde mientras me sujeta por la espalda. Me separa las piernas, haciéndose hueco entre ellas y yo cuelo las manos para agarrarle su más que erecto miembro. Está hinchado, duro y muy caliente. Comienzo a menearlo de arriba abajo mientras él echa el cuello hacia atrás y se deja hacer. Me pone demasiado verlo sucumbir al placer que le provoco.

Me escupo en una de las manos y continuo masturbándole hasta que me sujeta por la muñeca con fuerza, haciendo que me detenga. Nos sostenemos la mirada y sonríe de lado. Se hunde en mi interior escasos segundos después.

Me folla con ímpetu y excitación desmesurada. Yo acabo mordiéndole el hombro para

evitar que se me escuche gemir. O gritar.

Sin dejar de embestirme, Massimo me sujeta el cuello con una mano y ejerce un poco de presión. Por irónico que parezca, sentir que empieza a faltarme el aire mientras me folla de esta forma tan salvaje, hace que me excite aún más.

Por eso termino alcanzando el éxtasis al poco rato.

Massimo me suelta el cuello y lleva sus dedos hasta mi boca. Se los chupo sin dejar de mirarle y vuelvo a correrme como un jodido animal cuando es él quien alcanza el orgasmo.

Sale de mi interior y se echa a un lado, apoyándose en la misma cómoda en la que me ha follado. Se le han saltado los puntos de la herida que le intenté curar y está sangrando, aunque no parece especialmente preocupado.

Me bajo de la cómoda dando un salto y recojo mi ropa del suelo. Me visto en completo silencio mientras él, aún desnudo, me observa. Conozco esa mirada.

Sé lo que va a pasar a continuación.

Por eso, decido adelantarme.

—No hace falta que digas nada. Ya sé de qué va la cosa. —Carraspeo—. Esto no cambia nada —alzo la voz. No soy la niñata que se comía el tarro después de que se la follase y la echara de malas maneras de su habitación. Ha sido sexo. Sexo y nada más. Él lo necesitaba y yo también. Sin rencores—. Nunca lo ha hecho, ¿no?

Le miro y él también lo hace. Asiente sin decir nada y yo imito el gesto.

Me voy sin despedirme, tal y como él siempre ha acostumbrado a hacer.

17
RHIM

Me encuentro a Yang Mi apoyada en la pared frente a la puerta de la habitación en cuanto salgo. Me sobresalto al verla ahí.

—Joder —murmuro—. ¿Qué haces ahí?

—Esperarte —responde con retintín—. No quería… interrumpir. Antes no hemos acabado la conversación como me hubiese gustado. Está siendo un día de locos, lo sé. Me gustaría que hablásemos.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué quieres ahora?

Señala una doble puerta con cristaleras y camina hacia allí. La sigo con poca ansia. Aún tengo el organismo completamente revolucionado. Las manos de Massimo continúan por todo mi cuerpo. Soy capaz de sentirlas.

La sala en la que entramos parece un despacho y una biblioteca al mismo tiempo, pero con una decoración minimalista. Todo es demasiado blanco. Tanto, que incluso me molesta a la vista.

Yang Mi se sienta en uno de los sillones y se queda mirándome. Parece tranquila.

—Siéntate. Quiero hablar contigo.

Tomo asiento en el sillón que queda justo enfrente del suyo y me cruzo de piernas. Ella me imita.

—Como te he dicho antes, entiendo que te sientas agradecida con él. Es evidente que habéis hecho cosas el uno por el otro y que os apreciáis mutuamente, porque, permíteme que te diga, eres la primera mujer a la que veo que trata casi como a una igual. Incluso te ha permitido invadir su espacio, hablar con él. —Asiente con lentitud, asimilando lo que ella misma está diciendo—. No te conformes con las migajas que una persona como él pueda ofrecerte.

—Una persona como él —repito sus últimas palabras—. ¿Acaso sabes como soy yo? —Me río—. No quiero sus migajas. Ni las suyas, ni las de nadie. He estado muy bien todos estos años, Yang Mi. No necesito a un hombre a mi lado para reinar, ¿o no se nota? —Aprieto los puños—. ¿Por qué tengo la sensación de que intentas ponerme en su contra? Si así es como dices que pretendes ayudarnos, esto se acaba aquí y ahora.

—No es eso. Es que… Eres joven. Demasiado joven para la vida que llevas. Ahora quizá todo sea muy excitante, la adicción a la adrenalina, el frenesí… De aquí a unos años, cuando cargues demasiados cuerpos a tu espalda y empieces a perder el sueño, pensarás que igual las cosas podrían haber sido diferentes. Que tú eras diferente.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Me ofrece una sonrisa maternal.

—Cariño, le vendí mi alma y mi vida a la Yakuza cuando tenía dieciocho años. —Se arremanga una de las mangas del vestido y me muestra sus tatuajes—. Ahora tengo cuarenta y siete y sigo estancada en la misma vida. Así que, créeme cuando te digo que sé de lo que hablo.

Trago saliva.

—Yo no hice esto por amor, y mucho menos por él —digo—. Lo hice por mí. Por garantizar mi supervivencia. Porque era lo que quería hacer. Yo tomé la decisión. Pude negarme y seguir con mi vida y no quise. Así que déjate de leccioncitas, no me interesa escucharlas. —Me encojo de hombros—. No me arrepiento de nada de lo que he hecho para llegar donde estoy. Soy

la puta reina del tablero y eso no va a cambiar. Ni siquiera el hecho de que la INTERPOL esté siguiéndome la pista va a sacarme del juego. Tampoco que la jodida mafia albanesa quiera mi cabeza. Voy a salir de esta. Como siempre. —Sorbo por la nariz—. Porque soy una superviviente.

Yang Mi entrecierra los parpados y asiente.

—Admiro tu determinación. Tienes madera de líder, eso es indiscutible. Pero… ¿qué hay de tu hija? ¿Dónde encaja en todo esto? Deberías de saber que en nuestro mundo, las amenazas, en ocasiones, van dirigidas a los eslabones más débiles.

Dejo de respirar.

Hasta diría que mi corazón ha dejado de bombear.

Entro en una especie de trance.

—Eres la madre de Aurora, ¿no? —cuestiona bajando la voz. Escucharla hablar de nuevo me obliga a volver sobre mí misma. Estoy muy nerviosa—. Las fechas cuadran y el parecido es evidente, pero…

—¿Qué coño sabes tú sobre mi hija? —espeto al tiempo que suelto el aire que había contenido. Noto como el calor invade mi rostro.

Yang Mi se frota las manos y se pone de pie, me hace un gesto con la mano para que la siga.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

—No pienso moverme de aquí hasta que no me digas qué es lo que sabes.

—No te va a quedar otra que confiar en mí, querida. —Me mira a los ojos—. Vamos.

Sale por la misma puerta que hemos entrado. La sigo a toda prisa con el corazón en un puño y rezando para que a Massimo no le dé por aparecer. Lo último que necesito ahora mismo es que me vea así y quiera saber los motivos.

Yang Mi y yo llegamos a la puerta principal de la casa y salimos al rellano del edificio en el que vive. Ella camina con calma hasta llegar al ascensor. ¿Por qué cojones va tan tranquila?

Vamos en el ascensor la una al lado de la otra.

—Habla de una jodida vez —murmuro—. ¿Qué sabes de mi hija?

—Cálmate, Rhim. Enseguida lo verás.

—No puedo calmarme.

Le pego un empujón, haciéndola chocar con el espejo del ascensor y le clavo el antebrazo en el cuello.

—¡Basta ya! ¡Quiero saberlo! ¿De dónde has sacado la información?

Yang Mi, con la misma elegancia que ostenta, se deshace de mí retorciéndome el brazo y estampándome la cara contra el panel de botones de los pisos.

—He dicho que mantengas la puta calma. Enseguida te diré lo que quieres saber.

Me suelta en cuanto las puertas se abren. Se alisa el vestido con las manos y salimos. Estamos en otro rellano igual que el suyo, aunque este está decorado con estatuas de porcelana.

El sonido de sus tacones repiqueteando por el suelo me pone de los putísimos nervios.

Llegamos hasta la única puerta que hay y, antes de llamar al timbre, Yang Mi me ofrece una sonrisa sin enseñar los dientes.

La puerta se abre segundos después.

Una mujer de pelo largo y castaño alterna la mirada entre Yang Mi y yo, aunque se detiene más de la cuenta en mí.

¿Quién es esta señora?

—¿Quién es, abuela? —una voz infantil hablando en inglés hace que el corazón me dé un

vuelco.

Yang Mi me coloca la mano en la espalda y me invita a pasar. No soy capaz de moverme.

Detrás de la mujer que nos ha abierto la puerta, hay una niña.

Pelo castaño y largo, ojos azules idénticos a los de su padre y una sonrisa a la que le faltan un par de dientes.

—Dios mío —susurro.

—¿Mami? ¡¡MAMI!! Sabía que vendrías a verme.

Aurora corre hasta mí para abrazarme y yo rompo en llanto mientras hundo la nariz en su pelo.

—Mi amor… —consigo murmurar sin dejar de abrazarla— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo…? Dios, que mayor estás…

Consigo levantar la cabeza y miro a Yang Mi. Me guiña el ojo.

—Vamos, mami. ¡Entra! Te voy a enseñar todos los juguetes nuevos que tengo.

Aurora tira de mi mano y yo camino como si estuviera en una nube. La distribución de la casa es igual a la de Yang Mi. Incluso los muebles y la decoración son parecidos. Me siento completamente fuera de lugar. Desorientada. Están siendo demasiadas emociones seguidas.

Mi hija se tira al suelo, a unos metros de mi posición, y comienza a coger muñecas para enseñármelas, pero yo no consigo focalizar toda mi atención en ella. No puedo salir del shock.

No entiendo nada.

Aurora estaba en un internado. Joder, le pagué una pasta a la directora para que restringiera las visitas a cualquier persona que no fuésemos Damiano o yo. Y nadie excepto nosotros sabía la ubicación del centro. Ni siquiera Yeyu.

Esto no tiene puto sentido.

¿Qué hace aquí? ¿Por qué Yang Mi sabía de su existencia?

Yang Mi, junto a la mujer que nos ha abierto la puerta, me observa con atención.

—Te he dicho que tuvieras paciencia.

—¿Cómo es posible? Nadie sabía dónde estaba… Nadie conocía su existencia… ¿Has mentido sobre lo de que no sabías nada sobre mí? ¿Me habías estado espiando todo este tiempo y has fingido ayudarme…? —Me paso las manos por el pelo con nerviosismo—. ¿Estás tratando de utilizar a una niña de cinco años para amenazarme? ¿Es eso?

Niega con la cabeza.

—No. Te he traído aquí porque he creído conveniente que supieras dónde está tu hija. Tenías derecho a saberlo. Si yo estuviese en tu lugar, me habría gustado saberlo. —Carraspea—. Te voy a ayudar por los motivos que ya sabes. Y a él también, pero no por lo que tú crees.

Frunzo el ceño. ¿Qué quiere decir con eso?

En ese momento, Aurora llega corriendo hasta nosotras y tira de la manga del jersey a la mujer que nos acompaña. Ella le sonríe de oreja a oreja; le brillan los ojos cuando la mira.

—Abuela, ¿has visto a mi mami? ¡Te dije que vendría pronto a buscarme! —exclama mi hija emocionada.

¿Abuela?

La miro de arriba abajo, esta vez con más atención que anteriormente, y siento como un nudo enorme comienza a formarse en mi estómago y mi garganta.

Dios mío.

No puede ser verdad.

Es la mujer que vi en el cementerio.

Estoy segura.

Es…

—Rhim —Yang Mi pronuncia mi nombre, obligándome a mirarla—. Te presento a Norma Vizzini.

Joder.

Es la madre de Massimo.

¿Está viva?

Mi mente se teletransporta a cinco años atrás. En aquel piso del barrio de Nomentano, aquí, en Roma. A una conversación que tuvimos.

Acabábamos de tener un momento de autentico descontrol. Después de haberme dejado sola en aquel apartamento, se presentó borracho en mitad de la madrugada y me hizo una no-confesión sobre lo que sentía cuando estaba conmigo. Dijo que no podía sacarme de su cabeza.

Acabamos follando como locos en el sofá del salón. Después nos dimos una ducha juntos.

Las cicatrices que decoraban cada parte de su abdomen y pecho siempre fueron algo que, inevitablemente me llamaban la atención. Él las odiaba. Eran el vivo recordatorio del poder que su padre había tenido sobre él durante toda su vida.

—¿Tu madre permitió que él te hiciera esto? —Señalé las cicatrices de su torso con la cabeza mientras el agua de la ducha caía sobre nosotros.

Massimo se rio, aunque su carcajada, completamente vacía, no mostró un ápice de gracia. Cerró el grifo y me sostuvo la mirada con fijeza.

—Mi madre me quería tanto que se suicidó y me dejó con él, ¿responde eso a tu pregunta?

Regreso al presente y me llevo, sin poder evitarlo, las manos a la boca.

—Norma Vizzini —repito casi tartamudeando—. La… Joder.

—La madre de Niccolo, Chiara, Luca y… Massimo —habla la mujer ofreciéndome una sonrisa algo triste—. Me alegra conocerte por fin. La pequeña no ha dejado de hablar de ti ni un solo día.

—Pero… estabas muerta. Él dijo que… Joder.

—El precio de la supervivencia siempre es alto —dice Yang Mi—. Ya te he dicho que había muchas cosas de las que teníamos que hablar. Aunque ahora no sea el momento.

—¿Cómo que no? ¿Y cuándo es el puto momento? —espeto—. Quiero respuestas y las quiero ya. ¿Cómo cojones la has encontrado? —Señalo a mi hija con la cabeza—. ¿Y cómo es que tú…? ¿Cómo es posible que estés viva? Él te vio, en la bañera. Estabas muerta.

Norma agacha la mirada, parece entre avergonzada y nerviosa.

—Fue Niccolo quien encontró a Aurora. Él la trajo —dice Yang Mi, contestando a una de mis preguntas—. Lleva aquí desde el verano pasado.

¿Desde verano?

No me lo puedo creer.

Dios.

La culpabilidad por no haber llamado una sola vez al internado en todo este tiempo comienza a carcomerme.

—¿Niccolo? —cuestiono sin entender nada—. ¿Qué tiene que ver Niccolo en esto?

—Según me contó, Massimo le dejó una carta antes de morir —explica Yang Mi sin dejar de mirarme. Habla de Massimo como si no estuviese en el piso de arriba, lo que me hace pensar que igual su madre tampoco sabe que está vivo. Madre mía—. Le pidió que, en caso de que le ocurriese algo, se hiciera cargo de una niña que estaba en un internado en Suiza. Afirmaba que era su hija. Dejó la dirección y… cuando Niccolo encontró la carta, fue a buscarla.

El corazón me bombea feroz.

—Eso es imposible —murmuro.

—¿Por qué?

—Porque nunca le dije a Massimo que estaba embarazada.

Norma y Yang Mi intercambian una mirada confusa.

—¿Estás segura?

—El día que me enteré que estaba embarazada, se marchó y no volví a verlo. Estoy completamente segura. Él no podía saber nada.

No podía saberlo. Es imposible.

Es…

‘‘Hasta hace un año, Damiano y yo hablábamos de vez en cuando. Me mantenía al tanto de todo. Por eso nunca te llamé. Porque sabía que estabas bien. Y que ya no me necesitabas’’.

Él no sería capaz.

No me haría eso.

No.

¿No?

AUNQUE SEA LO ÚLTIMO QUE HAGA

Michel Durand, inspector jefe de una de las brigadas contra el crimen organizado de la INTERPOL, observa la pantalla de su móvil en completo silencio.

Ludovica Esposito, la agente que está encabezando la ‘‘Operación Reina’’, lleva casi dos días sin responder a sus mensajes. Tampoco le coge el teléfono. Ni ha enviado los reportes oportunos.

Se está volviendo loco.

Michel hace un nuevo intento de llamada a la agente con la que, de forma clandestina, comenzó una relación que cruzaba los límites de lo profesional hace más de seis meses. Cierra los ojos cuando salta el contestador y se frota el puente de la nariz cargado de desesperación.

Una presión que roza lo asfixiante se ha instalado en la boca de su estómago.

No puede evitarlo.

En un arrebato, mientras compra unos billetes de avión en dirección a Roma, reproduce en su mente el día que la conoció. Los momentos que habían compartido. Su sonrisa.

La quiere. La quiere de verdad. No soportaría el hecho de perderla.

Por eso entró en cólera cuando sus superiores la propusieron para que dirigiera la operación desde Roma… Con él.

Massimo Vizzini.

Probablemente, la persona a la que Michel Durand más odia en el planeta.

Un criminal peligroso. Un monstruo.

La persona que acabó con la vida de una de sus agentes. De su mejor amiga.

Michel jamás va a olvidar lo que vio en la grabación de aquel día de finales de diciembre. La violencia. El horror.

Encontraron el cuerpo algunos meses más tarde. O, al menos, lo que quedaba de él. No contento con haberla ultrajado y asfixiado hasta quebrarle el cuello, Massimo la descuartizó y repartió sus miembros por el Río Tíber.

Para Michel Durand ese hijo de la gran puta es su gran cuenta pendiente. Tuvo la oportunidad de matarlo. Pudo matarlo. Y no lo consiguió. Falló. Y cada día que pasa, ese error le corroe por dentro. Le llena de odio. De rabia.

Consigue un billete de avión de última hora. Como si el destino estuviese escrito y le estuviera diciendo que tiene que ir a Roma.

Una hora después, Michel aterriza en la ciudad eterna.

El trayecto del taxi hasta la zona en la que la INTERPOL tiene el piso franco se le hace interminable, aunque apenas dura quince minutos.

Está nervioso. Muy nervioso.

Una capa de sudor frío se ha instalado en su nuca y su espalda en cuanto ha dado la dirección al taxista. Es capaz de notar como el corazón le palpita en el cuello y los oídos.

La sensación se intensifica cuando llega a su destino.

Una vez ha pagado al taxista y se baja del vehículo, se queda de pie, frente al edificio, observándolo con los puños apretados. Asiente con lentitud y se adentra en él.

El silencio es absoluto.

La puerta del piso, en lugar de cerradura, tiene un sistema de seguridad numérico. El inspector introduce el código con un temblor leve en las manos y contiene la respiración cuando

la puerta se desbloquea.

La empuja lentamente con el pie y enciende la luz, pues el piso está completamente a oscuras.

El salón está vacío. Hay algunos documentos sobre la mesa y una taza de café vacía. Michel se atreve a pronunciar el nombre de Ludovica en voz alta. Nadie le contesta. Sigue el recorrido del pasillo y se asoma a una de las habitaciones. Al igual que el salón, también está vacía y sumida en la penumbra. Está a punto de salir y dirigirse a otra de las habitaciones, pero un objeto en el suelo llama su atención.

Son unas tijeras ensangrentadas.

Michel jadea y se lleva las manos a la cintura del pantalón para extraer su pistola. Le quita el seguro y sorbe por la nariz al tiempo que abre la puerta de otra habitación pegando una patada.

No hay nadie.

Dirige la mirada hacia la última puerta, la del cuarto de baño, y traga saliva antes de abrirla. Lo hace con lentitud, como si en el fondo, una parte de él, supiese lo que iba a encontrar allí.

Las rodillas de Michel se doblan, haciéndolo caer al suelo y se permite llorar mientras, frente a él, el cuerpo sin vida de Ludovica, cuya piel ha comenzado a ponerse grisácea, cuelga de la cortina de la ducha.

Ludovica tiene los ojos muy abiertos e inyectados en sangre.

A pesar de que siente un dolor descomunal haciéndose paso por su interior, Michel consigue ponerse en pie y deshace el nudo de la cortina de la ducha que rodea el cuello del cuerpo de Ludovica.

Jadea de la impresión cuando, al hacerlo, la cabeza de su chica se despega del cuerpo y rueda sobre sus pies con un golpe seco. Suelta el cuerpo sin poder evitarlo.

No puede soportarlo.

Se deja caer al suelo y se pasa las manos por la cabeza una y otra vez. Llora. Grita.

Maldice a Massimo.

Murmura cosas que ni él mismo entiende.

Se obliga a mirar la cabeza de Ludovica y solloza.

—Voy a acabar con ese hijo de puta —masculla—. Te lo juro. Va a pagar por esto. Va a… pagar. Aunque sea lo último que haga.

18
MASSIMO

Es de noche cuando decido salir del dormitorio.

Todo está a oscuras a excepción del salón, donde se encuentra Yang Mi, bebiendo una copa de vino blanco mientras observa el vigoroso fuego de la chimenea. Voltea el rostro al escucharme.

—¿Has podido averiguar algo de los albaneses? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Ella no ha dicho nada al respecto y no es algo que a mí me afecte. Mi posición en este asunto es el de conseguir la protección que me pediste con respecto a la policía, nada más. Los problemas que ella pueda tener al margen de eso, no son míos. —Asiente—. Que no se te olvide. —Bebe de su copa—. Ya me la estoy jugando lo suficiente teniéndoos aquí, en mi casa, y habiendo accedido a lo que me pediste.

Me tomo la libertad de servirme una copa de vino. No es una bebida que me guste demasiado, pero puedo hacer excepciones de vez en cuando.

—Es entendible —mascullo. Doy un trago y arrugo la nariz—. ¿Cuándo hablarás con tu hijo?

—Pasado mañana, probablemente. Ahora mismo no está en Roma. —Se aclara la garganta y me mira—. Tarde o temprano tendrás que enfrentar a tu hermano, ¿lo sabes?

—No estoy preocupado por ello.

Suspira.

—Lo imaginaba.

Nos quedamos en silencio.

Observo el fuego, moviéndose veloz y chispeando. Vuelvo a beber de la copa de vino y me apoyo en el respaldo del sofá.

—¿Y Rhim?

—Dormida. Le he dado un par de relajantes musculares. Tenía fuertes dolores de cabeza. —Carraspea—. Necesita descansar. Creo que lleva demasiadas cosas en cuestión de poco tiempo.

Dejo la copa vacía sobre la mesa y observo cada uno de los movimientos de Yang Mi. Desde que bebe hasta que se rellena otra copa, también las miradas de reojo que me lanza. Está pensativa.

—Pudiste huir —dice de repente, sin mirarme directamente—. Mataste a esa agente de la INTERPOL y pudiste huir. Sin embargo, no lo hiciste. Te quedaste, a sabiendas del riesgo que te supondría, y fuiste a buscar a esa chica. La Reina. ¿Por qué? —Ahora sí, me mira—. Ella me ha dejado claro que no hay ningún tipo de relación entre vosotros. No la hubo antes y tampoco ahora. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué ayudarla cuando la habías dejado cinco años antes?

Trago saliva y aprieto los labios.

—No lo sé —respondo de la manera más escueta posible.

Me mira con la ceja alzada.

—No me gusta esa respuesta. Prueba otra vez.

—A mí no me gusta que te entrometas.

—No me estoy entrometiendo. Solo quiero saber por qué te has quedado en Roma cuando tenías la posibilidad de ir a cualquier parte y empezar de cero. —Se acomoda en el sofá—. El

Massimo que yo conozco, desde luego, lo habría hecho.

—¿Qué quieres que te diga, Yang Mi? ¿Que me importa? ¿Que me quedé y fui a ayudarla porque es alguien a quien aprecio? —espeto—. No lo voy a decir. Porque no es verdad. La ayudé porque me salió de los cojones, y punto. Deja de hacer preguntitas y céntrate en lo que tienes que hacer, a no ser que quieras que le saque los putos ojos a tu hijo. No será por falta de ganas, precisamente.

Yang Mi entrecierra los párpados y niega con la cabeza.

—¿Recuerdas tu octavo cumpleaños? —me pregunta de repente. Por alguna razón, intento encontrar el recuerdo de ese día en mi cerebro, pero no está—. Tu madre organizó una gran fiesta en tu honor, como todos los años. Vino mucha gente. Yo también estaba allí, con mi marido. —Está mirando a algún punto fijo mientras habla, como si estuviera reviviéndolo en su mente—. Tu hermano Niccolo, jugando con mi hijo, tiró la tarta al suelo por accidente. Matteo entró en colera y estaba dispuesto a apalear a su hijo menor delante de todo el mundo. Entonces llegaste tú y le dijiste que no había sido él, sino tú.

Frunzo el ceño. No me acuerdo.

Las palabras de Ludovica leyendo mis expedientes resuenan por mi mente.

‘‘El recluso refiere a numerosas lagunas mentales acerca de acontecimientos relacionados con su infancia o su adolescencia. Posibles episodios traumáticos en edades tempranas’’.

—Matteo te pegó una paliza el día de tu cumpleaños. Recibiste doce puntos en la cabeza y te escayolaron la mano porque te habías roto algunos huesos. —Continúa hablando—. Cuando saliste del hospital, yo estaba con tu madre. Ella te preguntó por qué habías mentido y aseguraste que no lo habías hecho a pesar de que todos sabíamos que no era verdad. —Me mira—. Preferiste cargar con la culpa antes que admitir que estabas preocupado por tu hermano pequeño. Preferiste que tu padre te moliera a golpes a ti en lugar de a tu hermano. Te expusiste a un riesgo que podías haber evitado, porque le querías.

Nos sostenemos la mirada.

—No sé de lo que estás hablando.

Me pongo de pie y niego con la cabeza. Dejo a Yang Mi sola.

Al llegar a la altura de la puerta de la habitación en la que está Rhim, me detengo y la abro. Todo está a oscuras. Lo único que alcanzo a ver es un bulto bajo las sábanas.

—Te he dicho que necesita descansar —pronuncia Yang Mi detrás de mí—. Déjala.

Cierro la puerta y me volteo para mirarla. Aprieto los dientes.

—Dile a tus guardias que preparen un coche. Quiero salir.

Frunce el ceño.

—¿Salir? ¿A dónde? No creo que sea lo más conveniente. En esta ciudad todo el mundo sabe quién eres. En cuanto te vean la cara, sabrán que estás vivo y te recuerdo que aún no he hablado con mi hijo.

—Deja de fingir que te interesa lo que me pueda pasar. Sé lo que me hago y a lo que me atengo. —Me saco la pistola de Ludovica de la cintura del pantalón y la apunto sin titubear. Ella alterna la mirada entre el cañón y mis ojos—. Da la orden. Ahora.

—¿O qué?

Le quito el seguro.

—No juegues conmigo, Takahasi. Sabes perfectamente que puedo reventarte el cráneo en dos segundos.

Suelta un resoplido y niega. Levanta las manos, pidiéndome con la mirada que mantenga la calma, y coge su teléfono móvil. Da las órdenes oportunas a sus hombres y cuando cuelga, traga

saliva y menea la cabeza en forma afirmativa.

—Ya lo tienes.

Vuelvo a poner el seguro a la pistola y me la guardo.

—Bien.

No me despido de ella. De forma autómata, abandono su piso y tomo el ascensor hasta la planta principal del edificio. Al salir, un coche de color negro, escoltado por dos guardias, me espera en la misma entrada. Cojo las llaves sin prestarles atención a alguno de los dos y me subo al coche.

Conduzco por mi ciudad como si llevase puesto un piloto automático. Y así me mantengo hasta que llego a uno de mis destinos: la que fue la mansión Vizzini. El lugar en el que culminé la venganza que había estado preparando durante años y acabé con la vida de mi padre.

Es evidente que Niccolo no vive aquí. El exterior está completamente descuidado e incluso han pintado algunos grafitis en los muros de la fachada. La verja de la entrada está destrozada, como si alguien se la hubiera llevado hacia adelante con un coche.

Recorro el jardín en completo silencio y me basta con pegar un tiro a la cerradura para que la puerta se abra.

Aprieto los dientes al cruzar el umbral.

Hace frío dentro y se huele a polvo.

Me muevo entre la penumbra y cuando llego al salón, freno en seco para contemplar la enorme mancha negra que hay en el centro del suelo.

El rostro de Nikki se tornó violeta. Escasos segundos después, su cuello quebró y yo la solté, haciendo que su cuerpo, inerte, cayera al suelo con un golpe seco.

Lo observé en silencio durante unos segundos que me parecieron demasiado largos y luego me miré en el espejo. Tenía la cara llena de salpicaduras de su sangre.

Trastabillé hacia atrás hasta chocar con la pared y me agarré la cabeza con las manos. Me deslicé por los azulejos hasta llegar al suelo y clavé la vista, de nuevo, en el cadáver de Nikki. Estaba boca abajo y tenía los ojos abiertos.

Se lo merecía.

Era de la INTERPOL y había intentado joderme. Me la había jugado y yo hice lo que tenía que hacer.

Las traiciones se pagan con sangre. Siempre.

No me sentía mal por lo que hice.

No obstante, en aquel momento, justo cuando ella dejó de respirar, se abrió mi caja de pandora. Como si matarla hubiese sido el puto detonante.

Porque sí, se merecía que acabase con ella, pero la orden de inmiscuirme con ella había venido de mi padre.

Él me había puesto contra las cuerdas.

Otra vez.

Una parte de mí había vuelto a sucumbir. Como si hubiese olvidado lo que me hizo.

Mientras observaba con fijeza el cadáver de Nikki y mi cabeza repetía en bucle la oleada de disparos que le di a Bela, junto a la paliza una vez que ya estaba muerta, caí en la cuenta de que ya habían pasado casi cuatro años desde que orquesté mi venganza contra Matteo.

Después de lo que sucedió a mi vuelta de Seúl, tuve que humillarme para ganarme su confianza de nuevo. Demostrarle que era digno de ser su sucesor.

La oscuridad que ya tenía, se intensificó. Dejé la poca decencia que me quedaba a un lado y me convertí en el animal que él esperaba que fuera.

No hacía preguntas, solo obedecía.

Y eso le encantaba.

Fui recuperando el poder que él mismo me había dado y eso me permitió acceder a muchos negocios y reuniones en las que aproveché su ausencia para sobornar y extorsionar a sus supuestos aliados y ponerlos en su contra.

Fui cargándome sus negocios desde dentro y sin que él lo notase.

Le generé problemas con otras organizaciones sin ni siquiera mancharme las manos.

Disfruté internamente cada vez que le veía volverse loco cuando sucedía algo que trastocaba sus planes.

Me levanté del suelo y comencé a golpear los azulejos. También el espejo. Lo destrocé y también me destrocé los nudillos. No me importó.

No me importaba nada.

Porque esa noche, en ese mismo instante, había decidido que se había acabado.

No volvería a olvidar los motivos por los que había llegado hasta allí. Tampoco volvería a dejar que me manipulase. Que se metiera en mi cabeza y consiguiese desestabilizar mis planes.

Matteo no volvería a ser un problema en mi vida.

Iba a matarle.

Con las manos llenas de mi sangre, entremezclándose con la de Nikki, salí del cuarto de baño del club de alterne del cerdo de Xiang Kun y abandoné el local sin prestar demasiada atención a mi alrededor. Me la sudaba si alguien se daba cuenta de mi aspecto.

Lo único que tenía en mente era acabar con la vida de mi padre. Y lo iba a hacer esa noche.

Y después iría a por las lacras de los Xiang.

Maté a todos y cada uno de los guardaespaldas de mi padre en cuanto puse en pie en la mansión.

No dejé a uno solo con vida.

Al entrar en la casa, él no estaba allí.

Me bebí dos botellas de whisky mientras le esperaba. Llegó cuando estaba a punto de terminar la tercera.

Matteo me miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Qué coño te ha pasado? ¿De qué es toda esa sangre?

Me reí.

—He matado a Nikki.

Él asintió e hizo el amago de servirse una copa, pero descubrió que había acabado con parte de su arsenal. Me observó confuso.

—¿Era una amenaza tal y cómo pensábamos?

—Policía.

—Lo sabía, joder. —Observé como dejó su pistola en la mesa y se sentó a mi lado en el sofá. Se frotó el puente de la nariz—. Un problema menos. Uno de tantos.

—¿Qué pasa? —pregunté a sabiendas de su respuesta. No había sido su mejor día. Uno de los negocios que tenía entre manos le había salido mal y había perdido dinero. Lo sabía porque yo estaba detrás de eso. El dinero que le faltaba, estaba en mi cuenta.

—Últimamente las cosas no van bien —admitió—. Los negocios están torciéndose y no entiendo muy bien por qué.

Me quedé en silencio y di un trago directamente a la botella. La dejé caer al suelo y me humedecí los labios, con regusto a whisky, antes de hablar.

—Quizá lo que te está pasando sea el karma. —Me puse de pie y él me siguió con la mirada —. ¿Crees en el karma, padre? Ese mantra que dice que la vida te devuelve lo que haces.

—¿A qué viene eso? ¿Te ha sentado mal la mierda que te has metido?

Me reí.

—Si te soy sincero, no sé si eso del karma es real o no. Lo que sí sé es que vas a pagar por todo lo que has hecho. Por lo que me has hecho a mí.

Matteo se puso tenso e intentó levantarse. Yo negué con la cabeza y le pegué un empujón que le hizo caer de nuevo al sofá.

—Sorpresa —murmuré—. Tienes delante al causante de todos tus dolores de cabeza en los últimos años. La razón por la que tus negocios no salen tan bien como querrías. —Sonreí mientras su rostro se contraía y comenzaba a atar cabos—. ¿Recuerdas aquel día, en la vieja finca, cuando te supliqué que no me matases? Cuando permití que me golpearas y te dije que sería alguien que valiera la pena. Que ocuparía el lugar que me correspondía a tu lado. —Solté una carcajada—. Padre, ese día deberías de haberme matado. ¿Sabes por qué? Porque mientras tú me golpeabas, yo en lo único que podía pensar era cual sería tu cara cuando te lo devolviera.

Matteo tragó saliva mientras asimilaba cada cosa que había dicho.

—Sin duda, es mucho mejor a como lo imaginaba —añadí.

Le pegué un puñetazo con ímpetu. Llevaba años anhelando este momento.

Sentí la adrenalina corroerme mientras él, arrodillado en el suelo, escupía sangre.

Se levantó fuera de sí y me embistió contra la pared.

Matteo y yo nos enzarzamos en una pelea a puño limpio que no duró demasiado. Yo acabé retorciéndole el brazo hasta rompérselo y lo empujé contra el suelo para subirme a horcajadas sobre él con las manos en su cuello.

—Adelante. Hazlo —murmuró—. No eres nadie sin mí. Estás cavando… tu propia tumba.

—Te equivocas, padre. Tú eres el que no es nadie sin mí. Por eso me dejaste vivir. Cometiste el mayor error de tu vida y ahora vas a asumir las consecuencias. —Asentí—. Porque yo no soy como tú. Soy peor. Me traicionaste. Intentaste matarme. ¿En serio todo este tiempo has pensado que lo dejé pasar?

No dejé que respondiera.

La ira al recordar lo que trató de hacerme me consumió.

Comencé a propinarle golpes sin parar.

Uno detrás de otro.

Su cara, poco a poco, fue desfigurándose y llenándose de sangre.

Ni siquiera sé en qué momento dejó de respirar.

Seguí golpeándole.

La sangre se expandía a su alrededor.

Me levanté y cogí su pistola. Le pegué varios tiros a su cadáver.

Me emborraché, aún más, para celebrarlo.

Celebré su muerte.

Celebré mi libertad.

Pero, sin duda, lo mejor vino cuando Niccolo me encontró horas después.

Ante sus ojos incrédulos y cargados de incomprensión, le prendí fuego al cuerpo de nuestro querido padre y le deseé un buen viaje al infierno. Volveríamos a vernos las caras allí algún día.

19
MASSIMO

No necesito una luz que me guíe hacia mi objetivo; conozco esta casa como la puta palma de mi mano. Por eso, pasando por encima de la mancha que marca el lugar en el que Matteo ardió, y moviéndome entre la oscuridad, recorro el salón hasta llegar a la zona que lleva al sótano.

Niccolo se ha llevado parte del armamento, por lo que puedo observar cuando llego a la sala donde guardábamos armas y munición. Faltan más de la mitad de las cosas que había aquí abajo.

Me hago con unas cuantas pistolas de diferentes calibres y con las municiones que les corresponden y luego me dirijo a una de las salas secretas que entraña la perfecta construcción de la mansión. Mi hermano desconocía la existencia de esta habitación, así que dudo mucho que haya cambiado algo desde la última vez que estuve aquí.

Llego al final del pasillo y palpo la pared con precisión hasta que escucho un clic. La falsa doble pared se desencaja y yo la abro. Sonrío al descubrir el interior. Tiene una luz de emergencia, así que, aunque en un tono tenue y amarillento, puedo distinguir las enormes bolsas de fajos de billetes envasados al vacío.

Si no recuerdo mal, aquí habían más de cinco millones de euros.

Cojo una bolsa de tela de una de las estanterías y la relleno con varios paquetes de dinero. El suficiente como para poder ir tirando un tiempo hasta que me quite a la puta policía de encima y pueda sentar las bases de mi imperio.

Porque, por si no había quedado claro, he vuelto para quedarme.

Estas calles me pertenecen.

Tuve la ciudad a mis pies una vez.

Habrá una segunda.

Y no me importa a quien tenga que llevarme por delante. Ni siquiera si la persona a la que tenga que quitarme de en medio sea mi hermano.

Me cuelgo la bolsa al hombro y cierro la puerta de nuevo, asegurándome de que la entrada queda completamente sellada.

Aprovecho mi visita exprés para pasar por el que fue mi dormitorio. Niccolo no ha tocado un solo mueble en toda la casa. Ni siquiera se ha molestado en cubrirlos con sábanas, por lo que dudo mucho que se haya tomado la molestia de deshacerse de mis cosas.

Efectivamente, toda mi ropa está aquí.

Cojo un par de trajes y algunas camisas y, ahora sí, abandono la mansión sin mirar atrás.

Este sitio dejó de ser mi hogar hace mucho tiempo.

Hogar.

Pensándolo en frío, ¿realmente he tenido un hogar alguna vez?

No lo creo.

Siempre he estado de paso en todos sitios.

Decido ignorar el nombre de Rhim cruzándose involuntariamente por mi cabeza.

Tenía razón cuando me dijo que ya no era la misma que hace unos años. En realidad, ninguno de los dos lo somos.

Aun así, el sexo con ella sigue siendo una bestialidad.

Todo hay que decirlo.

Sacudo la cabeza y me monto en el coche. Dejo la bolsa con el dinero y mi ropa entre los

asientos traseros y arranco el motor.

Tengo algunas cosas más que hacer antes de regresar al fuerte de Yang Mi. No me fío del todo de ella, pero era mi única baza y conexión directa con el imbécil de su hijo.

Después de un rato conduciendo, aparco el coche por la zona más próxima al Ponte Sant'Angelo y decido caminar por los callejones de Roma hasta llegar a la Fontana de Trevi. Sus aguas, al igual que los monumentos, están iluminadas por luces amarillentas.

A pesar de la hora que es, sigue habiendo turistas por la zona.

Me la estoy jugando exponiéndome de esta forma, sobre todo teniendo en cuenta que en esta ciudad hay policía y militares en cualquier puta esquina, pero así soy yo. En el fondo me encanta saber que tengo un puto cuchillo apuntándome a la yugular en cada paso que doy. No sé vivir de otra forma.

Un grupo de chicas se queda mirándome cuando paso por al lado, con las manos metidas en los bolsillos de mi abrigo. Las miro de reojo y tuerzo la sonrisa, ellas comienzan a golpearse mutuamente con el codo en modo histérico. Las tres son una dulce tentación.

Lamentablemente, tengo cosas que hacer.

Rodeo la fuente hasta llegar a una de las tantas callejuelas de la ciudad y continúo caminando por un camino estrecho y sin salida. Me paro justo delante de una puerta metálica que en su día fue de color verde, pero que ahora está repleta de pegatinas del movimiento antifascista y de grafitis, y tras comprobar que no hay nadie a mi espalda, golpeo la puerta con los nudillos.

Apenas medio minuto después, esta se abre y un tufo a marihuana, acompañado por humo y el sonido del bullicio, me recibe.

Un tipo calvo me observa desde el otro lado.

—¿Qué quieres?

—Vengo a hablar con Enzo Santoro.

—Está ocupado.

—¿Ves que me importe? —contesto sin dejar de mirarle a la cara—. Dile que alguien con información sobre su padre, quiere hablar con él. —Sonrío—. Sé quién le vendió y por qué le arrestaron.

El hombre duda. Asiente con desconfianza y cierra la puerta de nuevo. Apenas me muevo del sitio, pues, tal y como esperaba que ocurriese, el joven Enzo Santoro viene personalmente a recibirme.

Es un chaval imberbe que no tendrá más de veinte años, lo cual, siendo sincero, me facilita mucho las cosas.

—¿Es eso cierto? ¿Sabes quién vendió a mi padre a los maderos? —es lo primero que suelta por la boca en cuanto me tiene frente a frente.

Por supuesto que lo sé.

Fui yo.

—Sí. —Carraspeo—. Es un tema delicado y, si no te importa, me gustaría que hablásemos en privado. Ya debes saber que en esta ciudad, —Señalo el callejón con la cabeza—, hay ojos y oídos en todas partes.

—Sí, claro. Es cierto. Pasa.

Me adentro en el tugurio del chico y hago un análisis exhaustivo del pequeño local clandestino mientras caminamos hasta el fondo del lugar, donde hay un par de asientos en mal estado y una mesa llena de copas vacías junto a un cenicero repleto de colillas apagadas.

El local está lleno de chavales jóvenes. Carne fresca empezando a moverse en el negocio. Los primeros eslabones de la cadena del narcotráfico: camellos. Gente de los bajos fondos, la

mayoría del barrio de Tor Bella Monaca, que se deja arrastrar por lo que creen que será su salvación.

Y que en realidad será su condena.

Me siento justo enfrente de Enzo y cruzo las piernas. Está inquieto. Cuando su padre fue encarcelado, a él le tocó asumir el cargo de forma apresurada. No se lo ha montado del todo mal, he de reconocer, pero no deja de ser un niño al que todo esto le viene grande.

—¿Quién fue el cabrón que le vendió? —quiere saber con urgencia. No deja de mover la rodilla de arriba abajo de manera casi frenética.

—Alguien poderoso —contesto. Me trasteo los bolsillos sin dejar de mirarle y saco mi paquete de tabaco. Rozo la pistola con los dedos—. Alguien con quien tu padre tenía relación y algunos negocios entre manos. —Me enciendo un cigarro y le ofrezco otro a él.

—¿Quién? ¿Quién, joder? Quiero nombres.

—¿Para qué? —cuestiono acomodándome en el sillón—. ¿Te quieres vengar?

—Claro que me quiero vengar. Por culpa de ese hijo de puta, mi padre está entre rejas. —Fuma con el mismo nerviosismo que mueve la pierna, lo que me lleva a pensar que va puesto de algo más fuerte que la maría o el hachís que mueve.

Durante mi *cautiverio* con Ludovica Esposito jugué mis cartas de modo que pudiera obtener información sobre la actualidad de cómo estaban yendo las cosas en las cloacas. Yo le di nombres estratégicos y ella se hizo con la información. Lástima que no supiera que estaba haciendo el trabajo por mí y allanándome el camino.

Los nombres que le di no la acercaban en absoluto a Rhim, solo eran piezas en mi propio tablero.

—¿Y qué le harías a ese traidor? —interrogo. Noto el hormigueo en la punta de los dedos. ¿Por qué me gustará tanto hacer el espectáculo?

—Torturarlo. Arrancarle la piel a tiras. Matarlo. Oh, sí. Le mataría y le cortaría la lengua, por traidor. Sí. —Se frota las manos. Ahora mueve las dos rodillas—. Dime de una puta vez quién es.

Apago el cigarrillo a medio fumar contra la mesa. Descruzo las piernas y me llevo la mano al bolsillo. Agarro la pistola y le ofrezco una sonrisa falsa a Enzo.

—Lo tienes delante.

—¿Qué? —Parpadea.

—Yo vendí a tu padre.

Los ojos se le inyectan en sangre y trata de abalanzarse sobre mí, pero saco la pistola y le apunto sin titubear. Él frena en seco, demostrándome que, evidentemente, tal y como ya había predicho, todo esto le viene grande.

—¿Quién coño eres? —espeta. Una capa de sudor brillante se ha instalado en su frente.

—Massimo Vizzini, un placer.

Frunce el ceño.

—¿Massimo Vizzini? Pero si ese tío está muerto.

Me encojo de hombros.

—¿A ti te parece que esté muerto? —contesto con indiferencia—. Tú a mí sí.

Y le disparo.

No lo ve venir, por eso no tiene tiempo ni reflejos suficientes como para defenderse.

Enzo Santoro se desploma contra el sillón con un precioso agujero entre ceja y ceja que empapa su cara de sangre.

El sonido del disparo ha hecho que la música se corte de repente. Todos están mirándome

con el rostro desencajado. Suspiro y me pongo de pie, aun con la pistola en la mano.

—Las cosas funcionan así —Alzo la voz para que todos los presentes me escuchen—. Enzo Santoro ha muerto. Una tragedia. —Me río—. En fin. ¿Quiénes de vosotros trabajaban para él? Dad un paso al frente.

Quince chicos y una chica pelirroja forman una fila delante de mí. Me paseo a su alrededor, echándoles un vistazo uno por uno. Me detengo delante de la chica y la miro de arriba abajo. Está en los huesos y, por su aspecto, es más que evidente que es adicta a cualquier mierda.

Le pego un tiro en la cabeza.

No me sirve en absoluto.

Nadie hace amago de moverse, se han acojonado.

Había olvidado lo mucho que disfrutaba con esto.

Infundiendo temor.

Respeto.

—No os lo toméis como algo personal, le he hecho un favor. La persona que trafica con drogas y que acaba enganchándose a la misma mierda que vende, nunca termina bien. —Me encojo de hombros y me aclaro la garganta. Veo a un grupo de personas intentando escapar y pego un tiro al techo—. Si no queréis que esto se convierta en un baño de sangre, no mováis un solo dedo —advierto.

Continuo moviéndome alrededor de los chicos que trabajaban para Enzo.

—Bien, haremos lo siguiente. Ahora trabajáis para mí. Os pagaré lo mismo que el niñato, —Señalo el cadáver con la cabeza—, pero multiplicado por cinco. Eso sí, os lo tenéis que ganar. Me gusta trabajar con gente productiva y que genere beneficios.

Se miran entre ellos y asienten. En el fondo saben que no les queda otra. El dinero fácil y la falsa esperanzas de cambiar sus vidas es lo que mueve a este tipo de gente. No me dan ninguna pena. Además, que sean unos críos me da el beneficio de poder curtirlos como debe ser.

—¿Quién de todos vosotros lleva más tiempo dedicándose a esto?

Uno de ellos levanta la mano.

Le señalo con la pistola Aprieta tanto la mandíbula que parece que le va a estallar. De apariencia, parece ser el más mayor del grupo.

—Tú —digo—. ¿Cómo te llamas?

—Nino —responde sosteniéndome la mirada. Traga saliva—. Nino De Santis.

—Nino —repito su nombre—. Te has ganado un ascenso. Desde este momento, tú eres el encargado de este grupo. Yo te daré las órdenes y tú las ejecutarás. —Me humedezco los labios con la lengua—. Por motivos que no os incumben, no puedo estar presente todo el tiempo, por lo que no me queda otra que delegar. —Él asiente en cada cosa que digo—. Estaremos en contacto en todo momento y me informarás de cada movimiento. De cada venta. Serás… mis ojos y mis oídos. Mis propias manos.

Bajo la mirada atenta de los demás, le entrego la pistola. Nino vuelve a tragar saliva y la mira, después los mira a ellos y me mira a mí.

—El poder solo le pertenece a aquellos que saben cómo y cuándo tomarlo —digo—. Tenlo siempre presente. —Me acerco a su oído—. Y no dudes en volarle la cabeza a cualquiera de ellos que intente saltarse alguna orden que des.

—De acuerdo —responde con voz trémula.

—Si me fallas, al que le volarán la cabeza será a ti —añado señalándole con el dedo.

Nino asiente nuevamente.

—No lo haré.

Se guarda la pistola en la cintura de los vaqueros desgastados que lleva puestos y me sostiene la mirada, esta vez intentándome hacer ver que no me teme tanto como aparenta. Lo intenta demasiado mal.

Le palmeo la cara con fuerza, aunque no lo suficiente como para hacerle daño.

—Me pondré en contacto contigo lo antes posible. Quiero que empecemos a movernos pronto. —Miro a nuestro alrededor—. Tu primera orden va a ser que limpien este… tugurio. El olor a muerto es nauseabundo. La segunda, que me consigas toda la información sobre donde conseguía Enzo la mercancía.

Nino se aclara la garganta y se voltea hacia el resto. Hace dos palmas y un gesto con la cabeza.

—¿A qué esperáis para empezar a limpiar este puto basurero? —brama.

Sonrío.

Donde pongo el ojo, pongo la bala. No me cabe duda.

Abandono el local sin despedirme de nadie. El calvo que me ha abierto la puerta se queda mirándome cuando paso por su lado, es evidente que no acostumbra a este tipo de sucesos. Le entrego un fajo de billetes de cincuenta euros enrollados. Habrá alrededor de quinientos.

—No dejes que nadie ajeno a los chavales entre. Y cachéalos a todos antes de entrar y al salir.

Es lo último que digo antes de salir de allí y volver a recorrer el callejón para regresar a la Piazza di Trevi, donde está la Fontana.

Roma no se construyó en un día.

Pero el Rey ha vuelto.

20
RHIM

Me despierto y suelto un jadeo al ver el rostro angelical de mi pequeña Aurora junto al mío. Está profundamente dormida mientras abraza el peluche de una jirafa con el color del arcoíris.

Le acaricio la mejilla con cariño y me acerco para besarle la coronilla. Se remueve un poco, aunque no se despierta. Sigo sin creerme que esté aquí, con ella. Y continúo sin entender lo que está pasando. Es imposible que Massimo dejase indicaciones a su hermano, porque él no sabe nada sobre nuestra hija. Ni siquiera sabe que estuve embarazada. Es imposible.

Y solo de pensar que Damiano pudo traicionarme, porque siempre ha tenido lealtad a su medio hermano, me hace enfurecer. Me juró y perjuró que sería nuestro secreto y que jamás abriría la boca. Joder, si hasta me consiguió el maldito test de embarazo a escondidas de Massimo. ¿Qué motivos tendría para contárselo?

Me levanto de la cama con cuidado y arropo a Aurora. La observo dormir durante algunos minutos más y, finalmente, acabo saliendo de la habitación. Quisiera pasar el resto del día con ella, pero no puedo.

Anoche, cuando Yang Mi me soltó *la bomba*, me dijo que si quería pasar la noche con mi hija lo entendería. Me aseguró que ella me cubriría con Massimo y no me quedó otra que confiar en ella.

Me pone nerviosa. Sabe demasiadas cosas. Más de las que, en un principio, había dicho. Y eso me genera cierta desconfianza. Sin embargo, al mismo tiempo, me obligo a depositar fe en ella ya que, de un modo u otro, me está ayudando. Nos está ayudando a ambos.

Pienso en Massimo y se me revuelve el estómago.

Las cosas entre nosotros siempre son raras.

Ayer nos acostamos

Y sí, joder, sé que no debería de haber pasado. Pero así somos nosotros. No puedo explicarlo.

Lo peor no es eso.

Lo peor es que ya no solo tengo un secreto con él, sino dos.

Su madre está viva.

Su madre, la persona que lleva años creyendo que se suicidó, está viva.

No me hace falta ser adivina para saber que se lo va a tomar fatal. Le conozco.

Al llegar al salón me encuentro con Norma. Está tomándose una taza de té mientras mira por la ventana. Se gira al escucharme y esboza una sonrisa tímida.

—¿Has dormido bien? ¿Y la pequeña?

Asiento con un nudo en la garganta.

—Aurora sigue durmiendo. Aún es temprano. —Apenas son las ocho de la mañana.

Norma sonríe otra vez y se sienta en el sofá. Me hace un gesto para que la imite y se toma la libertad de servirme una taza de té sin que yo le pida nada.

—Aurora es una niña muy especial —comenta de repente, captando mi atención—. Tuvo que ser duro criarla sola. Sobre todo los primeros años, que son un torbellino.

—Sí, bueno. —Carraspeo—. Hice lo que pude.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—¿Por qué no se lo dijiste a mi hijo? —la curiosidad es evidente—. Te pido disculpas de antemano si crees que estoy siendo entrometida, es solo que… Es algo que me gustaría saber.

Doy un sorbo a la taza de té y me acomodo en el sillón. Suspiro.

—No sé qué imagen, o recuerdo, guardas tú de tu hijo, Norma. No seré yo quien lo ensucie. —Me encojo de hombros. Norma no sabe que Massimo está vivo y Yang Mi me advirtió que por el momento es mejor que sea así, por lo que debo seguir este rollo que, en cualquier momento, acabará por estallar—. Solo… dejémoslo en que eran tiempos difíciles.

Norma me coloca la mano en la rodilla, provocando que me ponga en tensión. Actúa conmigo como si me conociera, o como si tuviese cierto grado de confianza conmigo. Odio eso.

—Como madre, lo que digas sobre él, acabará doliéndome. Es inevitable. A pesar de todo lo que haya podido hacer, sigue siendo mi hijo. Y sé que él jamás hubiera acabado así de no haberse visto obligado a crecer bajo el yugo de una persona del tipo que era su padre. Fue el peón que se sacrificó por los demás.

No puedo morderme la lengua, lo siento.

—Pudiste evitarlo —espeto—. Pudiste poner a salvo a tus hijos y darles una mejor vida lejos de ese monstruo. No lo hiciste, Norma. Así que de poco sirve que te lamentes ahora sobre eso. Asume las consecuencias de tus actos.

La culpabilidad le pesa, puedo notarlo en su mirada y su expresión afligida.

—Como tú bien has dicho, Rhim, eran tiempos difíciles. Tuve que tomar una decisión. Fue una decisión desesperada, ¿sabes? Matteo era un… psicópata. En mis últimos años con él, cuando la violencia se intensificó, llegamos a dormir en habitaciones separadas y yo lo hacía con un cuchillo bajo la almohada.

—No es a mí a quien tienes que dar explicaciones.

Norma frunce el ceño y yo me maldigo internamente por el error que casi cometo.

—Lo siento, tienes razón. Es que… él ya no está para poder poner las cartas sobre la mesa y… supongo que te miro y siento que, además de Aurora, eres la única persona que, de un modo u otro, me mantiene cerca de él.

—Tampoco estábamos tan unidos. —Finjo indiferencia.

Nos quedamos mirándonos y sonríe sin enseñarme los dientes. Deja la taza sobre la mesa y se abraza a sí misma.

—Me alegra poder conocerte, Rhim. Tu hija ha pasado todos estos meses hablando sobre ti sin parar. Me dijo que su mamá era una súper heroína que estaba salvando al mundo y que por eso no podías venir a verla a menudo, pero que cuando acabases con los malos, lo harías. —Siento que el pecho se me encoge al escucharla. Aurora se forjó esa imagen sobre mí para suplir mi ausencia mientras se encontraba en el internado. Si supiera que soy precisamente todo lo contrario…—. Poder cuidar de ella me ha dado años de vida, ¿sabes? Ha sido como un regalo.

—Te agradezco que te hayas hecho cargo de ella, pero…

Me quedo callada cuando el sonido de la puerta principal abriéndose llega a mis oídos. La miro y ella hace amago de levantarse para comprobar de quién se trata. Es entonces cuando Niccolo y Tassia aparecen en el salón.

Tiene que ser una puta broma.

Niccolo abre los ojos con notable sorpresa al encontrarme allí y mira a su madre.

—¿Qué hace ella aquí? —espeta.

—¿La conoces? —cuestiona Norma con el ceño fruncido.

—Por supuesto que me conoce, estuvo torturándome con una pistola taser —contesto yo con cara de pocos amigos.

Tassia lanza una mirada a Niccolo y suelta un bufido. Él sigue mirándome fijamente.

—Responde de una vez, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Sigues empeñada en jodernos por todos los medios? Cuando te escapaste, al no tener noticias tuyas, llegamos a pensar que te habías largado, pero… estabas aquí Con mi madre.

—Niccolo, cálmate —alienta Norma.

—No me puedo calmar. Esta tía es un puto problema, ¿entiendes?

—Es la madre de Aurora, cariño.

Su rostro pasa del enfado a la más absoluta confusión. Tassia, en su lugar, me observa curiosa.

—¿Qué?

—Tu madre dice la verdad. —Me aclaro la garganta—. La niña a la que sacaste de un internado sin el consentimiento de su madre, es mi hija.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por Aurora? —cuestiona el obstinado de Niccolo. Me está poniendo de los nervios.

—No sabía que ella estaba aquí hasta… ayer.

Nuestra conversación, si es que se le puede llamar así, se ve interrumpida por la aparición de Aurora corriendo por el pasillo. Se arroja a los brazos de Tassia y luego abraza a Niccolo por las piernas.

—¡Tita Tassia! ¡Tito Niccolo! —Niccolo se agacha para cogerla en brazos y le da un beso en la mejilla. Ella no deja de sonreír—. ¿Habéis conocido ya a mi mami?

Norma se pone de pie y toma a mi hija de los brazos de Niccolo.

—Aurora, cariño, ¿vamos a jugar con esas muñecas nuevas que te regalamos por Navidad? Tu mamá tiene que hablar con tus tíos un momento. Cosas de mayores, ya sabes.

Aurora duda. Me mira y luego mira a sus tíos. Suspira y acaba asintiendo.

—Vaaale, pero después venís a jugar conmigo.

Norma nos deja solos y yo no le quito el ojo de encima al hermano de Massimo. Tassia no me resulta amenazante. Además, es evidente, por su cara, que no está disfrutando de esta situación.

—Quiero saber de qué va todo esto, Rhim. Sin mentiras y sin medias tintas. Quiero la verdad. —espeta Niccolo con impaciencia—. ¿Por qué estás en casa de mi madre? ¿Qué estás buscando?

—No estoy buscando nada de ella. Ni siquiera sabía que Aurora estaba aquí hasta ayer, ya te lo he dicho. —Me cruzo de brazos—. La policía está buscándome y alguien se ha ofrecido a echarme un cable. Eso es todo.

—¿Alguien?

—Yang Mi —murmura Tassia.

Sonrío.

—¿Qué pinta Yang Mi en esto? ¡Tú estabas aquí para jodernos a nosotros!

Suelto un resoplido. No me extraña que Massimo y él se lleven a matar, me está poniendo de los putos nervios.

—A ver, Niccolo, cariño. El mundo no gira en torno a ti todo el tiempo, ¿vale? —Pongo los ojos en blanco—. Vine a Roma a expandir mi imperio. No tenía ni puta idea de quien eras. Lo único que sabía sobre la Camorra en Roma es que se había ido a pique desde que Matteo había sido asesinado y Massimo había… muerto. —Aprieto los puños—. No estaba muy preocupada por vosotros, si te soy sincera. Entonces te vi en la discoteca, cuando Damiano te saludó. Me dijo quien eras y… quise meterme en medio.

—¿Por qué?

—Joder, tío. ¿Eres nuevo? —Me encojo de hombros—. Para quedarme con vuestro territorio, evidentemente.

—Somos familia —dice Tassia—. ¿De verdad querías joder a tu familia solo por… poder?

Me río. No puedo evitarlo.

—No, bonita. No te equivoques. Aurora es mi familia. Vosotros no.

—Aurora no deja de ser hija de mi hermano —espeta Niccolo entonces, haciendo que me ponga algo tensa—. Eso ya nos convierte en familia.

—¿Qué hay de Yang Mi? —me pregunta Tassia, cambiando el tema de la conversación—. ¿Por qué te ayudaría? —Mira a su chico—. No nos ha dicho nada. Ni siquiera mi padre sabe nada. —Si no recuerdo mal, Yang Mi y el padre de Tassia, Vladimir Bykov, líder del crimen organizado ruso en España, tienen algo parecido a una relación sentimental. Creo haberlo leído en los informes que me proporcionó Damiano.

—Todos tenemos secretos. Incluidos los miembros de esa familia de la que alardeáis.

Ellos intercambian una mirada. He generado el beneficio la duda, y eso me gusta. A ver si así se olvidan de mí y se centran resolver sus propios asuntos.

Niccolo se frota el puente de la nariz, recordándome a Massimo, y se aleja de nosotras para hablar con alguien por teléfono. Me apuesto el cuello a que está intentando contactar con la Takahasi.

Tassia no deja de mirarme.

—¿Qué?

—Vi los informes que Lixue le dio a Niccolo sobre ti. Sé que fuiste…

—¿Que fui qué? Puedes decirlo en voz alta, cariño. Puta. Fui stripper y puta para un cerdo que, por suerte, ya no está aquí. ¿Qué pasa?

—Sé que traficas con personas y que tienes clubes. Yo sé lo que es pasar ese infierno, ¿sabes? Estuve cuatro años dentro de una red —dice—. Por eso no me entra en la cabeza como alguien que lo ha vivido en sus carnes, es capaz de hacérselo a otras mujeres. Una mujer haciendo daño a otras…, me parece deleznable.

Me contengo en poner los ojos en blanco.

—Las cosas funcionan así, Tassia. ¿Qué quieres que te diga?

—¿No te sientes mal?

—¿Debería?

—Son mujeres inocentes.

—Yo también era una mujer inocente —espeto—. ¿Y sabes a quién le importó? A nadie.

Ella traga saliva.

—Supongo que Massimo era tu *cliente*. Te dejó embarazada en una de las visitas en las que pagaba por abusar de ti.

Siento como la ira bulle por mi interior al escucharla.

—¿Podéis dejar de dar por hecho que sabéis algo de lo que pasó? —le respondo con enfado —. Para tu información, y la de tu novio, Massimo me salvó la vida. —Golpeo el sofá con la palma de las manos—. Siento mucho si tu vida fue un infierno, de verdad. Pero mi historia, no es la tuya. Así que no lances dardos al aire sin tener la más mínima idea. —Aprieto los puños—. Dile a Aurora que intentaré venir a verla más tarde.

Me levanto del sofá y abandono el piso de Norma con un portazo.

En cuanto llego al ascensor, me derrumbo.

21
RHIM

Todo aquello que me tocó vivir cuando apenas tenía diecinueve años es algo que, supongo, por mi propia salud mental, he decidido mantener clausurado en mi memoria durante los últimos cinco años.

La muerte de mi madre, verme forzada a trabajar para Piotr Nowak en su club, las adicciones de mi padre, todo lo que tuve que hacer para salir adelante, Massimo…

Niego con la cabeza y me froto los ojos con la palma de las manos. Ni siquiera me he dado cuenta de que he deslizado la espalda por la pared del ascensor y estoy sentada en el suelo, arrinconada en una esquina.

Tassia no tiene ni la menor idea de lo que he tenido que pasar para llegar a donde estoy y para conseguir lo que he conseguido. No lo sabe y no lo sabrá jamás.

En la vida hay dos formas de afrontar las adversidades: dejando que dominen tu vida o dominándolas tú a ellas. Está claro en qué posición nos encontramos cada una.

Tal y como le he dicho, yo también era una chica inocente cuando caí en las garras de Piotr y eso no le importó a nadie. Fui yo misma, y mis cojones, quienes me sacaron hacia adelante.

Cuando el ascensor llega al piso superior, donde se encuentra la residencia de Yang Mi, me levanto y me paso la mano por la mejilla, apartando algo parecido a una lágrima. Justo en ese momento, cuando alzo la vista al frente, me encuentro con Massimo.

Está en la puerta, a punto de entrar.

Lleva puesto su abrigo y del hombro le cuelga una bolsa negra. Se gira al escucharme y me da un repaso profundo de arriba abajo.

—¿De dónde vienes?

—Lo mismo podría preguntarte yo a ti —contesto cruzándome de brazos. Miro la bolsa—. ¿Qué llevas ahí?

Me ignora. Está mirándome a los ojos de manera exhaustiva. Enarca las cejas y ladea el rostro levemente.

—¿Has llorado?

—¿Qué? No.

—Tienes los ojos rojos.

—Tengo alergia.

No me cree, lo sé. Me da igual.

Uno de los guardias de seguridad de Yang Mi nos abre la puerta y cada uno toma caminos separados. Yo me dirijo directamente al balcón. Necesito tomar aire fresco. Y hablar con Yeyu o Damiano. Les echo de menos, joder. Si supieran todo lo que me ha pasado en menos de cuarenta y ocho horas…

Desde el balcón puedo ver la inmensidad de la ciudad eterna bajo mis pies. Por el color del cielo, y las temperaturas bajas, parece que va a nevar. Me abrazo a mí misma y me quedo observando las nubes grisáceas que cubren el cielo.

El olor a tabaco delata a Massimo, que se acerca con lentitud hasta quedar a mi lado. No me mira, pero yo a él sí. No puedo evitarlo.

Tiene la mandíbula apretada y la mirada perdida en algún punto de la ciudad.

Su barba incipiente de varios días me incita a querer pasar los dedos por encima.

A esto me refiero cuando digo que su veneno me corroe por dentro y me consume cuando le tengo cerca.

Es como si me nublase el juicio.

De forma inevitable, pienso en Aurora y en lo que he descubierto recientemente. Más bien, lo que me han contado. No sabré la versión oficial hasta que le haga frente.

¿Massimo dejó una carta a Niccolo dándole instrucciones sobre como encontrar a Aurora?

¿Damiano habría sido capaz de venderme de esa forma tan rastrera?

Y, quizá, la pregunta que más puede dolerme de todas, aunque jamás lo reconoceré…

¿Massimo ha sabido todo este tiempo que Aurora existía y no ha hecho nada para conocerla?

Trago saliva y agacho la mirada. Él da una calada al cigarrillo y me lo ofrece sin decir nada, sigue sin mirarme. Lo cojo y me lo coloco en los labios, justo cuando le doy la calada, decide hablar.

—¿Piensas decirme qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada.

Gira el cuerpo en mi dirección, dirigiendo su mirada a mí y a mi cuerpo. Se queda apoyado en la barandilla del balcón con el codo y me quita el cigarro de las manos. Yo imito su posición, quedando frente a frente con él.

—Dime qué es lo que te pasa y yo te digo qué es lo que he estado haciendo esta noche.

Enarco las cejas.

—¿Esta noche? ¿Has salido?

—Contesta y después lo haré yo.

Carraspeo. Aprieto los labios y niego con la cabeza.

—No es nada. Estaba un poco agobiada con todo esto y necesitaba tomar un poco el aire. —Me encojo de hombros—. Te toca.

Como es evidente, el señor Massimo Vizzini no se conforma con mi explicación. Quiere más. Él siempre quiere más.

—¿Qué es lo que te agobia?

—Saber que tengo a la policía respirándome en la nuca, por ejemplo. —Y no es mentira. Ese es un tema que me tiene un poco tensa.

Massimo tuerce la sonrisa y se encoge de hombros con despreocupación. Da un paso hacia mí y se acerca a mi oído.

—Eso solo lo hace todo un poco más interesante. —No puedo evitar mirarle los labios mientras habla—. Además, entre tú y yo… —Se aleja para que pueda verle la cara— corres más peligro conmigo, pequeña. Las malas lenguas dicen que soy un sociópata. Un sádico. Que estoy loco.

Esbozo media sonrisa.

—A las malas lenguas no les falta razón. —Nos sostenemos la mirada—. Sin embargo, sabes tan bien como yo, que no me asustas ni un poquito. Y que no me harías daño ni aunque pudieras.

—¿Qué te hace estar tan segura de eso? —Me agarra por la muñeca, pillándome por sorpresa, y me empuja ligeramente contra la barandilla, dejándome inclinada hacia el vacío. Contengo el aire.

Le pego un codazo, alejándolo de mí, y me giro veloz para empujarle. Me coloco en posición de ataque, totalmente dispuesta a soltarle un puñetazo en la boca. Él me observa de una forma curiosa. Parece sorprendido y al mismo tiempo confuso.

—¿Tu misoginia congénita está hirviéndote la sangre, amor? —pronuncio el apodo con retintín mientras esbozo una sonrisa traviesa—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que ya no soy la niñata que conociste en Seúl?

Massimo da un paso hacia mí y me sujeta por el brazo. Tira de él, haciéndome chocar contra su pecho y clava su mirada en la mía. Noto como la sangre me sube a las mejillas.

Su mirada es profunda. Intensa. Se ha oscurecido.

—No me cabe duda de que has cambiado, pequeña. Pero, ¿sabes qué? Hay algo que no ha cambiado. —Me agarra por la mandíbula con la mano abierta, pasando algunos dedos por debajo de mi oreja y hundiéndolos en mi cuero cabelludo—. Sigues poniéndomela igual de dura que el primer día.

Estampa su boca contra la mía.

Y sé que no debo, pero este hombre es y será mi eterna condena. Mi perdición.

Este vínculo tóxico y sin sentido que tenemos no me trae nada bueno. No nos lo trae a ninguno de los dos.

Sin embargo…

Muerdo su labio inferior mientras me come la boca con un deseo desenfrenado que crece por momentos. Su mano se mantiene firme en mi mandíbula mientras que la otra me agarra el culo sin miramientos. Noto como si mi cuerpo fuese de gelatina, incluso tiemblo. Ya no sé si es por el frío o por lo que este maldito hijo de puta me provoca.

Alguien carraspea a pocos metros de nosotros, haciendo que la burbuja que había empezado a rodearnos, explote.

Me aparto de él tan rápido como puedo y volteo el rostro para encontrarme a Yang Mi cruzada de brazos en la puerta del balcón. Está mirándole a él.

—¿Ahora qué pasa? —espeta Massimo, claramente molesto por la interrupción.

Yang Mi me mira durante un par de segundos y vuelve a mirar a Massimo.

—Mi hijo ya está de camino a Roma, le he dicho que tenemos que tratar un asunto urgente y ha adelantado el vuelo. Estará aquí en unas horas.

—Por fin, joder —dice Massimo alejándose de mí—. ¿Algo más?

—Sí. ¿Te acuerdas de lo que te dije sobre las cuentas pendientes? —Su expresión es impasible. Massimo no contesta—. Deberías ir preparándote. Cuando mi hijo llegue, también lo hará tu hermano Niccolo. Como líder de la Camorra, y como tu hermano, es conveniente que sepa lo que está pasando.

—Muy bien —responde y hace una mueca—. No me preocupa encontrarme con él. Tampoco admitir lo que he hecho. La redención se la dejo a los cobardes, y no es mi caso.

—Cómo quieras. Pero recuerda lo que te dije, —Le señala con el dedo—, en el momento en que tenga la más mínima sensación de que los míos pueden resultar heridos, esto se termina y te las tendrás que apañar tú solito.

Massimo, con expresión vacilona y de lo más canalla, se lleva dos dedos a la frente, haciendo un saludo militar.

—A sus órdenes.

Yang Mi pone los ojos en blanco y se marcha por donde ha venido, volviéndonos a dejar a solas. Massimo la observa en silencio hasta que desaparece y se voltea hacia mí.

—¿Por dónde íbamos? —cuestiona.

Su mano se aferra a mi cadera y trata de acercarme nuevamente a él con total intención de retomar lo que estaba sucediendo antes de que Yang Mi nos cortase el rollo. Esta vez me dejo llevar por mi impulso racional. Por eso niego con la cabeza y le aparto suavemente. Lo de antes,

igual que lo que pasó ayer, fue un momento de debilidad. He flaqueado en dos ocasiones, pero no habrá una tercera.

No tengo necesidad de pasar por esto otra vez.

—Por cuando me contabas qué es lo que has estado haciendo esta noche.

Massimo se pasa la lengua por el labio inferior y yo trago saliva, forzándome a no fijarme en ese gesto. Me agarra la muñeca y, sin decirme nada, tira de mí para meterme en la casa.

Yang Mi no está en el salón cuando pasamos por allí.

Me mete en el dormitorio que la Takahasi le asignó, el mismo en el que ayer echamos un polvazo sobre la cómoda, y cierra la puerta a su espalda.

Le lanzo una mirada interrogativa.

—¿Y bien?

Massimo se acerca a la cama y se agacha para sacar la bolsa de tela con la que le he visto llegar. La deja sobre la cama y la abre. La curiosidad me puede, así que no tardo en acercarme.

Alzo las cejas sorprendida y le lanzo una mirada, después devuelvo la vista al contenido de la bolsa.

Armas.

Una buena cantidad de dinero.

Munición.

—¿De dónde has sacado todo eso?

—De mi casa —responde. Saca una pistola y me la pasa.

Le doy vueltas al arma entre mis dedos al tiempo que merodeo por la habitación intentando no mirar hacia la cómoda. Me hace perder la concentración.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás tramando algo, Massimo?

—Porque estoy tramando algo —afirma.

—¿Y vas a contármelo?

—Depende. ¿Puedo confiar en ti?

No puedo evitar que me siente mal su pregunta.

—Es evidente que sí, ¿no? —Me cruzo de brazos de mala gana—. La pregunta es, ¿puedo confiar yo en ti?

—Si no lo hicieras, no estarías aquí.

—Lo mismo te digo.

Intercambiamos media sonrisa.

Massimo se sienta en la cama y me hace un gesto para que me acerque. Le obedezco, no muy convencida, y tomo asiento a su lado, aunque dejando cierta distancia entre nosotros.

—Voy a recuperar lo que me arrebataron aquella noche en la cubierta de ese barco, cuando me dispararon —comienza a hablar—. Voy a convertirme en lo que debí ser hace mucho tiempo. Un Don. Y ya he empezado.

—¿Qué has hecho?

—Empezar por lo básico. Si los suburbios son míos, el resto vendrá rodado. Además, tengo el dinero, la experiencia y el poder.

—¿Y qué pasa conmigo? Te recuerdo que yo también quiero mi parte. No pienso quedarme con las manos vacías, no después de todo lo que he invertido en este lugar.

Massimo coloca su mano en mi rodilla y yo me tenso por completo.

—En el tablero, además de espacio para la Reina, también lo hay para el Rey.

—¿Estás dispuesto a compartir conmigo? ¿Con una mujer? —formulo la última pregunta con retintín. Por desgracia, sé de buena mano el tipo de pensamiento que él, al igual que el resto

de hombres que se dedican al mundo de la mafia, se gastan con respecto al papel de la mujer.

—Hace tiempo me pediste que te tratase como a una igual, ¿no es lo que querías? Deberías empezar a asumir lo que eso conlleva. —Me sostiene la mirada.

Carraspeo.

—Es lo que siempre he querido. Pero no solo por tu parte, si no por la de todos.

—Y ahora te lo estoy concediendo —contesta—. Así que, no se te ocurra fallarme.

—¿Por qué? ¿No podrías soportarlo? —vacilo.

No paso inadvertida su forma de tensar la mandíbula. Si hay algo que sé de buena mano es que Massimo no soporta las traiciones. Especialmente aquellas que vienen de alguien a quien él considera de los suyos.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal al recordar nuestra conversación del día anterior, cuando dijo que había matado a las dos mujeres que mencionó Yang Mi porque le habían fallado.

—No te hagas ilusiones, pequeña. No eres tan importante.

—Tranquilo, contigo nunca me las hago. No sueles dar la talla. —Le guiño el ojo.

Sé que por su cabeza están pasando muchas cosas en este momento, por eso decido levantarme y salir de la habitación.

Cierro la puerta a mi espalda y me apoyo contra ella. Aprieto los labios, conteniendo una sonrisa emergente y niego con la cabeza.

22
RHIM

Está anocheciendo cuando Yang Mi nos informa de que su hijo está subiendo en el ascensor, lo que significa que en cuestión de pocos minutos, estará con nosotros.

A pesar de que no le hace una pizca de gracia seguir órdenes, Massimo permanece fuera del despacho de Yang Mi. Está en una de las habitaciones, creo. Hace un rato que no le veo.

Estoy a punto de servirme una copa de coñac, cortesía de Yang Mi, cuando el timbre suena. Ella y yo intercambiamos una mirada y, por alguna razón, me transmite tranquilidad. Es alguien de su equipo de seguridad quien se encarga de abrir la puerta, así que ninguna de las dos nos movemos del sitio.

Zouk Takahasi aparece tras la puerta escasos segundos después. Yang Mi va a abrazar a su hijo con un fuerte abrazo cargado de añoranza y afecto; no puedo evitar apartar la vista. Echar de menos el cariño y la presencia de mi madre es algo que va a acompañarme de por vida, algo que no voy a poder recuperar nunca.

Cuando se separan, Zouk repara en mí. Le saludo meneando la cabeza y él mira a su madre con el ceño fruncido.

—¿Qué está haciendo ella aquí?

—Siéntate, cariño. Tenemos que hablar.

Zouk no cambia la expresión en ningún momento. Es más que evidente que Niccolo le ha puesto al tanto de todo.

—¿Eres consciente de que tienes sentada en el sofá de tu despacho a una criminal en potencia?

—Sí, Zouk. Lo sé. De eso quería hablarte.

Yo le ofrezco una sonrisa falsa y alzo el vaso en su dirección, como si estuviera brindando con él.

Yang Mi está a punto de decir algo, pero el timbre suena otra vez. Su hijo la mira confuso.

—¿Esperamos a alguien más?

Niccolo, acompañado por Tassia y Thiago, llegan al despacho siendo guiados por el mismo guardaespaldas que ha traído a Zouk hace unos minutos. Todos intercambian una mirada cargada de confusión entre ellos y, como era de esperar, todos los ojos acaban desembocando en mí.

—Ahora sí, estamos todos —dice Yang Mi—. Sentaos, chicos.

—¿De qué coño va todo esto? —espeta Thiago con cara de pocos amigos.

—Eso me gustaría saber a mí —responde Zouk en voz baja, esperando a que su madre diga algo de una vez.

Yang Mi se sirve una copa de whisky y se pone de pie, justo detrás de mí. Me coloca una mano en el hombro.

—Os he citado aquí, a todos, por una razón. Ella. —Se aclara la garganta—. Sé que todos tenéis motivos para preocuparos, pues no deja de ser un enemigo. Pero… hemos alcanzado un acuerdo, y necesito de tu colaboración, hijo, para que esto pueda salir bien.

—¿Mi colaboración? —Frunce el ceño.

—La INTERPOL está siguiéndome la pista —hablo yo—. Supongo que estarás al tanto de ello.

Zouk niega.

—No, no lo sabía.

—¿Debería creer lo que dices? —pregunto.

Yang Mi me aprieta el hombro a modo de reprimenda. Niccolo, Tassia y Thiago enarcan las cejas, cada vez más confusos.

—Te estoy diciendo la verdad. No lo sabía. A menos que se trate de una amenaza dentro de los parámetros de la ciudad donde yo tengo jurisdicción, del resto de información quedo completamente exento. La agencia internacional es así.

—De la persecución del otro día, en Civitavecchia, supongo que sí sabrás algo.

—Sí, pero no era yo quien estaba allí. Como te he dicho, lo que se sale de mi jurisdicción, no es de mi incumbencia a menos que me lo requieran.

—Estaban persiguiéndome a mí. Al parecer, alguien le había dado el chivatazo y trataron de pillarme con las manos en la masa. —Suspiro—. Por suerte, conseguí escapar.

Zouk mira a su madre y luego me mira a mí.

—No estoy entendiendo muy bien a donde quieres llegar con esto.

—Quiero que me otorgues protección frente a la ley. Sé por fuentes cercanas que tienes tratos de favor con los de la INTERPOL.

—¿Y por qué debería de hacer tal cosa? Hasta donde yo sé, lo único que nos has dado son problemas. —Señala a Niccolo con la cabeza—. Querías quitártelo de en medio. Incluso utilizaste a Thiago para acceder a nosotros. Por no hablar de tu amplio historial delictivo. Búscate la vida, joder.

Se me escapa una carcajada.

—Zouk —habla Yang Mi antes de que yo pueda lanzar algún dardo venenoso en dirección de su hijo o cualquiera de nuestros invitados—. Rhim es la madre de Aurora.

—Sí, es verdad —añade Niccolo—. Nosotros nos hemos enterado esta mañana.

Zouk y yo nos sostenemos la mirada. Le sonrío.

—Hostia puta —oigo murmurar a Thiago.

—Cuando Rhim recurrió a mí en busca de ayuda, decidí brindársela. —Se ve que lo de mentir lo llevan en la sangre, porque lo dice tan convencida que incluso suena real—. Por eso, hijo, me gustaría contar con tu colaboración en esto. No somos mejores que ella. Y, como espero que comprendas, no pienso dejar que una niña inocente pague los platos rotos de su familia. Además…, —Yang Mi vuelve a clavarme las uñas en el hombro—, Rhim me ha prometido que no va a entrometerse en vuestros asuntos, y que tampoco hará daño a nadie.

A regañadientes, asiento con la cabeza.

—Así es.

—¿Qué es lo que se supone que tendría que hacer? —cuestiona Zouk con la vista clavada en el suelo.

Empiezo a notar como el cuerpo se me destensa.

—Eliminar cualquier historial que pueda haber sobre mí en la base de datos de la policía italiana —pido—. Y que me garantices que estaré fuera del radar de la INTERPOL.

—Lo primero puedo hacerlo, pero lo segundo… No puedo garantizarte algo que se escapa a mi control, ya te lo he dicho.

—Pues desvía la atención. Lo que sea, pero quítamelos de encima. No puedo perder más tiempo. Ahora mismo, a ojos de esa escoria estoy huyendo a Bangkok, pero la tapadera no me durará mucho.

—Joder, bien. Haré lo que pueda.

Se produce un silencio. Yang Mi se aleja de mí y por el rabillo del ojo puedo ver como coge

una copa y se la bebe de golpe. No está preparada para la segunda parte de la reunión, puedo sentirlo.

—Hay algo más —digo.

—No estás en posición de exigir mucho —espeta Niccolo—. Quiero que sepas que si estoy accediendo a esto, es por la niña.

—Tú, desde luego, tampoco estás en posición de abrir la boca. —Miro a Zouk—. Y tú mucho menos.

El hijo de Yang Mi resopla y me observa con cara de pocos amigos.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero?

—Me sobra el dinero, cariño, pero gracias por la oferta. —Me cruzo de piernas—. Quiero el mismo trato que acabas de sellar conmigo, solo que para alguien más. Protección e inmunidad. Hacer desaparecer su historial y quitarle a la policía de encima.

Los cuatro amigos se miran entre ellos, después buscan a Yang Mi con la mirada. Ella no dice nada, solo bebe de forma compulsiva.

—¿Alguien más? ¿Quién? —pregunta el Takahasi—. ¿De qué va esto, mamá?

La puerta se abre antes de que Yang Mi pueda responder.

Zouk, Niccolo, Tassia y Thiago no pueden ver de quien se trata porque están de espaldas a la puerta, pero Yang Mi y yo sí que podemos verle.

Massimo cruza el umbral y, de repente, siento que el corazón se me encoge.

Lo siguiente ocurre como si estuviese sucediendo a cámara lenta.

Thiago es el primero en girarse. Empalidece al instante. Se remueve en el asiento y comienza a golpear con la mano la rodilla de Niccolo, que se da la vuelta junto a Tassia casi al mismo tiempo.

Niccolo se pone de pie como un resorte. Tiene el rostro desencajado. Abre y cierra la boca continuamente.

—No puede ser verdad… —susurra Tassia llevándose las manos a la boca.

Zouk es el último en darse la vuelta. Presto atención a cada uno de sus movimientos, no puedo evitarlo. Su rostro se contrae poco a poco. Aprieta los puños y comienza a negar lentamente mientras murmura cosas en japonés.

Massimo los mira a todos. Uno por uno. No pierde esa sonrisa arrogante que siempre le acompaña. Está disfrutando de este reencuentro, lo sé. Y no porque se alegre de ello, precisamente.

—Barreiro —saluda a Thiago con un asentimiento de cabeza. Después dirige la vista a su cuñada—. Anastasia. —Mira a su hermano, que continúa petrificado, y asiente de forma leve—. Hermanito.

—Esto no… Esto no puede ser… —murmura Niccolo.

Massimo ignora el tartamudeo de su hermano y fija la vista en Zouk Takahasi, que está mirándole con el rostro hecho un auténtico poema.

—Zouk —pronuncia su nombre de forma lenta, después le ofrece una sonrisa maquiavélica —. Parece ser que no has rezado lo suficiente. Una pena, ¿no crees?

NUNCA DIGAS DE ESTA AGUA NO BEBERÉ

Un año antes…

Massimo, tras despertar del coma y pasar varios meses siguiendo una estricta rehabilitación, había recibido el alta hospitalaria. Eso solo significaba una cosa: su internamiento en prisión, tal y como ya le habían informado cuando comenzó a recuperar el sentido, sería inminente.

A pesar de que estaba casi recuperado, aún le costaba no fatigarse después de hacer un esfuerzo por mínimo que fuese. Ya le habían colocado las esposas y estaba preparado para abandonar el hospital cuando se detuvo a recuperar el aliento mientras bajaba por las escaleras. Le habían recomendado coger el ascensor, pero él ya se había sentido lo suficientemente humillado teniendo que aprender a caminar o hablar desde cero como para seguir sintiéndose débil.

Fue ahí, mientras tosía y maldecía internamente, cuando vislumbró a Zouk Takahasi al final de la escalera. Iba vestido con el uniforme de la policía y estaba cruzando de brazos sin quitarle el ojo de encima.

—Massimo. —Zouk pronunció su nombre cuando le tuvo frente a frente. Asintió—. Ver para creer.

El Vizzini frunció el ceño. Michel Durand le había dejado claro que, a ojos del resto de personas, Massimo Vizzini había sido abatido en aquel barco durante una intervención policial. En todo ese tiempo no se había parado a pensar que Zouk formase parte de esa gran mentira.

Massimo tosió de nuevo.

—Mírate —murmuró—. Tenemos al actor revelación del año.

—Solo hago mi trabajo —espetó—. Y es lo que vengo a hacer aquí. Antes de que te trasladen a prisión, me gustaría hablar contigo sobre algunas cosas relacionadas con los negocios de tu padre.

—Ya le dije a la puta INTERPOL todo lo que tenían que saber.

Zouk le hizo un gesto a los agentes que custodiaban a Massimo y le siguieron por uno de los pasillos hasta un despacho que estaba vacío.

—La INTERPOL ya tomó cartas en el asunto gracias a la información que aportaste. Son asuntos a nivel internacional con los que ni yo ni mi equipo nos inmiscuimos a menos que así sea requerido. —Le miraba con fijeza—. Yo vengo a hablar contigo sobre esas casas que tu padre y Xiang Tao regentaban por Albania. En una de ella encontramos a Aryanna, ¿te acuerdas de ella, hijo de puta?

Massimo apretó los dientes con fuerza.

—¿Sabe mi hermanito que estás aquí? ¿Qué tanto tú como los medios de comunicación sois una panda de farsantes?

—No. Esto forma parte de mi trabajo, Massimo. Todos han sufrido ya lo suficiente por tu culpa, así es como mejor están las cosas. Además, lo más probable es que nunca se sepa, porque tienes una condena tan extensa que nunca verás la puta luz del sol. Yo mismo me haré cargo de que así sea si es necesario.

Massimo se río y tosió un poco.

—Zouk…, nunca digas de esta agua no beberé. La vida da muchas vueltas.

—No en tu caso. Morirás entre rejas —afirmó.

Ante la convicción y la repulsa de Zouk, Massimo Vizzini se aclaró la garganta.

—De acuerdo. Yo moriré entre rejas, ¿y sabes quién más morirá y tú no podrás hacer nada para evitarlo? Todas las mujeres y niñas que siguen ubicadas en las casas de putas clandestinas que mi padre tenía repartidas por toda Albania y otros países. —Zouk se tensó—. ¿Y sabes por qué? Porque no pienso decirte una sola palabra. Yo moriré, y me las llevaré a ellas conmigo.

Zouk no se amedrentó e ignorando a sus compañeros, se enzarzó contra Massimo y comenzó a estrangularle. Él no podía defenderse de ninguna manera, por lo que se dejó hacer.

—Eres despreciable —masculló Zouk—. Te mereces un castigo peor que la cárcel.

—No vayas de santo, Takahasi… Sé que no eres tan ejemplar como aparentas, que tú también has hecho… cosas cuestionables, como todos —pronunció Massimo con un hilo de voz mientras su rostro se tornaba violeta— Y aprieta lo que quieras… Mátame. No voy… No voy a decir nada. Y no por lealtad a mi padre… sino por… —Tragó saliva con dificultad— joderos. No todo… no todo puede tener un final… feliz.

Zouk le soltó de golpe y le pegó un empujón que le hizo perder el equilibrio y caerse al suelo. Después le pegó una patada en las costillas.

—Lleváoslo —murmuró.

—Reza todo lo que sepas para que no tengamos que volver a vernos —fueron las últimas palabras que Massimo le dedicó.

23
MASSIMO

El bastardo de Zouk no es capaz de responderme. No emite una sola palabra. Casi que ni respira. Está tan bloqueado como el imbécil de mi hermano.

Intercambio una mirada breve con Rhim, que no me quita el ojo de encima, y me tomo la libertad de caminar alrededor de ellos.

—Zouk, ¿por qué no les cuentas a tus amigos lo que está pasando? —apremio con una sonrisa incipiente. Nadie puede imaginarse cuanto estoy gozándome esto.

—¿Qué coño está diciendo? —murmura Thiago Barreiro.

Niccolo, que ahora mismo tiene pinta de no saber ni por donde le viene el aire, no es capaz de mirarme. Tiene la vista clavada en el suelo, como si estuviera mentalizándose, o intentándolo, de lo que está viviendo ahora mismo.

—Vamos, Zouk, *amigo.* No te hagas de rogar. Cuéntalo. Explícale a todos cómo es posible que yo esté aquí.

—Eres un hijo de la gran puta… —masculla el Takahasi.

Yang Mi deja la copa que estaba bebiéndose sobre la mesa, dando un golpe fuerte y seco en el proceso. Todos la miramos.

—Hijo —dice—. Habla. Ahora.

Mi hermano mira a su amigo y, por primera vez, hace contacto visual conmigo. Tiene los ojos inyectados en sangre. No paso desapercibida la forma en la que la dulce, y para nada inocente, Tassia Bykova, se encuentra aferrada a su brazo.

La última vez que la vi, estaba desangrándose por un disparo de Xiang Kun mientras que, a su alrededor, tanto Kun como su padre, Tao, yacían muertos.

—La INTERPOL mintió a los medios —comienza a hablar Zouk en voz baja—. Massimo no… Massimo no murió aquel día ni ningún otro. Decidieron mentir porque creyeron que sería un hilo conductor con el que poder seguir tirando de la manta. —Traga saliva y mira a directamente a mi hermano—. Y yo lo sabía. Lo sabía desde el principio. Michel Durand me llamó para contármelo.

—¿Estás de broma? —dice Tassia—. ¿Cómo has podido ocultarnos algo así?

Niccolo no reacciona.

—Tío, no me jodas. —Oigo decir a Thiago.

—Lo siento, joder. Todos habíamos sufrido lo suficiente como para seguir echando limón a la herida. Él no iba a salir de prisión jamás y creí que lo más conveniente era guardar silencio. Michel Durand me hizo firmar un acta de confidencialidad… —Se pasa las manos por la cara con desesperación.

Mi hermano se pone de pie y se acerca a mí. Nos quedamos frente a frente. Entonces me pega un empujón. Apenas me tambaleo.

—¿De verdad te crees que después de todo lo que has hecho te vas a ir de rositas? ¿Qué vas a poder merodear por la ciudad a tu antojo? Ni de coña. Ni de puta coña. —Traga saliva—. Por mi parte, el trato queda anulado.

Niega con la cabeza y se da media vuelta. Se sostiene la mirada con Zouk y aprieta los puños.

—Merecía saberlo —espeta—. Debía saberlo. ¿Cómo has podido hacernos esto?

—Lo siento, joder. No podía, Niccolo.

—Todos te van a fallar, hermanito. Asúmelo.

Niccolo, furioso, vuelve a voltearse hacia mí.

—Cállate la puta boca.

Hace amago de darme un nuevo empujón, pero entonces, Rhim, se pone de pie y saca la pistola que yo le he entregado antes y, sin pestañear, le coloca el cañón a mi hermano directamente en la sien. Quita el seguro. Tassia suelta un grito y Thiago hace el intento de sacar su propia pistola, pero Yang Mi le detiene agarrándole del brazo.

—Da un solo paso más y te reviento la cabeza, Niccolo. Y no voy de farol.

Mi hermano se queda estático. Traga saliva.

—¿Qué coño estás haciendo? —le pregunta a Rhim.

Ella alza el mentón y me mira durante un par de segundos, después devuelve toda su atención a mi hermano.

—En el ajedrez, la reina es quien protege al rey. Eso estoy haciendo. —Se humedece los labios—. Sin necesidad de compartir sangre, él también es mi familia.

Rhim una vez dijo que yo tenía el corazón de hielo. Yo, hasta ese momento, pensaba que los monstruos ni siquiera tenían uno. Pero ahora, después de mucho tiempo, estoy volviendo a sentirlo. El corazón helado bombeando despacio.

La garganta se me reseca.

—No sabes lo que estás diciendo —murmura Niccolo—. ¿Crees conocerlo por haber tenido una aventura de unos meses con él? —Se ríe—. Ese al que estás defendiendo y protegiendo, es un asesino. Una persona despiadada, cruel. Alguien que vendería su alma a cualquier precio con tal de tener una pizca de poder. —Niccolo y yo nos miramos fijamente—. Alguien capaz de destruir la vida de personas inocentes sin titubear. Alguien capaz de abusar de su propia hermana. —Traga saliva y mira de reojo a Rhim—. Alguien… con la sangre tan fría como para dejarte embarazada, saberlo y desentenderse.

Todos los ojos están puestos sobre mí. Incluidos los de ella.

El frío gélido, como si se tratase de una ventisca invernal, vuelve a instalarse en la parte baja de mi esternón. Ya no siento los latidos.

No siento nada.

—¿Esa es la familia que quieres? —prosigue Niccolo—. ¿Por la que crees que merece la pena luchar?

Rhim baja el arma con lentitud. Cierra los ojos y da un paso atrás. Después, sin emitir una sola palabra, sale del despacho pegando un portazo.

Mi hermano suelta el aire que había contenido y yo también lo hago.

—Ni se te ocurra acercarte a mí o a mis amigos —advierte señalándome con el dedo—. O te juro que no tendré ningún tipo de piedad contigo. Perdiste ese derecho en el mismo instante en que te atreviste a ponerle una mano encima a Chiara y Aryanna.

Es el siguiente en irse. Tassia corre despavorida tras él.

Thiago, que sigue teniendo el rostro desencajado, mira a Zouk, que está masajeándose las sienes sin parar y niega con la cabeza. Después me mira a mí. Termina marchándose.

Yang Mi se acerca y me sujeta el brazo con firmeza, haciendo que me tense por completo.

—Quiero hablar a solas con mi hijo —dice en voz baja—. Y creo que tú deberías de ir a hablar con ella. Tus cuentas pendientes siguen multiplicándose.

No estoy preparado para la conversación que se supone que debo tener con ella. Ni siquiera sé qué es lo que espera que le diga.

Sí, sabía que estaba embarazada.

Y sí, la abandoné.

Es la verdad.

La verdad más absoluta.

Cuando llego a la puerta de su habitación, me quedo delante, mirándola en completo silencio. Coloco la mano en la madera durante unos segundos y la aparto. Niego con la cabeza.

Ni puedo, ni quiero.

Me muevo por inercia.

Cuando quiero darme cuenta, estoy subido en el coche que los hombres de Yang Mi me proporcionaron ayer.

Arranco el motor y salgo de allí lo más rápido que puedo. Realizo el mismo itinerario que el día anterior; esquivando a la marabunta de turistas y camuflándome entre ellos, consigo llegar al local de mala muerte en el que me deshice de Enzo Santoro. El mismo lugar que ahora, me pertenece.

Nino está allí cuando llego. Le distingo en la distancia. Está sentado en uno de los sillones con las botas desgastadas sobre la mesa, de cualquier manera. A simple vista, por su aspecto y vestimenta, parece un chaval antisistema. Probablemente forme parte de algún grupo.

Está distraído con su teléfono móvil y al verme llegar se pone de pie de golpe, tieso como un palo. Me saluda inclinando la cabeza.

—¿Soy acaso el puto Kim Jong-un para que me saludes como a un militar? —espeto de mala gana, dejándome caer en uno de los sillones.

—No.

—Pues deja de hacer el gilipollas.

Nino toma asiento y se aclara la garganta.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta—. Pensaba que habías dicho que…

—Está siendo un día largo. Y eso que no ha hecho más que empezar —mascullo—. Necesito una copa. O un tiro de coca en la nariz. Yo qué sé. —Me froto la sien con la mano y me quedo mirando al chaval que ahora trabaja para mí. Lleva tatuada la Trinacria en el antebrazo izquierdo—. ¿Eres siciliano? —le pregunto. Ese símbolo suele ser un emblema en Sicilia, también en la Cosa Nostra. Ya he visto ese diseño en concreto antes, motivo por el que no puedo dejar pasar la oportunidad, por si tuviera que deshacerme de él.

Nino se mira el brazo y se baja la manga. Se aclara la garganta.

—Nací allí, sí.

Demasiado escueto. No me gusta.

—¿Vives aquí con tu familia? —indago.

Nos sostenemos la mirada. Se ha puesto nervioso.

—No. Vivo solo. Bueno, comparto piso con cuatro tíos del barrio, pero… No. Mi familia no está aquí.

Me enciendo un cigarro y le observo con interés.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué? —Se remueve en el sillón.

—¿Por qué dejaste Sicilia para venir aquí? ¿Por qué te dedicas a mover drogas?

—Necesito la pasta y… ya tenía experiencia.

—¿A qué familia de la Cosa Nostra perteneces? —No me ando con rodeos. Es más que evidente que no me va a decir nada a menos que presione un poco.

—¿Qué…?

—¿A qué familia? —repito en tono más seco—. Dijiste que te apellidabas De Santis, pero no me consta que haya ninguna familia dentro de la mafia con ese apellido.

Nino titubea.

—De Santis es el apellido de soltera de mi madre —admite—. Mi nombre real es Nino Salvatore.

—Hijo de Xavier Salvatore y Lena De Santis —añado yo, confirmando mi teoría sobre dónde había visto antes ese diseño de tatuaje. Conozco a su familia, mi padre y el suyo solían verse de vez en cuando. Y yo me follaba a Lorenza, una de las tantas hijas bastardas que tenía por el país.

Nino empalidece. Traga saliva.

—¿Les conoces?

—Sí.

—Dios, joder. ¿Han sido ellos quienes te han mandado? ¿Por eso te interesaste en mí?

Frunzo el ceño.

—¿Te están buscando?

—Mi padre me desheredó, también me echó de la ciudad. Me dijo que no quería volver a verme por Sicilia. —Se mordisquea las uñas—. Yo les robé algo antes de irme y… ahora están buscándome para matarme, probablemente.

—Desde luego, ninguna de las familias mafiosas italianas tiene desperdicio. —Suspiro. Doy una calada al cigarro y expulso el humo por la nariz—. ¿Qué hiciste para que Xavier decidiera echarte?

—Soy gay —dice—. Supongo que su ego no podía soportarlo. Dijo que era una deshonra para la familia y para la organización y… me echó. No sin antes mandar a sus esbirros a darnos una puta paliza a mí y a mi exnovio, claro.

Un clásico. Mi padre realizó un procedimiento muy similar cuando mi hermano pequeño, Luca, salió del armario. Le desheredó, le echó de casa y le dio una paliza él mismo. Yo estaba delante cuando sucedió, aunque no supe los motivos hasta algunos días más tarde.

Por supuesto, San Niccolo puso los medios para que el pobre Luca pudiera empezar de cero lejos de todo nuestro mundo, pero sobre todo, lejos de Matteo.

—¿Te cuento un secreto? —digo. Él asiente no muy convencido—. En este mundo, todo es una fachada falsa. La hipocresía de algunos es la que la construyen. —Me encojo de hombros—. Probablemente a Xavier le guste más comer pollas que a ti. He sido testigo, en primera fila, de cómo se dejaba follar por detrás por algunos miembros de la ‘Ndrangheta para sellar ciertos negocios. —Mientras hago memoria, le paso el cigarro.

Nino se ha relajado bastante. Ya no está tan tenso como cuando he empezado a hacer preguntas. Mi revelación le ha dejado perplejo.

—¿Qué es lo que le robaste? —quiero saber—. Has dicho que están pidiendo tu cabeza por ello.

Se lleva las manos al cuello y se saca la cadena de plata con una media luna colgando de debajo de la camiseta. Me enseña el colgante y hace que la luna se separe en dos mitades. Es una memoria USB.

—Me llevé las pruebas suficientes como para joderle la vida para siempre. —Traga saliva —. Tengo el poder de destruirlo en la palma de mi mano y todavía no he sido capaz de utilizarlo.

—¿Por qué?

Nino se encoje de hombros.

—Supongo que me dan miedo las represalias.

Lo veo claro.

Veo Sicilia y veo Roma.

Y me veo a mí, al mando.

Esbozo media sonrisa.

Xavier es de los pocos a los que no vendí a la INTERPOL. Y no porque le tuviera aprecio, su existencia me importaba una mierda, sino por mera estrategia.

Por si en un futuro, podía servirme.

Como ahora.

—¿Sabes, Nino? Tengo la sensación de que vamos a trabajar muy bien juntos.

—¿Por qué?

—Porque ahora los dos tenemos el mismo objetivo: tu padre. —Nino enarca las cejas—. Yo te quito el problema de encima y tú, a cambio, trabajas conmigo.

—Ya trabajo contigo.

—Trabajas para mí, no conmigo. Te sacaría del tráfico y te metería en otras cosas más beneficiosas para ambos.

Me pongo en pie y le hago un gesto para que él también se levante, significando que ha aceptado mi propuesta. Él me mira y luego aprieta los puños. Asiente levemente y se levanta. Estrechamos las manos de manera formal, sellando el trato.

—Vamos a algún bar a tomar algo. Necesito beber y dejar de pensar. Me va a estallar el cerebro.

Por su cara, sé que está a punto de decirme que apenas son las diez de la mañana, pero se calla en el momento en que le miro directamente a los ojos.

—¿Qué es lo que te pasa? —me pregunta mientras caminamos hasta la salida del local.

El nombre de Rhim, el cual llevo evitando desde hace un rato, se cuela en mi mente. Visualizo la mirada que me ha lanzado cuando mi hermano ha abierto la boca. La forma en la que se ha marchado. Dios, ni siquiera debería estar preocupado por ello. Sin embrago, lo estoy.

Es una sensación extraña que no he acostumbro a sentir… nunca.

Las palabras de mi hermano la han herido.

Lo que yo hice la ha herido.

Y darme cuenta de que me importa más de lo que debería, está ardiéndome por dentro. Como si la piel me quemase.

¿Qué coño me pasa?

—Nada que una buena copa de whisky no pueda solucionar —mascullo tratando de acallar a mi mente.

24
RHIM

Le he visto salir del edificio, coger un coche y marcharse.

Ni siquiera ha tenido intención de hablar conmigo, lo cual deja bastante claro lo poco que le importa lo que ha sucedido. Lo poco que le importo yo, o Aurora.

Porque Niccolo ha sido tajante. Y ha dado información demasiado concreta como para estar mintiéndome. La actitud fría y desinteresada de Massimo solo ha hecho más que confirmarlo.

Massimo sabía que estaba embarazada y se fue. Le dio igual.

Y, Dios, claro que sé que ni siquiera debería estar sorprendida. Que no puedo esperar otra cosa de alguien como él.

Pero lo estoy.

Más que sorprendida, estoy dolida. Decepcionada, quizá.

He pasado los últimos cinco años de mi vida autoconvenciéndome de que no decirle nada había sido lo mejor. Sintiéndome mal, cuando creía que estaba muerto, por haberle privado de conocer a su hija. Por haber hecho que Aurora creciera sin una figura paterna y haberle mentido durante años diciéndole que su padre había muerto cuando ella nació.

No sé cómo se enteró que estaba embarazada, ni cuando lo hizo, tampoco sé si realmente quiero saberlo. Porque entonces implicaría enfrentarme a una conversación con Damiano que por el momento, no estoy segura, tampoco, de querer tener.

Ahora mismo mi mente se encuentra en plena tormenta. No soy capaz de pensar con claridad.

Me sobresalto cuando escucho la puerta abrirse. Para mi sorpresa, es Zouk. Le miro desde el otro extremo de la habitación y él hace lo mismo.

—He estado hablando con mi madre —dice—. Ha insistido demasiado y… hemos llegado a un acuerdo. Te brindaré lo que me has pedido, pero… Massimo queda fuera del trato. No puedo hacerle esto a mis amigos, ¿entiendes? No otra vez. Niccolo es como si fuera un hermano para mí, nos conocemos de toda la vida y… no es justo para él ni para su familia. Ver su cara de decepción cuando se ha enterado de lo que hice ha sido… —Suspira— Tengo la oportunidad de hacer las cosas bien y eso voy a hacer, así que…

—De acuerdo. Haz lo que creas conveniente —murmuro, interrumpiendo su discurso.

Massimo ha dejado claro que nunca le he importado. ¿Por qué debería de preocuparme por él?

Que le jodan.

No le necesito.

Zouk asiente en silencio.

—Bien.

—Gracias —digo—. Sé que no soy bien recibida aquí por nadie, y sé que estás poniéndote contra las cuerdas en tu trabajo, así que, gracias.

—Dáselas a mi madre. Por alguna razón que desconozco, quiere ayudarte. Así es ella, supongo. Siempre dispuesta a abogar hasta por las causas más perdidas. —Se encoge de hombros y yo frunzo el ceño ante su confesión—. También me ha pedido que me replantee lo de Massimo —aclara. Niega con la cabeza—. Al final hemos acordado que fueses tú quien tuviese la última palabra.

—Norma —pronuncio el nombre de la madre de Massimo y Niccolo, captando la atención de Zouk—. Te ha pedido que pienses lo de Massimo por Norma. Quizá cree que descubrir que su madre está viva le ablande el corazón y las cosas cambien con él. —Aprieto los puños—. ¿Sabes qué creo yo, Zouk?

—¿Qué?

—Que alguien que no tiene corazón no tiene posibilidad de cambiar. Jamás.

Zouk entra en la habitación y cierra la puerta tras él. Se encoge de hombros y se sienta en los pies de la cama sin dejar de mirarme.

—Entiendo tu rabia, me pongo en tu lugar y no debe ser fácil de digerir que… bueno, ya sabes. Lo que hizo es… jodido.

—No quiero hablar del tema. Y mucho menos contigo. —Me aclaro la garganta—. No necesito tu lástima.

—No pretendo hacerte sentir así. Solo digo lo que pienso. Conozco al cabrón de Massimo desde hace mucho tiempo.

—Ya, bueno.

—¿Puedo preguntarte cómo es que acabaste en todo este lío con él? Al margen de lo que hayas hecho en tu vida para salir adelante, no pareces una mala chica. ¿Por qué acabar en las garras de alguien como Massimo?

Trago saliva y me encojo de hombros.

—La vida. El destino. No sé, Zouk. Todo es una putada. Una gran putada. Yo qué sé. —Suspiro—. Quiero estar sola.

Se levanta y asiente con la cabeza.

—Te avisaré cuando haya cumplido mi parte del trato —dice—. Espero que tú cumplas la tuya.

—Lo haré.

Intercambiamos una mirada breve y Zouk acaba marchándose. Cuando estoy nuevamente sola, cierro los ojos y me dejo caer en el colchón mirando al techo, aunque apenas duro diez segundos. Vuelvo a levantarme y salgo de la habitación.

Yang Mi me ofrece una sonrisa débil al verme que yo no le devuelvo.

—Necesito salir —murmuro.

—¿A dónde?

Estoy a punto de soltarle que no le importa, pero después del *esfuerzo* que ha hecho por ayudarme, pienso que no sería justo por mi parte pagar mis frustraciones con ella. Así que decido morderme la lengua y ser transparente. Después de todo, es la única persona en esta casa en la que puedo depositar algún tipo de confianza a pesar de mis reticencias. Con sus actos así me lo ha demostrado.

—Tengo negocios que atender —digo—. No puedo estar desaparecida tanto tiempo. Mi gente me necesita.

—No creo que eso sea lo más adecuado ahora mismo, Rhim. Deberías esperar, al menos, a que mi hijo allane el terreno. A propósito de eso…, ¿habéis hablado?

—Sí, hemos hablado. Y te doy las gracias por lo que estás haciendo. —Carraspeo. Retomo la conversación inicial—. No te estaba pidiendo permiso para salir, así que, por favor, proporcióname un coche igual que hiciste con Massimo. Si paso un solo segundo más aquí dentro voy a acabar volviéndome loca.

Yang Mi emplea una mirada demasiado maternal conmigo.

—¿Te importa si voy contigo?

—¿Ahora quieres controlarme?

—No. Es que yo también siento que voy a volverme loca dentro de estas cuatro paredes. —Sonríe—. Ha sido una mañana demasiado intensa.

Hago una mueca.

—Como quieras, pero conduzco yo.

La Takahasi no pone objeción alguna, por lo que, siguiéndola de cerca, ponemos rumbo al sótano del edificio, el cual le pertenece en su totalidad, donde se encuentran los coches de sus esbirros y los suyos propios.

—Pareces conocerte bien la ciudad —comenta mientras abandonamos las inmediaciones del edificio y me incorporo al tráfico italiano. El cual, por cierto, es horroroso—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Dentro de poco hará un año —respondo sin mirarla—. Vine en cuanto me enteré que… Bueno, en cuanto vi en las noticias lo de Massimo. Quería despedirme.

La escucho suspirar.

—¿Y por qué decidiste quedarte?

—Quería hacerme cargo de sus negocios.

—¿Algún motivo en especial? —indaga—. Te iba bien en Seúl, ¿no?

La miro de reojo.

—¿Estás interrogándome? —pregunto usando un tono tosco.

—Tranquila, no te pongas a la defensiva. Es mera curiosidad, nada más.

Aprieto el volante con fuerza.

—No hay ningún motivo concreto. Me gustó la ciudad cuando vine por primera vez y lo vi como una buena oportunidad de seguir creciendo. —Me aclaro la garganta—. Te agradecería que dejases de hacer preguntas. No quiero hablar.

—No me parece mal que quisieras venir aquí para, de algún modo, sentirte cerca de él. —Noto un remolino en el pecho—. Por como has hablado de él antes, la forma en que lo has defendido sin tener por qué, ha demostrado que le quieres. Y eso no está mal, ¿sabes?

—Te he dicho que cierres la boca.

Me ignora.

—Es evidente que hay muchas cosas de las que tenéis que hablar. Tanto tú como él habéis cometido errores, pero… eres la primera persona en mucho tiempo con la que veo que Massimo no es ese trozo de hielo impasible y sin emociones que todos conocemos. —Aprieto tanto los dientes mientras la escucho que siento que me van a estallar en mil pedazos—. De hecho…, cuando me citó en el motel, se refirió a ti como la mujer de sus siete vidas. —Un pinchazo agudo me sacude el esternón. No quiero mirarla. No quiero escucharla—. Eso ya significa algo.

—Cállate o te juro que te bajo aquí mismo del coche —espeto.

El resto de trayecto hasta uno de mis bares lo único que nos acompaña es el silencio. Ni siquiera pongo la radio. Ahora mismo cualquier cosa me molesta. Las palabras de Yang Mi sobre Massimo y sobre mí han vuelto a removerlo todo.

‘‘La mujer de sus siete vidas’’.

Y una mierda.

La he traído al primer local que abrí cuando me instalé en Roma. Es un bar de copas cerca de la zona universitaria. Lo necesitaba para blanquear el dinero que conseguía por medio del tráfico de drogas. Damiano fue quien me asesoró sobre el lugar en el que debía instalarlo y he de decir que acertó de lleno. Está en una zona muy transitada, especialmente por universitarios y estudiantes de Erasmus. Suelo amasar bastante dinero durante los fines de semana.

—Vaya, me has traído a un bar para personas que podrían ser mis hijos —comenta Yang Mi cuando cruzamos las puertas del local. Su tono no es acusatorio, sino relajado. Observa cada detalle con interés.

Llegamos hasta la barra y saludo con media sonrisa a la encargada. Es una de mis chicas del grupo de sicariato.

—¿Está Yeyu por aquí? —le pregunto.

Zulma asiente y alza el cuello para buscarla. Me señala la zona más próxima a los baños, donde se encuentra la mesa de billar. A mi amiga le encanta retar a los clientes y, de paso, sacarles algo de dinero con sus apuestas.

La veo en cuanto nos acercamos un poco. Está apoyada en taco del billar, observando la jugada de sus próximas víctimas: un par de universitarios que se han saltado las clases y están tomándose unas cuantas cervezas para celebrarlo.

Como si me hubiera olfateado, Yeyu mueve los ojos en mi dirección y esboza una sonrisa radiante. Suelta el taco y viene corriendo hacia mí. Está planteándose el darme un abrazo, puedo vérselo en la mirada.

—¡Jefa! —exclama—. Dios, ¡por fin apareces! No sabes lo preocupados que estábamos, joder… —Ve a Yang Mi y frunce el ceño—. ¿Quién es?

Me hago a un lado para que puedan verse la una a la otra.

—Yeyu, esta es Yang Mi Takahasi, la persona que ha estado ayudándome estos días. —Miro a mi acompañante—. Yang Mi, esta es Yeyu De la Cruz. Mi mano derecha.

Se saludan con un estrechamiento de manos formal.

—Un placer, Yeyu.

—Igualmente —responde. Me lanza una mirada interrogativa y se acerca a mi oído—. ¿Seguro que nos podemos fiar de ella?

—Sí.

Yeyu se acerca a los chicos con los que estaba jugando para despedirse de ellos y nos dirigimos hacia una de las mesas. Enseguida, una de las camareras viene a preguntarnos qué es lo que vamos a tomar.

Yang Mi no escatima en pedirse una copa de whisky bien cargada a pesar de que apenas sea media mañana. Yeyu y yo, por nuestra parte, nos pedimos un par de cervezas.

—¿Dónde has estado? —me pregunta sin andarse con rodeos—. Cuando la policía rodeó el puerto casi me da algo. ¿En qué estabas pensando cuando cogiste mi moto, tía? Podrían haberte capturado, o peor, disparado. Ni siquiera ibas protegida.

Pensar en la noche del accidente con la moto implica pensar en Massimo, pues fue él quien me salvó. Todavía soy capaz de sentir el hormigueo en el estómago al rememorar cómo apareció ante mí. Me quería morir. Lo que ha dicho Yang Mi en el coche sigue reverberando por mi mente, y estoy odiándola por ello. No quería saberlo. Le he dicho que se callase, maldita sea.

—Es una historia larga, créeme —murmuro.

—Joder, pues quiero saberla. He estado muy preocupada por ti.

—Lo sé, pero ahora no es momento. Estoy aquí, y a salvo, que es lo único que importa.

—¿Has avisado a Damiano? —me pregunta.

—Todavía no —respondo con un tono más frío—. Quería verte a ti primero.

—Sabía que tarde o temprano acabaría quitándole el protagonismo al grandullón. —Aleta las pestañas y yo pongo los ojos en blanco. Yang Mi nos observa con curiosidad.

Me pongo seria y, tras dar un sorbo a mi botellín de cerveza, decido contarle a Yeyu, un poco por encima, el papel de Yang Mi en todo esto. Por ahora prefiero no mencionar a Massimo.

Mi mano derecha me escucha casi sin pestañear. Está muy seria y no deja de alternar la vista entre Yang Mi y yo.

—Entonces… ¿su hijo te va a ayudar a quitarte a la poli de encima? ¿Y ya está? ¿Sin pedir nada a cambio? —Mira a Yang Mi—. No te ofendas, pero me parece sospechoso.

—Le he prometido que ningún miembro de su organización saldrá herido. También que me mantendré al margen de sus asuntos.

Yeyu entrecierra los ojos mientras me observa. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza. Las palabras que quiere decirme y que no suelta para no generar desconfianza en Yang Mi.

‘‘¿En serio vas a hacer eso?’’

‘‘Vas de farol, ¿no?’’

Estoy a punto de responder cuando alguien toca mi hombro. Volteo el rostro y frunzo el ceño. Es un chico algo más mayor que yo, lleva el pelo rapado y numerosos tatuajes asoman por el cuello de su camiseta y sus manos. No le conozco. Sus ojos, grandes y oscuros como la noche, me escrutan.

—Rhim, ¿verdad? —pronuncia mi nombre con énfasis. Está hablándome en inglés, por lo que intuyo que no es italiano.

No soy capaz de dejar de fruncir el ceño.

—¿Quién eres?

—Me gustaría hablar contigo —dice, ignorando mi pregunta.

—Tengo por costumbre hablar con gente a la que conozco —es mi respuesta.

—Podríamos conocernos —contesta con un encogimiento de hombros—. Eso no es problema. ¿Una copa? —Señala la barra con la cabeza.

Me levanto y me posiciono delante de él con los brazos cruzados.

—Has elegido un mal día para andarte con estupideces, ¿sabes? Te lo voy a repetir por última vez: ¿quién eres?

Él pone los ojos en blanco.

—Tú has elegido una mala semana para tocarme los cojones a mí. —Sonríe sin ganas—. Me llamo Kosta. Kosta Nikolli. ¿Te va sonando más? —baja la voz para mencionar su nombre.

¿Nikolli?

Muevo la vista veloz hasta su mano y trago saliva. Lleva tatuado el mismo emblema que aquel hombre que me atacó en el motel.

La mafia albanesa.

—¿Te ha comido la lengua el gato, preciosa? —Me sujeta la muñeca de total improvisto y me acerca a él, tirando con fuerza—. Dime, ¿aceptas esa copa por las buenas, o por las malas? Te aviso que como se te ocurra hacer un numerito, será por las malas. Tengo el bar rodeado. —Sonríe—. ¿Los chicos con los que la furcia de tu amiga estaba jugando? Trabajan para mí. ¿Los clientes que están en la entrada? Míos. —Se mordisquea el labio inferior, el cual tiene reseco, y me guiña el ojo—. Eres lista. Demasiado. Así que… Dime. ¿Aceptas una copa o no?

Yang Mi y Yeyu me observan con el ceño fruncido. Yo me aclaro la garganta y finjo una sonrisa.

—Vuelvo enseguida —les digo—. Es un… cliente.

Kosta me lleva hasta el otro extremo del bar, en la parte de la barra que más alejada se encuentra del resto de clientes. Me obliga a sentarme en el taburete y pide dos copas a Zulma con una sonrisa radiante.

—¿Qué coño quieres? —espeto—. ¿Eres familia de Ion?

—Ion era mi padre, sí. —masculla.

—¿Era?

—¿Ahora vas a fingir que no sabes que en ese puto negocio que vino a sellar contigo, la policía se lo llevó por delante? —Se ríe—. ¿No te parece curioso que un negocio que prometía tanto, haya acabado así? Con mi padre muerto y tú viva y con el bolsillo lleno de nuestro de dinero.

—Espera, espera. ¿Estás acusándome de matar a tu padre? La policía llegó y cada uno escapó como pudo. A mí casi me atrapan, pero logré escapar.

—No, cielo. Te estás acusando tú solita. —Sonríe de nuevo a Zulma cuando nos sirve las copas y se bebe la suya de golpe.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? Lamento la pérdida de tu padre, pero yo no tuve nada que ver eso. Tampoco en que la policía llegase. ¿Qué sentido tendría que yo quisiera fastidiar mi propio negocio?

—Tú sabrás. Los hechos son los que son. —Se encoge de hombros—. Y encima, ahora estabas tomando algo con la candidata a la alcaldía de Roma que no es otra que la madre de un inspector de policía. —Me observa fijamente—. Como te digo, los hechos son los que son, y hablan por sí solos. Apestan.

—Esto es ridículo —mascullo—. ¿Por eso mandaste a ese tipo a buscarme? ¿Porque crees que tu padre está muerto por mi culpa?

—No me apetecía untarme las manos —reconoce—. Y fuiste tú quien finalmente se las untó. Mataste a mi hombre. Otro albanés más que añadir a tu lista. Se te acumulan las deudas.

—Que yo no he matado a tu padre, joder. Y ese hombre que enviaste a por mí, se acuchilló él solo.

—Ah, pobre Rhim. Nunca tiene la culpa de nada. —Niega con la cabeza y se ríe. Señala la copa que ha pedido para mí—. Bebe —ordena.

Meneo la rodilla con impaciencia. Él, sin embargo, parece relajado.

—No voy a beber. Quiero que me digas qué es lo que quieres y que te largues de mi territorio de una vez.

—¿Tu territorio? —Se carcajea—. No me hagas reír, anda. Sé perfectamente que tú aquí, por el momento, ni pinchas ni cortas. —Me coloca la mano en la rodilla, provocando que el movimiento cese de golpe. Me clava los dedos en la piel—. Te quiero a ti —dice—. Mi padre está muerto por tu culpa y yo ahora quiero cobrarme el daño que has causado. Me parece lo justo, ¿no crees?

—Estás loco si crees que voy a dejarme enredar con esta mierda. Los culpables de la muerte de tu padre son los que llevan uniforme y placa, no yo.

—Y tú estás loca si crees que voy a olvidarme de lo que ha pasado —espeta. Se bebe mi copa de un solo trago, igual que ha hecho con la suya—. Tienes veinticuatro horas para venir conmigo, de lo contrario… —Acerca su boca a mi oído— Despídete de esa niña preciosa que tienes escondida. —Sonríe abiertamente al ver mi rostro desencajado—. Tic, tac, cielo. El tiempo corre.

Dicho esto, se levanta y, entremezclándose con la multitud, desaparece de mi ángulo de visión.

Grito.

Chillo.

Todos los ojos están puestos en mí.

Yang Mi y Yeyu no tardan en venir en mi búsqueda.

—¿Qué coño pasa? ¿Quién era ese, jefa? —pregunta Yeyu.

Estoy hiperventilando.
—Tengo que irme —murmuro—. Tengo que llevarme a Aurora de aquí.

25
RHIM

No he tenido otra alternativa que contarle a Yang Mi y Yeyu lo que ha ocurrido en el bar. Mi confidente se ha encargado de avisar a Damiano y ahora todos nos dirigimos al edificio de la Takahasi, quien me ha alentado a calmarme y a buscar una solución, pero la he ignorado.

No pienso poner a mi hija en peligro otra vez.

Prefiero largarme y ser una maldita prófuga de la jodida mafia albanesa durante un tiempo antes que permitir que alguien le toque un pelo. Y mucho menos pienso darle el capricho al cerdo de Kosta de creer que puede tenerme, y más por algo de lo que ni siquiera soy culpable. Él necesita señalar a alguien de la muerte de su padre para sentirse mejor, y ese alguien, como ya le he dicho, no soy yo.

Estoy tan tensa y navegando entre mis propios pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de que hemos llegado.

Yeyu no deja de hablarme mientras caminamos por el sótano hasta el ascensor, pero yo no la escucho. Estoy concentrada en los propios latidos de mi corazón y en el pitido que noto en los oídos.

Al llegar a la casa de Norma, la cosa no mejora. Aurora no está allí.

Antes de que pueda entrar en una crisis, uno de los miembros del equipo de seguridad de Yang Mi nos informa de que mi hija ha bajado al parque con su abuela. Al parecer, suelen hacerlo todos los días a media mañana.

—Voy yo —murmuro—. Quedaos aquí.

Damiano debe estar al llegar, igual me lo encuentro de camino.

Bajo en el ascensor con los puños apretados y notando un hormigueo en la boca del estómago. Tengo que sacarla de aquí cuanto antes. Kosta sabe demasiado sobre ella. Y ni siquiera sé cómo, joder.

Cuando llego al rellano del edificio y cruzo las puertas que dan a la calle, analizo el pequeño parque con la mirada hasta localizarlas a ambas.

Norma, usando sus gafas de sol redondas, está sentada en un banco mientras Aurora se tira por un tobogán en forma de gusano.

—¡Mami! —exclama Aurora al verme. Corre hasta mí, como acostumbra a hacer siempre, y se arroja a mis brazos.

Norma me ofrece una sonrisa al verme. No es que nos llevemos bien, porque ni siquiera nos conocemos en profundidad. De hecho, no había vuelto a verla desde que hicimos las presentaciones ayer, aunque ella, a pesar de mi indiferencia, suele mostrarse muy amable y agradable conmigo. Supongo que lo hace por la niña.

—Tenemos que irnos, cariño —le digo intentando aparentar calma.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Si acabo de bajar con la abuela! ¡Estoy cansada de estar en casa! Además, el señor de la tele ha dicho que podía nevar. ¡Quiero hacer muñecos de nieve!

Suspiro e intercambio una mirada con Norma, que ahora parece preocupada.

—No, cielo. Me refiero a que tenemos que irnos de esta ciudad. Nos vamos a ir ya, no podemos retrasarnos.

Aurora hace una mueca triste y se cruza de brazos. Intento cogerla, pero se aparta.

—¿Por qué? ¡No quiero irme!

—Ya sabes cómo es el trabajo de mamá…

—¡No! Me gusta este sitio. Me gusta vivir con la abuela…

Mi desesperación, ligada a mi nerviosismo, hacen que alce la voz más de lo que debería, asustándola.

—¡A mí también me gusta! Pero no podemos quedarnos. Y vas a hacer lo que yo te diga, porque soy tu madre.

Aurora se envalentona y trata de darme un empujón. El carácter rebelde le viene de familia, eso lo tengo muy claro.

—¡No quiero irme! —Mira a Norma con ojos llorosos—. Abuela, dile que no quiero irme, por favor…

Norma y yo volvemos a mirarnos. Se agacha para abrazarla y le dice algo al oído. Aurora se va corriendo, de nuevo, al tobogán, aunque no deja de mirarnos.

—¿Qué es lo que pasa, Rhim? —me pregunta.

—Me han amenazado con hacerle daño —murmuro.

—¿Qué? ¿Quién?

—Eso no importa. Lo único que importa es que tengo que llevármela de aquí. La pondré a salvo y después volveré y solucionaré lo que está pasando.

Norma parece estar a punto de contestarme, sin embargo, de repente, da un paso hacia atrás y se lleva las manos a la boca. Yo frunzo el ceño sin entender nada.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Me giro, y justo cuando lo hago, siento que el cuerpo entero me empieza a arder. Los latidos revolucionados se suman a la ecuación.

—¡Abuela! —oigo gritar a Aurora mientras corre hacia nosotras—. ¿La has convencido?

Ni siquiera soy capaz de voltearme para mirar a mi hija.

Su padre, que está justo delante de nosotras, en cambio, sí que la está mirando.

La sigue con la mirada en cada movimiento que hace.

Aurora tira de la manga de mi chaqueta, obligándome a mirarla.

—Mami, hazle caso a la abuela, por favor…

Como si la voz de nuestra hija le hubiera sacado del trance, Massimo desvía la mirada hacia otro lado. Mira a alguien más.

A su madre.

Ella, sin poder evitarlo, se quita las gafas y camina con lentitud hasta posicionarse justo delante de él, aunque le separa cierta distancia. Le tiemblan las manos.

A Massimo se le desencaja el rostro.

Nunca antes le había visto así.

Tan desconcertado. Confuso.

Vulnerable.

Da un paso hacia atrás y comienza a negar con la cabeza.

—Massimo… —murmura Norma, dejándose llevar por su instinto maternal— Dios mío… —Quiere tocarlo para asegurarse de que es real, y él se da cuenta. Por eso se aleja de nuevo.

—No me toques —masculla.

—Massimo…

—No me toques —repite, esta vez con más rudeza que antes.

Norma está llorando. Sé cómo se siente. El shock inicial después de ver a alguien a quien creías muerto, delante de tus narices, es muy fuerte. Cuando Massimo y yo nos encontramos, casi que no podía respirar. Llegué a pensar que me había dado un golpe en la cabeza y todo era

un sueño del que acabaría despertándome en cualquier momento.

—¿Por qué lloras, abuela? —dice Aurora con su voz aniñada. Intenta acercarse a ella, pero la sujeto con fuerza de la mano para que no lo haga.

Massimo vuelve a mirar a nuestra hija y luego me mira a mí. Nos sostenemos la mirada y yo no soy capaz de decir nada. Ahora mismo mi cabeza es una auténtica bomba de relojería. Demasiado en muy poco tiempo.

Veo como su mandíbula se tensa. Aprieta los dientes y rompe el contacto visual conmigo. Después, sin más, comienza a andar hacia el edificio. Golpea a su madre con el hombro cuando pasa y hace como si ni yo ni Aurora estuviéramos ahí.

Cuando se va, suelto la bocanada de aire que ni siquiera sabía que había contenido y me atrevo a colocarle la mano en el brazo a Norma.

—¿Tú sabías…? —susurra.

—Sí —admito—. Lo sabía. Fue él quien… me salvó. Él llamó a Yang Mi para pedirle ayuda.

—Yang Mi también lo sabía… —Comienza a menear la cabeza. Puedo ver el dolor en su mirada—. Esto es increíble.

Se marcha veloz sin que yo tenga tiempo a reaccionar.

—¡Tito Damiano! —grita Aurora entonces.

Alzo la vista al frente y, efectivamente, veo a Damiano caminando hacia nosotras. Mira a Aurora con el ceño fruncido y luego me mira a mí. Cuando llega a nuestra posición, se toma la libertad de darme un abrazo que, si soy honesta, no sabía que necesitase tanto.

—¿Qué está pasando, Rhim? —me pregunta cuando nos separamos—. ¿Qué hace Aurora aquí?

—Subamos —respondo con un hilo de voz—. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar.

—¿Estás bien?

Me escuecen los ojos.

—Lo estaré.

Subimos directamente a la casa de Yang Mi y llamo al timbre con un nudo en el estómago. Es Zouk quien me abre la puerta. Al parecer, Tassia, Niccolo y él estaban allí hablando cuando ha sucedido todo.

Norma está en mitad del salón, de brazos cruzados, mientras pide explicaciones a Yang Mi.

No veo a Massimo por ninguna parte.

Yeyu, por su parte, está en una esquina, observando el panorama sin entender muy bien nada de lo que está sucediendo.

—No me jodas, Rhim —oigo decir a Damiano en cuanto distingue a Norma—. Dios. ¿Esa…?

—Esa es Norma Vizzini, sí. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar y ponernos al día.

Dejo a Aurora con él y, bajo la mirada atenta de muchos de los presentes, recorro el salón hasta llegar al pasillo. Me quedo delante de la puerta de la habitación en la que debe estar Massimo y, sin molestarme en llamar, la abro.

Massimo está ahí.

Está sentado en la cama y sostiene un trozo de papel entre los dedos.

Su foto.

La que encontré en el cementerio y que ahora, deduzco, Norma llevaba encima. No sé

cuándo se ha hecho con ella.

No me mira cuando entro en la habitación. Tampoco cuando cierro la puerta y me siento a su lado.

—Tenemos que hablar.

—Si vienes a echarme cosas en cara, debo advertirte que has elegido un mal momento —murmura.

—Podré vivir con ello. Ya estoy acostumbrada a tus desplantes.

Suelta una risa de lo más cínica y arruga la foto con las manos. Sigue sin mirarme.

—Y yo a que todos me fallen —contesta con pesadumbre—. Al final mi padre iba a tener razón cuando me dijo que todos me iban a fallar. Que nadie en esta vida era leal.

—Habla de lealtad y de honor el mismo hombre que me dejó tirada aun sabiendo que estaba esperando un bebé suyo. —No puedo aguantarlo más. Necesitaba decirlo.

Su mirada, fría como el hielo, me atraviesa de golpe.

—Lo más probable es que me obligue a abortar —pronuncia lentamente sin dejar de mirarme fijamente—. Sé que es capaz de eso y mucho más. A Massimo no le importa nada más que no sea él mismo. —Se humedece los labios—. Eso fue lo que le dijiste a Damiano.

Y es cierto. Dije cada una de esas palabras.

Noto un hormigueo en la boca del estómago.

—¿Te lo dijo él? —me atrevo a preguntar.

—No hizo falta. Te escuché yo mismo —admite, liberando a Damiano de mis conjeturas—. Tú tenías miedo de como pudiera reaccionar y yo tenía cosas que hacer.

—Así que te fuiste.

—Te hice un favor —corrige.

—Ah, ¿y se supone que debo darte las gracias por ello? —espeto con rabia—. Ni siquiera puedes imaginarte lo culpable que me he sentido todos estos años mientras tú estabas *haciendo tus cosas*.

—Culpable —murmura—. ¿Culpable de qué? No deberías haber malgastado tu tiempo de esa forma. ¿Sabes por qué?

Estoy preparada para el estacazo. Puedo ver la oscuridad pudriéndole la mirada. Él es así cuando está ofendido.

—¿Por qué? —pregunto con voz temblorosa.

—Porque yo no he malgastado un solo segundo de mi tiempo en todos estos años en pensar en ese bebé. Ni en ti. —Traga saliva—. Me dabais igual.

No puedo evitar ponerme de pie y darme la vuelta. El poder que tiene sobre mí, a pesar de que he pasado tiempo autoconvenciéndome de que ya se había extinguido, es venenoso. No pienso darle el gusto de hacerle saber que me ha hecho daño.

Él también se levanta.

—¿Ah, sí? —Tomo aire—. ¿Y si tanto igual te dábamos por qué le dejaste una puta carta a tu hermano Niccolo pidiéndole que cuidase de Aurora? ¿Por qué hablabas con Damiano sobre mí?

Silencio.

Me obligo a darme la vuelta para enfrentarle.

—Habla, cobarde. ¡Habla! —Le doy un empujón.

—No sé de lo que me estás hablando.

—Ya. —Niego—. Estoy empezando a hartarme de esto, ¿sabes? A hartarme de ti. Tengo cosas mucho más importantes que hacer, y de las que preocuparme, como para estar intentando

rendir cuentas con alguien que no es capaz de mostrar un ápice de humanidad. Tampoco de ser sincero por una jodida vez en su vida. —Me pican los ojos—. Lo que le he dicho a tu hermano esta mañana lo pensaba de verdad. Te sentía mi familia. Una parte de mí, y habría estado dispuesta a cualquier cosa por ti. Incluso a pegarle un puto tiro en la cabeza delante de todos si intentaba hacerte algo. Ahora estoy empezando a dudarlo. —Entrecierra los ojos mientras me mira—. No mereces la pena.

Massimo me pega una bofetada que no veo venir.

Noto sus cinco dedos ardiendo contra mi mejilla y veo su rostro contraído. Su mirada quebrada.

—¿Ese es el aprecio que le tienes a la *mujer de tus siete vidas*? —mascullo sin pestañear. Me escuecen tanto los ojos que tengo la sensación de que en cualquier momento van a empezar a brotar las lágrimas, y aun así me mantengo impasible—. Mírate, eres igualito que tu padre. —Me tiembla la voz—. No puedes escapar de algo que llevas por dentro.

No pienso seguir hablando con él.

Me doy media vuelta y comienzo a caminar hacia la puerta. Massimo me agarra por la muñeca y ejerce presión.

—La mujer de mis siete vidas me habría contado desde el principio que Norma estaba viva —dice entonces—. No vayas de santa, Rhim. Tanto tú como yo, la hemos jodido.

—Unos más que otros —espeto—. Me enteré de lo de tu madre ayer, ¿qué coño querías que hiciera? Ella ni siquiera sabía que tú también estabas… vivo. Yang Mi me pidió que lo dejáramos estar por el momento.

—¿Qué quería que hicieras? Pasarte por el forro lo que dijera la puta Takahasi y contarme lo que estaba pasando.

—¿Para qué? —pregunto—. ¿Para ni siquiera ser capaz de mirarla?

Le ha afectado lo que he dicho, lo he notado en su expresión.

—No se merece que la mire.

—Y tú no te mereces que continúe hablando contigo. —Trago saliva—. Ah, y la próxima vez que me pongas una mano encima…, te la corto. —Me sacudo, haciendo que me libere la muñeca, y le doy un empujón.

Salgo de la habitación dando un portazo. Justo cuando llego al pasillo, suelto una bocanada de aire y permito que las lágrimas comiencen a brotar descontroladas. Deslizo la espalda por la pared hasta quedar sentada en el suelo y hundo la cara entre mis manos. No me doy cuenta de que Tassia está ahí hasta que salgo del trance y la veo en el extremo del pasillo, observándome en silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta.

No le respondo.

Ella se acerca y me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Aunque dudo, acabo aceptándola. Me observa con fijeza y detiene la mirada, más de lo necesario, en mi mejilla, donde, estoy segura, los dedos de Massimo continúan tatuados en mi piel. Resopla.

—¿Te ha pegado?

—No importa.

—¿Cómo no va a importar? —contesta ella—. Te ha pegado, joder. Claro que importa.

—Mira, bonita. No te metas en mi vida, ¿vale?

—Solo quiero ayudar —dice.

—¿Tengo cara de necesitar ayuda?

Pongo los ojos en blanco.

Tassia mira a la puerta de la habitación y luego me mira a mí.

—Te guste o no, somos familia —dice—. Aunque sea una familia disfuncional y llena de líos. La familia está ahí para apoyarse. Así que, si lo necesitas…

—Gracias, pero no te necesito. Ni a ti ni a nadie. Siempre me ha ido muy bien sola y te aseguro que ahora no va a ser la excepción a esa regla.

Tassia suspira y asiente con la cabeza. Yo tomo su gesto como una forma de finalizar la conversación y, a pesar de que es lo último que me apetece hacer, regreso al salón.

26
MASSIMO

En cuanto Rhim sale de la habitación y el silencio, ligado a la soledad abrasadora, me consume, me despojo de la camisa como si me quemase en la piel. La arranco con tanta prisa, ansia y rabia que hago saltar los botones y rasgo la tela. Cae al suelo sin cuidado y me posiciono delante del espejo de pie que hay en la habitación.

Observo mi torso en silencio. Hinchando y deshinchando los pulmones. Soltando el aire por la nariz con fuerza.

Miro mis cicatrices. Todas y cada una de las marcas que el hijo de puta de mi padre me hizo cuando era un crío. Miro la zona quemada de mi clavícula, donde en su día estuvo el tatuaje con mi apellido que simbolizaba mi lealtad absoluta hacia él. Cierro los ojos.

‘‘No mereces la pena’’.

‘‘Mírate, eres igualito a tu padre. No puedes escapar de algo que llevas por dentro’’.

Mi puño impacta con fuerza contra el espejo, haciendo que estalle en mil pedazos y que algunas astillas se me claven en la mano, reabriendo heridas que aún tenía recientes.

Me paso las manos por el pelo, desesperado y dejando algunos rastros de sangre por mi cara, cuando la puerta se abre sin previo aviso.

Estoy a punto de vociferar, a quien quiera que sea, que me deje en paz, pero callo de inmediato en el momento en que me percato de que se trata de una niña de ojos azules. Tiene una mano enganchada al pomo y me observa con el ceño fruncido. No se mueve del sitio.

Trago saliva con fuerza.

—Hola —dice.

No respondo.

No muevo un solo músculo.

Estoy bloqueado, observándola.

Se parece a mí.

Se parece demasiado.

Mirarla es como verme cuando era pequeño.

Débil.

Ingenuo.

Aprieto la mandíbula.

—¿Tienes juguetes? —habla de nuevo—. Estoy buscando la habitación de los juguetes, pero… no la encuentro.

Niego con la cabeza.

Ella hace una mueca y está a punto de irse, pero se fija en los trozos rotos de espejo y en mis manos y, por alguna razón que desconozco, entra en la habitación. Desearía que no lo hubiera hecho.

—¿Te has hecho pupa? —me pregunta acercándose cada vez más.

Vuelvo a tragar saliva. Parezco gilipollas, joder. Solo es una puta cría.

Mi hija.

—No… No es nada —hablo por primera vez desde que ha aparecido.

—Tienes sangre —advierte.

Se me escapa una risa nerviosa. Acaba de recordarme a su madre.

La niña se toma la libertad de estirar sus pequeñas manos hasta atrapar la mía y siento un escalofrío recorrerme la espina dorsal cuando lo hace. No soy capaz de moverme.

—¿Quieres que le diga a mi mami que te cure? Tiene magia y hace un súper conjuro para que enseguida se te vaya el dolor. Antes de irme a vivir al cole, cada vez que me caía o me hacía daño, mami siempre me curaba. ¿Conoces el conjuro de la rana?

—No, no… no lo conozco.

La niña me mira directamente a los ojos y sonríe, enseñándome que le faltan algunos dientes.

—Creo que era así… —Comienza a acariciarme la mano y a dar toquecitos con los dedos —. Sana, sanita… ¿colita de rana? —pronuncia no muy convencida— si no sana hoy, sanará mañana… —Me quedo congelado cuando besa el dorso de mi mano con cariño y se aparta sin dejar de sonreír—. ¿Ha funcionado? ¿Te duele menos?

—Sí —murmuro.

Comienza a aplaudir.

—¡Sí! ¡Yo también soy bruja como mi mami!

Me obligo a sonreírle. No sé qué coño está pasando.

—Me llamo Aurora —dice entonces—. ¿Tú cómo te llamas?

Me aclaro la garganta y, por primera vez desde que ha llegado, me agacho para quedar a su altura. Ella sonríe cuando lo hago.

—Massimo —digo—. Me llamo Massimo.

—Massimo —repite Aurora—. ¿Y eres amigo de mi mami?

—Eh… Algo así, no lo sé. —Fuerzo una sonrisa.

Aurora me observa fijamente y hace una mueca.

—¿Estás por mi mami?

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Que si estás por mi mami, tonto —repite, como si no la hubiese escuchado—. ¿Quieres darle besos todo el rato?

—¿De dónde has sacado eso?

Aurora, con un gesto infantil, se cruza de brazos y se encoge de hombros.

—De la tele. Has dicho que no sabes si sois amigos y en la telenovela que ve mi abuela por las tardes, cuando no saben si son amigos, es porque quieren ser novios y darse besos tooodo el tiempo. Puag.

Se me escapa una risa, una risa sincera. Ella también se ríe. Noto un hormigueo que no sé explicar en la palma de las manos. También en la boca del estómago.

—Aurora —pronuncio su nombre con delicadeza. Noto que me arde la garganta cuando lo hago. Ella me mira con atención. No debería, pero necesito… necesito preguntar—. ¿Dónde…? ¿Dónde está tu padre?

Aprieta los labios y vuelve a encogerse de hombros.

—Mi papi se puso malito cuando yo era un bebé y se murió —responde sin muchos rodeos —, pero mi mami siempre dice que me quería mucho, igual que ella. Y que me parezco mucho a él, aunque yo nunca le he visto. Mami perdió las fotos.

Noto una punzada en el pecho cuando la escucho. Ni siquiera sé por qué. No sé qué esperaba que dijera.

—A mami no le gusta hablar de mi papá —añade.

—¿Por qué? —Tengo la garganta reseca.

—No sé. Siempre se pone muy triste cuando lo hago. —Su rostro se torna preocupado—.

No le cuentes que hemos hablado de mi papi, porfi. No quiero que se enfade conmigo.

—Tranquila…, no le diré nada.

—Gracias. —Sonríe—. Tengo que irme —dice—. ¡Yang Mi dice que tiene muchos juguetes y quiero encontrarlos todos!

Asiento vagamente y dejo que se vaya. Justo cuando llega a la puerta, siento el impulso de llamarla.

No sé qué está pasándome.

—Aurora —alzo la voz.

Ella se gira para mirarme y yo asiento con la cabeza.

—Gracias por curarme. —Le enseño la mano.

—¡De nada, Massimo!

Se marcha tan rápido como ha venido y, cuando estoy solo, cierro los ojos, intentando calmar mis pulsaciones.

Incluso con los ojos cerrados soy capaz de ver la mirada quebrada de Rhim cuando le he puesto la mano encima.

La cara de Norma, teniendo los santos cojones de querer hablar conmigo.

Rhim sabía que esa… zorra estaba viva.

Vuelvo a sentir el impulso de golpear algo, pero acabo conteniéndome.

Me marcharé esta noche a Sicilia con Nino y no volveré hasta que todo quede bien atado; me importa una mierda la INTERPOL o la policía. Sé moverme entre las sombras. Después de todo, llevo toda mi vida dentro de este gran tablero. No necesito que nadie me cuide. Nunca lo he necesitado.

Por eso voy a dejar las cosas claras.

Y después me voy a marchar.

Es lo que todos están esperando que haga, ¿no? Que desaparezca. Voy a ahorrarles las plegarias.

Aun así, tal y como le dije a Zouk aquel día en el hospital, deberían de empezar a rezar en cuanto salga por esa puerta, porque cuando regrese, no tendré piedad con nadie.

Una vez leí que para reinar, primero tendría que comer polvo.

Soy de los que piensa que para reinar, los que tienen que comer polvo son los demás.

Me pongo una camisa nueva y salgo de la habitación.

El trayecto desde el pasillo hasta el salón apenas dura cinco segundos y, sin embargo, noto que transcurren con una lentitud pasmosa.

La primera cara que veo al llegar al salón es la de Damiano, que está justo al lado de Rhim. Ella, por supuesto, no me mira.

Su rostro muestra la más absoluta sorpresa. Acto seguido, sonríe. Probablemente sea el único de los presentes que se alegra de mi vuelta a la vida.

—No me lo puedo creer —murmura.

Le doy un abrazo. Me nace hacerlo. Es la única persona a la que, en mis treinta años de vida, puedo considerar un amigo. Me lo ha demostrado en numerosas ocasiones. E incluso ‘‘muerto’’ ha seguido haciéndolo.

La noche que me marché de Atenas, a sabiendas de que dejaba a una Rhim de diecinueve años embarazada, le pedí que se quedase con ella y la cuidase. Que cuidase a Rhim y al bebé. Y eso hizo. Eso ha estado haciendo todo este tiempo.

Todos nos observan en completo silencio.

—¿Me has echado de menos, hermano? —pronuncio mirándole a los ojos.

—¿Cómo…? —La gran pregunta que todos se hacen cuando me ven está pululando por su cabeza, lo sé.

—Ya hablaremos.

Me separo de él y me posiciono justo en el centro del salón, donde todos pueden verme y escucharme con claridad. Niccolo está muy serio mientras Tassia le abraza por la cintura. Norma, por su parte, no puede dejar de mirarme con los ojos vidriosos. Patético.

—Deja de fingir que te sorprende verme, o incluso que te alegras —le digo sin andarme con rodeos—. Tú no eres mi madre. Mi madre está muerta. Se suicidó.

—Massimo, no seas injusto con ella. —Oigo decir a Yang Mi.

—¿Qué yo no sea injusto con ella? No me hagas reír, Yang Mi. —Camino para acercarme a ella, que está sentada en el sofá, y me pongo en cuclillas. La observo con atención. A Norma le tiembla el labio, está conteniendo las lágrimas—. ¿Sabes qué? —le digo—. Te miro y lo único que siento es asco. Te arrancaría la garganta yo mismo, con mis propias manos, pero hasta eso sería poco para todo lo que te mereces.

Traga saliva.

—Soy tu madre, Massimo. No… no merezco que me hables así. Sé que no es fácil, pero habla conmigo, deja que…

Se me escapa una carcajada, interrumpiendo el discurso barato que, igual, a los demás le ha colado, pero a mí no.

—No te mereces que te hable así… Dime una cosa, Norma, ¿me merecía yo que me dejaras en manos del bastardo de Matteo? —Me encojo de hombros—. Sorpresa, aquí tienes la consecuencia de tu elección. —Esbozo una sonrisa falsa—. En el momento en que tomaste la decisión de fingir tu muerte, me perdiste.

Me pongo de pie y busco a Rhim con la mirada.

—Me curtió a su imagen y semejanza. No puedo sacar algo que ya llevo dentro.

Rhim y yo nos sostenemos la mirada hasta que es ella quien decide romper la conexión.

Doy por finalizado lo que tenía que hacer y decir y me dispongo a salir de la casa.

Nadie me detiene, cosa que agradezco.

Al menos, nadie me detiene hasta que llego al ascensor.

San Niccolo Vizzini, con cara de pocos amigos, está ahí, agarrándome del brazo con fuerza.

—¿Qué coño quieres ahora? —espeto con impaciencia.

—No conoces toda la historia. A mí también me costó, ¿vale? Pero…

Bufo.

—No la conozco, tienes razón. Y, ¿sabes qué? tampoco quiero. No me interesa. —Aprieto la mandíbula—. No quiero escuchar excusas, y mucho menos historietas que traten de cambiar la versión real de lo que pasó —bramo—. Porque la única verdad es la que hay sobre la mesa. Esa señora fingió su muerte y abandonó a sus hijos. Se largó y no se preocupó lo más mínimo por lo que nos pudiera pasar dejándonos a cargo del hijo de la gran puta de Matteo. —Nos miramos mutuamente a los ojos—. Por lo que a mí respecta, Norma sigue muerta y enterrada. Y ahora, si no quieres que te rompa la puta boca contra el suelo, suéltame el brazo y deja que me marche.

Niccolo me suelta y da un paso hacia atrás.

—Estás equivocándote, Massimo.

—¿Cuántas veces me has dicho eso a lo largo del tiempo, hermanito? —Pulso el botón del ascensor—. ¿Y cuantas veces te he dicho yo que el único que se está equivocando aquí, como siempre, eres tú? —Alzo las cejas—. Madura, Niccolo. En la selva, los leones se comen a los que son como tú.

27
RHIM

Ya se ha marchado y, sin embargo, el olor de su perfume sigue aquí. Enfrascado en el ambiente, o en mis fosas nasales.

Le odio.

Le odio con todas mis fuerzas.

Le odio y… al mismo tiempo no.

No es real.

El odio no es real. No existe.

Solo soy yo, enfadada y decepcionada. Pero jamás odiándole.

No puedo, aunque deba.

Esa es mi condena cuando se trata de él. Lo que alimenta ese círculo vicioso del que, por más tiempo que pase, no podemos salir.

Yeyu y Damiano me apartan a un lado del salón, haciéndome volver al presente. Un presente en el que Norma llora por la actitud de su hijo mayor. Un presente en el que un gilipollas, ahora líder de una de las mafias más sanguinarias y cruentas del mundo, se ha empeñado en culparme por algo que no he hecho y se ha atrevido a amenazar a mi hija.

Un presente turbio.

Borroso.

—¿Cuándo coño pensabas contarme lo de Massimo? —me pregunta Damiano—. ¿Estabas con él el día que me llamaste para decirme lo de los billetes de avión?

—Lo siento, ¿vale? No están siendo unos días fáciles. Y, créeme, yo fui la primera en sorprenderse. —Suspiro—. Me salvó la vida la noche de la persecución.

—¿¿Cómo?? —Yeyu tiene la boca abierta— ¿Y él cómo sabía dónde estarías? Dios, estoy flipando. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—En la cárcel —respondo—. La policía, —miro a Zouk de reojo—, fingió su muerte y lo encerraron en una prisión de alta seguridad. Han estado utilizándole para conseguir información sobre otros grupos criminales. —Me cruzo de brazos y me mordisqueo el labio—. Me dijo que la INTERPOL estaba suspirándome en la nuca y que, por su experiencia en esto, le reclutaron para atraparme. Pero él, como siempre, lo ha mandado todo a la mierda y ahora es un prófugo de la justicia.

—¿Qué ha hecho? —quiere saber Damiano.

—Mató a la agente de la INTERPOL que lo custodiaba y se escapó.

—Pero… sigue aquí —comenta Yeyu con el ceño fruncido.

—Se escapó para venir a buscarme. Sabía que iban a por mí y… vino a salvarme. —Me cuesta pensar que la misma persona que se expuso de esa forma para ayudarme sea la misma que hace un rato me ha cruzado la cara.

—Joder —murmura Damiano—. ¿Y ahora a dónde ha ido? No puede ir por libre con la que tiene encima.

—Ni lo sé, ni me importa. Ya es mayorcito, ¿no? Pues que asuma las consecuencias de cada uno de sus actos —respondo.

Rompo el semicírculo que había formado con mis dos personas de confianza y me coloco justo donde ha estado Massimo hace poco, captando la atención de todos.

—Voy a llevarme a Aurora de aquí —anuncio—. Os agradezco que la hayáis cuidado, aunque no tuvierais en consideración que podía tener una madre y os la llevaseis sin permiso. Pero tengo que llevármela. Roma ya no es un lugar seguro, al menos por ahora.

—¿Qué es lo que pasa? —me pregunta Niccolo. Ninguno somos santo de devoción del otro, no obstante, no puedo evitar sorprenderme por su preocupación.

—Lo que siempre pasa en este mundo —contesto—. Una mera estrategia capaz de mover cimientos. Quieren atacarte y amenazan al eslabón más débil. En este caso, una niña de cinco años que no tiene la culpa de que su madre haya elegido la vida que lleva.

—Kosta Nikolli la acusa de la muerte de su padre —añade Yang Mi.

—¿Nikolli? —Niccolo frunce el ceño—. No me suena. ¿De dónde es?

—Albania —digo—. La noche que la policía casi me intercepta en Civitavecchia yo estaba a punto de cerrar un negocio con Ion, el padre de Kosta. Al parecer, mientras yo huía, la policía le abatió. Ahora Kosta me culpa a mí. Cree que le tendí una trampa para quedarme con su dinero. —Me encojo de hombros—. Igualmente, no os estaba pidiendo ayuda. No os necesito.

—Dejar que alguien se preocupe por ti no va a matarte, Rhim —oigo decir a Tassia.

No puedo evitar reírme. Esa simple frase ha hecho que me traslade cinco años atrás, a una habitación a oscuras en un piso de Incheon, Corea del Sur. Yo misma se la dije a Massimo.

—Nunca digas nunca, cariño. —Le guiño el ojo—. La decisión está tomada. Voy a sacar a Aurora de aquí, esa es ahora mi única prioridad. Después, cuando su seguridad esté garantizada, volveré y haré lo que tenga que hacer con ese cabrón.

—Yo me iré con ella. —Norma se pone de pie y asiente con la cabeza—. Cuidaré de ella mientras tanto, te lo prometo.

—Mamá, ni de coña —asevera Niccolo.

—Hijo, la única persona que podía hacerme daño, era tu padre y ya no está. Soy libre. Y elijo ir con mi nieta. Me necesita tanto como yo a ella. —Nos miramos fijamente.

—Te agradezco el ofrecimiento, Norma. Sin embargo, no puedo aceptarlo. Al margen de todos los asuntos que tengas que solucionar aquí, no voy a arriesgarme a ponerte en el punto de mira de nadie. —Miro a Yang Mi—. Le prometí a Yang Mi que nadie de los suyos saldría herido o salpicado por mis problemas, y eso estoy haciendo. Soy una mujer de honor.

—Pero… —Norma intenta argumentar algo, aunque no le doy oportunidad a hacerlo.

—Pero nada. —Miro a Damiano—. Voy a salir con Aurora en dirección al aeródromo, llama a Giovani para que lo prepare todo. Dile que, por seguridad, le diré el destino cuando llegue. Yeyu y tú os quedareis aquí hasta nuevo aviso.

—¿Qué? ¿Es una broma? —dice Yeyu.

—¿Tengo cara de estar bromeando? Os vais a quedar aquí y punto.

—¿Estás segura de esto? —cuestiona Zouk.

—Estoy segura de que es lo que debo hacer. Aurora es mi hija. Mi familia. Lo único que tengo en esta vida. —Me humedezco los labios—. Diría que ha sido un placer y bla, bla, bla, pero… todos sabemos que estaría mintiendo. No os soporto y sé que vosotros a mí tampoco, así que ahorrémonos el melodramatismo.

Yang Mi sonríe al escucharme. No sé qué es lo que está pensando, pero me da igual.

Voy a buscar a Aurora y, tras recorrerme el resto de estancias de la casa, la encuentro en la habitación de Massimo.

Está sentada en la cama y tiene un cuento entre las manos. Al verme, sonríe, pero se pone seria al momento.

—Cariño, tenemos que irnos.

—Mami, no quiero…

—Lo sé, cielo, pero tenemos que hacerlo. Te prometo que será solo un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, Aurora.

—¿Una semana?

—Quizá un poco más. —Suspiro. Me siento a su lado y me quedo observando la habitación. El espejo está roto y hay numerosos pedazos en el suelo—. ¿Qué hacías aquí?

—Había venido a decirle a Massimo que me leyese un cuento, pero… se ha ido.

Se me retuerce el estómago.

—¿Massimo? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Le conoces?

—Sí. Me ha dicho que no sabía si erais amigos y yo le he preguntado si estaba por ti —contesta con inocencia. Menea las piernas mientras habla y ojea el cuento—. Yo creo que sí que está por ti. ¿Y tú por él? Es muy guapo. Podríais casaros en la playa, ¿aquí hay playa?

Niego con la cabeza.

—No digas tonterías, Aurora. —Me aclaro la garganta—. ¿Te ha dicho algo?

—Le he hecho el conjuro de la rana porque tenía pupa y me ha dado las gracias.

Suspiro. Me pongo de pie y le tiendo la mano.

—Cariño, vámonos, ¿sí? Cuanto antes nos marchemos, mejor.

—Pero, ¿por qué tenemos que irnos? —comienza a hacer pucheros.

Le acaricio la mejilla con cariño. Odio tener que mentirle y odio que esté envuelta en algo que no le pertenece.

—Los malos están aquí y… tenemos que despistarlos. Te prometo que estaremos de vuelta antes de que te des cuenta.

Se queda callada y suspira con exageración.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Aurora, no muy convencida, asiente. Se levanta y me da un abrazo.

—Te quiero mucho, mami.

—Y yo a ti, pequeña. Ya lo sabes. —La cojo en brazos—. Vamos.

Cuando regreso al salón con ella dejo que se despida de su abuela y sus tíos. Ha pasado tiempo con ellos y sé que el cariño que se tienen es recíproco. Aunque yo no me lleve bien con ellos no voy a privarles de querer a mi hija, tampoco que ella los quiera.

Mientras observo como Aurora abraza sin parar a Tassia, Damiano me da un apretón en el hombro.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. No te preocupes, ¿vale? Te dejo al mando aquí hasta nueva orden. —Le miro—. El Moulin Rouge sigue en marcha y la recepción de las chicas también.

—Dalo por hecho.

—Te mantendré al tanto de todo.

—¿Dónde irás?

Me acerco a su oído.

—Atenas —pronuncio el nombre de la ciudad en la que nos convertimos en amigos. La ciudad donde una parte de mí se quedó el día que me marché.

—Si necesitas algo…

—Lo sé, Damiano.

Me cruzo de brazos y estoy a punto de dar por finalizada la conversación, pero vuelvo a

girarme hacia él y me acerco nuevamente a su oído.

—De hecho, quiero pedirte algo antes de irme.

—Sí, claro. Dime.

—Massimo me afirmó que había un topo entre nosotros. La INTERPOL tenía información sobre mí porque alguien se la había proporcionado. Encuéntralo y, cuando lo tengas, avísame. Quiero ser yo misma quien se haga cargo de esa rata. Ah, y ten vigilado a Kosta.

Frunce el ceño, sorprendido por mis palabras, y asiente con la cabeza.

—De acuerdo.

Aurora regresa conmigo y la cojo de la mano. Me despido de todos con un vago movimiento de mano y, juntas, tomamos el ascensor hasta el sótano.

Nos montamos en uno de los todoterrenos y, cuando lo arranco, siento un escalofrío recorrerme la espina dorsal.

Mi hija se asoma entre el hueco de los asientos.

—Mami, no tengo asiento.

—No pasa nada. Ponte el cinturón y ya está. El aeródromo está cerca.

—¿Vamos en avión? ¡Qué guay! Pero… ¡no tenemos maleta!

—Ya compraremos algo cuando lleguemos.

En cuanto nos incorporamos a la vía romana, ajusto el espejo retrovisor y asiento con la cabeza. Estoy haciendo lo correcto.

Pongo la radio y, mientras Aurora tararea frases y palabras que carecen de sentido en un italiano bastante pobre, yo centro la vista en la carretera.

Tras recorrer algunas calles peatonales, nos introducimos en la avenida Lungotevere dei Sangallo, donde bordeamos el río y Aurora aplaude emocionada al ver el agua. Adoro su inocencia.

—¡Qué castillo más chulo, mami! —exclama refiriéndose al Castel Sant'Angelo, el cual vamos dejando atrás cada vez más rápido.

Estoy a punto de tomar el desvío para coger la autopista cuando todo se ralentiza.

La música deja de sonar, sustituyéndose por un pitido infernal en mis oídos.

El coche en el que viajamos, explota.

A causa del impacto, salgo despedida por la luna delantera, atravesando el cristal y rodando durante metros por el pavimento.

Me golpeo cada parte del cuerpo.

Noto el sabor de la sangre en la garganta.

El aire intentando fluir por mis pulmones.

Mis pulsaciones cada vez más lentas.

Con la cara pegada al suelo y la mirada completamente borrosa, creo escuchar una nueva explosión.

Quiero gritar el nombre de Aurora, pero no puedo.

Las palabras no brotan de mi garganta.

Mi cuerpo no reacciona.

Solamente siento dolor.

EL SILENCIO QUE PRECEDE AL CAOS

Una capa de sudor cubre la frente del inspector Michel Durand. Entrecierra uno de los ojos mientras se acerca a la mira del arma, comprobando que se encuentra bien calibrada y suelta un suspiro. Se echa hacia atrás y mete la mano en el bolsillo de su abrigo, del que extrae una foto suya junto a Ludovica. Ella sonreía abiertamente a la cámara mientras que él besaba su mejilla.

Se le revuelven las entrañas cuando el recuerdo de su cabeza rodando por el suelo de aquel cuarto de baño acude a su mente. No ha podido pegar ojo desde entonces. Cada vez que intenta dormir, la ve. Los ojos bien abiertos y la piel fría como el hielo.

Deja el arma sobre el asiento del copiloto del coche que ha alquilado esa misma mañana y se frota las manos en un intento fallido de hacer entrar en calor al cuerpo.

Se encuentra estacionado justo enfrente de un edificio en el que, le consta, Massimo Vizzini, la causa de todos sus males, se encuentra.

Le vio caminando por las antiguas calles de Roma como si fuera un ciudadano más. Como si no tuviera las manos llenas de sangre. La sangre de Ludovica. De Nikki. De todas las personas a las que ha damnificado.

Le siguió. Ha estado siguiéndole los pasos en las últimas horas.

Y ahora le tiene en el punto de mira.

A pocos metros de distancia.

Y piensa hacerle pagar por sus delitos.

Por cada uno de ellos.

Esta vez no fallará.

Porque va a matarle.

Michel Durand va a acabar con la vida de la persona que más odia en el planeta. Va a arrebatar una vida para salvar otras. Para vengar otras.

Y no le importa nada más.

Está cegado por la rabia y el dolor. Ese miserable le ha quitado a dos de las personas más importantes de su vida y no descansará hasta que desaparezca.

Nadie sabe que está allí, tampoco lo que va a hacer.

Ni siquiera su superiores, que le relegaron del caso en cuanto trascendió la noticia del asesinato de Ludovica.

Michel se ha autoconvencido de que es el momento perfecto. Debe serlo. Porque entonces, estará perdido. Más de lo que ya lo está.

Sale de su ensimismamiento en el momento en que visualiza el todoterreno de Massimo abandonando el lugar. Se pone la capucha de la sudadera, arranca el motor, se coloca el arma sobre las rodillas y pisa el acelerador para seguirle.

Le pisa los talones. Está muy cerca, pero al mismo tiempo también está lo suficientemente lejos como para no llamar su atención.

Le sigue durante varios minutos y cuando se acercan a la avenida Lungotevere dei Sangallo, bordeando al Río Tíber, Michel baja la ventanilla de su coche al tiempo que, sin soltar el volante con una mano, asoma el arma por el hueco.

Acelera.

Traga saliva. Nota como el dedo le tiembla contra el gatillo.

Piensa en Ludovica.

Y aprieta el gatillo.

La granada abandona el tambor de la munición y esta sigue su recorrido hasta impactar contra el SUV negro en el que viajaba Massimo.

Siente que todo se ha quedado en silencio. Como si el tiempo, de algún modo, se hubiese detenido.

En realidad, solo es el silencio que precede al caos.

La explosión arrasa con el vehículo en cuestión de segundos. A causa del impacto, sale dando vueltas de campana hasta caer en el río, donde, nuevamente, se produce otra explosión.

Michel, con el corazón a punto de salírsele del pecho, acelera hasta adentrarse en un callejón, donde estaciona en el primer lugar que pilla y se cambia de ropa. Esconde el arma en el fondo del maletero y, tras asegurarse de que nadie le está viendo, se incorpora a la vía principal.

Los coches de policía están llegando, al igual que los camiones de bomberos.

La gente comienza a aglutinarse alrededor de la zona de la explosión. Hacen fotos y vídeos, también cuchichean sobre lo que ha podido haber pasado.

Michel está histérico.

Se mete las manos en los bolsillos y estruja con fuerza la foto con Ludovica.

Sigue con la mirada el recorrido ajetreado de la policía y los equipos sanitarios, que corren hacia unos metros más alejados del lugar en el que ha explotado el coche.

Siente como el oxígeno abandona sus pulmones cuando, en la lejanía, distingue un cuerpo contra el pavimento.

Un cuerpo de mujer.

Michel, nervioso, se mueve entre la gente para tratar de ver mejor lo que está sucediendo.

Hay una mujer tirada en el suelo. Está bocabajo y un sinfín de cristales rotos están esparcidos alrededor de su cuerpo, incluso sobre ella misma. A pesar de la distancia, es capaz de ver la sangre.

El equipo de emergencias sanitarias la incorpora en una camilla y le apartan el pelo de la cara. Michel siente un latigazo en el estómago. Se acerca cada vez más. Lo suficiente como para verla de cerca, hasta que uno de los policías lo retiene, informándole que no puede estar ahí.

Él no aparta la vista de la mujer a la que están poniendo oxígeno.

Es Myong-oh Rhim.

La Reina.

El desencadenante de todo.

Si a Ludovica no le hubieran adjudicado su caso, ella ahora… estaría viva, piensa Michel para sí.

—Mi… mi… mi hi-ja… —oye la voz trémula de Rhim. Comienza a convulsionar— Mi… hija… Coche…

Michel empalidece al escucharla.

Casi no puede respirar.

—¡Movilicen a todas las unidades! —brama uno de los policías—. ¡Podría haber una niña en el vehículo!

Es en ese preciso momento cuando Michel Durand se da cuenta de que ha cometido un error.

Un error irremediable.

Porque Massimo no viajaba en el coche.

Y es más que probable que acabe de quitarle la vida a una niña inocente.

28
MASSIMO

Mi salida inminente de la casa de Yang Mi ha hecho que me reúna con Nino antes de lo previsto. Me ha recogido en moto por la parte trasera del edificio. No me apetecía que mi hermano, después de su intento fallido por darle una oportunidad a la perra que nos abandonó, o alguno de los otros nos viesen y tratasen de inmiscuirse en mis asuntos.

Rhim no me ha dirigido la palabra al marcharme y, la verdad, dudo que lo haga si volvemos a vernos. Ni siquiera ha sido capaz de sostenerme la mirada. No debería de haberla golpeado, pero me ha sacado de mis casillas. Joder, la he advertido de que no era el mejor momento para hablar y aun así, ella, como siempre, ha hundido el dedo en el agujero hasta tocar fondo.

Puedo entender su molestia hacia mí por lo que hice. Pero, ¿qué pasa conmigo? ¿Cómo se supone que tengo que digerir que ella supiese que Norma estaba viva y que en todo el tiempo que estuvimos separados, jamás se atrevió a contarme lo de Aurora? Si yo no la hubiera escuchado, jamás me habría enterado. Ella tenía miedo de mí.

He hecho cosas terribles y más que merecidas la mayoría de las veces, pero sigo siendo una persona. Parece que en ese aspecto las tornas nunca han cambiado, porque todos continúan echándome en cara lo que he hecho pero nadie se para a pensar qué es lo que me han podido hacer a mí.

Aunque el viaje a Sicilia está previsto para esta noche, hemos venido ya al puerto en el que se encuentra uno de mis yates. Doscientos mil euros menos después, por medio de Nino que ha sobornado a los vigilantes y a los trabajadores que se encargan de los barcos que ya no tienen dueño, hemos recuperado mi licencia y mi barco.

El Hades.

Uno de mis yates más lujosos, pero también el más discreto. Al ser de color negro, en la noche pasa completamente desapercibido.

Me enciendo un cigarrillo mientras, sentado en uno de los sillones de cuero de la cubierta, observo como Nino coloca algunas cajas con fardos de coca en la compuerta que lleva a una de las bodegas. Cuando termina, se sacude las manos en los pantalones y se toma la libertad de sentarse a mi lado. Le ofrezco un cigarro que él rechaza.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto? —me pregunta.

Frunzo el ceño y le miro.

—Lo correcto. No sé qué es eso.

Nino sonríe de lado y niega con la cabeza.

—Me refiero a si estamos haciendo lo correcto con lo que vamos a hacer con mi padre. Es uno de los capos mafiosos más fuerte de toda Sicilia. Nosotros solamente somos dos, Massimo. Él tiene un puto ejército, puedo garantizártelo.

—Te sorprenderías si supieras la de personas que he matado utilizando las manos —contesto—. No me asustan sus esbirros, y mucho menos él.

—A mí sí —admite bajando la mirada—. Él… me asusta. Bastante.

Ladeo la cabeza y doy una calada. Le observo con fijeza mientras expulso el humo.

—¿Por qué le tienes miedo? —quiero saber.

—Es un puto maltratador —responde sin ningún tapujo—. Cualquier reacción por su parte siempre acabará conmigo ingresado en el hospital con algún hueso roto.

—Vaya, al menos tiene la decencia de llevarte al hospital —digo, captando su atención—. El mío, después de apalearme, se largaba y me dejaba tirado en el suelo, esperando a que tuviera los huevos de levantarme aun cuando no podía ni respirar. —Fuerzo una sonrisa—. Tuve que aprender a curarme yo solo las heridas. No tardé en entender que nadie más que yo mismo iba a ayudarme. —Me encojo de hombros—. Cada golpe me hizo más fuerte. Tome el dolor que me producía y lo revertí. Lo convertí en poder. Hasta que me puse a su misma altura.

Hablar de esto no es algo que me agrade, y menos con un chaval al que prácticamente acabo de conocer, pero… hay algo en él que me invita a confiar. Creo que, de alguna forma, veo algunas cosas de mí reflejadas en él.

—¿Te pusiste a su altura? —cuestiona confuso.

—Le maté.

Abre los ojos con sorpresa.

—Oh. Joder. —Se aclara la garganta—. Yo… Bueno, yo no creo que pudiera.

Me río de forma silenciosa.

—Puedes. Todos podemos. —Me cruzo de piernas—. Te dedicas al narcotráfico, ¿ahora vas a decirme que nunca has pegado un tiro?

—Sí, pero nunca he matado a nadie.

—Hay una primera vez para todo.

Continúo fumando mientras él, por su parte, se recuesta en el sillón y saca su teléfono móvil. Por un instante pienso en Damiano, me gustaría que estuviera aquí. Hay mucho de lo que debemos hablar y ponernos al día, pero creo que ahora mismo, al lado de Rhim, es donde mejor está. No quiero dejarla sola.

¿Por qué me preocupo tanto, y continuamente, por su bienestar?

No lo sé.

Y supongo que nunca lo sabré.

Todo esto es demasiado nuevo para mí.

Durante los años que pasamos separados, pensé en ella más de lo que me gustaría admitir. Nikki, la agente de la INTERPOL que maté, solía recordarme a ella por el carácter y la forma de desafiarme, pero nunca fue como con Rhim. Jamás lo sería.

Me mantuve con la mente fría y estaba enfocado en el trabajo. La saqué de mi vida y la obligué a salir de mi mente, aunque esto último… no llegó a suceder. No del todo.

—Hostia —murmura Nino sin apartar la mirada del móvil.

—¿Qué pasa?

—Hace un rato ha habido una explosión cerca del río —explica—. Dicen que ha explotado un coche, o algo así.

Frunzo el ceño.

—¿Un coche?

—Sí, un colega me ha dicho que no ha podido pasar por la vía principal del río porque estaba cortada por la policía y los bomberos. Dice que ha visto como sacaban el coche del río con una grúa.

—¿Se sabe qué ha podido pasar? —Existen muchas variables posibles. Desde ataque terrorista hasta ajuste de cuentas entre clanes.

De repente, como si algo hubiese hecho clic dentro de mi cabeza, el cuerpo se me pone tenso.

Un ajuste de cuentas.

Pienso en el atacante de Rhim en el motel, el albanés que le dijo que la encontrarían y la

matarían.

Una capa de sudor frío se instala, de repente, en mi nuca.

Sin previo aviso, le quito el móvil de las manos a Nino y tecleo el número de Damiano de memoria. Me coloco el teléfono en la oreja, bajo la mirada atenta y confusa de Nino, y estrujo el cigarro entre los dedos mientras espero una respuesta por parte de mi medio hermano que no llega.

—¿Qué pasa? —me pregunta Nino.

—¿Sabes si ha habido heridos en la explosión?

Frunce el ceño.

—No lo sé. Si quieres puedo preguntar a alguno de mis colegas, por si sabe algo, pero… ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

Carraspeo.

—Sí, pregunta. Por favor.

Le devuelvo el móvil y él hace las llamadas oportunas mientras yo me acerco a la proa para observar el resto de barcos anclados a nuestro alrededor. Me aferro con fuerza a la barandilla y me quedo ahí, parado. No sé muy bien qué me pasa.

Siento que algo no va bien.

—Massimo. —Nino pronuncia mi nombre desde mi espalda, haciendo que me gire para mirarle.

—¿Y bien?

—Ha habido varios heridos —dice—. Algunos peatones que estaban transitando por la zona y una mujer, que era quien conducía. También me han dicho que han sacado un cadáver del río, pero no sé nada más.

—¿Estás seguro?

—Eh… Sí. Mis fuentes suelen ser bastante fiables.

Antes de que pueda decir algo, el teléfono de Nino empieza a sonar. Mira la pantalla con las cejas enarcadas y me lo enseña. Es el número de Damiano.

—Damiano —digo al descolgar, más agitado de lo que me gustaría.

—Massimo, ¿eres tú? —resopla—. Joder, menos mal. ¿Dónde estás?

—Rhim —su nombre sale de mi boca con un temblor que nunca antes había experimentado —. ¿Dónde está ella?

Silencio.

—Damiano, habla de una puta vez. Dónde está.

—Ven… ven al hospital. Al privado de tu familia.

Un latigazo en el estómago hace que dé un paso involuntario hacia atrás.

—¿Está…?

—Ven al hospital —pide—. El único policía que hay es Zouk.

—Vale.

Cuelgo y cierro los ojos. Le entrego el móvil a Nino, que me mira sin entender nada, y grito. Comienzo a gritar y a tirarme del pelo.

—Eh, tío, ¿qué coño pasa? —Nino me coloca la mano en el hombro, haciendo que deje de gritar—. ¿Es por la explosión? ¿Conoces a alguien?

—Coge el casco —murmuro—. Vamos al hospital San Matteo.

Son quince minutos exactos los que tardamos en llegar. No he pensado en nada durante todo el camino. Ha sido como si fuese con el piloto automático conectado.

Hasta que me he plantado delante de la puerta del hospital.

¿Esto es el miedo?

¿Bloquearte delante de una puta puerta y ni siquiera saber qué hacer o decir?

Trago saliva y miro de reojo a Nino, que se mantiene firme a mi lado. No le he contado absolutamente nada y aun así, sigue aquí, acatando cada cosa que digo. ¿Apoyándome?

Creo que es un buen soldado.

Doy un paso adelante, haciendo que el sensor de la puerta me detecte y se abra de manera automática. Apenas tardo medio segundo en localizar a Tassia y a mi hermano Niccolo. Están junto al mostrador de la recepción, hablando con una de las enfermeras. Tassia es la primera en verme. Le da un apretón a Niccolo y él voltea la cabeza para mirarme.

Está serio.

Camino con pies de plomo hacia él y nos sostenemos la mirada.

—Massimo…

—¿Dónde está? —quiero saber.

—Massimo, tenemos que…

—Dónde. Está. Rhim.

Tassia, que tiene los ojos brillantes, estira la mano y me agarra la muñeca. Traga saliva. Observo su agarre con los dientes apretados.

—Rhim está muy mal. La están operando de urgencia —dice con voz trémula—. Se ha roto muchos huesos y… se ha perforado parte del abdomen con uno de los pedazos de vidrio de la luna del coche.

Se me encoge el estómago. No sé identificar qué es lo que está pasándome, o lo que estoy sintiendo.

No sé nada.

—Massimo, hay algo más. —Esta vez es Niccolo quien habla, está muy nervioso.

Tassia no deja de sostenerme la muñeca, cosa que me sorprende, teniendo en cuenta que sé perfectamente el rechazo que le produzco.

Sé que, a sus ojos, solo soy el asesino de su amiga y un número más en la lista de las personas que le jodieron la vida. No le falta razón.

—Es Aurora —añade Niccolo.

‘‘También me han dicho que han sacado un cadáver del río’’.

La voz de Nino, hace unos minutos, retumba por mis oídos, como si estuviese escuchándole en este preciso momento.

—Iba dentro del coche cuando ha explotado. En la parte de atrás —dice. Tiene los ojos rojos, como si hubiera estado llorando—. Rhim no llevaba el cinturón, por eso ha atravesado la luna con el impacto, pero ella… No han podido hacer nada por Aurora, Massimo. Ha muerto en la explosión.

Noto la garganta reseca.

Muy reseca.

Como si me hubiera tragado miles de cristales pequeños y afilados.

Me deshago del agarre de Tassia y doy un paso atrás.

No digo nada.

Solamente… me doy media vuelta y desaparezco por uno de los pasillos.

Me encierro en el cuarto de baño destinado a discapacitados y suelto una bocanada de aire mientras me miro al espejo.

Golpeo el vidrio con el puño cuando noto un líquido, caliente y fino discurriendo por mi mejilla.

Observo la mano, sangrante y llena de cortes y cierro los ojos.

‘‘¿Conoces el conjuro de la rana?’’.

Abro los ojos y vuelvo a golpear el espejo. Ahora, con los dos puños.

Una y otra vez.

Sin parar.

Hasta que los pedazos caen al suelo y al lavabo y solo queda pared.

Sigo golpeando los azulejos.

Las manos se me llenan de sangre y apenas siento los dedos, pero no me importa.

Necesito sacar esto que llevo dentro.

Esto que no me deja respirar.

Que me tiene bloqueado.

Algo que nunca había sentido.

O que había olvidado lo que era.

Dolor emocional.

¿Tristeza?

No lo entiendo.

No comprendo por qué me siento así.

Apenas conocía a esa puta cría de hacía cinco minutos.

Apenas conocía… a mi hija.

Me agarro con fuerza a ambos lados del lavabo y, con la sangre tiñéndolo todo de rojo, me juro a mí mismo que voy a encontrar al responsable de esto y a hacerle pagar por ello.

Al salir del cuarto de baño encuentro a Nino, que está en la puerta cruzado de brazos. Sé que tiene muchas preguntas, pero no dice nada. Solo me mira y asiente con la cabeza.

Si por algo se me conoce es por mi frialdad. Mi templanza. Mi capacidad de sobrellevar ciertas situaciones como si no me importasen en absoluto.

Por eso, cuando regreso al lugar en el que me he encontrado con Tassia y Niccolo, lo hago como si me tratase de un témpano de hielo. Impasible. Sin mostrar un ápice de debilidad o vulnerabilidad.

Agarro con fuerza a Zouk del brazo y lo arrastro hasta la máquina de café.

—Massimo, joder, qué…

Le empujo contra la pared.

—Quiero ver el expediente del caso —espeto.

—Todavía no lo tenemos.

—Pues en cuanto lo tengas, me lo haces llegar.

—¿Para qué?

—Quiero saber qué es lo que ha pasado. Y quién está detrás. —Le apunto con el dedo y se lo clavo en el pecho—. Y tú, si no quieres que te arranque los dedos de las manos y te los meta uno a uno en la boca, me vas a ayudar. —Nos sostenemos la mirada—. Me lo debes.

—¿Qué? No te equivoques, Massimo. Yo a ti no te debo nada. Y deberías andarte con ojo, nadie te está brindando protección.

—Atrápame si es que puedes —mascullo—. O llama al puto Michel Durand, dile que tengo ganas de verle. Estoy seguro de que él a mí también, tenemos cosas de las que hablar.

—No te pases un pelo, Massimo —advierte—. Si no lo he hecho en cuanto has cruzado esa puerta es porque tu hija acaba de morir.

Antes de que pueda reprocharle algo, o de partirle la boca, un doctor aparece por el pasillo, sosteniendo una carpeta entre las manos.

—¿Familiares de Myong-Oh Rhim?

Volteo la cabeza con lentitud y me alejo de Zouk. Distingo a Damiano a pocos metros de donde yo estoy junto a la chica asiática que trabaja para Rhim. Ambos se acercan.

—Nosotros —dice la chica. Damiano me mira de reojo, esperando a que diga o haga algo, pero no muevo un solo músculo.

—La paciente se encuentra estable, aunque sigue dentro del cuadro de peligro. Las próximas horas son decisivas. Hemos tenido que extirparle el bazo y parte del hígado puesto que tenía grandes lesiones internas a causa de las incisiones que ha sufrido durante la explosión con los cristales. También hemos instalado tornillos y placas de titanio en tres de las costillas y en el brazo derecho y el tobillo izquierdo —explica. Aprieto los puños con fuerza mientras le escucho —. Ahora mismo se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos en un coma inducido ya que consideramos que la paciente debe someterse a un reposo absoluto. La cabeza no presentaba contusiones de las que debamos preocuparnos, pero aun así haremos los exámenes pertinentes.

—¿Podemos verla? —pregunta Damiano.

El doctor de la clínica privada de mi familia se aferra la carpeta al pecho y hace un visionado general a todos los presentes. Me mira más de la cuenta, por lo que intuyo que me ha reconocido.

—Solo una persona —dice—. Y quince minutos.

—Iré yo —dice la amiga de Rhim.

Damiano la sujeta del brazo y le susurra algo al oído. Ella, con poco disimulo, me mira y frunce el ceño. Asiente lentamente. Tanto Damiano como ella, me están mirando.

—Deberías ir tú —dice entonces mi medio hermano.

—¿Por qué yo? —murmuro.

—Porque es la madre de tu hija. La misma a la que ambos habéis perdido hoy. Si alguien tiene que entrar en esa puta habitación, eres tú —espeta Damiano. Todos nos observan con atención, incluido Niccolo.

Resoplo.

Asiento con la cabeza y lanzo una mirada al doctor, que me hace un gesto para que le siga.

Intercambio una última mirada con Damiano antes de cruzar las puertas que llevan al ala de Cuidados Intensivos del Hospital San Matteo.

29
MASSIMO

Noto la rigidez en cada músculo del cuerpo y una punzada en la boca del estómago que se agudiza en cada paso que doy.

El doctor y yo nos detenemos junto a una puerta, donde una de las enfermeras me entrega una bata sanitaria junto a un gorro, guantes, mascarilla y una red para cubrir los zapatos. Después, tras marcar varios botones en una pantalla, la puerta se abre.

—Tienes quince minutos —me recuerda.

No contesto.

Cruzo el umbral de la puerta, la cual se cierra a mi espalda, y… solo somos ella y yo.

Rhim está postrada en la cama con los ojos cerrados y un sinfín de cables conectados al cuerpo de forma intravenosa. También lleva puesta una mascarilla de oxígeno.

Camino con lentitud hasta llegar a su lado y trago saliva.

Es la primera vez que me enfrento a este tipo de situaciones.

Tomo asiento en un taburete y me quedo mirándola. Tiene cortes cubiertos con puntos de aproximación por toda la cara.

Me aclaro la garganta y, por alguna razón que desconozco, o que no quiero pensar demasiado, estiro mi mano cubierta con el guante para atrapar la suya.

—Siempre te he dicho que soy un egoísta —murmuro—. Y es cierto, lo soy. Lo sabes tú y lo saben todos. Pero…, por extraño que te parezca, ahora no puedo serlo. No contigo. No sé qué me pasa cuanto tú estás cerca… —Niego con la cabeza y carraspeo. Dios, esto es ridículo. Ni siquiera está escuchándome. Aunque, quizá sea lo mejor—. Necesito que aguantes, Rhim. Necesito que… te quedes. Te necesito en mi vida. —Mis palabras suenan con un hilo de voz—. Como no podía ser de otra manera, nuestra última conversación fue una pelea. Tú querías la verdad y yo no te la di, como siempre. —Aprieto los labios—. La verdad, Rhim… La verdad es que cuando te escuché confesar a Damiano que estabas embarazada, algo… se me removió por dentro —admito. Esto es algo que solo Damiano sabe, porque yo mismo se lo confesé esa misma noche, justo antes de marcharme para siempre de Atenas—. He sido educado desde la hostilidad y el rechazo a cualquier tipo de emoción, así que no me resultó difícil reprimirlo, fuese lo que fuese aquello. Y me reafirmé en mi decisión de marcharme. Porque aunque creas lo contrario, yo ya había pensado en irme incluso antes de saber lo tuyo. —Aprieto su mano con la mía con suavidad—. A pesar de todo, sé que sabes tan bien como yo que es lo mejor que pude hacer. Por ti y por… Aurora. El odio y la sed de venganza hacia mi padre me estaban consumiendo. Y fue a peor. Nunca he sido una persona admirable, y mucho menos buena. —Me encojo de hombros—. Por eso puedo decir sin equivocarme que no habría sido un buen padre, y tampoco alguien digno de acompañarte. —Me quedo callado durante unos segundos y suelto su mano para llevar la mía hasta su rostro. Le acaricio la mejilla—. Me he arrepentido del bofetón desde el mismo instante en que te lo he dado esta mañana. Soy un monstruo, lo sé. Destrozo todo lo que toco y no suele importarme, pero contigo… Dios, Rhim. Contigo es diferente. Siempre es diferente cuando tú estás por medio. —Me empiezan a picar los ojos—. Contigo es diferente porque tú… Tú me haces… sentir.

Suelto todo el aire que no sabía que había contenido y me levanto del taburete. Estoy a punto de darme media vuelta e irme. Pero no lo hago. Quiero seguir hablando.

Igual, soltar todo *esto*. Sacarlo fuera, hace que desaparezca. Sería lo más acertado.

—Ese corazón de hielo que un día juraste que tenía, y que a día de hoy sigo teniendo, solo bombea cada vez que estás cerca. Siempre lo ha hecho. Y… probablemente siempre lo hará, porque… no le mentí a Yang Mi cuando le dije que, para mí, eras la mujer de mis siete vidas. Y aunque no quieras verme ni en pintura, ese es un hecho que no puede cambiarse. Ya no. Porque te me metiste en la piel hace cinco años, cuando solo eras una niñata tocapelotas que me puso la vida patas arriba. Porque… sería capaz de prenderle fuego a toda la puta ciudad por ti. Y lo haré. —Me arrodillo a su lado—. No voy a descansar hasta encontrar al responsable de esto que te han hecho. De lo que le han hecho a… Aurora. Y le haré pagar. Te lo juro, pequeña.

La puerta se abre y el doctor me dice que el tiempo se ha acabado. Me levanto trastabillando y salgo de la habitación sin mirar a Rhim por última vez.

Al regresar a la sala de espera donde los he dejado a todos antes, diviso a Damiano en la lejanía, hablando con Nino y la amiga de Rhim.

Niccolo no está por ninguna parte.

Norma, sin embargo, sí que está.

Se levanta en cuanto me ve. Tiene los ojos rojos y llorosos. Me agarra del brazo y yo me aparto. Va a decir algo, sé que quiere hacerlo, aunque no le doy la oportunidad. Porque salgo del hospital antes de que pueda abrir la boca.

Necesito fumarme un cigarro.

Necesito… salir de aquí.

Como era de esperar, mi puto hermano está fuera haciendo exactamente lo que yo venía a hacer.

Me mira.

Yo hago como si él no existiese.

Pero, claro, estamos hablando de mi hermano Niccolo. Era evidente que no me iba a dar el gusto de quedarse callado y permitirme fumar en silencio.

—Deja de fingir que todo te da igual —me dice—. Incluida ella. Tu hija ha muerto, Massimo. Estaba a punto de cumplir seis años y tenía toda una vida por delante, joder. Nos has escuchado, te has pirado y ahora actúas como si no hubiera pasado nada. ¿En serio te da igual? Si no llega a ser por Damiano, ni siquiera hubieras entrado a ver a Rhim. A su madre.

—No la conocía —respondo mordaz—. ¿Qué tipo de apego quieres que tuviese con ella? Creo que has visto demasiadas películas.

—No me jodas, Massimo. Sabes que eso es mentira. Te recuerdo que fue a mí a quien dejaste una carta pidiéndome que la cuidase. —El recuerdo exacto de ese instante acude a mi mente en cuanto lo menciona. La escribí la misma noche que recibí el disparo en la cabeza. Aurora ya llevaba unos años en Suiza, pero Damiano me contó por teléfono que Rhim había tenido problemas con alguien en Seúl y que estaba preocupada por Aurora porque habían recibido una alerta de intento de asalto y robo en el internado. Escribí esa carta por si algo salía mal, supongo. No lo sé. Fue un mero impulso. Por irónico que parezca, detesto a mi hermano y aun así, le confíe la vida de mi hija—. Te recuerdo que fui yo quien la buscó en ese internado. Por una puta vez en tu vida, deja de fingir. Era tu hija y la han asesinado. Nadie te va a juzgar por llorar su muerte.

Resoplo.

—¿Ahora qué quieres? ¿Psicoanalizarme? No lo consiguió el loquero de la cárcel, dudo mucho que lo vayas a conseguir tú.

—Lo único que quiero es entender qué coño tienes en la cabeza, joder. Si es que aún te

queda algo ahí dentro —contesta de mala gana—. ¿Por qué eres así con nuestra madre? ¿Por qué…? —Niega con la cabeza y arroja su cigarro al suelo—. Matteo ya no está. Tú te encargaste de ello. Y a día de hoy, un año después, ni siquiera sé por qué lo hiciste. Y tampoco sé por qué, si él ya no está, continuas actuando como si siguiera dominándote. —Nos sostenemos la mirada —. Pocas veces en la vida te he visto titubear, Massimo. Muy pocas. Y ahí dentro, cuando te he dicho lo de Aurora, he podido ver en tu mirada que el hermano mayor que algún día admiré, seguía ahí.

Suelto una carcajada.

—Niccolo, ya. Corta el rollo. ¿No te cansas? —Vuelvo a reírme y él se pone serio—. ¿Ves, hermanito? Esta es la gran diferencia entre tú y yo. Tú, a pesar de todo, sigues intentando ver algo bueno, que no existe, en mí. —Pongo los ojos en blanco—. Pero la realidad es que abusé de Chiara y la maltraté, secuestré a tu exnovia, fingí su muerte y la induje en una red de prostitución. He comprado mujeres de todo el mundo y las he explotado sexualmente. He matado a tantas personas y tengo las manos tan manchadas de sangre que no se limpian ni lavándolas con lejía. Y sí, maté a Matteo. Le maté porque era un traidor, y no porque el poder se me hubiese subido a la cabeza, como algunos creen. —Aprieto los dientes—. Maté a nuestro padre porque él intentó matarme antes. Su muerte, fue mi venganza. Mi única razón de ser durante los últimos años. —Levanto los brazos y me encojo de hombros—. He hecho cosas horribles, hermanito. Cosas imperdonables. ¿Y sabes qué? Que no me arrepiento de nada. Porque, como ya te dije una vez, alguien tenía que hacerlas. Todas y cada una de esas cosas, me llevaron a cumplir mi propósito, que era sacar al hijo de puta de Matteo del tablero.

—Por eso dejaste a Rhim cuando estaba embarazada, ¿no? Porque tu maldito ego herido era más importante que un bebé o lo que pudieras sentir por esa mujer.

Aprieto tanto los dientes que noto como la mandíbula cruje.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Matteo ya no está —repite lo mismo que ha dicho antes—. ¿Por qué sigues en la misma línea?

—Porque esta línea es la única que sé seguir. La que me gusta. Con la que soy yo. —Finjo una sonrisa—. No pediré perdón por no ser como todos esperáis que sea. La redención nunca ha sido algo que busque. Esa es mi única verdad.

Niccolo da un paso hacia mí y nos enfrentamos.

—Puestos a decir verdades, tú eres el cáncer de mi vida. El de la mía y el de todos los que me rodean y con los que estás mínimamente relacionado —dice—. Cada vez que estás cerca, muere gente. Gente a la que quiero. —Entrecierra los ojos—. Y estoy seguro de que no soy el único que piensa que si tú no hubieras vuelto, ahora Aurora seguiría viva. ¿Sabes lo que también pienso, Massimo? Que ojalá no hubieras sobrevivido a ese disparo.

Sus palabras no me afectan. Nunca lo han hecho.

—Lo dices como si hubiese sido yo el que ha puesto esa puta bomba en el coche —espeto. Decido ignorar lo último que me ha dicho.

—No lo sé. Nunca sé qué pensar de ti. Y, te equivocas. Hace tiempo que dejé de intentar ver algo bueno, por mínimo que fuese, en ti. Me dejaste claro el tipo de persona que eres cuando Chiara me contó el infierno que vivió contigo. Me das asco. Mucho asco. Y por eso te voy a pedir que te vayas. Que te vayas para no volver y nos dejes en paz a todos. De lo contrario, seré yo mismo quien avise a la policía y a la INTERPOL de tu paradero. Zouk me ha dicho que están buscándote.

Pego mi frente a la suya.

—¿Y a qué coño estás esperando para hacerlo, ah? Llámalos. Vamos, saca el puto móvil y llámalos. Ten cojones, Niccolo. Llama a la policía y quítate el problema de encima, estás deseándolo. —Esbozo una sonrisa cínica—. Ahora estás donde estás, y eres quien eres, porque tu suegro te está sosteniendo de la mano desde España, que no se te olvide, hermanito. Sé bien que tú nunca quisiste ser *rey*. Pero si no tomabas las riendas, tal y como quedaron las cosas tras lo de Matteo y lo mío, las hienas te habrían comido. —Le palmeo la nuca con fuerza—. Vas a tener que pelear conmigo si quieres que me marche de mi ciudad. Porque yo no quiero un trozo del pastel, lo quiero entero. Y te aseguro que el hecho de que la policía me esté buscando, ahora es el menor de mis problemas.

La novia de mi hermano interrumpe nuestra conversación cuando se encuentra en el punto más interesante apareciendo con un par de vasos de café. Frunce el ceño en nuestra dirección. Honestamente, no sé por qué siguen aquí. Ni siquiera conocían a Rhim lo suficiente como para estar preocupados por su salud.

El nombre de mi hija se va de mis pensamientos tan rápido como ha llegado. Aprieto los dientes nuevamente.

—¿Qué pasa? —pregunta Tassia con cierta preocupación.

—Nada —responde mi hermanito mediano con cara de pocos amigos. Niega con la cabeza y se mete en el hospital a paso ligero.

Tassia me sostiene la mirada.

—¿Y tú qué coño quieres ahora? —espeto de mala gana.

—Siento lo de Aurora —dice, pillándome por sorpresa—. Tú, al igual que todos nosotros, también la has perdido.

Sus palabras son una daga directa a mis entrañas. Finjo que no me ha afectado una mierda lo que ha dicho. Aunque lo haya hecho.

Asiento vagamente y ella se marcha para, ahora sí, dejarme a solas conmigo mismo.

Me enciendo, por fin, el cigarro, y apoyo la espalda en la fachada de la clínica. Doy un vistazo rápido a la calle poco transitada; no debería estar aquí, al menos no siendo de día. Supongo que lo de vivir constantemente al filo de la navaja es algo que no puedo evitar. Me gusta tentar a la suerte. Me llevo la mano al bolsillo para sacar el teléfono de mi hermano y observo la pantalla cuando se enciende, tiene una foto de Tassia sonriendo como fondo de pantalla. No puedo evitar poner los ojos en blanco.

Le he robado el móvil sin que se diese cuenta mientras le estaba incitando a llamar a la policía. Una de mis tantas habilidades secretas que pulí hasta la saciedad desde que empecé a moverme en el mundo de la mafia.

Lo desbloqueo escribiendo los cuatro dígitos de seguridad que Niccolo siempre utiliza para todo y entro en su agenda de contactos. Pase el tiempo que pase, mi hermano, a mis ojos, seguirá siendo predecible de cojones. Navego entre los nombres hasta dar con la persona a la que estoy buscando.

Pulso para llamar y me llevo el móvil a la oreja. Descuelga al primer tono.

—Hola, Niccolo. ¿Qué pasa? Estoy a punto de coger un avión. ¿Es importante?

—Hola, pequeña Xiang.

Silencio.

—¿Ma-Massimo? —pronuncia escasos segundos después.

—No voy a entrar en detalles. Al menos, no ahora. El tiempo no es algo que, precisamente, me sobre. Necesito tu ayuda.

—No sé si quiero saberlo. Voy a coger un avión —advierte—. Ya no me dedico a esto. Y

menos para ti. Ya me trajo problemas en el pasado.

—Vas a dedicarte. Por mí. —Hago una pausa breve—. A no ser que quieras que le clave un cuchillo a tu amiguito Niccolo en las tripas. O quizá a Zouk. Sabes que no suelo ir de farol. Y que me encantaría hacerlo.

La escucho resoplar.

—Joder, Massimo. Estoy fuera de todos los asuntos informáticos. No me dedico a eso, ya no. No tengo tiempo para esto. Te voy a colgar.

—Han matado a mi hija. —Arranco la tirita de golpe—. Y… alguien ha resultado herida.

—¿Qué? Dios mío. ¿Aurora está…? —Lixue suena sorprendida, también afectada— ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Eso es lo que necesito averiguar —admito—. El bueno de Zouk no es alguien en quien confíe, precisamente. No sé hasta qué punto puedo fiarme de su palabra. Por eso te necesito a ti.

—Massimo… —Se aclara la garganta— Joder. Tengo que coger el avión, ¿vale? En cuanto aterrice en Indonesia te llamo.

—Eso espero.

—Puedes confiar en mí —afirma.

—¿No lo he hecho siempre?

La llamada finaliza y me guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Tras detonar la bomba que ha acabado con la vida de Aurora Vizzini y ha dejado en estado grave a Rhim, la madre de la niña, Michel Durand no ha salido de la habitación del hotel en el que está quedándose desde que aterrizó en Roma.

Está nervioso.

Saber que ha quitado una vida inocente, y de una menor, es algo que aún no ha terminado de procesar.

Nadie sabe que él se encuentra detrás. No hay forma de que puedan relacionarle. O, al menos, él se encuentra convencido al cien por cien de ello.

Se sobresalta cuando su teléfono empieza a sonar. Una capa de sudor le cae por la frente y sus pulsaciones se encuentran agitadas.

Frunce el ceño al ver que se trata de un número oculto.

—¿Sí, dígame? —responde con poca seguridad.

—Hola…, ¿hablo con el inspector Michel Durand? —la persona al otro lado habla en voz baja, como si temiese que alguien esté escuchando lo que dice. La voz está distorsionada, así que no es capaz de distinguir si se trata de un hombre o una mujer.

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy la persona que le pasaba información sobre la Reina a la agente Esposito. Me dijo que, en caso de que a ella le ocurriese algo, me pusiera en contacto con usted.

Michel traga saliva.

—Sí. Claro. ¿Tienes algún tipo de información?

—La tengo. La Reina está hospitalizada en la clínica privada San Matteo y se encuentra en un coma inducido. Alguien puso una bomba en su coche. Su hija ha muerto.

Michel nota como la garganta se le oprime, aunque trata de mantener la calma.

—De acuerdo. Gracias por la información.

—Hay algo más.

—¿El qué?

—Massimo Vizzini. —En cuanto escucha ese nombre, el cuerpo entero se le tensa—. Ha estado en la clínica también. Era el padre de la hija de la Reina. Y… fue quien mató a la agente Esposito, él mismo lo ha corroborado, según mis fuentes.

Ya lo sabía, pero no puede evitar sentir el dolor asfixiante que le inmoviliza cada vez que piensa en Ludovica y en el trágico final que tuvo por culpa de ese desgraciado.

Dentro de su espiral de rabia y dolor, al conocer el dato sobre el vínculo entre la niña a la que ha asesinado y Massimo, siente un poco de paz, aunque no sea lo moralmente correcto. Massimo le quitó a Ludovica y ahora él le ha quitado a su hija.

Pero quiere más.

No es suficiente para Michel.

Necesita hacerle desaparecer.

No podrá seguir adelante mientras la sombra de Massimo siga en su vida. Porque será como un recordatorio constante, y viviente, de todo aquello que le ha arrebatado. Del error que cometió en aquella cubierta de barco aquella noche de enero del año anterior.

—Síguelo a cualquier parte que vaya y mándame reporte a este mismo teléfono. Quiero saber todo lo que hace, la gente con la que se relaciona y los sitios que frecuenta —dice. Sorbe por la nariz—. Ahora nuestro objetivo principal es él.

—¿Qué hay de la Reina?

—Ese asesino es nuestra mayor prioridad ahora mismo.

—Muy bien, pues quiero el triple de lo acordado. No voy a jugarme el cuello por una miseria.

—Hecho.

—Genial. Te mantengo al tanto.

La llamada finaliza y Michel deja caer el móvil contra el colchón.

Se pasa las manos por la cara y asiente con la cabeza.

Está actuando al margen de la INTERPOL, que le sacó del caso en cuanto ocurrió lo de Ludovica. Sabe que está poniendo demasiado en juego, pero no le importa.

Tiene una nueva oportunidad.

Una nueva y última oportunidad.

No fallará.

Esta vez no.

Si no, estará perdido.

DOS SEMANAS MÁS TARDE…

30
RHIM

Tengo los ojos cerrados.

Me noto adormecida. Sin energía.

Quiero separar los párpados, pero no tengo fuerzas para hacerlo.

Hago el amago de tragar saliva y soy capaz de sentir la sequedad de la garganta. Está muy áspera.

Oigo voces.

Sonidos.

Me obligo a moverme. A hacer algo. Lo único que consigo es mover los dedos de una mano.

¿Qué me pasa…?

Entre pensamientos somnolientos, la cara de mi hija se muestra con nitidez.

Después lo hace el accidente.

La explosión.

Abro los ojos dando una bocanada de aire y me arranco la mascarilla de oxígeno que tengo puesta al sentir que me oprime y que, en lugar de aportarme aire a los pulmones, me lo resta.

Mi pecho sube y baja con rapidez.

Observo a mi alrededor confusa durante unos segundos y me sobresalto al encontrar a Damiano, apoyado junto a la puerta.

—Rhim —pronuncia mi nombre con alivio mientras se acerca a mí—. ¿Estás bien?

—Aurora… —murmuro. La garganta me quema al hablar— ¿Dónde está?

Damiano abre la boca y la cierra. Me sostiene la mirada y busca mi mano con la suya. Me da un apretón.

—Damiano… Dónde. Está. Mi hija.

—Ella… —Suspira— Aurora no sobrevivió al accidente, Rhim. Lo siento mucho.

Dejo de respirar.

Incluso me parece sentir que mis latidos se detienen, a pesar de que la máquina que monitorea mis constantes vitales no deje de emitir sonidos.

Hundo la cabeza en la almohada y miro fijamente a Damiano mientras siento como los ojos empiezan a escocerme.

Niego.

—No. No. Por favor, dime que no es verdad. Dime que…

Damiano cierra los ojos y me aprieta la mano con más fuerza.

—Lo siento, Rhim. De verdad.

Como si el suelo de esta habitación de hospital se hubiera resquebrajado y estuviese cayendo en picado hacia ninguna parte, rompo en un llanto desconsolado. Grito. Me arranco las vías del brazo, dejando un rastro de sangre en el proceso.

Intento levantarme de la cama a pesar de que una escayola recubre uno de mis pies y, aunque Damiano lo impide, cuando mis pies tocan el suelo, me caigo de rodillas y golpeo las frías losas con los puños.

El grito desgarrador que suelto a continuación hace que algunas enfermeras entren en la habitación y, con la ayuda de Damiano, tratan de incorporarme.

Me pitan los oídos.

Me duele el pecho.

Sé que Damiano está hablándome al oído, pero no escucho nada de lo que dice.

No soy capaz.

Mi mente solo está focalizada en una única cosa.

Aurora.

Mi hija está muerta.

Una de las enfermeras me sujeta el brazo para recolocarme las vías que me he arrancado y me pone un calmante.

Poco a poco, los párpados van pesándome. Quiero mantenerme despierta, pero no puedo.

—Aurora… —es lo último que digo antes de perder la consciencia.

31
MASSIMO

Me aguanto el cigarrillo encendido entre los labios mientras coloco el fajo de billetes que saco de la caja fuerte en la máquina de contar dinero. De fondo, *Smell Like Teen Spirit* de Nirvana, ameniza el momento.

Nino entra en la sala y deja un ordenador portátil sobre la mesa. Se deja caer en una de las sillas y se encoge de hombros.

—Esto era lo último —dice—. Aquí es donde mi padre tenía todos los detalles de sus movimientos, cuentas, estrategias y tareas. Está bloqueado con dos claves de acceso y no tengo ni puta idea de cuales son.

Miro el ordenador y luego le miro a él. Asiento.

—Ya nos haremos cargo de eso. —Saco un paquete de billetes de la caja y se los paso—. Cuenta conmigo.

Hace dos semanas que Nino y yo llegamos a Sicilia. Dos semanas desde el accidente de Rhim y… dos semanas desde la muerte de… mi hija. Aunque he intentado pensar en ello lo menos posible.

El padre de Nino quedó fuera de la ecuación a los pocos días de nuestra llegada. El asunto, tal y como esperaba, no se demoró demasiado. Xavier era uno de los peces gordos de la Cosa Nostra, pero nada más.

Nino entregó, de forma anónima, a un conocido que formaba parte de uno de los clanes mafiosos a baja escala de la costa siciliana toda la información de la que disponía sobre los trapos sucios de su padre y, enseguida, corrió como la pólvora.

Sicilia fue un campo de batalla entre bandas durante varios días y, cuando Xavier creía que había ganado, aparecimos nosotros.

Está muerto.

Y no fui yo quien le mató.

Levanto la mirada de los billetes para observar a Nino, que cuenta los fajos concentrado, y mi mente se traslada a unos días atrás, al momento después del disparo que acabó con la vida de Xavier.

El silencio se apoderó de todo lo que nos rodeaba. Se olía a sangre y a toda la pólvora derrochada en el tiroteo. El cuerpo de Xavier Salvatore, con un enorme agujero sangrante en el centro del pecho y la mirada perdida, nos indicaba que habíamos ganado. Que ahora, Sicilia era nuestra.

Mía.

Nino dejó caer la pistola al suelo y, por inercia, las rodillas se le doblaron y comenzó a vomitar. Después empezó a frotarse las manos con frenesí. Me agaché a su lado y le coloqué la mano en el hombro.

—Si tú no lo hacías, lo haría él contra ti —dije.

—Está… muerto.

—Así es como tenía que ser —afirmé.

—He matado… He matado a mi padre…

Le sostuve la cara con ambas manos y le obligué a mirarme. Tenía los ojos inyectados en

sangre y el pecho le subía y bajaba con rapidez.

—Has recuperado tu libertad.

La vibración de mi móvil contra la mesa hace que vuelva al presente. Desvío la mirada hacia el aparato y aprieto los dientes al ver que se trata de Damiano. Le dije que solo me llamase si era importante.

—Damiano, ¿qué pasa? —digo al descolgar. Nino me observa en silencio durante unos segundos y después continúa contando el dinero en efectivo que robamos de la caja fuerte de su padre.

—Es Rhim —dice—. Ha despertado, Massimo. Creo que deberías venir.

—Sabes de sobra que no querrá verme.

—Acaba de descubrir que vuestra hija está muerta —sentencia—. Insisto, creo que deberías venir.

—Gracias por avisar.

Finalizo la llamada y dejo el móvil sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —me pregunta Nino.

Barajo la posibilidad de no decir nada y seguir a lo mío, pero no puedo. Me quema en la garganta.

—Rhim… Rhim se ha despertado.

—Hostia, qué bien. Entonces, ¿volvemos a Roma a verla?

Aprieto los labios y resoplo con fuerza por la nariz.

—No lo sé.

—Pero…

—He dicho que no lo sé, ¿vale?

Nino asiente, pero no deja de mirarme. Le devuelvo la mirada.

—¿Qué? —espeto.

—Es normal que estés asustado. Lo que pasó… fue muy fuerte. Pero eso no cambia el hecho de que ambos la hayáis perdido. Creo que le vendrá bien tenerte allí, dándole apoyo.

—No la conoces —respondo con tono amargo.

—Lo sé, pero cualquiera en su lugar querría estar con sus seres queridos en un momento así.

Me froto el puente de la nariz y niego con la cabeza.

—Deberíamos terminar con esto —le digo—. Si quiero que los negocios empiecen a funcionar pronto en este sitio, debo ponerme con ello. ¿Tienes los contactos que te pedí?

—Los tengo, pero evitar tus problemas no van a hacer que desaparezcan, tío. —Pongo los ojos en blanco—. No hagas nada de lo que luego tengas que arrepentirte.

—Nunca me arrepiento de nada de lo que hago.

—Todos nos arrepentimos de algo —contesta él.

Puto niñato.

Me levanto del sillón y decido dejarle contando el dinero a él solo. Ahora mismo necesito salir de aquí. Últimamente siento que estar entre cuatro paredes durante mucho tiempo me asfixia. Lo cual es irónico, teniendo en cuenta que he pasado el último año encerrado.

Subo a la azotea de la mansión que he adquirido gracias a la muerte de Xavier y me apoyo en el muro con el hombro.

Lixue no pudo conseguirme nada de provecho con respecto al accidente de Rhim y la muerte de Aurora. Me dijo que no había encontrado nada sospechoso, tampoco nada que pudiera vincular a la mafia albanesa directamente con ello, aunque, desde mi punto de vista, ellos tienen todos los puntos.

Después de todo, fue uno de ellos quien le juró a Rhim que iba a ir a por ella y a por nuestra hija. Damiano me lo contó antes de marcharme a Sicilia. Me parece demasiada casualidad que justo después de esa amenaza, ocurriese la explosión.

Suspiro.

Escucho pasos a mi espalda. Sé que es Nino, así que no me molesto en darme la vuelta.

—He hablado con el guarda del puerto —dice—. El barco está listo para cuando quieras salir en dirección a Roma.

Ladeo el rostro hacia un lado y le miro de reojo hasta que se posiciona a mi lado. Observo en silencio como se agarra a la barandilla de acero y se queda mirando hacia el mar; el reflejo de la luna brilla sobre sus aguas con fuerza.

—¿Quién te ha dado permiso para dar esa orden? —le digo. No estoy alterado.

—No necesito permiso para hacer lo que creo que es lo correcto —contesta sin mirarme.

En mitad de una gran borrachera en una de las noches pasadas, le conté a Nino *la historia* entre Rhim y yo. Desde que la conocí en Seúl, en aquel club del polaco, hasta ahora. Incluidos los cinco años separados y mi partida durante el embarazo. Lo sabe todo. Por eso se toma la libertad de opinar a su antojo.

—Eres un niñato. No tienes ni puta idea de qué es lo correcto y lo que no.

Me lanza una mirada.

—¿Y tú sí? —espeta.

Me quedo callado.

—Quizá.

Nino se ríe y niega con la cabeza.

—Ya la jodiste una vez cuando más te necesitaba —dice—. No lo hagas una segunda. Dudo que pueda perdonarte algo así.

Escasas cuatro horas después de esa conversación, Nino y yo llegamos al puerto de Civitavecchia.

Ya ha amanecido cuando llegamos.

Caminamos en silencio, y con mil ojos, por la explanada del puerto y no puedo evitar fijarme en un gran buque estancado en uno de los muelles. Por un par de segundos soy capaz de visualizarme a mí mismo subido en uno parecido, siendo acorralado por la policía y la INTERPOL en la noche que perdí una de mis siete vidas.

Nos montamos en uno de los coches que mis hombres han dejado preparados y soy yo quien decide conducir. Nino se pasa el camino hasta el hospital enfrascado en la pantalla de su móvil y escribiendo con mucha agilidad. Parece triste.

Decido no inmiscuirme en sus asuntos.

La primera persona que veo al llegar a la clínica San Matteo es a Yeyu, la chica que trabaja con Rhim. Está cogiendo un café de la máquina. Parece sorprenderse al verme. Me saluda con un movimiento de cabeza.

—¿En qué habitación está? —pregunto sin andarme con demasiados rodeos. Noto hormigas en las manos.

—Está en la doscientos trece. En la planta dos.

—Gracias.

La dejo con la palabra en la boca.

Me encamino hacia los ascensores junto a Nino, que camina con los hombros cuadrados a mi lado. Intercambiamos una mirada breve y mantenemos un silencio absoluto hasta que llegamos a la planta en la que se encuentra Rhim.

Nino se sienta en una de las sillas del pasillo mientras yo me coloco delante de la puerta de la habitación. Doy dos toques con los nudillos y, acto seguido, la abro. Entro y cierro a mi espalda.

La cama está vacía, al igual que la habitación.

Frunzo el ceño y justo cuando estoy a punto de moverme, escucho el agua correr y el sonido de algo caerse. Dirijo la mirada hacia la puerta del cuarto de baño anexado a la habitación y, con la mandíbula apretada, muevo los pies hasta allí. La abro lentamente y me quedo paralizado al encontrar a Rhim, desnuda, sentada en el plato de la ducha con la espalda pegada a la pared. Está llorando abrazada a sus rodillas.

Los botes de champú están tirados por el suelo y el agua está saliéndose por todas partes.

Me quito la chaqueta y la dejo sobre la taza del váter. Trago saliva y me arrodillo junto a Rhim, que me observa entre los mechones mojados de pelo que se le han adherido a la cara.

Intento ayudarla a levantarse, pero ella niega con la cabeza. Apoya la cara en mi pecho y rompe a llorar, esta vez con más fuerza que antes. Cierro los ojos y apoyo la barbilla en su coronilla, después me dejo caer lentamente a su lado, hasta sentarme en el suelo (y empapándome por completo) y la abrazo.

—Se ha ido…, Massimo —murmura Rhim, que ha empezado a temblar—. Nuestra hija… se ha ido. Nos la han quitado…

—Lo sé, pequeña —respondo con un hilo de voz sin moverme. Ella sigue aferrada a mi pecho.

—Duele… duele mucho —musita entre sollozos—. Duele tanto que no puedo… respirar.

No soy capaz de responderle.

—Debería haber sido yo… Yo debería de haber muerto y no ella… ¿Verdad? —vuelve a hablar.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la verdad… Yo… Yo debería de haber muerto en esa explosión. Ella tendría que estar aquí. Viva. Está muerta por mi culpa, Aurora quería quedarse y yo la obligué a subir a ese coche. —Sorbe por la nariz y rompe en un nuevo llanto desconsolado—. Sé que tú también lo piensas… Igual que todos. Crees que debería de estar muerta…

La separo de mí y, aun con el agua cayendo sobre nosotros, la obligo a mirarme. Le aparto el pelo de la cara y nos sostenemos la mirada con intensidad.

—No vuelvas a decir eso. Nunca.

—A ti ni siquiera te importo —musita y le tiembla el labio. Me siento tentado a mordérselo —. No sé por qué estás aquí… Me pegaste…

Aprieto la mandíbula con fuerza.

—Eres lo único que me importa —murmuro. Noto que las orejas me arden.

Rhim pestañea y se queda mirándome por unos segundos, como si estuviera tratando de procesar lo que creo que he dicho. Al final, niega con la cabeza.

—No hace falta que me mientas para hacerme sentir mejor.

Se intenta poner de pie, pero se resbala con el agua y la poca estabilidad que tiene en uno de los tobillos hasta acabar, de nuevo, sobre mí. Su cuerpo desnudo está pegado al mío. Soy capaz de notar sus pezones erguidos contra la tela de mi camisa.

Le coloco una mano en la cadera y pego mi frente a la suya. Respiro con dificultad.

Me levanto con sumo cuidado, aún con ella cargada en brazos, y cierro la llave del agua. Después le coloco una toalla por encima y la ayudo a sentarse en la taza del váter. Ni siquiera me importa que moje mi chaqueta.

Me agacho delante de ella, que me observa sin decir nada. Yo tampoco consigo articular ninguna palabra.

—Cuando estabas en coma, estuve contigo, en la habitación de la UCI —musito. Ella no responde, solo traga saliva—. Allí te prometí una cosa.

—¿El qué? —su voz apenas es audible.

—Que no descansaría hasta encontrar al responsable de este desastre. Y así será. No voy a parar hasta que la persona que os ha hecho esto pague por ello.

Rhim, con las manos húmedas y temblorosas, busca las mías. Me da un apretón y nos observamos con fijeza. Noto las pulsaciones en la garganta y los oídos.

—Sé que cumplirás tu palabra —susurra—. Eres un hombre de honor. —Aprieta los labios y aprieta sus dedos contra los míos aún con más fuerza—. Y… sé que cuando lo hagas, cuando lo encuentres, me lo dirás. Quiero verle la cara a ese hijo de puta antes de matarle con mis propias manos. ¿Lo harás?

Asiento con los labios muy apretados.

Por cosas como esta es que a veces me vienen ciertos pensamientos remotos sobre un futuro incierto entre nosotros. Quizá en otra vida.

—Lo haré.

32
RHIM

Doy pasos lentos y cortos mientras me aferro con fuerza a la pequeña urna que contiene las cenizas de mi hija. Lo único que queda de ella.

Ocho días.

Ese es el tiempo exacto que ha pasado desde que descubrí que Aurora ya no estaba. Que me la habían arrebatado de la peor manera posible.

Tengo grabado a fuego en la mente los sucesos de aquel día. La última conversación que tuvimos.

Si tan solo hubiese actuado de otra forma. Si tan solo me hubiese permitido… confiar, si la hubiera dejado en el edificio de Yang Mi con Norma, tal vez y solo tal vez, ahora ella estaría aquí. Conmigo.

Ladeo el rostro con lentitud para encontrarme con la figura de Massimo, que camina a pocos metros de mí. Tiene la vista clavada en el frente y cubierta por unas gafas de sol de color negro. Como si supiera que le estoy mirando, imita mi gesto y, aunque no puedo verle los ojos, sé que está devolviéndome la mirada.

Aprieto los labios y ladeo el rostro. Continúo caminando.

Las cosas entre nosotros son complicadas.

Siempre lo han sido.

El día del accidente tuvimos una discusión fuerte. Demasiado.

No he olvidado lo que pasó aquel día. Tampoco que se atrevió a ponerme la mano encima.

Pero con todo lo que ha sucedido, no me veo con ganas y tampoco con fuerzas a seguir tirando de la cuerda contra él.

Desde aquel día en el baño del hospital, cuando ambos flaqueamos, me prometí a mí misma que todo lo que hiciera con él después, sería solo por Aurora. Desde arrojar sus cenizas en su parque favorito de Seúl hasta aniquilar al bastardo que ha hecho que no pueda seguir viéndola crecer nunca más. Después, cuando todo haya acabado, él y yo tomaremos caminos separados. Para siempre.

Es lo mejor para mí.

Para ambos.

Cuando estamos juntos lo único que nos hacemos es daño.

Demasiado daño.

Lo que tenemos, sea lo que sea, no es sano.

Y no quiero complicarme la vida más de lo que ya la tengo.

A él no le he comunicado mi decisión y, siendo sincera, tampoco sé si pretendo hacerlo en algún momento. No nos debemos nada. Él ya desapareció una vez sin darme una explicación, yo tampoco tendría por qué dársela.

Massimo se detiene justo cuando yo lo hago delante de un sonamu, uno de los pinos rojos que rodean el parque donde Aurora solía jugar cuando era pequeña y me agacho delante del tronco. Massimo, por su parte, permanece de pie. Completamente en silencio.

Hemos venido los dos solos.

Ni Yeyu ni Damiano nos han acompañado, tampoco Nino, ese chico que ahora parece que trabaja para Massimo.

Norma quiso venir, pero él se negó. Yo tampoco puse alguna objeción. Quería que esto fuese algo íntimo. Nuestro. Poder despedirme de ella y tratar de encontrar algo de paz sin que nadie esté merodeando alrededor. A fin de cuentas, siempre fuimos ella y yo durante mucho tiempo. A Massimo simplemente no podía negarle el derecho a darle un último adiós.

Abro la urna y cierro los ojos. Aprieto los dientes y comienzo a espolvorear las cenizas alrededor del tronco del pino. Las lágrimas no tardan en aflorar y rompo en llanto mientras los restos de mi hija se entremezclan con la tierra, la gravilla y los restos de nieve del suelo.

—Ahora jugarás siempre aquí, mi niña —susurro.

Noto la mano de Massimo posicionarse sobre mi hombro y me tenso por completo. Le miro de reojo y me quedo muda al ver que se agacha a mi lado y se saca algo del bolsillo interno de su abrigo. Es una pequeña placa de mármol grisáceo en el que aparece escrito con letras plateadas el nombre de nuestra hija en mi idioma natal, el coreano. No puedo evitar llorar de nuevo. No me esperaba esto. Mucho menos viniendo de él.

A pesar de no haber tenido la oportunidad de conocerla en profundidad, no dejaba de ser su hija. Si es cierto que detrás de esa fachada repugnante y nociva que rodea su cuerpo y su alma queda algo de humanidad, acaba de demostrármelo. Massimo no hace nada de manera desinteresada.

Paso los dedos por encima de las letras y suelto un sollozo que acompaña a un llanto desgarrado. Me tiemblan las manos.

—Nunca te voy a olvidar, cariño. Jamás. —Dejo una mano sobre la placa de mármol y la otra la llevo a mi corazón—. Te voy a llevar aquí, donde quiera que vaya. Fuiste, eres y siempre serás el motor que me impulsa a seguir adelante.

Aprieto los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas caigan sin cesar por mi rostro.

Massimo no habla, pero su mano se coloca encima de la mía, junto a la placa. Observa el suelo en silencio y asiente con la cabeza. Después se pone de pie y se da media vuelta, dejándome a solas con nuestra hija.

Varios minutos después, consigo levantarme y me acerco a él con paso lento. Mi tobillo ha mejorado considerablemente, aunque sigo sintiendo ciertas molestias cuando camino con más rapidez de lo que debería.

Nos subimos en uno de los coches de los que soy propietaria aquí, en Seúl, y le pido que conduzca hacia la que, hasta hace un año, ha sido mi hogar. La casa en la que Aurora pasó sus primeros años de vida, donde yo empecé a forjar mi imperio.

Donde aprendí a vivir sin él.

Mi casa está a las afueras del centro de la ciudad, en el barrio de Seocho-gu, una de las zonas residenciales más codiciadas y ricas de toda el área metropolitana. Cuando llegamos, mis hombres de seguridad ya están allí, controlando el perímetro. Antes de aterrizar en Seúl le pedí a Hong Cha-woo, mi socio y aliado en este mundo de negocios y muerte, que lo dispusiera todo para mi llegada. Necesito pasar unos días aquí antes de volver a Roma.

Necesito estar lejos del centro de mis problemas.

Pensar con claridad.

Llorar a mi hija en paz.

Saludo a mi equipo de seguridad con una leve inclinación de cabeza y es Park, el jefe del equipo, quien se acerca a darme las condolencias de parte de todos los integrantes del grupo. No respondo, simplemente me limito a asentir y a entrar en mi casa seguida de Massimo, que no saluda a nadie.

El salón, decorado con un estilo maximalista que sé que odia, está desértico. Ni el personal

del hogar ni otros miembros del equipo de vigilancia están por ahí, cosa que agradezco enormemente. Lo último que me apetece es seguir escuchando condolencias que me recuerden que mi hija no está conmigo porque la han asesinado.

Me deshago de los tacones y los dejo tirados a un lado del sofá, yo me desplomo escasos segundos después y me abrazo a mí misma. Massimo, por su parte, sigue de pie. Está observando todo con extrema atención.

Su mirada se detiene en un marco fotográfico que hay en una de las estanterías. Es una foto en la que aparecemos él y yo. La única que tenemos, de hecho. Nos la hicimos en Atenas, hace cinco años, en una de nuestras noches de desenfreno en las que parecía que el sol nunca iba a ponerse. Él, serio como siempre, mira fijamente a la cámara mientras me rodea la cintura con su brazo. Yo, por mi parte, estoy apoyada ligeramente en su pecho y estoy sonriendo.

Puse ahí ese marco cuando escuché que había muerto. Supongo que fue algún tipo de homenaje por mi parte. No lo sé.

—¿Cuándo te vas a Roma? —le pregunto.

Me mira.

—Cuando tú lo hagas.

Frunzo el ceño.

—Creía que habías dicho…

—He cambiado de opinión. Necesito… un poco de aire —contesta, sorprendiéndome. ¿Desde cuándo Massimo Vizzini necesita un respiro en su vida?—. Además, estar en Roma me supone tener que lidiar con Norma y con el imbécil de mi hermano. No me quiere en la ciudad.

—Nadie te quiere en Roma —corrijo.

Nos sostenemos la mirada. Él entrecierra los párpados y tuerce los labios.

—Eso no es nada nuevo, pequeña.

Se toma la libertad de acercarse a donde estoy y se sienta justo a mi lado. Su rodilla roza la mía y yo me muevo, agrandando el espacio entre nosotros.

—Por una vez en tu vida deberías de asumir que has perdido —comento con la mirada fija en algún punto del salón—. Ya no eres el que eras hace un año. Roma no te pertenece, y la Camorra tampoco.

—Ya me conoces, siempre lo quiero todo. Incluso aquello que no puedo tener.

Por alguna razón, nos miramos.

No le respondo.

Y él vuelve a hablar.

—Además…, ¿quién quiere una Camorra destruida y reducida a una quincuagésima parte de lo que fue en su día, cuando yo operaba en ella, pudiendo tener la Cosa Nostra?

Le observo con ojos interrogantes.

—¿Has conquistado territorio siciliano? —pregunto.

Él asiente con media sonrisa.

—Eso no significa que haya renunciado a Roma. Simplemente… voy a dejar que mi hermano termine de hundirse en su propia basura. Mover la ficha dentro del tablero cuando las suyas escaseen. —Se encoge de hombros—. Ya tengo gente allí, moviendo mercancías. Es cuestión de tiempo.

Asiento en silencio. Massimo, cual gato al que ya le quedan cinco vidas, ha estado moviéndose entre las sombras para aferrarse a esto. Con sus palabras he dado por hecho que no piensa dejarse coger, y mucho menos pisotear por nadie. Ha hecho lo que ha creído conveniente para sobrevivir.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿El qué? ¿Si vamos a ser enemigos? —me responde con un brillo particular en la mirada —. Todo depende de ti, cielo. ¿Vas a permanecer en Roma, del lado de mi hermano? ¿O del mío?

—Voy a permanecer en Roma, pero no voy a estar de parte de ningún bando. Yo juego mi propia partida, por si se te ha olvidado. Pienso luchar con uñas y dientes por mi parte de la ciudad contra quien sea, incluso contigo mismo si es necesario —contesto mordaz. Por su expresión, juraría que mi respuesta le ha complacido—. Y no, esa no era mi pregunta.

—¿Y cuál era?

—¿Tenías pensado todo esto cuando ‘‘saliste’’ de la cárcel?

Massimo ladea la cabeza.

—Solo tenía dos cosas en mente cuando *salí*. No volver a entrar y… tú. Lo demás ha ido surgiendo por el camino. Oportunidades que no podía desaprovechar, ya sabes.

Un calambre me atraviesa el estómago. Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—¿Por qué me lo preguntas?

Aun con los ojos cerrados, me encojo de hombros.

—Todo me parece demasiado calculado y premeditado como para haber sucedido por mera casualidad, solo eso. —Me pongo de pie y cuando el tobillo me falla, sus manos me sujetan por la cintura con fuerza. Me arde la piel allá por donde sus dedos pasan. Incluso habiendo ropa por medio.

Me zafo de su agarre con fuerza.

—No necesito tu ayuda —espeto—. Estoy cansada. Voy a descansar. Tú… haz lo que quieras.

Mi dormitorio se encuentra en el piso de arriba. Subo lentamente por las escaleras, intentando no forzar demasiado el tobillo, y cuando llego al rellano superior, se me encoge el pecho al pasar por delante de la puerta de la que fue la habitación de Aurora.

Trago saliva y abro la puerta con lentitud. Todo está a oscuras. Palpo la pared con la mano hasta pulsar el interruptor y cuando la luz inunda la sala, noto como si un alambre de espino estuviese cortándome la respiración.

No soy capaz de entrar.

Doy un paso atrás y mi espalda choca contra algo duro.

El pecho de Massimo.

Puedo oler su perfume a kilómetros.

Me giro de súbito, con las lágrimas a punto de desbordarme los ojos, y cuando trato de decir algo, lo único que sale de mi boca es un sollozo.

Me quedo estática cuando Massimo me rodea con sus brazos. El gesto hace que llore aún más fuerte contra su pecho.

No voy a superar esto jamás.

Sin verlo venir, Massimo se agacha para cogerme por las piernas y cargarme en brazos. Me lleva hasta mi habitación sin yo decirle nada y me deja sobre la cama.

—Necesitas descansar —murmura.

Se acerca a la puerta para marcharse y dejarme sola, y aunque mi fuero interno está gritándome e insultándome, hago lo que sé que no debería, pero que no puedo evitar. Mi parte más visceral, esa que se encuentra infestada hasta los topes por su veneno, me pide que lo haga.

—No te vayas.

Massimo se voltea hacia mí y frunce el ceño.

—Quédate —hablo de nuevo. Me tiembla la voz—. Por favor.

Él asiente y cierra la puerta a su espalda. Camina despacio por mi habitación y se tumba en el otro lado de la cama. Se queda mirando al techo durante unos segundos hasta que finalmente gira el rostro y enfoca sus ojos cristalinos, y fríos como témpanos de hielo, en los míos.

Trago saliva cuando se mueve un poco y sus dedos se pasean por mi mejilla, apartándome las lágrimas.

—Siento tanto… tanto dolor —murmuro—. Es inexplicable cuanto duele… El vacío…

Él no me responde. Solo me mira.

No sé en qué momento el uno se ha acercado más al otro, pero estamos cerca. Muy cerca. Tanto que si inclino un poco la cabeza… mi frente y la suya se quedan pegadas.

Noto su respiración cálida chocar contra mis labios.

—¿Crees que algún día desaparecerá? —murmuro—. El dolor. ¿Crees que se irá?

—No —contesta tajante. Noto un hormigueo incipiente en la boca del estómago. Nuestra cercanía es letal—. El dolor nunca se irá. Te acompañará cada día. Cada hora. Cada minuto. Cada segundo de tu existencia. Lo llevarás encima, en un segundo plano, como una mochila invisible que pesa más que ninguna otra. Solo… aprenderás a vivir con ello.

—¿Cómo puedo aprender a vivir sin mi hija?

Massimo no responde. No sabe cómo contestarme, puedo verlo en su mirada.

—¿Por qué me has pedido que me quede? —quiere saber. Ha desviado el tema de la conversación y en parte creo que ha sido lo mejor.

—No quiero estar sola.

Su mano viaja hasta mi cintura. Se queda ahí, muy quieta, irradiando calor y provocándome temblores en cada rincón del organismo.

—Y, de entre todas las compañías que podrías tener, ¿por qué yo?

—Estás aquí.

—Estoy aquí.

Su aroma se cuela en mis fosas nasales y cierro los ojos. Su frente y la mía se juntan, también la punta de nuestras narices.

Mi boca busca la suya como si fuéramos dos imanes que no pueden evitar atraerse hasta que quedar completamente unidos. Puedo notar su respiración agitada cuando sucede. Supongo que él también nota la mía.

Nos besamos con lentitud.

Muy despacio.

Como nunca antes nos habíamos besado.

Nos besamos como si no hubiera prisa.

Como si fuera la primera vez que lo hacemos.

Descubriéndonos poco a poco.

¿Con timidez?

Sin ese frenesí ardiente que nos consume y hace que todo suceda de forma explosiva.

Noto sus dedos aferrarse a mi cadera con fuerza a la vez que me atrae más hacia él.

Comenzamos a desnudarnos lentamente.

Él me permite pasar las manos por sus cicatrices y yo dejo que él toque mi cuerpo a pesar de que me he jurado más de mil veces a mí misma que esto jamás volvería a suceder.

Me coloco a horcajadas encima de él y cuando se hunde en mi interior, echo el cuello hacia atrás. Sus manos, fuertes, me sujetan por la espalda y la cadera, haciendo que mis movimientos, aunque lentos, sean más marcados.

Massimo no deja de buscar mi boca mientras estamos teniendo sexo. Me mira a los ojos en cada beso que me da, también en cada caricia.

¿Cómo de irónico resulta decir que, por primera vez en muchísimos años, siento que no solo estoy follando con él?

Esta vez es diferente.

Se siente… distinto.

Cada vez que mis caderas suben y bajan, Massimo jadea contra mi boca, haciendo que la excitación que no deja de crecer entre nosotros, aumente.

El orgasmo me sobrecoge de un momento a otro y, al sentir mi humedad y calor interno acompañado de mis espasmos, Massimo es el siguiente en alcanzar el clímax. Se aferra a mí con fuerza mientras se corre y, una vez ha terminado, me besa.

Escasos segundos después, aún desnudos, sudados y con las pulsaciones disparadas, yo rompo a llorar entre sus brazos. Él no me suelta.

33
MASSIMO

Lo primero que veo al abrir los ojos son los suyos. Negros como la noche y bien abiertos, mirándome.

—¿Pasa algo? —pregunto con voz ronca.

—La última vez que dormimos juntos, cuando me desperté ya te habías marchado —dice, haciendo alusión a mi última noche en Atenas, cuando la abandoné—. Me sorprende que sigas aquí.

—Todavía puedo marcharme, si eso es lo que quieres —respondo.

Nos sostenemos la mirada.

—Lo que quiero… —Suspira y rompe el contacto visual conmigo. Gira en el colchón para quedarse mirando al techo y tamborilea con sus dedos sobre su abdomen desnudo—. Quiero que te vayas —dice. Me mira de reojo—. E irónicamente, también quiero que te quedes.

Se levanta de la cama, completamente desnuda, y la sigo con la mirada sin evitar repasarla de arriba abajo. Noto como la polla se me endurece bajo las sábanas.

Rhim se acerca a la ventana para correr la cortina y desvelar que en Seúl hoy está nevando. Se queda delante del cristal, observando los copos de nieve caer, y yo, por alguna razón, me levanto, también desnudo, y me coloco detrás de ella. Puedo ver el reflejo de nuestros rostros en la ventana, fundiéndose con las vistas de la ciudad.

—No eres el único adicto a querer cosas que no puede tener, ¿sabes? —la escucho murmurar— ¿Cómo de estúpido es anhelar algo que nunca has tenido?

Noto un pinchazo en el esternón. O en el corazón. Yo qué sé.

Aparto el pelo de su espalda, echándoselo a un lado, y puedo ver como se le pone la piel de gallina. Doy un paso adelante, haciendo que nuestros cuerpos se peguen, y acerco mis labios a su oído.

—Me hago la misma pregunta —susurro, rozando su piel con cada palabra—. Supongo que lo prohibido, aquello que sabemos que está fuera de nuestro alcance, siempre resulta más tentador que cualquier otra cosa. Así somos. Siempre queriendo más. Queriéndolo todo.

—¿De qué vale quererlo todo si luego no vas a cuidarlo?

Se gira para enfrentarme. Pega la espalda a la ventana y eleva la barbilla para lanzarme una mirada desafiante e intensa que hace que toda la sangre de mi cuerpo comience a fluir más rápido de lo normal.

—Aquí, en esta ciudad, empezó todo —dice—. Creo que es justo que cerremos el círculo aquí también.

Frunzo el ceño.

—¿Cerrar el círculo?

—Tú y yo —aclara—. Míranos. ¿Cuántas veces nos hemos visto en *esta* situación? No sabemos cuidarnos. Ni… querernos. Solo nos hacemos daño. Y, ahora mismo, más daño es lo último que necesito. —Asiente—. Lo que pasó anoche ya no podemos borrarlo, nos dejamos llevar. Pero… No quiero seguir con esto… sea lo que sea. —Aprieta los labios—. Vamos a trabajar juntos para encontrar al responsable de la muerte de nuestra hija y después… cada uno seguirá su camino. Por separado.

Aprieto la mandíbula. Asiento lentamente a cada una de sus palabras.

—Si es lo que quieres. —Sacudo los hombros.

Me doy media vuelta y comienzo a vestirme. Ella no se mueve del sitio, aunque sé que está mirándome. Noto sus ojos taladrándome la espalda.

—Es lo que quiero. —La oigo decir con voz trémula.

—Bien.

Termino de vestirme y me voy de la habitación sin decir nada más. Creo que no hace falta.

Bajo por las escaleras hasta llegar al salón y me tomo la libertad de servirme una copa de ese coñac que Rhim acostumbra a beber. Me la bebo de golpe y vuelvo a servirme otra. Aprieto los ojos con fuerza y niego con la cabeza. Cuando los abro, mi vista se clava en esa puta foto de los dos que tiene puesta en el salón. La sujeto con una mano mientras que con la otra me bebo la segunda copa de un trago. La dejo en su sitio de mala gana y, sin muchos más preámbulos, me voy de su casa.

No quiero verla.

No quiero hablar con ella.

En algo tenía razón mi padre, y es que al final todos acaban yéndose.

Mi madre se fue.

Las personas en las que confiaba me fallaron.

Ella también se ha ido, aun estando.

Apunto con mi pistola a uno de sus empleados de seguridad y no le queda más remedio que darme las llaves de un coche.

Hace años que no he estado aquí, así que no sé muy bien a dónde voy.

Conduzco durante más de media hora por la ciudad hasta que, por alguna razón, acabo delante del edificio en el que verdaderamente empezó todo. La última vez que estuve aquí solo quedaban los cimientos después de una explosión que casi me cuesta la vida. Ahora es un local de copas del mismo índole que antes. Probablemente Rhim sea la dueña.

Entro, y a pesar de ser las doce del mediodía, hay gente bebiendo y chicas paseándose en lencería con bandejas de copas en la mano. Una de ellas se acerca a mí al verme y sonríe de manera forzada, como todas.

Saben de sobra lo que tienen que hacer. Así es como funciona esto.

No es asiática. Por el color de su piel, bronceado, diría que es de algún país de Latinoamérica.

—Hola, cariño —dice en español—. ¿Quieres tomar algo? —Me agarra la mano y tira de mi hacia una de las mesas.

La chica, de pechos voluminosos y culo redondo, me acaricia la espalda cuando tomo asiento y se acerca de forma insinuante, restregándome los pechos cubiertos con poca tela, por el brazo. La miro con descaro. La polla me palpita.

—Ponme un whisky —le pido en español.

—Como mande, rey.

Se marcha contoneando las caderas y yo me humedezco los labios con la lengua. Dejo el móvil sobre la mesa y tras comprobar que nadie me ha llamado y tampoco me ha escrito, lo guardo de nuevo.

La camarera regresa con mi bebida y con la botella para que pueda ir rellenándola. Tal y como esperaba, se sienta en la silla de al lado. Coloca la mano en mi muslo y comienza a acariciarme hasta subir a mi entrepierna. Está muy bien enseñada.

Doy un trago a mi copa.

—Veo que no te andas con rodeos —le digo.

—No, pues, amor, ¿para qué? —Se encoge de hombros y sonríe coqueta. Es joven—. Me gusta que anden contentos por acá. Y usted tiene mala cara, yo puedo ayudarle… —Acaricia mi polla por encima del pantalón y me mira cuando nota la erección.

—¿Cuáles son tus servicios? —quiero saber.

—Tradicional, francés, griego… Lo que quiera, rey. Soy toda suya desde que entró por la puerta.

Tuerzo la sonrisa. Estoy tan acostumbrado a este tipo de ambientes y a instruir a mujeres sobre las respuestas que tienen que dar que ni siquiera me inmuto cuando me dice eso.

Cojo la botella de whisky y me pongo de pie, le hago un gesto a la puta para que me lleve a donde sea que llevan a cabo sus servicios aquí. Ella me guía hasta un pasillo estrecho en el que hay varias habitaciones y me hace entrar en una cuyo nombre es ‘‘ROMA’’. Al parecer, cada una tiene un nombre de ciudad distinto.

Pego un trago directamente a la botella y me quedo mirándola.

—Desnúdate y ponte a cuatro patas sobre la cama.

Me obedece sin rechistar.

Vuelvo a pegar un trago a la botella de whisky, esta vez más largo, y la dejo sobre el mueble que hay junto a la cama. Después, me bajo los pantalones y dejo mi polla al aire. Sus entradas, tanto la trasera como la delantera, están esperándome.

Me pongo uno de los condones que hay en un pequeño cesto y la embisto por el culo de una sola estocada.

Cierro los ojos mientras ella grita de dolor en cada estocada ruda y fuerte que le meto. La cara de Rhim está presente en mi mente en cada uno de mis movimientos. Por eso vuelvo a agarrar la botella, sin dejar de follarme a la puta, y bebo sin tregua. Derramo incluso algo de licor por mi barbilla y mancho mi camisa.

Agarro por el pelo con fuerza a la chica y tiro hacia atrás. Ella chilla sin cesar. Le coloco la mano en la boca, haciendo que sus gritos sean silenciados, y continuo embistiéndola con rabia. Intentando sacar, de alguna forma, lo que llevo dentro.

En el momento en que la conversación con Rhim vuelve a reproducirse en mi mente sin mi permiso, salgo del interior de la puta y me arranco el condón. La obligo a quedar de rodillas delante de mí y le meto la polla en la boca, provocándole arcadas.

La sujeto por la cabeza con más fuerza de la necesaria, obligándola a seguir mamándomela. Su cara está roja.

No me concentro.

No puedo dejar de pensar en Rhim.

Niego con la cabeza y empujo a la puta hacia un lado. Ella me mira confusa, pues no he terminado, y no la culpo. Ni yo sé qué me pasa.

O sí.

Me quedo de espaldas y apoyo la frente en la pared. Después, sin mover un solo pelo, hurgo en mi bolsillo para sacar un fajo de billetes enrollados. Se lo tiro sin mirar y ella, tras vestirse, se marcha deprisa sin decir nada.

Comienzo a pegarme cabezazos contra la pared. Primero suaves, después más fuertes. Me detengo cuando noto una línea caliente recorriéndome el rostro. Sangre.

Me palpo la herida con la mano y cuando los dedos se me tiñen de rojo, mi mente retrocede varios meses atrás. Cuando estaba en una de las sesiones con el psiquiatra del penal.

Tenía las manos llenas de vendajes. Por cuarta vez en lo que iba de mes, me había destrozado los nudillos golpeando el tabique de hormigón de mi celda de aislamiento.

—Ya hemos hablado de esto antes, Massimo —dijo el doctor—. Entiendo que, para ti, manejar tus emociones o controlarlas resulta complicado, pero golpear las paredes no es la solución. Destrozarte las manos cada semana no va a cambiar tu situación. —El psiquiatra suspiró—. Quiero ayudarte, Massimo, pero necesito que me hables. ¿Qué te llevó a ese punto esta vez?

Me quedé callado, observando los grilletes que rodeaban mis muñecas.

—Sé que es difícil para ti confiar en alguien, especialmente aquí dentro. Pero estoy aquí para escucharte. —Genaro, el psiquiatra, volvió a la carga—. No puedo ayudarte si no me permites entender lo que estás sintiendo.

—¿Quién ha dicho que necesite tu ayuda?

Genaro y yo nos sostuvimos la mirada.

—Ya hemos pasado por esta fase —recordó—. Este es tu espacio seguro. Digas lo que digas, no saldrá de aquí.

—Había pensado en mi padre —dije entonces con un murmullo.

Genaro asintió y escribió algo en su cuaderno. Después se acercó a mí, pero guardando cierta distancia.

—Y eso te hizo enfurecer.

—Sí.

—¿Siempre ha sido así?

—¿El qué?

—Tus explosiones de rabia. ¿Te autoinfliges cada vez que tu ira se desborda?

Me quedé pensando en su pregunta durante varios segundos.

—Depende de la situación.

—¿Has consumido estupefacientes en alguno de esos momentos?

—Sí.

Genaro asintió. Volvió a tomar nota.

—¿Qué hay de las relaciones sexuales de riesgo? Recuerdo que en una de nuestras sesiones hablamos sobre tu promiscuidad y tu rol dominante en tus relaciones.

—El sexo suele hacerme apagar el cerebro durante un rato. Olvidarme de mis problemas. Como un parche de nicotina para un fumador.

—¿Y las autolesiones? —Señaló mis manos con la cabeza.

—No duelen.

—¿No te duelen? —preguntó confuso.

Hice una mueca.

—Hace tiempo que dejaron de doler —mascullé—. He recibido tantas hostias, golpes y disparos a lo largo de mi vida que romperme los nudillos contra una pared lo único que me hace son cosquillas.

—Tenemos que trabajar en esa vía de escape. El daño autoinfligido y otras conductas extremas no son la solución. Encontraremos la forma de hacerte conectar con tus emociones. De que las entiendas y descubras que, aunque creas que es lo peor del mundo, sentir algo, por mínimo que sea, no está tan mal. Es lo que nos hace humanos, después de todo.

Me paso las manos por la cara y niego con la cabeza. Me doy la vuelta, apoyando la espalda en la pared, y me deslizo hasta sentarme en el suelo. Alzo mis manos hasta dejarlas delante de mis ojos y observo las infinitas y pequeñas cicatrices que cubren cada resquicio de piel.

34
RHIM

Mi regreso a Roma se produce dos días después de mi viaje a Seúl. Los mismos dos días en los que, tras mi última conversación con Massimo, no he vuelto a saber nada de él. Ni siquiera viajamos juntos.

No voy a negar que una parte de mí se preocupó al ver que no aparecía, pero entiendo su postura. Está acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo. A utilizar a las personas y a manejar los hilos de todo cómo y cuándo quiere. He debido de golpear fuerte en su ego y ahora no quiere saber nada de mí.

No voy a enfadarme con él, pero tampoco voy a darle más importancia de la que le estoy dando.

Como le dije, mi relación con él ahora mismo se ciñe a que tenemos un mismo objetivo común. Nada más. Cuando nuestra misión conjunta acabe, nosotros, si es que existe un nosotros, también lo hará.

Damiano está en la puerta de mi edificio, fumándose un cigarrillo, cuando llego. Dejando las formalidades atrás, le doy un abrazo que necesitaba demasiado. Si hay alguien aquí que entiende lo que estoy sufriendo, es él. Damiano también sabe lo que es perder a un hijo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —me pregunta—. ¿Te despediste de Aurora? —Asiento con la cabeza ante esta pregunta. Mira detrás de mí, al coche, buscando a su hermano. Frunce el ceño— ¿Y Massimo?

—Esperaba que lo supieras tú.

—Pensaba que volvíais juntos. ¿Habéis vuelto a discutir?

Entramos en mi casa y cuando me quito la chaqueta, le miro. Damiano está expectante.

—Le dejé. Bueno, técnicamente no había nada que dejar, pero rompí lo que quiera que había entre nosotros. —Me acerco a la mesa en la que tengo la botella de coñac y me sirvo una copa—. Después se largó. No he vuelto a verle ni saber de él desde entonces.

—¿Estás bien?

Me bebo la copa de golpe.

—Han matado a mi hija y tengo cosas más importantes que hacer, como encontrar a su asesino, antes que jugar al escondite con Massimo. —Sueno más seria de lo que querría.

—¿Después de más de cinco años de amistad, tengo que decirte que no tienes por qué fingir conmigo? Joder, —Se frota el puente de la nariz y bufa—, los dos sois iguales.

—No estoy fingiendo. —Le miro mal—. Y no me parezco a él ni en el blanco de los ojos, así que cuidado con lo que dices.

—Lo que tú digas.

—¿Y Yeyu? —le pregunto. Había dado por hecho que mi amiga y mano derecha vendría con Damiano.

Él se encoge de hombros. Ha sacado su móvil y mueve los dedos veloces por la pantalla. Probablemente tratando contactar con Massimo.

—No me ha respondido a los mensajes.

Hago una mueca, aunque tampoco le doy demasiada importancia. Lo más probable es que Yeyu esté por ahí, con el grupo de sicariato. Suele pasar las horas que no trabaja metida en el gimnasio, dándole duro al saco de boxeo o a la mandíbula de algún atrevido que se anime a pisar

el mismo ring que ella.

La llamaré más tarde.

—Hablemos de trabajo, entonces —le digo a Damiano—. Necesito enfocar la mente en algo. Distraerme. O te juro que acabaré perdiendo la poca cordura que me queda. ¿El Moulin Rouge ha empezado a funcionar a pesar de que yo he estado fuera de juego?

—Sí, las chicas ya están trabajando. Yo mismo las he estado supervisando.

—Bien. Tendré que ir a conocerlas. —Asiento—. ¿Las ganancias qué tal?

—Por ahora, bien. También hice ese ingreso que me pediste en la cuenta de Zouk Takahasi. ¿Estás segura de que puedes confiar en él? Es leal a Niccolo.

—Yang Mi se ha encargado de convencerle. Va a hacer la vista gorda con mis asuntos.

—¿A cambio de nada? Me huele mal.

—A cambio de que no le pegue un tiro en la cabeza a cada uno de ellos. A mí me parece justo, ¿no?

Damiano se queda mirándome con las cejas alzadas y pestañea. Después esboza media sonrisa y niega lentamente. No sé si quiero escuchar lo que está pensando, por eso no le pregunto.

—¿Has sabido algo de Kosta Nikolli? —El puto mafioso albanés que tuvo los cojones de amenazarme a mí y a mi hija. Estoy convencida de que él tiene algo que ver con lo que pasó.

—Nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Mis hombres no han dejado de buscarle por la ciudad.

—Esa rata asquerosa debe estar escondido. Si es cierto que él provocó el accidente, sabe que está acabado.

—Aún no está confirmado que él o los suyos tengan algo que ver con lo de Aurora —advierte.

—Lo sé, pero yo apuesto todo al rojo a que fue él. ¿Quién más, si no?

Me siento en uno de los sillones y me paso las manos por el pelo con frustración. Es él. Debe ser él. Massimo también lo cree, o eso me dijo cuando íbamos de camino a Seúl.

Pensar en él, aunque sea por un segundo, me hace rememorar el tremendo error que cometí acostándome con él. El mero hecho de recordarlo hace que se me ponga la piel de gallina. Fue un error. Pero lo tengo clavado en el cerebro como si fuese una estaca. Dios. Tengo la forma de sus manos, tocándome, grabadas a fuego en la piel.

Pensar en ello, por mucha rabia que me dé, hace que las pulsaciones se me disparen y el estómago se me encoja.

Saco mi móvil y entro en la conversación de WhatsApp, vacía, con Massimo. Lleva sin entrar en la aplicación desde ayer.

Niego con la cabeza y dejo el móvil sobre la mesa. Damiano me observa.

—¿Pasa algo?

—Nada. Estoy cansada. Demasiadas horas de vuelo. —Estiro la espalda y me acurruco en el sillón—. Voy a echarme una siesta. ¿Quedamos más tarde en el Moulin? Quiero ponerme al día con todo cuanto antes.

—Sí, claro. Nos vemos después. Descansa. Y… Rhim.

—¿Mmm?

—Llámame si me necesitas.

—Siempre.

Intercambiamos un asentimiento de cabeza y cuando se marcha, suelto un suspiro.

Me levanto del sillón y voy directamente al cuarto de baño. Me despojo de la ropa y me

meto bajo el chorro de agua caliente, quedándome ahí durante varios minutos, sin moverme, y con los ojos cerrados.

Ojalá el agua ardiendo fuese suficiente como para borrar el tacto de su piel contra la mía.

Limpiase ese veneno que me corre por las venas y que me une a él.

EL INFILTRADO… ¿O INFILTRADA?

Michel Durand guarda el teléfono móvil en el momento en que escucha el sonido del motor de una furgoneta estacionando a las afueras de la nave industrial abandonada en la que se encuentra.

Sale con precaución y se le aceleran las pulsaciones al ver a su compinche en esta hazaña bajándose de la furgoneta. Cuando la persona que ha estado ayudándole este tiempo, y que también ayudó a Ludovica aportándole información valiosa para el caso, llega hasta él y se quita la gorra y las gafas de sol, Michel descubre que se trata de una chica bastante joven.

Es la primera vez que se ven en persona.

La chica, de rasgos asiáticos y con una apariencia que pasa poco inadvertida, especialmente por el tatuaje de la serpiente que le rodea la mitad del cráneo, le observa nerviosa. Lleva un moratón en el ojo derecho y un corte con sangre fresca en la mejilla.

—¿Lo has traído?

—Sí.

—Bien. Enséñamelo.

Michel y Yeyu caminan hasta la parte trasera de la furgoneta y, tras observar los alrededores, es ella quien abre la puerta. Hay un cuerpo dentro del maletero. Es un hombre y lleva una bolsa en la cabeza.

—¿Está vivo? —le pregunta Michel cauteloso.

—Tal y como me pediste. Aunque no ha sido fácil. —Se lleva la mano a la mejilla—. Ese hijo de puta sabe cómo defenderse. Lleva una buena dosis de somníferos corriéndole por las venas, tardará algunas horas en despertarse.

La supuesta incondicional mano derecha de Rhim ha pasado los últimos días siguiendo a Massimo. Con ayuda de Michel le pinchó el teléfono móvil y en cuanto supo que regresaba de Seúl antes que Rhim, fue a por él. Le persiguió y atacó. Pelearon cuerpo a cuerpo y justo cuando él estaba a punto de quitarle el pasamontañas que llevaba, consiguió inyectarle el sedante en el cuello, dejándolo inconsciente en cuestión de segundos. Si tan solo hubiese tardado un poco más, Yeyu tiene sus dudas sobre si ella habría salido invicta de la pelea. Él estaba a punto de clavarle una navaja en el costado.

—Bien. Gracias. Esta noche te haré la transferencia con lo que acordamos, ¿vale?

—Vale.

Yeyu ayuda a Michel a sacar a un Massimo inconsciente de la furgoneta y arrastran el cuerpo por el suelo hasta meterlo dentro de la nave en la que se encontraba Michel. Allí, entre los dos, le amarran a una de las vigas de acero y, tras quitarle la bolsa de tela que le cubría la cabeza, le amordazan.

Michel siente como la ira le bulle al verle. Lleva semanas anhelando este momento. Por fin lo ha conseguido.

Tiene a Massimo.

Y va a hacerle pagar.

Yeyu, aunque ya ha cumplido con su parte del trato, decide quedarse un poco más. Han sido unas semanas demasiado intensas y necesita un descanso. Además, está muy agitada como para encontrarse con Damiano o Rhim, que están avasallándole el móvil a mensajes y llamadas que no ha respondido.

Yeyu De la Cruz fue reclutada por la INTERPOL unos meses antes de que Rhim decidiese

viajar a Roma.

Se dejó comprar. Tampoco es que tuvieran que insistirle demasiado.

Ludovica le aseguró que ella quedaría exenta de cualquier condena si colaboraba con la policía, también recibió una buena cantidad de dinero por parte de la INTERPOL. Aportó numerosos datos de interés sobre Rhim y sus negocios, las personas con las que se rodeaba y cuáles eran sus movimientos.

Fue ella misma la que dio el chivatazo aquel día en el puerto de Civitavecchia.

Ha sido ella todo el tiempo.

Y Rhim jamás lo ha sospechado.

Probablemente nunca lo sabrá.

Yeyu se saca el paquete de cigarros del interior del sujetador deportivo y se apoya en el capó de la furgoneta para fumárselo mientras mira al cielo.

Piensa en Rhim.

No siente pena, tampoco remordimientos.

Después de todo, ella llegó a su vida para jodérsela. Si las cosas hubieran sido distintas, si Yeyu se hubiera rendido, ahora sería una más de esas mujeres a las que prostituye. Un número más.

La amistad que forjaron después no ha borrado eso.

Amistad que lleva meses siendo una farsa.

Fue Rhim quien le enseñó que para sobrevivir hay que ser inteligente. Y que la pura verdad es que dentro de este mundo, la confianza es algo que nadie puede permitirse.

Nunca sabes cuando van a traicionarte.

Ni quien.

Nota su móvil vibrando en el bolsillo de la chaqueta y lo saca. Aprieta los dientes al ver que se trata de Rhim.

La Reina a cuyo reinado, si todo marcha bien, le quedan días contados.

Toma aire y lo suelta. Después, descuelga la llamada.

—Hey, jefa. ¿Qué pasa?

—Ya estoy en Roma —informa—. ¿Dónde estás tú? Pensaba que vendrías con Damiano.

—He estado liada instruyendo a las nuevas integrantes. Hemos tenido algunas bajas estos días que has estado fuera —responde sin inmutarse. No ha mentido del todo, porque es lo que estuvo haciendo ayer—. ¿Nos vemos luego?

—Sí, claro. He quedado en verme en el Moulin con Damiano más tarde, quiero empezar a trabajar pronto.

—Vale. Allí nos vemos. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te fue por Seúl?

—Estoy, supongo. Fue… duro.

Yeyu aprieta los labios.

—Imagino. Estoy contigo, ya lo sabes. Siempre.

—Lo sé. —Se aclara la garganta—. Nos vemos luego. Pórtate bien.

—Lo mismo te digo, jefa.

Intercambian una risa y la llamada finaliza.

Yeyu se queda mirando la pantalla de su móvil y suspira.

Acaba de fumarse el cigarrillo y regresa al interior de la nave, donde Michel, histérico, está planeando qué es lo que hará con Massimo.

Hay momentos en la vida en los que una sola decisión cambia irremediablemente el camino que estaba predestinado para nosotros. Michel cruzó la línea entre el bien y el mal en el momento

en que se dejó llevar por sus ansias de venganza contra Massimo. Cuando le quitó la vida a una niña de cinco años. Lleva días mirándose al espejo sin reconocerse.

Su necesidad imperiosa de hacer pagar a Massimo por todo lo que le ha hecho, y por todo lo que le ha quitado, ha hecho que se sienta otra persona distinta.

Hace un par de noches, por teléfono, Yeyu le dijo que a veces uno necesita convertirse en un monstruo para destruir a otro monstruo. No está seguro de que sea cierto, pero cada segundo que pasa mirando a Massimo, que sigue inconsciente, esa afirmación se repite en bucle en su mente.

35
RHIM

Dejo el casco de la moto enganchado en el manillar y observo la fachada del Moulin Rouge, mi club de alterne, brillar con intensidad en la oscuridad de la noche. El rojo sangre de los neones combinado con el dorado, que parpadea, me ilumina el rostro en cada paso que doy hasta llegar a la puerta.

Los porteros me saludan con una inclinación de cabeza y yo, sin mirarles a la cara, entro en mi templo.

Hay mucha gente.

Me muevo a paso ligero entre la multitud y prestando atención a las baldosas del suelo. Baldosas blancas y negras que me recuerdan a un tablero de ajedrez. Las elegí adrede. Son un guiño a mi apodo, La Reina.

Al llegar a las escaleras de cristal, también iluminadas con luces de neón rojas, hago un barrido de la zona desde las alturas, y sigo subiendo hasta llegar al palco privado, donde solo yo y gente que yo he elegido pueden estar.

Damiano, puntual como es siempre, ya está allí. Está apoyado en la barra, tiene una copa vacía al lado y observa su móvil con el ceño fruncido. Gira la cabeza al verme y me saluda levantando la mano.

—¿Has descansado? —me pregunta.

—Sí —miento. No he descansado una mierda. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, como una jodida peonza. Pensaba en Aurora, repetía los últimos días de forma compulsiva en mi mente y también pensaba en Massimo. Lo racional contra lo visceral. Cabeza contra corazón.

Damiano finge que me cree y pide una copa para mí a una de las camareras. No puedo evitar otear de reojo la pantalla del móvil de mi mejor amigo. Veo varios mensajes enviados por él y ninguna respuesta por parte de… Massimo.

—¿Sigues sin saber nada de él? —me atrevo a preguntarle.

Damiano mira su móvil y luego me mira a mí. Bloquea la pantalla y se mete el aparato en el bolsillo.

—No. Estoy preocupado.

—Ya sabes cómo es. Desaparece y luego vuelve a aparecer, es su estilo.

Suspira y se aclara la garganta.

—Nino tampoco ha podido contactar con él.

Noto una punzada en la boca del estómago.

—¿Crees que ha podido pasarle algo?

—No lo sé, pero me parece demasiado raro que no haya dado señales de vida en todo este tiempo. Tú fuiste la última persona que le vio, ¿no te dijo nada?

—Ni siquiera me miró a la cara antes de irse, Damiano —respondo con algo de brusquedad —. Echamos un polvo y exploté la burbuja que nos rodeaba, créeme que hablar conmigo es lo último que le apetecía. Le conozco lo suficiente como para saberlo. Herí su ego.

—Joder.

Saco mi móvil y busco su número. Hago una pausa que apenas dura unos segundos antes de llamarle.

Escucho la línea comunicar hasta que salta el buzón de voz de su compañía telefónica.

En ese momento, Yeyu llega hasta nosotros. Me da un abrazo, palmeándome la espalda, y frunce el ceño al ver nuestros rostros serios.

—¿Qué pasa, jefa? ¿Hay algún problema?

—Massimo no regresó de Seúl conmigo —le explico.

Ella enarca las cejas. Me fijo en el moratón de su ojo y el corte de su mejilla. Probablemente se haya dado de hostias con alguien en el gimnasio.

—Ah. ¿Y qué pasa? Pensaba que lo querías fuera de tu vida.

Doy un trago a mi copa.

—No conseguimos dar con él —dice entonces Damiano, uniéndose a la conversación—. Igual me estoy equivocando, pero… creo que ha podido pasarle algo.

—¿Y es nuestro problema…? —el tono sombrío y despreocupado que emplea Yeyu me llama la atención. Suele ser así casi siempre, pero hoy la noto rara. ¿Forzada?

—No deja de ser mi hermano —espeta Damiano.

—A ver, odio ser yo la que corta el rollo siempre, pero… ese tío es un grano en el culo. Y de los gordos, además. Siempre va a su bola, ¿no? Probablemente eso esté haciendo ahora. Por ahí, en alguna ciudad, emborrachándose y follando con alguna tía que le siga un poco el juego. —Se encoge de hombros.

Las palabras de Yeyu no me molestan, porque le ha descrito bastante bien. No le conoce lo suficiente, pero yo le he hablado tantas veces sobre él que le tiene muy calado, sin embargo, una parte de mí, al escucharla, ha sentido un leve espasmo. No sé explicarlo.

—Ojalá tengas razón —murmuro—. Joder, es que no sé ni para qué me preocupo.

Damiano no dice nada, solo se queda observándonos en silencio.

Después de un rato compartiendo bebida con ellos, y evitando hablar del tema de Massimo, decido darme una vuelta por el club, estos días, con todo lo que ha pasado, no he podido ver el resto de las estancias. Además, quiero conocer a las chicas que trabajan aquí.

El espectáculo de las bailarinas no empieza hasta la medianoche, así que, dada la hora que es, intuyo que el resto de chicas que no se encuentran *cortejando* a mis clientes, están en los camerinos.

La organización que tengo en mis clubs es parecida a la que Piotr empleaba conmigo. Ninguna de esas chicas es esclava de este lugar. Pueden entrar y salir, ir a dormir a los pisos que predispongo para ellas y en el que tienen todas las comodidades, pero… todas y cada una de ellas lleva implantada una baliza de seguimiento en una pieza dental. Dicho artilugio, prácticamente invisible al ojo humano, emite señales sobre la ubicación a tiempo real y cada movimiento que hacen. Por eso, si alguna de ellas se atreviese a ir a una comisaría, o a algún otro lugar que se salga de lo establecido, mi equipo la buscará, la encontrará y… decidirá su destino.

Cuando llego al camerino me encuentro con seis chicas, vestidas en chándal, cada una en una esquina de la habitación. Todas me miran confusas y en completo silencio.

—Buenas noches, chicas —digo al tiempo que entro y cierro la puerta a mi espalda. Cojo una copa de champán de las que tienen en una pequeña barra y me apoyo en la pared—. Soy Rhim, la dueña de todo esto y… vuestra jefa. Me habría gustado conoceros antes, pero he tenido que solucionar unas cuantas cosas y se me ha hecho imposible. —Doy un trago a la copa de champán y me aclaro la garganta—. Contadme, ¿cómo estáis? ¿Necesitáis algo?

Una de ellas, de tez muy oscura, ojos pardos y el pelo muy largo y completamente trenzado, se acerca a mí de brazos cruzados.

—¿De qué puta película macabra te has escapado, hija de puta? —espeta. Incluso se atreve a pegarme un empujón. Habla italiano lo suficientemente bien como para que se la entienda,

aunque lo mezcla con algunas palabras en inglés. Esto me hace suponer que lo que propuse a Damiano sobre dar clases de idiomas a las chicas está en marcha—. Nos tienes aquí, en contra de nuestra voluntad, obligándonos a follar con cualquiera que cruce por la puerta, y tienes los cojones de venir a preguntarnos qué es lo que necesitamos.

Sostengo la mirada con ella.

—Ya tenemos a la reina del corral, por lo que veo. —Me encojo de hombros—. ¿Cómo te llamas?

Arruga la nariz.

—¿Qué nombre quieres que te diga? ¿El falso que me habéis puesto o el que me pusieron mis padres?

—El que quieras.

—Jahzara —pronuncia su nombre real. Sé que es ese porque nosotros solemos utilizar nombres de ciudades.

—Jahzara —repito su nombre con parsimonia—. Si no recuerdo mal, tu padre fue el que se puso en contacto con el traficante de mujeres que te vendió a mi organización. Deberías estar agradecida de que hayas caído en mis manos, ¿sabes?

Le brillan los ojos, puedo verlo.

—¿Estás de puta coña? ¿Agradecida contigo?

Dejo la copa en la barra y me tomo la libertad de colocarle la mano en el hombro. Ella se sacude, pero yo no la aparto.

—Yo también he estado en ese lado, cielo. Sé lo que es. Cómo te sientes de frustrada. El odio que sientes hacia mí. —Me encojo de hombros—. Y por eso, cómo sé lo que es estar desde tu perspectiva dentro de este mundo, te digo que deberías estar agradecida de que sea yo y no otra persona con la que tienes que lidiar. —Aprieto los dientes—. Yo nunca os pondré una mano encima. Ni os chantajearé a cambio de nada. Tampoco mandaré a nadie para que os viole cuando crea que no estáis dando el cien por cien en vuestro trabajo, para daros un escarmiento.

Veo como Jahzara traga saliva al escucharme. El resto de chicas nos observan y escuchan en silencio, temerosas.

—Tengo el corazón podrido, pero también tengo mis límites —añado—. Así que…, decidme. ¿Necesitáis algo?

Se miran entre ellas y niegan con la cabeza.

—Bien. —Señalo el teléfono que hay anclado a la pared—. Haced una marcación rápida cuando os haga falta algo. Si no soy yo, os lo traerá alguna de mis chicas. O Damiano.

—Gracias —murmura Jahzara.

Las dejo solas y mientras recorro el pasillo recuerdo algunas de las veces en las que Tassia, la novia de Niccolo, me ha acusado de monstruo y de proxeneta desalmada. Niego con la cabeza y cuando estoy a punto de tomar las escaleras para regresar con Damiano y Yeyu, alguien tira de mi brazo con la suficiente fuerza como para arrastrarme hacia el exterior del club por una de las puertas de emergencia.

El aire frío impacta con mi cara y mis brazos en el momento en que cruzo el umbral. La oscuridad de las escaleras de emergencia de la parte trasera del edificio oculta a la persona que me ha sacado, aunque él no se hace demasiado de rogar.

Kosta Nikolli, el albanés al que llevo días intentando localizar, está frente a mí. Me escudriña con la mirada.

Tengo el corazón a punto de salírseme del pecho.

—Tú… Hijo de la grandísima puta…

Me chista y e inmoviliza cuando ve que trato de sacar mi pistola.

—Tranquila, pequeña víbora —murmura—. No soy la persona a la que estás buscando.

—¿Ah, no? ¿Y por qué has estado escondiéndote como la sucia rata que eres, eh? ¡Amenazaste a mi hija! ¡La amenazaste y, casualmente, justo después, tuvimos el accidente!

—Te estoy diciendo que no fue cosa mía —responde de mala gana—. Te di un plazo, ¿recuerdas? Veinticuatro horas. Ese era el tiempo que tenías para reunirte conmigo. Puede que no lo creas, pero si por algo nos caracterizamos los mafiosos albanokosovares es por nuestro honor. —Me suelta y da un empujón que me hace retroceder varios pasos—. No he estado escondido. He estado ocupado. Los culpables son los que se esconden, y yo estoy aquí, frente a frente, contigo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya te dije lo que quería, cielo. Si no he venido antes es porque te he dejado un tiempo de descuento para que llorases en paz a tu hija.

—Qué considerado. ¿Tengo que darte las gracias por tu grandísima muestra de humanidad?

Kosta se ríe.

—Cómo prefieras —dice—. Pero vas a venir conmigo. Te lo dije. Te quiero a ti. Además…, tengo información jugosa sobre el crimen de tu hija que, estoy seguro, te va a interesar. —Vuelve a sonreír.

Se me acelera el corazón.

—¿Qué? ¿Qué es lo que sabes?

—Ven conmigo por las buenas y lo sabrás.

—¿Y por las malas?

—Irás al infierno sin saber quién fue el responsable del asesinato de tu hija.

Trago saliva.

—¿Cómo sé que esto no es una mentira? ¿Que no estás utilizando el tema de mi hija para someterme?

Kosta asiente y se mordisquea el labio.

—Porque tengo ojos y contactos en todas partes, cielo. Y porque uno de mis hombres estaba siguiéndote aquel día. Vio como alguien también te seguía desde que saliste del edificio de Yang Mi Takahasi y como sacaba un lanzagranadas por la ventanilla del coche.

Noto la garganta reseca.

—¿Quién?

Me tiende la mano.

—Ven conmigo y te lo diré todo.

Doy un paso hacia él y le agarro la muñeca. Tiro de su brazo hasta hacerlo chocar contra mi pecho y acerco la cara de forma violenta a la suya.

—Te juro que como esto sea una patraña te pienso descuartizar con mis propias manos si es necesario, ¿te queda claro?

—Clarísimo, princesa.

Dicho esto, tras dar un último vistazo al edificio del Moulin Rouge, bajo por las escaleras de emergencia siguiendo a Kosta Nikolli.

36
MASSIMO

Tengo los ojos cerrados y noto la boca pastosa. Reseca. Me duele la garganta cuando intento tragar saliva. Echo la cabeza hacia atrás y trato de separar los párpados, aunque me cuesta. Veo borroso.

Lo último que recuerdo es que alguien me atacó en un callejón, nos peleamos y…

Un cubo de agua fría me cae encima, haciendo que me sobresalte y que termine de deshacerme de la confusión y el aturdimiento.

Comienzo a toser y, cuando consigo focalizar la vista, lo primero que veo son unas botas de color negro. Sigo el recorrido con lentitud hasta llegar a la cara de mi secuestrador y se me escapa una carcajada.

—Tú —murmuro—. Debí suponerlo.

Michel Durand, el dolor de huevos más grande que he tenido en la vida, superando incluso a mi hermano, se agacha delante de mí. Me tiene amarrado de pies y manos a una viga de hormigón. Nos sostenemos la mirada.

—No sabes cuanto tiempo llevo esperando este momento.

—Eso mismo le dije yo a Ludovica antes de rajarle el cuello —contesto con desdén sin dejar de mirarle. Puedo ver como la vena de su cuello se inflama al escucharme.

Su puño impacta contra mi ojo derecho. No me inmuto. A pesar del golpe, no dejo de mirarle. Sé que eso le enfada aún más. Ver que no puede conmigo, que no me achanto, le destruye por dentro.

Me odia.

Y no puede darme más igual.

Ni siquiera estoy asustado por lo que este imbécil tenga intención de hacerme. He bailado con la muerte y sobrevivido a ella tantas veces que a estas alturas de la partida hay pocas cosas que me pongan nervioso.

—Si te pones así solo con eso, entonces enloquecerás cuando te enteres de que justo antes de matarla, me la follé en la cocina. Y en la ducha. —Me río, emitiendo un sonido ronco por la garganta—. Deberías de haber visto como gemía mi nombre.

Veo como se le cambia la cara. Se pone rojo. La vena se le inflama aún más. Me pega de nuevo.

—Deja de mentir, sucio bastardo. Ella jamás habría sucumbido ante alguien tan indeseable como tú.

—Nikki lo hizo.

La impaciencia se apodera de él.

—No vuelvas a nombrarla. ¡A ninguna de las dos! —brama. Me sujeta por la mandíbula y cuando está a punto de golpearme otra vez, se da media vuelta y niega con la cabeza. Comienza a frotarse el puente de la nariz.

—Mírate… —mascullo— El gran inspector. El mejor de la INTERPOL… Actuando al margen de la ley. —Asiento con lentitud—. Secuestrando…, apaleando… Guau, me dejas impresionado. Parece que, finalmente, no somos tan diferentes después de todo… —Sonrío aunque no me esté mirando.

—No te atrevas a compararme contigo. Yo no soy como tú. Jamás seré como tú. —Se gira y

me apunta con el dedo—. ¡Nunca!

Me encojo de hombros como puedo y escupo sangre a un lado.

—¿Estás seguro? —No dejo de sonreír de forma vacilona en ningún momento. Ni siquiera cuando tengo los dientes teñidos con mi propia sangre—. Me gustaría saber qué es lo que pensaría Ludovica de todo esto que estás haciendo… Si descubriera que eres… un policía de pacotilla que intenta ir de héroe y lo único que ha hecho es una cagada detrás de otra. Dime, ¿qué pretendes conseguir con esto?

—¡Te he dicho que no vuelvas a nombrarla! —grita.

La suela de su bota se encaja en el centro de mi pecho y ejerce presión. Me cuesta respirar. No rompo el contacto visual con él.

—¿Te digo yo…? ¿Te digo yo lo que pretendes conseguir con esto? —mascullo mientras siento la presión aumentando—. Paz. Crees que… Crees que ‘‘esto’’. Vengarte de mí… te ayudará… Te ayudará a volver a conciliar el sueño… —Trago saliva— Pero lo cierto es que… Aunque te vengues. Aunque me mates… No volverás… No volverás a pegar ojo en tu vida… —Sonrío con los dientes apretados— Porque ya has cruzado la línea. Y no hay vuelta atrás. Tu conciencia… no lo soportará.

Deja de ejercer presión con el pie y se agacha delante de mí. Su pecho sube y baja con rapidez y una capa de sudor le recorre la frente.

—Quizá tengas razón. Quizá… no vuelva a ser el mismo después de esto, pero habré conseguido mi propósito, que es que las muertes de Nicole y Ludovica no fueran en vano. Porque tú estarás muerto. Como debiste estar hace mucho tiempo. Muerto… como tu hija. Dime, ¿qué se siente al perder algo que es importante para ti?

La sonrisa se me borra de golpe.

Enarco las cejas.

Y, de repente, noto como todos los músculos del cuerpo se me tensan.

No dejo de mirarle a los ojos.

—¿Cómo sabes tú eso? —murmuro. Los medios no conocían ese dato.

Observo sus gestos. Veo como traga saliva. Cómo aprieta los dientes, tensando la mandíbula. Su parpadeo rápido. Está nervioso. Demasiado.

—Las noticias vuelan —contesta.

Asiento lentamente mientras siento como el cuerpo entero me arde en llamas. Si no estuviera amarrado, ya estaría cortándole la respiración.

—Veo culpabilidad en tu mirada —digo fingiendo calma. Tengo las manos cruzadas por detrás de la viga, amarradas con cuerdas, pero eso no me impide apretar los puños. Echo el cuello hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros—. Inspector, acaba usted de cavar su propia tumba.

Esboza media sonrisa nerviosa y se pone de pie. Está a punto de decir algo, pero el sonido de su teléfono móvil le interrumpe. Se saca del bolsillo un móvil de teclas y lo observa en silencio. Me da un vistazo rápido y se aleja unos metros para responder. Está lo suficientemente apartado como para que no pueda escuchar su conversación.

Hago fuerza y tiro de mi cuerpo hacia adelante, notando como la soga me raspa la piel en el proceso.

Si mis suposiciones, elaboradas con demasiada rapidez y pocas evidencias, son ciertas y este hijo de la gran puta es el responsable de lo de Aurora, pienso arrancarle la garganta con mis propias manos. Y luego arrancaré sus órganos y los venderé al mercado negro. Después subastaré su asqueroso cuerpo en una red de necrofilia, donde los depravados más desalmados

del planeta lo profanarán hasta borrar su existencia.

Cree que me conoce, pero lo cierto es que no tiene ni la menor idea de con quien está tratando. Lo único que conoce de mí es lo que pone en eso sucios folios que escribieron sobre mí en la cárcel. Lo que ha oído en los medios. Lo que otros le han contado.

No sabe que llevo el demonio por dentro.

Y que puede salir en cualquier momento.

37
MASSIMO

Sin quitarle el ojo de encima a Michel Durand, que continúa hablando por teléfono, hago fuerza para ponerme de pie a pesar de la dificultad que supone estar amarrado. Las cuerdas se me clavan en todas partes, incluido el estómago. Aprieto los dientes con fuerza, sin dejar de mirarle, y hago fuerza con las manos.

Noto cómo las heridas, por la fricción, siguen abriéndose. La sangre comenzando a derramarse.

Ignoro el escozor.

La sangre.

Sigo haciendo fuerza.

El hueso de la muñeca derecha me cruje, también un par de dedos, indicando que me los estoy luxando. No dejo de tirar.

Mi mano derecha acaba liberándose, y aunque la tengo un poco perjudicada, tanteo a ciegas por mi espalda para soltar la otra.

Se me escapa una sonrisa cuando recupero la movilidad.

Las cuerdas que rodean mi torso y piernas no me preocupan demasiado. Son las más sencillas de deshacer.

Me quedo quieto cuando diviso a Michel regresando hacia donde estoy. Me observa con el ceño fruncido.

—Te has levantado —comenta.

—Sí, quiero que estés a mi altura, y mirándome a la cara, cuando admitas que tú fuiste el artificie de la muerte de mi hija —pronuncio cada palabra controlando mi propio descontrol interno—. Será como pronunciar tu propia sentencia de muerte.

—¿Qué pasaría si te dijera que he sido yo?

Esbozo una sonrisa falsa.

—Acércate.

—No voy a acercarme a ti.

—¿Tienes miedo de un pobre rehén que, como mucho, lo único que puede hacerte es escupirte en esa cara de payaso que tienes?

Michel, nervioso, se ríe y niega con la cabeza. Da un par de pasos hasta quedar cerca de mí. Yo echo el cuello hacia un lado y, sin que él se lo espere, libero mis manos y lo sujeto del cuello con fuerza. Lo empujo hasta golpearle la cabeza con la misma viga de hormigón en la que me tenía amarrado y cuando se cae al suelo, llevándose las manos a la cara, me zafo de las cuerdas restantes.

Con la ayuda de la otra mano, hago crujir los huesos de la mano derecha, recolocando la posición de los dedos que me había luxado.

Michel está a punto de levantarse, pero me lanzo sobre él y, agarrándole por el pelo, comienzo a golpearle la cabeza contra el suelo sin parar. La adrenalina se ha apoderado de mí. También la ira.

—Ya no estás en posición de creerte superior a mí. Tú y yo somos la misma escoria, inspector —mascullo acercando los labios a su oído—. Debes de ser muy necio si piensas que por haberme tenido un rato ahí amarrado, ya has ganado. La partida continua, Michel. Y tú estás

a punto de quedar eliminado del tablero.

Justo en el momento en que estoy a punto de golpearle la cabeza nuevamente contra el suelo, recibo un disparo en el hombro derecho.

Me caigo hacia atrás y busco con la mirada a la persona que me ha disparado. Mi sorpresa crece cuando, entre la penumbra de la nave en la que estamos, aparece Yeyu, la mano derecha de Rhim.

Sujeta su pistola con una mano y me mira fijamente con las cejas enarcadas.

El corte de la mejilla y el moratón del ojo acaban de delatarla.

Fue ella quien me atacó para traerme aquí.

Yeyu ayuda a Michel a levantarse y, sin intercambiar una sola palabra conmigo, aprieta nuevamente el gatillo contra mí. Esta vez, la bala impacta en mi costado. Me llevo la mano a la zona y aprieto los dientes. La sangre ya está brotando.

—Tú eres… la informante —mascullo, recordando las veces que Ludovica mencionó que tenían un informante que formaba parte del círculo de Rhim.

—Sorpresa —responde ella con cara de pocos amigos. Se encara con Michel—. ¿A ti qué coño te pasa? ¿Estás bien?

Michel asiente al tiempo que escupe restos de sangre y se pasa el dorso de la mano por la nariz, la cual le he reventado sin piedad con los golpes. Tiene el tabique desviado y una enorme mancha viscosa de color granate le cubre parte del rostro. Ya no hay rastro de esa sonrisa de imbécil.

Aprieto los dientes mientras me palpo la herida del costado. No tiene orificio de salida por mi espalda, lo que significa que se ha quedado alojada, probablemente, entre alguna de mis costillas. Cojonudo.

Toso.

—¿Sabes lo que hace la mafia con las… traidoras como tú? —alzo la voz, haciendo que Yeyu me dirija una mirada.

—Si no recuerdo mal, tú también vendiste a los tuyos con la policía.

Me río y vuelvo a toser.

—¿Los míos? Los nombres que di a la policía no eran de los míos. Solo eran… peones. Gente que no me interesaba que siguiera… en el juego. Si fuera un traidor…, como tú, habría entregado a Rhim en el momento en que… me sacaron de la celda para ofrecerme el trato. Y no lo hice. Tú… no puedes decir lo mismo. —Fuerzo una sonrisa—. Por eso, Yeyu, te repito… ¿sabes lo que hace la mafia con las traidoras como tú?

Yeyu me sostiene la mirada sin titubear. Niega con la cabeza y amenaza con volver a dispararme cuando hago el amago de arrastrarme por el suelo.

—No me importa. La policía me protegerá.

A pesar de sentir como me desangro lentamente, a pesar del dolor que siento en el costado, suelto una carcajada. Y otra más. Me río a carcajada limpia por sus palabras.

—Tú más que nadie deberías de saber que la policía no te cuida, y tampoco te protege. Serás la próxima en ir entre rejas. —Sonrío—. No si te mato antes, claro.

Yeyu, con el rostro serio, camina hacia mí y me pega una patada en la boca. Después noto la suela de sus botas militares chafándome los dedos de una mano.

—No me das ningún miedo, Massimo Vizzini. Y tu querida Rhim tampoco.

Michel se mueve hasta quedar detrás de mí. Puedo escuchar su respiración nerviosa. La euforia y la adrenalina corriéndole por las venas no le dejan pensar con claridad, lo sé. En el fondo, se está preguntando como es que ha acabado así.

Todos tenemos un propósito en esta vida, supongo.

El suyo, atraparme.

El mío, matarle.

Y yo, a diferencia de él, no fallaré.

Ni siquiera estando herido y desarmado.

Nací para morir.

Pero hoy no es ese día. Y menos a manos de uno de estos dos ineptos.

Hoy, Massimo Vizzini, muere por vivir.

Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando, de repente, la puerta de acero de la nave revienta al impactar un coche contra ella.

Michel y Yeyu, tensos y rectos como unos malditos palos de madera, intercambian una mirada y sacan sus armas.

El coche no se mueve. Tampoco parece haber nadie pilotándolo.

El humo se mezcla con la densa capa de polvo que han levantado los escombros, haciendo que la visión se reduzca ligeramente.

Se escucha el sonido del motor de una moto.

Escasos segundos después, por el estrecho hueco que ha quedado entre el coche y el agujero que este ha hecho en la puerta, se cuela una moto de cross de color negro.

La persona que la pilota lleva un fusil M16 colgado al pecho.

Se quita el casco de mala manera y, tras dejar su cabello al viento, se cruje el cuello.

—Tú. —Señala a Michel con uno de los fusiles—. Estás muerto, hijo de la gran puta —dice Rhim con el fuego corriéndole por cada parte del organismo.

38
RHIM

Media hora antes…

Kosta me lleva en su coche hacia alguna parte de la ciudad que no conozco, y no me gusta. Estoy empezando a ponerme de los nervios. Me ha dicho que iba a contarme lo que sabía si yo iba con él. He aceptado y no ha abierto la puta boca en ningún momento.

A tomar por culo.

Sin que lo vea venir, tiro del freno de mano, haciéndole pegar un frenazo y un volantazo en mitad de la carretera.

—¿Se puede saber qué haces? —espeta malhumorado.

—Habla de una puta vez. Dime lo que sabes. No pienso esperar más tiempo. ¡Habla!

Kosta vacila.

—Esas no son las reglas, cielo.

—¿Quieres que te diga por donde me paso tus reglas ahora mismo, gilipollas?

Niego con la cabeza y abro la puerta del coche. Me bajo pegando un portazo y comienzo a andar por el arcén. Ni siquiera sé dónde estoy, joder.

Kosta mueve el vehículo hasta dejarlo apartado de la circulación y se baja para seguirme. Sigo con la mirada cada uno de sus movimientos desde que cierra el coche con el mando hasta que se acerca a mí.

—Muy bien, tú ganas. Te diré lo que quieres saber, y después serás obediente y, sin rechistar una sola vez más, te subirás a ese coche y vendrás conmigo. Ese es nuestro trato.

—¿Por qué tanto interés en que vaya contigo, eh? —espeto, dándole un empujón—. Ya te dije que no tuve nada que ver con lo que le pasó a tu padre.

—Y yo te dije que alguien tenía que pagar por ello. —Se encoge de hombros.

Contengo las ganas de pegarle un puñetazo en la mandíbula. Solo empeoraría las cosas.

—Habla. Ya. ¿Qué sabes de la muerte de Aurora? Te prometo que como todo esto sea una farsa…

Kosta me mira fijamente a los ojos mientras saca su teléfono móvil de la chaqueta de su abrigo. Toquetea la pantalla durante un par de segundos y me enseña una fotografía de un tipo que rondará los treinta y pocos, rubio y de ojos marrones.

—¿Te suena?

—No. ¿Por qué? ¿Quién es?

—Se llama Michel. Michel Durand. Es inspector de la brigada contra el crimen organizado de la INTERPOL en Francia.

Frunzo el ceño y, sin dejar de observar la foto, trato de hacer memoria. Recuerdo haber escuchado ese nombre antes. Fue él quien le disparó a Massimo en la cabeza. Sí, estoy segura de haber escuchado a Massimo nombrarlo en más de una ocasión, también a Zouk Takahasi.

—¿Y qué tiene que ver ese tío con esto? Es policía, ¿no?

—Era él quien te estaba siguiendo. Después de la explosión, mi gente fue tras él y le vieron bajándose del coche en un callejón para esconder el arma en el maletero. Estaba histérico.

El corazón me bombea con fuerza en el pecho.

—No lo entiendo. No lo… —Me paso las manos por la cara y echo mi pelo hacia atrás—

Madre mía. ¿Estás seguro de que era él?

—Muy seguro. Ya te he dicho que los míos fueron tras él. Creían que era de otro clan. —Desliza los dedos por la pantalla y me enseña una foto algo borrosa de un callejón y un coche. Él está de espaldas, pero se puede distinguir su rostro de refilón.

Aprieto los puños con fuerza. Los ojos empiezan a escocerme.

—Ese cabronazo… Dios. Ahora resulta que la maldita policía también asesina a niños inocentes…

Kosta no se sorprende con lo que digo. Se guarda el móvil y se aclara la garganta.

—Hay algo más. Te lo diré y nos marcharemos. Recuerda nuestro trato.

El puto trato que se supone que tenemos es lo último en lo que estoy pensando, si soy sincera.

—¿Qué más?

—Me han llegado oídas de que ese inspector, Michel, ha pasado los últimos días merodeando por tu territorio y el de los Vizzini. Al parecer, estaba buscando a alguien. —Se humedece los labios—. Lo último que sé es que por los bajos fondos se comenta que una mujer metió a un tío a una furgoneta la noche pasada. No sé si tendrá algún tipo de relación una cosa con la otra, pero…

—Massimo —susurro.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

—¿Sabes a dónde fue? ¿La mujer de la furgoneta?

Kosta entrecierra los ojos.

—Puede. Ya te he dicho que tengo ojos en todas partes.

Me envalentono y le agarro por el cuello de la camiseta.

—Dímelo.

—¿Para qué?

Me saco la pistola y se la clavo en el centro del estómago con fuerza.

—Deja de hacer preguntas y habla de una maldita vez.

Kosta sonríe de lado y sube las manos.

—Calma, princesa. —Me mira a los ojos—. Le perdieron la pista cerca del polígono industrial abandonado del barrio de Prati.

Baja las manos para sujetar el cañón de la pistola y se lo aparta con poca dificultad.

—Ahora que ya te he dicho lo que querías saber, sé buena y sube al coche. Tenemos camino por delante.

Noto los latidos de mi corazón en la garganta y en los oídos. Los dedos me hormiguean y mi estómago es un completo manojo de nervios.

Trago saliva y doy un paso atrás.

Es ahí, justo en ese momento, cuando siento que, por unos segundos, el tiempo se ha detenido.

Diviso a un motorista acercándose cada vez más.

Kosta está intentando agarrarme para meterme en el coche.

Niego con la cabeza.

Le pego un empujón a Kosta, haciéndolo caer por un terraplén que separa el arcén de la carretera del frondoso bosque que rodea al camino y salgo corriendo hacia el centro de la carretera. El motorista frena en seco cuando se da cuenta de que está a punto de atropellarme.

Le saco la pistola y lo obligo a bajarse. De reojo, veo como Kosta, preso de la ira, ya está llegando de nuevo a la parte superior del terraplén.

Le arranco el casco de golpe y, tras colocármelo, me monto en la moto y pego un acelerón, dejando atrás a lo que, estoy segura, se convertirá en un nuevo problema mientras pongo rumbo hacia mi destino.

El asesino de mi hija.

Y la persona que, estoy convencida, tiene a Massimo.

39
RHIM

No pestañeo mientras apunto a Michel con uno de los fusiles que Damiano me ha traído al punto en el que hemos quedado en cuanto le he llamado.

—Tú, estás muerto, hijo de la gran puta.

Estoy a punto de decir algo más cuando la veo.

Siento que el estómago se me encoge y, por la impresión, doy un paso atrás. Los ojos se me aguan.

Yeyu, a quien he llamado cincuenta veces en mitad de todo el caos y la misma que no ha respondido a una sola llamada, está aquí. Lleva una pistola en la mano y está un par de pasos detrás de Michel.

Nos sostenemos la mirada con fijeza y soy capaz de notar como una parte de mí comienza a resquebrajarse.

—¿Yeyu…? —el tono valiente que he utilizado antes ha desaparecido. Ahora, incluso me tiembla la voz.

—No deberías estar aquí —responde ella con un tono neutro y frío que me hiela la sangre.

—¿Y tú? —cuestiono intentando mantener la ansiedad y los nervios a raya—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Con el asesino de mi hija?

Los ojos de Yeyu se agrandan. Mira a Michel sin decir nada y puedo escucharla resoplar por la nariz. En ese intervalo breve de tiempo, localizo a Massimo en el suelo. Está pálido y sudoroso. Tiene algunas heridas en la cara y su camisa se encuentra teñida de rojo. Apenas tardo en darme cuenta de que está herido. Le han disparado.

Mi mirada baila entre la pistola que sostiene Yeyu y la herida de Massimo. Trago saliva.

A pesar de su estado y de respirar con dificultad, no deja de mirarme.

—Te he hecho una pregunta —me obligo a hablar de nuevo, mirando a Yeyu—. ¿Qué haces aquí? ¿Eres policía? Si en algún momento de tu puta vida me has tenido algo de aprecio real, respóndeme con la verdad.

Ella niega con la cabeza.

—Colaboradora.

Noto como la garganta se me reseca. Recuerdo perfectamente como Massimo me advirtió sobre un posible topo dentro de mi organización y apenas le di importancia.

—Te consideraba una amiga. Una hermana. ¡Te he dado una vida! ¿Así es como me lo pagas? —Se me rompe la voz—. Eres una basura.

—¿Me has dado una vida? ¡Me la quitaste, que es muy distinto! —Me apunta con la pistola sin titubear—. No te tomes esto como algo personal, así es como tenían que ser las cosas.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo único que tienes para decirme? ¡Maldita traidora! Dispárame si te atreves. Vamos.

—Me encantaría hacerlo, *Reina*. De veras. Pero perdería toda la gracia —contesta, haciéndome rabiar aún más—. Tanto a tu amorcito como a ti os espera un futuro en la cárcel. Y yo podré disfrutar de la vida. De todo lo que me quitaste obligándome a quedarme contigo.

—¡Deja de ser tan cínica! Hablas como si yo hubiese ido a la maldita puerta de tu casa a secuestrarte. Fueron tus padres. Tus putos padres. Ellos se deshicieron de ti. Diez mil euros de mierda, eso es lo que costaste. Yo he cuidado de ti todo este tiempo. ¡Estás viva gracias a mí!

Mi discurso se disipa en cuanto una de sus balas me atraviesa el muslo derecho sin miramientos. La mirada que le lanzo, cargada de dolor y decepción, contrasta con la indiferencia de su rostro. Ha sido capaz de dispararme. Todos estos años de amistad han sido una farsa. Una mentira.

En ese momento, Massimo se incorpora de golpe, como si no estuviese hecho una auténtica mierda, y la sujeta por el cuello con fuerza. Comienzan a forcejear y Michel aprovecha el revuelo para escaquearse. Para su desgracia, Damiano y Nino, alertados con el sonido del disparo, aparecen en escena.

Es Damiano quien, intimidante como es él, hace que el inspector frene en seco al verse sin escapatoria.

Nino viene hacia mí para ayudarme. Yo niego con la cabeza, diciéndole que estoy bien. Mi mirada no se despega de Massimo y Yeyu, que están peleándose a golpes. La pistola de la que ha fingido ser mi amiga todo este tiempo acaba deslizándose por el suelo hasta quedar cerca de mí.

Le entrego el fusil a Nino y me agacho para coger el arma de Yeyu. Aprieto los dientes. Yo le regalé esa pistola. Lleva su nombre, escrito en filipino, su idioma natal, grabado en el cañón.

Veo como Yeyu le hinca las uñas en la herida a Massimo y cómo él se contiene para gritar. Forcejean nuevamente y, a causa de la pérdida de sangre y de las conmociones, Massimo se tambalea, cosa que Yeyu, rápida y letal como la maldita víbora que es, aprovecha para estamparlo contra la pared. Se saca una de sus tantas navajas del cinturón y justo cuando está a punto de apuñalarle…

Aprieto el gatillo.

A mis ojos, todo sucede a cámara lenta.

La bala viaja con un silbido hasta impactar, por la parte de atrás, contra el cráneo de Yeyu De la Cruz.

La explosión carmesí apenas tarda en llegar.

Sus sesos salen desparramados y su cuerpo, ahora inerte, se desploma contra el suelo con un golpe seco. La navaja cae a los pies de Massimo.

Me muevo hasta allí por inercia. Ni siquiera soy consciente de que estoy andando.

Con los dientes muy apretados, le doy la vuelta al cadáver con la punta del pie. Parte del rostro ha quedado desfigurado por el disparo. Trago duro y, tras sacar las balas de la pistola y tirárselas por encima, desmonto su pistola y se la coloco sobre el pecho.

El cañón llevaba su nombre.

Y una bala también.

Con su mano sobre mi hombro, Massimo me hace volver a la realidad.

Intercambiamos una mirada en completo silencio.

No tenemos tiempo de decirnos nada. Damiano llega hasta nosotros con Michel con las manos esposadas a la espalda y apuntándole a la cabeza con una pistola. Nino, desde un lado, también está apuntándole con el fusil mientras el inspector se remueve y vocifera.

—Nino —pronuncio su nombre sin mirarle. Mis ojos se encuentran fijos en los del jodido Michel Durand—. Massimo está herido y necesita atención médica urgente. Llévalo al hospital.

—Y una… Y una mierda —le oigo decir.

—Esto es entre Michel y yo.

—Aurora también… era mi hija.

Aprieto los dientes.

—Lo sé.

Miro a Nino y asiento con la cabeza. Él le lanza una mirada a Damiano y luego mira a

Massimo. Se acerca hasta él y cuando trata de agarrarlo, Massimo le pega un codazo.

—He dicho que no. No pienso irme a ningún sitio. Este cabrón y yo también tenemos asuntos pendientes.

Le oteo de reojo durante unos segundos.

—Ni siquiera puedes tenerte en pie.

—No pienso moverme de aquí.

Contengo las ganas de rodar los ojos.

Ahora mismo mi cuerpo es como una bomba. Siento que voy a estallar en cualquier momento. Y no sé de qué forma. Ni contra quien.

—Dejadnos solos —le pido a Damiano y Nino.

Damiano, con una sola mirada, me pregunta si estaré bien. Yo me limito a asentir.

Ambos acaban marchándose, dejándome a solas con Michel y Massimo. El inspector está de rodillas en el suelo mientras que Massimo se está haciendo un torniquete a sí mismo.

—Mataste a mi hija —mascullo agachándome para quedar a la altura de la basura de hombre que tengo delante—. A una niña inocente. ¿Por qué? ¿Ese era el plan maestro de la puta policía para atraparme? ¿Quitarle la vida y los sueños a una jodida niña?

Michel menea la cabeza. No dice nada.

Le pego una patada en la cara y le hago soltar un grito. Ya tenía la cara hecha un cuadro, solo estoy rematando la faena.

—Fue un error, joder. Fue un error. —Acaba confesando de manera atropellada cuando me ve dispuesta a propinarle un nuevo golpe—. Llevaba días siguiéndole a él —murmura lanzando una mirada a Massimo—. Quería atraparlo. Hacerle pagar por lo que le hizo a Ludovica… Llegué hasta ese bloque de pisos y… te vi salir. Pensaba que eras él porque utilizasteis el mismo coche. Te seguí y…

—Lanzaste una puta granada a mi coche y mataste a mi hija —acabo la frase por él con frialdad y el corazón latiendo desbocado en mi pecho. Conocer finalmente la verdad de lo que ocurrió no ha hecho que duela menos. Mi rabia y mi odio se han intensificado.

—¿Te das cuenta hasta donde te ha llevado esa puta obsesión que tienes conmigo? —espeta Massimo con el rostro contraído—. ¿Todavía tienes los cojones de decirme que no eres como yo? Nadie está libre de pecado en esta sala, inspector. Nadie. Hoy más que nunca debe pesarte aquella bala que clavaste en mi cabeza —masculla—. Esa bala que no fue capaz de matarme.

—La policía no tardará en llegar —avisa Michel, haciendo que me ponga tensa—. Antes de que tu perro guardián me amarrase, he dado el aviso a las autoridades.

Massimo y yo intercambiamos una mirada breve. No sabemos si este cerdo va de farol y, honestamente, tampoco pensamos quedarnos a descubrirlo.

—El error que cometiste va a perseguirte toda tu vida —le digo con rabia—. Será otro más que añadir a tu lista. El error que va a costarte todo lo que has conseguido. Que te va a costar… tu último aliento. Porque juré que encontraría al responsable de la muerte de mi hija y le haría pagar. Juré que le mataría. Que te mataría. Y eso voy a hacer. —Sonrío con los ojos brillantes—. Para ti, matar a Massimo era tu forma de hacer justicia, ¿no? Muy mafioso por tu parte, si se me permite decirlo.

Me saco la navaja mariposa del bolsillo trasero del pantalón y la abro delante de su cara. Muy cerca.

—Hay una frase de Nietzsche que me gusta mucho: quien con monstruos lucha, cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti —recito—. Creo que tiene mucha razón. Sobre todo dentro de este mundo. —Le

acerco la hoja de la navaja al cuello y alzo las cejas—. ¿Sabes qué le añadiría yo? Que cuando miras durante mucho tiempo al abismo, también corres el riesgo de caer por él.

Cuando digo la última palabra, deslizo la cuchilla por la piel del inspector. La sangre comienza a chorrear de forma exagerada, llegando a empapar la navaja casi por completo y también mis manos.

—Esto es por Aurora —susurro con la voz quebrada.

Massimo me está observando en silencio. Le brillan los ojos.

Michel comienza a jadear y a brotar espumarajos de sangre mezclados con saliva. Quiere llevarse las manos al cuello en un intento estúpido de frenar el desangramiento, pero las esposas le impiden mover los brazos.

Me crujo el cuello y me pongo de pie. Le ofrezco la navaja llena de sangre a Massimo. Él la observa y luego me mira a mí.

—Aurora también era tu hija, ¿no? —murmuro repitiendo lo que él mismo me ha dicho hace unos minutos.

Sus dedos se aferran al cuchillo y rozan los míos en el proceso.

A pesar de que a Michel apenas le quedan unos segundos más de vida, Massimo decide apuñalarlo directamente en el corazón. Saca la navaja y, cuando creo que va a dejarlo, le apuñala de nuevo. Una y otra vez. Desquitándose.

El cadáver se desploma hacia un lado al tiempo que un charco de sangre comienza a formarse a su alrededor.

Una sensación de alivio que no sé describir con palabras se apodera de mi cuerpo en cuanto tengo constancia de que ahora, aunque mi dolor por su pérdida persistirá hasta que yo misma abandone este mundo, mi hija, donde quiera que esté, puede descansar tranquila porque la persona que se atrevió a hacerle daño, ya ha pagado por su acción.

Sonrío y cierro los ojos, aunque, al mismo tiempo, no puedo evitar dejar que algunas lágrimas terminen derramándose. Mi pecho comienza a subir y bajar veloz y el llanto, conforme pasan los segundos, va intensificándose.

Massimo me da un apretón en el hombro.

Me obligo a mirarle y se me retuerce el pecho al ver el estado en el que se encuentra. Parece estar a punto de desmayarse.

Hago que pase su brazo por encima de mis hombros, le abrazo por la espalda y le meto en el asiento trasero del coche que Damiano y Nino han hecho que se empotre contra la puerta de la nave en la que estamos. Quito la barra de metal que habían encajado en el pedal del acelerador y arranco el motor. Salgo marcha atrás y, tras dar un vistazo por el espejo hacia los asientos en los que he dejado a Massimo, abandono el lugar en el que han muerto Michel y Yeyu.

Pensar en ella hace que sienta náuseas.

—Aguanta, Massimo —murmuro. No sé si soportaría perder a alguien más hoy.

Su mano, llena de restos de sangre, se estira entre el hueco de los asientos y acaba colocándose sobre la mía, que se encuentra en la palanca de cambios. Intenta entrelazarlas, de alguna forma, pero solo consigue darme un apretón que hace que se me ponga la piel de gallina. Las observo en silencio y trago saliva.

Piso el acelerador.

No rompemos el contacto de nuestras manos en ningún momento.

40
RHIM

Michel no iba de farol.

Mientras conducía como una maldita desquiciada hacia algún hospital, me he topado con más de veinte coches de policía que se movían veloces en dirección al polígono industrial de Prati.

Pronto, la noticia de la muerte de Michel saldrá a la luz. Mi cara aparecerá en los noticieros y la de Massimo probablemente también. Todo el mundo va a saber que está vivo, y que es un preso fugado. Si es que sobrevive, claro.

Damiano me ha dicho que no podíamos ir al hospital, mucho menos a la clínica San Matteo, donde yo estuve ingresada. Niccolo es el dueño de ese establecimiento de salud y, dada la relación entre Massimo y él, en cuanto se enterase de que estamos allí, no dudaría en avisar a la policía. Así de vendido es.

A pesar de que las condiciones de este sitio son la mar de dudosas, Damiano me ha hecho venir a un edificio antiguo a las afueras de Trastevere. Un amigo del gremio, que dice tener nociones en medicina, es el encargado de salvarle la vida a Massimo. Y de curar mi pierna.

Ha sido tal la adrenalina y la tensión del momento que ni siquiera he sentido dolor por el tiro que me ha pegado Yeyu. No he sido realmente consciente de que estaba herida hasta que me he bajado del coche y he visto que tenía el pantalón empapado de sangre.

Para mi fortuna, mi pronóstico es mejor que el de Massimo, pues la bala de mi pierna ha atravesado la piel y solo tienen que desinfectarme y coser.

Mientras Damiano me hace un torniquete y prepara los instrumentos médicos para coserme la herida, observo como, a pocos metros del sofá en el que estoy sentada, en la mesa de lo que se supone que es un comedor, se encuentra Massimo. El amigo de Damiano está extrayéndole la bala del costado con suma precisión. No deja de hablarle y hacerle preguntas a las que él responde con monosílabos, pero que denotan que se encuentra consciente.

Nino está de pie al otro lado de la sala. Tiene la mirada fija en Massimo y no deja de mordisquearse las uñas.

—¿Qué piensas hacer ahora? —me pregunta Damiano, haciendo que devuelva la atención a la herida de mi pierna. Ya está terminando de coser—. ¿Tienes algún plan?

—Pirarme de Roma. Eso es lo más seguro ahora. Volveré cuando haya pasado un tiempo prudencial y todo esté más calmado. Marcharme será lo mejor para disipar a la policía.

Él asiente.

Nos sostenemos la mirada.

Sé que quiere hablar de Yeyu.

Le conozco lo suficiente como para verlo escrito en su frente.

—Estoy bien —murmuro.

—¿Seguro?

Asiento y aprieto los dientes. Me escuecen los ojos.

—Antes de disparar he barajado la posibilidad de perdonarla, ¿sabes? —susurro. Él me escucha mientras me coloca el apósito en el muslo—. Pero… no solo me había traicionado. Había estado ayudando y colaborando con el asesino de mi hija. Jamás hubiera podido dejar pasar algo así. —Carraspeo—. Ha tenido el final que merecía.

—He sacado las balas —informa el supuesto cirujano, haciendo que nuestra conversación finalice por ahora. Le echa un trago de whisky a Massimo en la boca, haciendo que el licor chorree por la mesa, y nos lanza una mirada—. No puedo saberlo con exactitud, pero a simple vista parece que no han dañado nada a nivel interno.

Me levanto del sofá, cojeando, y me acerco lentamente al otro lado de la mesa. Massimo tiene los ojos entreabiertos. No tarda en mirarme en cuanto estoy dentro de su ángulo de visión. Mueve ligeramente la cabeza y separa los labios.

—Gracias —murmura con un fino hilo de voz.

—Ahora yo también te he salvado la vida a ti —digo en voz baja, aunque sé que todos me están escuchando—. Ya estamos en paz. Descansa, has perdido mucha sangre.

Me doy media vuelta e intercambio una mirada con Nino.

—Tú también deberías descansar —me dice. Apenas le conozco y, por lo tanto, no tengo ningún tipo de relación con él, pero parece preocupado por mí. Según tengo entendido, trabaja con Massimo.

Filipo, el supuesto doctor y dueño del piso destartalado en el que nos encontramos, se quita los guantes ensangrentados y se acerca a Damiano.

—Podéis quedaros aquí un día como mucho —le dice, aunque en realidad nos está mirando a todos—. No puedo cubriros más tiempo.

—No te preocupes —le respondo—. Un día está bien. Suficiente para recuperar energía y poder pirarnos de aquí cuanto antes.

Después de un rato y siguiendo las indicaciones que Filipo me da, recorro un estrecho pasillo cuyas paredes se encuentran decoradas con cuadros de estilo campestre. En general, el piso está decorado y amueblado de forma clásica y antigua. Como si anteriormente hubiera vivido aquí una pareja de ancianos y todas sus cosas se hubieran quedado aquí al marcharse, congeladas en el tiempo.

Entro en el cuarto de baño y abro el grifo para echarme agua en la cara y lavarme las manos. Justo cuando acabo de secarme la cara con una toalla, mi teléfono comienza a sonar.

Es un número desconocido.

Aprieto los dientes.

Noto como una capa de sudor fría se instala en mi nuca.

Trago saliva y descuelgo la llamada sin emitir ningún tipo de sonido.

Escucho una respiración al otro lado de la línea.

—Hola, cielo. —La voz de Kosta inunda mis oídos y me pongo tensa al instante—. Parece que las cosas se están poniendo cada vez más feas para ti. He visto esa carita en el telediario. También he visto que el policía del que hablamos, ha aparecido muerto. Estoy sorprendido, si te soy sincero.

—¿Qué coño quieres ahora? —espeto.

—¿Otra vez estamos con esas? —contesta—. Has faltado a tu palabra. Has roto nuestro trato. Solo quería avisarte de que tus actos tienen consecuencias.

Cuelgo la llamada, imposibilitándole el seguir soltando mierda por la boca. Después saco la tarjeta SIM y la parto por la mitad para tirarla por el retrete.

Tiro de la cadena y me paso las manos por la cara.

No soy gilipollas. He sabido desde el primer segundo en que he empujado a Kosta por ese terraplén y me he escapado, que esto no iba a quedar así. Estará furioso, buscándome como un loco.

Con un poco de suerte, no va a encontrarme.

Porque pienso marcharme esta misma noche.

Intentaré descansar lo que queda de día y luego, cuando el sol caiga y la penumbra se convierta en mi mayor aliada, huiré de Roma.

Ya ha atardecido.

Estoy en una de las pocas habitaciones de las que dispone el piso de Filipo. No tiene ningún mueble a excepción de un colchón sin sábanas tirado en el suelo y unos cuantos cojines apilados en una esquina.

Los cojines me han parecido una opción más higiénica que el colchón para sentarme a pensar y tratar de reposar.

Desde mi posición, justo al lado del ventanal, puedo ver como el cielo comienza a ponerse de un tono naranja bastante intenso. Apoyo la cabeza en la pared y suelto un suspiro.

La puerta de la habitación se abre y noto una punzada en el estómago al ver que se trata de Massimo. Tal y como estaba cuando hemos llegado aquí hace unas horas, no esperaba verlo sosteniéndose de pie por sí mismo tan pronto.

Lleva el torso desnudo y cubierto por las vendas que Filipo le ha puesto. Me resulta inevitable no darle un repaso minucioso a cada extremo de su cuerpo.

—¿Cómo estás? —me pregunta, acercándose lentamente, con pasos cortos.

Me encojo de hombros.

—Mejor que tú, eso seguro.

Él tuerce los labios, formando algo parecido a una sonrisa y apoya la espalda en la pared que hay frente a mí. Nos miramos.

—La policía está buscándonos —le informo—. La INTERPOL ha dado un comunicado hace un rato. Han confesado en una rueda de prensa lo que sucedió realmente contigo. Nos han acusado de la muerte de Michel y a ti, además, te han atribuido el asesinato de Ludovica.

Él hace una mueca. Se sujeta el costado con una mano y deja que su cuerpo se deslice lentamente por la pared hasta sentarse en el suelo. La suela de nuestros zapatos se roza.

—No pareces preocupado —añado.

—No es la primera vez que tengo a la policía soplándome en la nuca —contesta. Se humedece los labios con la punta de la lengua. Yo observo el gesto durante un segundo y aparto la mirada—. Me da igual lo que tenga que hacer, pero si hay algo que tengo claro es que no pienso volver a la cárcel —advierte.

Trago saliva.

—¿Cómo ha sido tu vida allí? —le pregunto. Me produce curiosidad. Y no hemos hablado de ello en ningún momento. Sé que él es un jodido témpano de hielo al que pocas cosas le afectan, pero… No sé.

Massimo vacila. Me mira a los ojos y ladea el cuello, intentando crujírselo, aunque no lo consigue.

—¿Cómo te la imaginas?

Sacudo los hombros y niego con la cabeza.

—No eres una persona muy accesible, que digamos, así que dudo que entablases amistad, o algún tipo de contacto con otros presos —admito—. Probablemente te convertiste en el rey del cotarro y tenías a todos comiendo de tu mano. Me atrevería a decir que hasta tenías comprado a algún funcionario de la prisión para tener ciertos privilegios.

—Me halaga que pienses eso —responde. Su expresión es calmada, aunque no deja a un lado su seriedad—. No esperaba otra respuesta, de hecho. Pero…, te equivocas. —Tamborilea el suelo con los dedos—. En mi primer día en la cárcel, le quité la vida a dos presos que trataron de

ir de listos conmigo. El director de la prisión, y el equipo técnico que me evaluaba, decidieron que era un peligro para el resto de los reclusos, además de un inadaptado, así que… me aislaron. He pasado el último año en una celda, solo. Me pasaban la comida por la rendija de la puerta y salía a que me diera la luz del sol durante pocos minutos. —Veo como su nuez sube y baja lentamente—. Una vez al mes iba a ver al psiquiatra.

Se me seca la garganta al escucharle.

—Ha debido de ser horrible —murmuro sin poder evitarlo.

—¿Estar solo? —contesta. Sonríe de lado—. Llevo estando solo toda mi vida, Rhim. La soledad nunca fue un problema. —Levanta un brazo y se señala la cabeza—. Lo que hay aquí dentro, sí lo es.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Ver a Massimo en este estado: vulnerable, con sus defensas bajadas, es algo que no se acostumbra a ver a menudo, y sé que no va a durar mucho. Él es así. Cuando algo le empieza a doler, cuando siente que ese bloque de hielo que tiene dentro del pecho comienza a derretirse… hace que estalle le ventisca. Lo sé de buena mano.

Él no lo sabe, y probablemente nunca lo sabrá, pero esta parte de él, esa que he podido ver pocas veces en todo el tiempo que nos conocemos, me gusta.

Me gusta porque eso significa que, aunque se haga el duro y finja que no es así, confía en mí más de lo que nunca llegará a admitir. Ojalá se permitiese a sí mismo mostrarse así más a menudo.

Las cosas entre nosotros serían muy distintas.

—Te tengo dicho que no sientas lástima por mí —dice aun con los ojos cerrados. Suena calmado.

Tuerzo los labios en una sonrisa.

Ahí viene la ventisca.

—Y tú a estas alturas deberías saber que hace mucho tiempo que dejé de sentir lástima por ti —respondo.

Massimo abre los ojos y nos sostenemos la mirada. Por un momento siento que va a soltarme alguna cosa hiriente de las suyas, sin embargo…

—Antes… me has salvado la vida dos veces —dice—. Gracias de nuevo.

—Solo… he hecho lo que tenía que hacer.

—Si no hubieras disparado a Yeyu, me habría apuñalado.

—He hecho lo que tenía que hacer —repito, esta vez con un nudo fuerte en la garganta.

Él asiente.

Vuelve a cerrar los ojos.

El silencio nos consume.

Se queda dormido pasados unos minutos. Su respiración lenta y acompasada me lo confirma.

No puedo evitar mirarle. Repasar su silueta de arriba abajo con lentitud. Su cara. Cada una de sus cicatrices. La piel quemada de su esternón. Le miro como si, de algún modo, estuviera intentando memorizarle.

Pienso en la última conversación que tuvimos en Seúl. En la espiral autodestructiva que supone nuestra relación. En lo complicado que es todo cuando estamos cerca el uno del otro.

No es hasta que las lágrimas se desbordan de mis ojos que me doy cuenta de algo. Algo que quizá siempre he sabido y que he ido manteniendo oculto bajo capas infinitas que han ido volatilizándose en los últimos días.

Estoy enamorada de él.

Me enamoré de él una vez y lo que sentía nunca se fue. Ni siquiera cuando me dejó, o cuando creí que había muerto.

Esa conexión, por enfermiza que sea, siempre ha estado ahí. Y… creo que siempre estará. Porque hay personas a las que vas a querer toda tu vida, estés con ellas o no.

Pero esto no es un cuento de príncipes y princesas. Los finales felices no existen y el amor, por real e intenso que sea, no es sinónimo de soportar lo insoportable. Ni de defender lo indefendible.

Lo mío con Massimo, desde un principio, ha estado destinado al fracaso. A doler.

Y el amor no debería de doler.

Querer a alguien no debería de hacerte sentir miserable.

Hice lo correcto al dejar las cosas claras cuando estuvimos en mi casa, en Seúl.

Aprieto los ojos y dejo que las lágrimas continúen fluyendo por mis mejillas.

Me incorporo con cuidado de no hacer saltar los puntos y me acerco a él, que permanece dormido.

—Massimo —susurro—. Me voy a marchar. Y tú deberías hacer lo mismo. —Coloco mi mano en su mejilla con cuidado. Acerco mi frente a la suya y, a pesar de que sé que no estoy haciendo lo correcto, acerco mis labios a los suyos. No me muevo.

Me separo con lentitud y, tras comprobar que continúa dormido, me levanto y abandono la habitación.

41
MASSIMO

Me despierto al sentir los primeros rayos de sol colarse por la ventana, dándome de lleno en la cara. Enarco las cejas y me froto los ojos con pesadez.

El chute de medicamentos que Filipo me metió ayer me dejó hecho una mierda.

Pestañeo varias veces y cuando consigo recuperar la nitidez y enfocar la visión, descubro que estoy solo.

Me levanto con los dientes muy apretados puesto que la herida del costado me duele como los mil demonios, y salgo de la habitación.

Nino está en el salón donde Filipo me operó ayer, Damiano se encuentra con él. No hay rastro de Rhim por ninguna parte.

No necesito preguntar por ella en voz alta. Me basta con intercambiar una mirada con Damiano para saber que se ha largado.

—¿Por qué no te has ido con ella? —le pregunto—. Se supone que debes protegerla.

—Rhim sabe cuidarse bien sola —responde mi medio hermano sin dejar de mirarme—. Y fue ella quien me pidió que me quedase, contigo.

Niego con la cabeza y me froto el puente de la nariz.

—¿Sabes? Creo que acabo de tener un déjà vu.

—Yo también. El karma es un hijo de puta, eh —me dice.

Nino nos observa con el ceño fruncido.

—¿Qué vamos a hacer nosotros? —pregunta.

—Nos vamos a Sicilia —respondo como si fuera obvio. Señalo a Nino con el dedo—. Ponte en contacto con el policía de la otra vez y hazle una transferencia de medio millón.

—Vale.

Damiano y yo nos miramos.

—A ti no te tienen fichado —le digo—. Puedes coger un vuelo a Sicilia sin levantar sospechas. Nos veremos allí dentro de unos días. Nino te dará todas las indicaciones para encontrar la mansión que su padre… me dejó en herencia.

Mi medio hermano me agarra por el brazo y arruga el entrecejo.

—¿Te has cargado al puto padre de Nino?

Me deshago de su agarre y levanto las manos en señal de paz.

—Se lo cargó él. —Me encojo de hombros—. Pero no te negaré que me vino cojonudo.

Pone los ojos en blanco y termina riéndose.

—Te he echado de menos, ¿sabes? —admite.

—Lo sé. —Me quedo callado unos segundos—. Yo a ti también.

Intercambiamos algo parecido a una sonrisa y chocamos las manos.

Damiano es leal hasta la muerte.

Quedan pocos como él.

Filipo aparece por la puerta dando un fuerte golpe.

—¡Tenéis que largaros! —vocifera—. Los maderos están aquí. Algún imbécil del bloque ha debido dar el chivatazo por un poco de pasta.

Me crujo el cuello y asiento con la cabeza. Alterno la mirada entre Damiano y Nino.

—Poned rumbo a Sicilia. Nos vemos allí.

No les digo nada más. Cojo la mochila que Damiano preparó ayer y salgo por la misma puerta por la que ha entrado Filipo y, tras comprobar que no hay nadie merodeando por el pasillo, comienzo a bajar las escaleras pistola en mano.

Cuando llego al rellano del piso inferior, comienzo a escuchar voces. Doy un vistazo a mi alrededor y clavo la mirada en la ventana del final del pasillo. La escalera de emergencia está ahí.

No dudo en dirigirme hacia allí y salir por ella. Noto como algunos puntos se me saltan durante el proceso, pero no le doy demasiada importancia.

Bajo las escaleras, oxidadas y poco seguras, a paso ligero y sin perder detalle de nada de lo que hay a mi alrededor. Justo cuando piso la acera, escucho el sonido de pasos y de los walkies de la policía.

Justo debajo de la escalera se encuentran los contenedores, que están a rebosar de basura, así que, aunque no es mi opción favorita, acabo por ocultarme entre las bolsas hasta que pasa el peligro.

Lo más probable es que toda la calle y alrededores estén cubiertas de policías con ganas de tocar los cojones así que… Mi mirada se clava en la tapadera de la alcantarilla que hay junto a los contenedores. Hago una mueca y me acerco a ella. La levanto y, después de mirar nuevamente a mi alrededor como un auténtico desquiciado, me introduzco por el estrecho conducto. El olor nauseabundo no tarda en invadir mis fosas nasales.

Tras deslizarme por unos peldaños húmedos y oxidados que se encuentran anclados a la pared, al pisar el suelo arrugo los labios puesto que he caído en un charco de agua estancada.

Saco mi móvil y enciendo la linterna. Con paso firme, y reprimiendo el dolor que siento en las heridas, me muevo veloz por las cloacas de la ciudad eterna. Llego a una apertura que da al exterior y freno en seco al descubrir que desemboca directamente al Río Tíber.

Joder.

Retrocedo un par de pasos hacia atrás y noto como todos los músculos del cuerpo se me tensan al sentir el móvil vibrar en mis manos.

Es un número que no tengo registrado y que no reconozco.

Niego con la cabeza e ignoro la llamada. Continuo caminando por las cloacas, sorteando ratas y conteniendo la respiración en algunos tramos, en busca de otra salida.

El mismo número me intenta llamar cinco veces más. No respondo una sola vez.

Se me han saltado algunos puntos más y noto como la sangre discurre por mi costado, empapándome la ropa. Me apoyo en la pared de piedra y cierro los ojos durante unos segundos, después, al abrirlos, hurgo en la mochila que he cogido al salir de la casa de Filipo y saco la grapadora de heridas.

Me abro la camisa y arranco el apósito. Acerco la grapadora a mi piel, contengo la respiración, y doy varios toques. Me muerdo el labio con fuerza, reprimiendo cualquier reacción por mi parte. Me coloco un apósito limpio y vuelvo a abrochar los botones de mi camisa.

El móvil vibra de nuevo.

Ahora es un mensaje.

Desbloqueo la pantalla y me quedo paralizado observando la notificación que he recibido del mismo número que estaba llamándome.

‘‘Sé que la policía está buscándote. Déjame ayudarte, por favor’’.

El mismo número vuelve a llamarme.

Con el ceño fruncido, y la desconfianza palpándome bajo la piel, me atrevo a descolgar la llamada.

—Massimo —susurra una mujer al otro lado.

Noto un calambre en el estómago.

Es Norma.

Mi… madre.

—Massimo, ¿estás ahí?

Aprieto mucho los dientes. También los puños. Tanto, que el móvil cruje.

—Déjame ayudarte, por favor.

—¿Qué coño te hace pensar que voy a confiar en ti? —mascullo con intención de colgarle.

—Soy tu madre, Massimo —continúa hablando en voz baja y de forma apresurada, parece nerviosa, lo que me genera aún más desconfianza—. Confía en mí, por favor. Tu hermano me ha contado lo que ha pasado, también lo he visto en las noticias. ¿Dónde estás? Toda la policía está buscándoos a Rhim y a ti.

Se me escapa una risa.

—Es eso, ¿no? Estás con la policía. Te han pinchado el móvil y van a utilizar la baza del amor de madre para conseguir mi ubicación.

—¿Qué? No. No, Massimo. Estoy con Yang Mi. Ella no está de acuerdo con esto, pero… quiero ayudarte. Déjame hacerlo. —Sorbe por la nariz—. Hay una propiedad en las afueras de la ciudad que pertenece a mi familia. Era de mi padre, de tu abuelo. La casa de campo, ¿te acuerdas? Está vacía y hace años que nadie la habita. La policía no irá por allí, ni siquiera hay documentación que relacionen ese lugar contigo o con nuestro apellido. Yo estaré allí, esperándote.

—¿De verdad crees que soy tan imbécil como para caer en eso? En cuanto ponga un pie en esa puta casa, estaré jodido. La policía estará esperándome. Será como ir a un jodido matadero.

—¿Por qué piensas que sería capaz de hacerte eso? ¡Eres mi hijo!

—No dejas de ser la misma mujer que me abandonó con Matteo. Ya me traicionaste una vez, ¿recuerdas?

Suspira.

—Massimo, por favor. Confía en mí. —Suena desesperada—. Sé que yo tengo gran parte de la culpa de que todo esto haya sucedido así. Te dejé en manos de tu padre. Un desalmado que te apaleó durante años y que boicoteó todo lo bueno que había en ti. Que te convirtió en… lo que eres. No puedo volver atrás, pero te juro que si pudiera hacer las cosas de otro modo…

Noto la garganta reseca. Me obligo a tragar saliva varias veces seguidas.

—Las cosas son las que son. No puedes cambiar nada. Nuestros actos son los que nos definen y… aquí cada uno estamos retratados —espeto.

—Por eso, déjame ayudarte. Déjame… cuidarte. Por favor, hijo…

Niego con la cabeza. Finalizo la llamada y, con la paranoia corroyéndome la mente, apago el móvil y lo dejo caer al canal de agua.

No puedo confiar en ella.

No me fío de nada que salga por su boca.

Nadie puede garantizarme que esté diciéndome la verdad.

Continúo caminando hasta llegar a otra desembocadura de las cloacas. Esta, a diferencia de la otra, viene a conectar con un embalse de agua.

Doy un paso atrás y le coloco el silenciador a mi pistola. Apunto a los candados que mantienen la reja enclaustrada al conducto y disparo sin pestañear. Acaban rompiéndose, pero el acero está tan oxidado que por mucho que empuje, no se mueve. Está atascada.

Le pego varias patadas, provocando que la piel herida me escueza, y al ver que nada da

resultado, opto por coger algo para hacer palanca.

Intentar atravesar los barrotes no es una opción, puesto que son demasiado estrechos. Ni siquiera me coge el brazo.

Después de un rato escaneando la zona, encuentro una vara de acero, también oxidada. La pongo en el borde de la reja y comienzo a hacer fuerza. Todo cruje a mi alrededor.

No sirve de mucho, pero si para abrir un hueco lo suficientemente grande como para meterme por él.

Miro hacia abajo y, sin pensar, me dejo caer al agua del embalse. La distancia no es demasiada, pero el impacto de mi cuerpo en el agua fría hace que me quede rígido durante unos cuantos segundos.

Nado hasta la pared de piedra, en la que hay construidas varias filas de escaleras y cuando llego a la superficie, me permito observar a mi alrededor.

No tengo ni puta idea de donde estoy.

Camino, empapado hasta la médula, por un sendero de césped mal cuidado y con el sol escondiéndose entre las nubes, sin saber muy bien hacia donde me estoy dirigiendo.

Pienso en Rhim.

En si habrá conseguido salir de Roma.

Si habrá podido saltarse los anillos policiales.

Si estará… bien.

Sacudo la cabeza y trato de pensar en otra cosa.

Después de unos minutos, llego a lo que parece ser una carretera secundaria. Un cartel me indica que el centro de Roma se encuentra a unos pocos kilómetros de distancia.

Con un movimiento veloz, me escondo detrás de unos arbustos al ver, a lo lejos, como varios coches de policía se acercan.

—Me cago en la puta —murmuro.

A través de las ramas, veo como los coches y motos policiales pasan de largo. Estoy a punto de salir cuando el sonido del motor de un coche deteniéndose capta mi atención. Escucho la puerta abrirse y algunos pasos.

Preparo la pistola, dispuesto a liarme a tiros con quien haga falta, y cuando noto los pasos lo suficientemente cerca, salgo de mi escondite y quito el seguro.

Norma levanta las manos y jadea con sorpresa.

Frunzo el ceño.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte —responde.

—¿Qué? ¿Y cómo me has encontrado, joder?

—Cuando hablamos por teléfono… Le pedí a Yang Mi que pusiera a alguien de su equipo a rastrear la señal. Lo siento. Solo… quería ayudarte. Nadie más sabe dónde estoy, te lo prometo. Y ella no dirá absolutamente nada, ya la conoces.

Me froto la nariz con exasperación y comienzo a negar con la cabeza. Ella, pillándome por sorpresa, me agarra por el brazo. Nos miramos fijamente. Noto mis pulsaciones aceleradas contra las sienes.

—Massimo, por favor. Ven conmigo. Todo va a ir bien.

Suelto un bufido.

—Te juro, y yo siempre cumplo con mis promesas, que como me la estés jugando y todo esto sea una puñetera patraña para entregarme a la policía… Te volaré los putos sesos yo mismo. Te arrastraré al infierno conmigo. —Nos sostenemos la mirada—. Y te aseguro que no me

temblará el pulso.

Norma no responde. Solo me guía hasta el todoterreno que ha dejado aparcado en el arcén. Se monta y se queda mirándome desde el asiento.

—Vamos, sube —dice—. La policía está llenando todos los caminos. Tenemos que darnos prisa.

Aprieto los puños y, tras soltar todo el aire que he contenido sin darme cuenta, me subo al coche por la parte de atrás dando un portazo.

Norma arranca el motor y, pronto, comenzamos a alejarnos de la zona en la que me ha encontrado.

42
MASSIMO

La casa de campo de mis abuelos maternos apenas es un recuerdo borroso en mi subconsciente. Sé que vine aquí en alguna ocasión, puesto que todo lo que me rodea, de alguna forma, me resulta más familiar de lo que pensaba.

Tampoco es que Norma tuviese mucho contacto con ellos.

Matteo no los soportaba.

Él siempre solía preferir reunirse con la sangre de su sangre. Sus dos hermanos, mis primos y mi abuelo paterno.

Norma y yo nos bajamos del coche en completo silencio; el mismo que nos ha acompañado durante el trayecto. Entramos en el caserón y el olor a polvo mezclado con la humedad y el hedor a espacio cerrado durante años no tarda en sobrevenirnos. Aunque, a pesar de ello, y sorprendiéndome, no parece tan deshabitada como cabría esperar. La decadencia y el paso del tiempo está presente en la atmosfera y al mismo tiempo… no.

A excepción de los coches de policía que nos hemos cruzado por el camino, por esta zona no hemos visto ninguno. Ni siquiera en los alrededores. He sentido cierto alivio por ello, aunque no termino de fiarme de ella ni de su actitud.

Atravesamos el recibidor hasta llegar a lo que, en su día, fue un ostentoso salón-comedor y ella se encarga de quitar las sábanas polvorientas que cubren los sofás.

—Siéntate —me pide—. Te curaré esa herida. —Señala mi costado con la cabeza. Al saltar al agua del embalse, la sangre que teñía mi camisa se ha expandido por casi toda la prenda, dando la sensación de que ahora, en lugar de blanca, es de un tono rosado.

—No es necesario.

Ella aprieta los labios y asiente.

—Deberías cambiarte de ropa. Estás empapado y con el frío que hace puedes coger una pulmonía. Iré… arriba. Creo que aún queda algo de ropa.

—No necesito que hagas nada más. Estoy bien así.

—Deja que me preocupe por ti, maldita sea.

Aprieto los labios y no puedo evitar soltar uno de mis dardos venenosos.

—Creo que llegas un poco tarde para ello, ¿no te parece?

Se sienta en el sofá y se tapa la cara con las manos. Lo que me faltaba, un numerito cargado de dramatismo. Antes de que yo pueda moverme, levanta la cabeza y me mira. Le brillan los ojos como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—Lo entiendo, ¿vale? Me odias. Te rompí el corazón. Te abandoné. —Asiente con la cabeza—. Entiendo que no confíes en mí, pero… por favor, déjame ayudarte. Dejar que alguien se preocupe por ti no va a matarte…

Sus últimas palabras actúan como una daga clavándoseme en el esternón. Ya he oído esa frase antes. Rhim me la ha dicho en alguna ocasión.

Meneo la cabeza y acabo sentándome en un sillón individual. La miro fijamente.

—¿Por qué haces esto? —Señalo nuestro alrededor con la mirada—. Y, por una vez en tu vida, te agradecería que fueses sincera. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué… quieres ayudarme?

Norma suspira y se levanta del sofá, sus ojos aún brillan, reflejando cierta angustia y

pesadumbre. Se acerca lentamente hacia mí con una expresión vulnerable que hace que sienta nauseas.

—Sé que no merezco tu perdón y, de verdad, te juro que con que hayas venido aquí y hayas depositado, aunque sea un mínimo de confianza, me siento muy satisfecha. —Traga saliva—. No espero que me perdones. Pero, aunque suene egoísta, desde que nos encontramos y supe que la noticia de tu muerte era falsa, no puedo dejar de, algún modo, intentar redimirme contigo. —Se encoge de hombros—. Con tus hermanos me pasó algo parecido, pero contigo… Siento que contigo es diferente. Quizá ya no, pero hubo un tiempo en el que estuvimos muy unidos. Siempre fuiste mi… ojito derecho. Aunque eso a Matteo le reventase por dentro.

Habla mirándome a los ojos. Incluso se atreve a estirar la mano para sujetar la mía. Yo la aparto de golpe. Arrugo el entrecejo y tenso la mandíbula.

—¿Redimirte? —suelto una carcajada cínica—. Después de lo que hiciste, ¿crees que por hacer de ángel de la guarda y traerme a este lugar de mierda va a cambiar algo entre nosotros? A mis putos ojos sigues siendo la misma zorra que fingió su muerte y me abandonó.

Ella baja la mirada.

—No, claro que no —asegura—. Pero es un comienzo. Quizá ya sea demasiado tarde y no pueda deshacer nuestro pasado, pero puedo intentar hacer algo bien en el presente.

La mirada intensa de sus ojos parece buscar algo en los míos, quizás un atisbo de comprensión.

Bufo.

—¿Hacer algo bien? ¿En serio? —espeto con rabia—. Después de años callada, ocultándote, de dejarnos atrás, ¿ahora te importa hacer algo bien? No me jodas, anda.

—No quiero perder a mi hijo.

Su respuesta hace que me vea en la necesidad de apretar los dientes con mucha fuerza, llegando a hacerme daño en la mandíbula.

—Deberías de habértelo pensando antes de desaparecer de mi vida.

No soporto esto.

No la soporto a ella.

Me pongo de pie y decido irme a otra de las estancias del gran caserón.

Después de un rato merodeando por la planta principal acabo subiendo al piso de arriba. De nuevo, la sensación de que este lugar no está tan abandonado como debería, vuelve a asaltarme.

Paso delante de una habitación cuya puerta se encuentra abierta y el mobiliario infantil que la compone me llama la atención. Me quedo apoyado en el marco de la puerta y, de forma inconsciente, como si alguien estuviese proyectando una secuencia de imágenes delante de mí, soy capaz de visualizarme a mí mismo, con unos cuantos años menos, allí.

Me veo sentado en los pies de una de las dos camas, observándome el brazo, lleno de quemaduras de cigarro que mi padre me había hecho por responderle mal. Tocaba cada uno de los círculos irritados y sangrientos con la punta de los dedos y me apretaba, causándome más dolor.

También veo a mi hermano Niccolo, arrinconado en el suelo, abrazado a sus piernas, mientras llora sin cesar. Era la primera vez que Matteo le ponía la mano encima.

—Deja de llorar —le dije—. Ser una nenaza no hará que te duela menos —añadí sin mirarle. Estaba concentrado en llevar mi dolor hasta el límite. Superarlo. Minimizarlo. Desde aquella noche en la que, con tan solo ocho años, Matteo fue capaz de empalarme con un bate de beisbol, me juré a mí mismo que jamás volvería a sentir dolor. De ningún tipo. En aquel recuerdo había cumplido los doce hacía relativamente poco y había recibido tantas palizas entonces que

unas quemaduras de segundo grado ni siquiera me impresionaban. Mi nivel de tolerancia al dolor había incrementado a pasos agigantados, y Matteo lo sabía.

—¿Por qué nos hace esto, Massimo?

Mi yo preadolescente miró a Niccolo. Apreté los labios mientras hundía mis dedos aún más en las heridas de mi brazo.

—Para que merezcamos la pena —dije.

Pestañeo y el recuerdo se disipa de mi cerebro. Frunzo el ceño y me animo a entrar en la habitación.

Me siento en la misma cama donde lo hice hace años. Observo el rincón donde Niccolo lloraba y me arremango la camisa, dejando al descubierto mi antebrazo. Las cicatrices de aquellas quemaduras siguen ahí, aunque ya apenas se distinguen. Suelto un suspiro y levanto la vista para clavarla en un marco de fotos que hay sobre la cómoda.

Es la misma fotografía que encontré en el abrigo de Rhim cuando nos reencontramos hace unas semanas. Aunque, a diferencia de aquella, esta es la foto completa. La original. Mi hermano y yo, de pequeños, sonriendo junto a nuestra madre.

Un crujido hace que voltee el rostro hacia la puerta. Como no, Norma está ahí.

—¿Piensas dejarme en paz en algún momento? —espeto.

Ella me ignora.

Entra en la habitación y toma asiento a mi lado. Se queda mirando al suelo.

—Pasé muchos años de mi vida viniendo aquí, a esta habitación, ¿sabes? Era lo más parecido a sentiros cerca —dice. Enarco las cejas mientras la miro—. Esta casa fue mi escondite los primeros años tras fingir mi muerte —aclara—. Cada día venía aquí, me sentaba y lloraba mientras pensaba en vosotros. La culpabilidad me ha perseguido durante todo este tiempo. Me asfixiaba. —Se encoge de hombros—. Me asfixiaba tanto como lo hacía compartir mi vida con tu padre. Una vida que yo no elegí. —Traga saliva—. Pero, a la larga, asumí, y entendí, que la decisión que tomé, por mala que fuese, me salvó la vida y también os la salvó a vosotros. Porque te aseguro que si yo no me hubiera quitado de en medio, habría sido el propio Matteo quien me hubiese matado. —Las lágrimas recorren sus mejillas. Yo no me muevo. Apenas pestañeo, incluso. Me limito a escucharla en silencio—. Sabía los planes que vuestro padre tenía con vosotros para el futuro dentro de su organización, y sabía que erais fuertes. Por eso sacrifiqué mi vida junto a vosotros. Porque aunque quedaros con él fue infinitamente peor, sabía que ibais a tener una oportunidad. Conmigo esa posibilidad no existía, porque si mi plan salía mal y Matteo descubría la verdad, me mataría. Y luego haría lo mismo con vosotros.

Mientras la escucho, pienso en aquello que, hace algún tiempo, le dije a Damiano en más de una ocasión.

A veces se deben hacer sacrificios por las personas a las que queremos. Cosas horribles, incluso.

Clavo la mirada en el suelo.

—Supongo que lo de ser un hijo de puta capaz de abandonar a su hija por un bien mayor es algo que me viene en la sangre —murmuro.

Norma sorbe por la nariz.

—No eres un hijo de puta. Hiciste lo que creías que era lo mejor, y eso es respetable.

Se me escapa una carcajada.

—Por eso te casaste con Matteo, ¿no? Porque te encanta apoyar a las causas perdidas.

Nos miramos.

Ella niega con la cabeza y resopla con cansancio.

—Casarme con Matteo fue el mayor error que he cometido en mi vida, pero lamentablemente no fue algo de lo que yo tuviese el control. Alguien más lo decidió por mí —responde con pesadumbre. Ya había oído esa historia antes. Matteo no se preocupaba en ocultar la conveniencia de su matrimonio con Norma—. Sin comerlo ni beberlo, un día me vi atada a un hombre miserable que convirtió mi vida en una pesadilla constante. Así que, por favor, te agradecería que si vas a insultarme de alguna forma, no sea de esa. —Suelta un resoplido—. Y no, no soy fan de ninguna causa perdida. Porque, por mucho que tú pienses lo contrario, no lo eres. Solo eres mi hijo. Un hombre al que la vida no ha tratado bien, y las circunstancias de esta, le han llevado a tomar determinadas decisiones cuestionables. Debías tomar una dirección y elegiste la tuya.

—Deja de hablar como si me conocieras. No sabes una mierda sobre mí. —De nuevo, libero mi rabia en cada palabra—. Ya no soy el puto crío que encontró a su madre ahogada en una bañera puesta a alcohol y ansiolíticos.

—Ahí te equivocas —advierte—. Quizá haya permanecido oculta y ausente durante mucho tiempo, pero he estado al corriente de todos tus pasos. Tanto de los tuyos como los de tus hermanos.

—Entonces sabrás que no he sido el angelito que esperabas. Niccolo ocupó ese puesto. ¿Le has dado ya la palmadita en la espalda que tanto necesita para hacerle saber lo bueno que es y lo orgullosa que estás de él?

—Ambos siempre fuisteis muy diferentes —apunta—. Incluso cuando erais pequeños. Tenéis personalidades distintas. Otro modo de ver las cosas. Y eso no está mal. —Se aclara la garganta y, sin motivo alguno, me coloca la mano en la rodilla. Yo hago amago de moverla, pero ella aprieta los dedos con fuerza para evitar mi rechazo—. Sé todo lo que has hecho. Sé que has hecho mucho daño a personas inocentes. Incluso a tu hermana pequeña. Sé que todo el mundo ahí fuera tiene motivos de sobra para ir en tu contra. —Asiente mientras habla y busca mi mirada continuamente—. Pero también sé que no tuviste otra opción. Matteo no permitió que hubiese otra opción. Por eso, al margen de todo lo que haya pasado y todo lo que hayas hecho, te guste más o te guste menos, te miro y solo veo a mi hijo. A sangre de mi sangre. Mi familia. Y una madre daría la vida por sus hijos.

Aprieto los ojos y suelto un resoplido. Me froto el puente de la nariz.

—Empiezo a entender por qué Matteo no te soportaba, ¿sabes? Eres como un puto grano en el culo.

Norma se ríe al escucharme. Frunzo el ceño y la miro. Ella me ofrece una nueva sonrisa y lleva su mano a mi mejilla. Me acaricia la barba, de varios días, y yo me quedo paralizado.

—Mi niño… —murmura— Siempre fuiste el más malhablado de todos tus hermanos. Incluso los profesores me dieron el aviso sobre tu vocabulario en más de una ocasión. —Sonríe otra vez, como si estuviese acordándose de aquel momento—. A Niccolo le decías constantemente eso, que era un grano en el culo. Que no lo soportabas. Yo sabía que no era así. No sé en qué punto se rompió vuestra relación, pero lo que sí sé es que adorabas a tu hermano tanto como él te adoraba a ti.

—Eso forma parte del pasado. Niccolo y yo nos encontramos a años luz el uno del otro, y tampoco es que me interese llevarme bien con él. —Carraspeo—. Una vez que las cosas se rompen, se han roto. No hay vuelta atrás. Ambos estamos mejor así.

Norma asiente.

—¿Qué hay de tu presente? ¿Y tu futuro? —me pregunta—. ¿Qué hay de… Rhim?

—¿Qué pasa con ella? —finjo indiferencia.

Con solo escuchar su nombre siento un escalofrío y no puedo evitar preguntarme si estará bien. Si habrá conseguido dar esquinazo a la policía y si ella…

—Tuvisteis una hija juntos. Y algo me dice que no fue cosa de una noche. Ni pasajero.

—No hay amor, si es lo que estás intentando preguntar.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana. El jardín trasero del caserón se ve bastante descuidado. La piscina está llena de hierbajos que sobresalen por todas partes.

—Cuando la conocí, ella me dijo algo parecido sobre vosotros —habla a mi espalda—. No he tenido la oportunidad de conocerla en profundidad, pero se nota a leguas que es una chica fuerte. Un hueso duro de roer. Como tú.

No le respondo.

¿Para qué?

La escucho levantarse y me agarra el hombro, haciendo que me gire.

—Vamos, te curaré esa herida antes de que se infecte —me dice, señalando con la cabeza mi costado.

La noche se cierne sobre nosotros sin darnos cuenta, igual que la madrugada.

Hace frío.

Estamos en el mismo salón comedor que esta mañana, al llegar. Los restos de la comida enlatada que había en la despensa continúan sobre la mesa y cada uno nos encontramos en un rincón de la habitación.

En cuanto den las cinco, voy a irme. Antes de marchase, Nino y Damiano han dejado dispuesto mi yate para navegar hasta Riomaggiore, un pueblo costero de las afueras. Allí recogeré la documentación falsa que mi medio hermano ha preparado para mí y me marcharé a Sicilia en un barco turístico.

Allí mi situación es algo distinta a la actual. Tengo comprada a toda la policía, por lo que pasar desapercibido me resultará más sencillo. Lo de la INTERPOL es algo más complejo, pero no imposible.

Pensar en esos cerdos vestidos con uniforme y portando placa hace que recuerde como Rhim se enfrentó a Michel. Cómo me dio a mí el poder de rematar lo que ella había hecho.

Sentí algo parecido a la admiración.

Fascinación, quizá.

Norma no se equivocaba cuando antes me ha dicho que éramos parecidos.

De nuevo me encuentro pensando en ella.

Un pensamiento de lo más impulsivo me apremia.

No tengo móvil, puesto que lo he arrojado a las aguas de la cloaca, así que busco a Norma con la mirada hasta encontrarla en un sillón, sosteniendo un libro entre las manos. Cuando nota que la estoy mirando, lo aparta y me mira.

—¿Qué pasa? —dice.

—Necesito un móvil.

Enarca las cejas.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con alguien.

No profundiza demasiado en obtener detalles de mi petición, cosa que agradezco en silencio. Se levanta del sillón y hurga en el bolso de tela que ha traído con ella esta mañana. Saca de su interior un teléfono antiguo, de los de teclas, y me lo enseña.

—Haz lo que tengas que hacer y…

—Destruyo la tarjeta SIM, ya lo sé. No es mi primera vez —contesto con los parpados

entornados—. Y parece que la tuya tampoco.

Nos sostenemos la mirada durante unos segundos. Los suficientes como para darme cuenta de que la mujer que tengo delante oculta muchos más secretos de los que pienso.

Se acerca para entregarme el móvil y sin que yo tenga que decirle nada, se marcha para dejarme solo.

Marco el número de Rhim de memoria y me coloco el aparato en la oreja.

Descuelga en el tercer tono, aunque no habla. Ni siquiera la escucho respirar.

—Reina —pronuncio su apodo y aguardo a que responda.

Un suspiro me llega desde el otro lado.

—Estoy aquí.

Me mordisqueo el labio inferior.

—¿Todo bien? ¿Has podido salir de la ciudad?

—Ojalá. Los anillos policiales se han cuadriplicado y he tenido que esconderme. Ahora mismo intentar salir de Roma es una jodida misión suicida a menos que quiera que me cojan, claro. —Bufa—. ¿Tú lo has conseguido?

—No. Estoy… Estoy con Norma. Me ha… —Carraspeo— Me ha ayudado.

—Vaya.

—Sí.

Silencio.

—¿Qué planes tienes? —me pregunta.

—Sicilia, ya lo sabes. ¿Tú?

—No lo sé. ¿No ves demasiado arriesgado continuar en Italia?

Hago una mueca.

—Lo arriesgado sería no hacerlo. Esos putos policías se crecerían pensando que me he acobardado y he huido. No voy a darles ese placer.

—¿Y qué harás cuando te encuentren?

—Lo que he hecho toda mi vida, pequeña. Pelear. Enseñarles que Massimo Vizzini ha vuelto para quedarse.

La escucho reír. Yo también lo hago.

Vuelve a consumirnos el silencio.

—¿Por qué te has ido sin decirme nada? —le pregunto.

Se queda callada unos segundos.

—Las tradiciones no deberían romperse —contesta.

Tuerzo los labios y la voz de Damiano diciéndome que el karma es un hijo de puta viene a mi mente.

—Sí, es verdad —contesto.

Rhim se aclara la garganta al otro lado.

—Rhim

—¿Qué?

—Si aún no has decidido lo que vas a hacer… En dos horas voy a coger mi barco en Civitavecchia. Ven conmigo. Te sacaré de Roma y ya, después, decides lo que quieres hacer.

—No sé si eso es lo más apropiado. Y tampoco quiero deberte nada.

Sus palabras me ofenden, he de reconocerlo.

—No pensaba cobrarte nada.

—No sé, Massimo…

—Piénsatelo. Te daré unos minutos de cortesía y si finalmente decides no venir, me

marcharé.

—Vale. Gracias.

Ambos colgamos la llamada al mismo tiempo. Observo el móvil con los labios apretados y, tras quedarme así, con la mirada perdida, durante unos segundos, saco la tarjeta SIM y la parto por la mitad.

43
RHIM

Dejo el móvil sobre la mesa y suelto un suspiro. Estoy atrincherada en el piso de Damiano. La policía nunca nos ha relacionado, así que no tiene por qué ser un lugar sospechoso. Además, nadie me ha visto entrar y tampoco he dejado indicios de mi paso. Ni siquiera he encendido las luces.

Se ha dejado un paquete de tabaco a medio empezar en el sofá, y yo me he tomado la libertad de fumarme alguno, para matar los nervios y el aburrimiento.

La cosa se ha puesto fea ahí fuera. Aunque, tal y como se han dado las cosas con Michel y la justicia, en general, era de esperar que todo acabase complicándose más de la cuenta.

Lo que me ha propuesto Massimo es tentador, sobre todo para poder salir de aquí, pero lo que tengo delante en estos momentos también lo es. Y sin uno, no podría hacer lo otro.

Zouk me observa en silencio, esperando a que diga algo. Le he llamado para que viniese y justo cuando ha llegado, Massimo me ha llamado. Él me ha estado escuchando en silencio y con mucha impaciencia.

—¿Y bien? —me dice—. ¿Qué es lo que quieres? Y lo más importante, ¿cómo tienes los santos cojones de llamarme a mí? A un policía. Tienes a todo el puto mundo buscándote.

—Sé que tú no vas a delatarme.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué? No te debo una mierda.

Me encojo de hombros.

—Bueno, cariño, estás aquí y no veo a ningún coche patrulla esperándome en la puerta. No dejas de ser un poli corrupto. Y sé que en el fondo, hasta te caigo bien. Igual que a tu madre —respondo—. Vosotros a mí también. Bueno, tu madre más que tú, pero ya me entiendes.

—No vayas de lista, anda —espeta—. Dime, ¿qué quieres?

—No sé, Zouk, dímelo tú, ¿qué puedo querer?

—Ya te dije una vez que no puedo hacerme cargo de cosas que se escapan a mi control. Y la INTERPOL se escapa a mi control a una escala muy grande.

—Pero los carabinieri no —respondo cruzándome de piernas.

—No puedo hacer eso. No puedo retirar una orden de búsqueda y captura sin dar unos argumentos sólidos, esto no es una puta película de Hollywood, Rhim.

—Eres inspector de policía, claro que puedes. Ya metiste la mano una vez para evadir los cargos que tenían sobre mí, ¿o ya se te ha olvidado?

Suelta un bufido.

—Dos agentes de la INTERPOL están muertos, Rhim. ¿Te das cuenta de la gravedad del asunto? Las cosas se han ido de madre, joder. Lo mejor que puedes hacer es entregarte.

—Entregarme no es una opción, Zouk. Y lo sabes.

—¿Y vivir huyendo lo es? ¿Acaso eso es vida siquiera?

—Lo es. ¿Y sabes qué? Que si volviese a tener la oportunidad de matar al bastardo de Michel, lo haría. ¿Sabes por qué? Porque ese cerdo fue el responsable de que mi hija Aurora no esté conmigo. Él la mató. Y yo le he matado a él. Justicia poética, ¿no?

Zouk enarca las cejas. Supongo que, al igual que para el resto, esta información era totalmente desconocida para él.

—Joder, Rhim.

—Necesito salir de Roma. Contén a tus perritos durante unas horas. Tampoco te estoy pidiendo mucho, ¿no?

Menea la rodilla de arriba abajo sin cesar. Está nervioso. Indeciso.

—Todas las salidas están controladas por la policía. No puedo retirarlos a todos sin llamar la atención de mis superiores. Hay agentes en todas partes, ¿entiendes? Lo que me estás pidiendo es imposible.

—Con que me ganes algo de tiempo extra me vale —le digo—. Y si me despejas la zona de Civitavecchia casi que mejor.

Frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Qué piensas hacer? ¿Tiene que ver con Massimo? Porque a él si que no pienso hacerle un solo favor. No voy a pasar por el aro, te lo advierto.

—Tiene que ver conmigo.

No me cree, puedo ver la incredulidad en sus ojos.

—¿Te doy un consejo? Tu relación con ese tío te acabará costando la vida. Por ahora te está costando la libertad. Hazte un favor y sal de ahí.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Gracias por el consejo, cariño, pero no te lo había pedido. Y, por favor, ¿podéis dejar todos de pensar, y dar por hecho, que cada cosa que hago o dejo de hacer tiene que ver con Massimo? Mi vida no gira en torno a él, por suerte.

Me saco un fajo de billetes del bolsillo de la chaqueta y se lo paso por encima de la mesa. Él observa el dinero y luego me mira directamente a los ojos.

—No quiero tu dinero, Rhim. Pensaba que lo habías pillado cuando te devolví ese ingreso ‘‘desinteresado’’ que hiciste a mi cuenta hace poco. —Resopla—. No quiero nada que tenga que ver con tus negocios. Si, por un casual, esos movimientos y cargos se interceptasen, se me cae el pelo. Por mis amigos correría el riesgo, pero por ti no. Espero que lo entiendas.

Ruedo los ojos.

—Es mi forma de asegurarme de que vas a hacer lo que te he pedido. Hazlo, y en cuanto salga de Roma te haré una trasferencia con lo que falta. Nadie te relacionará conmigo porque los cargos se hacen desde una cuenta que no tiene nada que ver conmigo.

—Te he dicho que no quiero tu dinero. —Lo aparta con la mano, acercándomelo de nuevo. Nos sostenemos la mirada—. Tienes una hora. Ni una más, ni una menos. No hagas que me arrepienta.

Asiento a la vez que lleno mis pulmones.

—Gracias.

—No vuelvas a llamarme —advierte—. De lo contrario, me veré en la obligación de detenerte. No voy a jugarme el pellejo por ti.

—Descuida.

Se levanta y mientras camina hasta la puerta del piso de Damiano, se gira para mirarme por última vez. No dice nada y yo tampoco.

En cuanto se marcha y estoy completamente sola, miro la hora en el reloj de la pared y me acerco al bolso, que he dejado encima de le encimera de la cocina. Compruebo que mi pistola está ahí, y que tengo munición, y también que dispongo de efectivo suficiente, añadiendo lo que Zouk ha rechazado.

Voy al cuarto de baño y cuando salgo, me quedo parada en la puerta. Hay una silueta en el sillón. Alguien sentado. Puedo verle desde aquí.

El estómago me da un vuelco.

Por inercia, retrocedo hacia atrás, pero el sonido de un arma despojándose del seguro hace que tense todos los músculos del cuerpo.

—No ha sido muy complicado dar contigo, cielo.

La voz de Kosta llega a mis oídos.

Tiene que ser una puta broma.

—Te dije que tus actos tendrían consecuencias —Alza la voz aún más.

Camino a paso lento por el pasillo, arrepintiéndome de no haberme llevado el maldito bolso al baño. Justo cuando llego al marco de la puerta que separa el pasillo del salón de Damiano, me encuentro con que Kosta no está solo, sino que ha venido acompañado por dos de sus matones.

Ni siquiera tengo tiempo a reaccionar.

Ambos se abalanzan sobre mí, sujetándome con fuerza por los brazos y retorciéndomelos de tal manera que con un simple forcejeo mío, pueda llegar a desencajármelos de su sitio.

Kosta se levanta del sofá con parsimonia y me ofrece una sonrisa.

—Mira que te has hecho de rogar, eh. Pero ya eres mía. Toda mía.

Con toda la rabia que ya no puedo contener, suelto un escupitajo que le llega directamente a la cara.

—Si vas a ponerme un precio, espero que sea alto —espeto llena de ira y desesperación. Me siento atrapada. Esos dos orangutanes son demasiado grandes y tienen demasiada fuerza. Por no hablar de mi falta de armas para defenderme.

Kosta se ríe y acerca la cara a mí. Parece que no le importa llevar mi saliva recorriéndole la mejilla.

—¿Un precio? ¿Eso es lo que piensas? ¿Que te voy a poner a disposición de un traficante? —dice entre risas—. No, no. Quizá al principio sí que tuviese ese pensamiento, pero después de conocerte… Tengo otros planes para ti.

Aprieto los dientes y no puedo evitar fruncir el ceño.

—Te vas a casar conmigo —añade como si tal cosa—. Sería un estúpido si desaprovechase la oportunidad. Quiero tu poder y quiero tu dinero. Y tus contactos, claro.

Creo que mi carcajada se escucha hasta en la otra punta del mundo.

—Debes estar muy mal de la cabeza si piensas que voy a casarme contigo —respondo asqueada.

Él se ríe también.

—Bueno, cielo, no es como si tuvieses más opciones. Tú te has buscado esto matando a mi padre y faltando a tu palabra en nuestro trato. Las cosas podrían haber sido muy diferentes entre nosotros, pero tú te has empeñado en ir por el lado contrario todo el tiempo… —Se encoge de hombros— No digas que no te lo advertí.

—¡Que yo no maté a tu padre! —chillo.

Kosta me coloca el dedo índice en los labios y me chista, mandándome a callar. Yo intento forcejear para encararme con él y tengo que apretar los dientes con fuerza para reprimir el grito de dolor al sentir como los brazos se me retuercen.

De un momento a otro, el cristal de la ventana se revienta y el sonido de un disparo hace que nos sobresaltemos. Pronto, noto como uno de los agarres de mi brazo comienzan a aflojarse. El hombre que me sujetaba se desploma a un lado con un hilo de sangre recorriéndole la frente.

En el mismo instante en que pego un empujón al otro para terminar de soltarme, Zouk Takahasi atraviesa la ventana como si estuviésemos dentro de una escena de una película de acción. Da una voltereta en el suelo y cuando se levanta le coloca el cañón de la pistola directamente a Kosta en la cabeza.

Yo, por mi parte, movida por el frenesí del momento, me agacho para coger la pistola del cadáver y apunto al otro hombre. Mi pecho sube y baja con rapidez. Intercambio una mirada confusa con Zouk y él aprieta la mandíbula.

La situación es delicada. Ahora mismo tengo dos cañones de pistola apuntándome directamente a mí: la de Kosta y la de su hombre.

—Baja el puto arma —murmura Zouk.

Kosta se ríe.

—¿Me vas a obligar? —le responde sin apartar la mirada de mí—. Ni siquiera este policía de pacotilla te va a salvar de tu destino, cielo. Espero que lo sepas.

Zouk se saca otra pistola de la cinturilla del pantalón y apunta al otro hombre. Me lanza una mirada rápida y luego mira a la ventana.

—Los vecinos ya habrán escuchado los ruidos y habrán alertado a las autoridades —dice el hijo de Yang Mi—. Estamos en un lugar céntrico. En menos de cinco minutos estarán aquí. No hagas esto más complicado y baja el arma.

Kosta tensa la mandíbula. A pesar de la advertencia de Zouk, no se mueve.

En lugar de bajar el arma, aprieta el gatillo.

Una bala impacta de manera brusca contra mi hombro, haciendo que suelte un bufido por la impresión.

Tal y como ya había vaticinado Zouk, las sirenas de policía comienzan a escucharse, cada vez más cerca.

La ansiedad y el dolor me corroen.

Se me va la cabeza.

Ahora quien dispara soy yo, pero al vasallo de Kosta.

En ese mismo momento, Zouk se arroja encima del albanés y lo bloquea contra el suelo, reteniéndolo por los brazos y aplastando su cara en la alfombra de Damiano.

Yo, con el corazón a punto de salírseme por la boca y una herida que no deja de sangrar, agarro mi bolso y miro a Zouk. Él asiente y, sin decir nada más, salgo por la misma ventana que él ha entrado.

—¡Esto no ha terminado! —escucho el grito de Kosta— ¡Acabas de cavar tu propia tumba!

La policía ya ha llegado al edificio de Damiano. Hay un par de coches y algunos agentes merodeando por la zona. Yo camino con sigilo entre los arbustos y cuando diviso la moto de mi amigo, estacionada cerca de la puerta, corro hasta allí como si mi vida pendiera de ello.

En cierto modo, lo hace.

Saco las llaves del bolso y arranco el motor haciéndolo rugir con fuerza. Salgo de allí de un acelerón, con el pelo ondeando al viento gélido y con la adrenalina recorriendo cada parte de mi ser.

Apenas tardo en incorporarme al tráfico italiano, que no es demasiado, dada la hora que es.

Recorro las vías superando los ciento veinte kilómetros por hora, y para cuando salgo a la autovía, ya paso los doscientos.

No pienso en nada mientras conduzco.

Siento que voy dentro de una burbuja, como si tuviese un piloto automático encendido y actuase con la más pura inercia.

De lo único que sí que me doy cuenta es que no hay ningún policía rondando.

Ni siquiera cuando paso el cartel que indica que he entrado en Civitavecchia.

Mi llegada al puerto es casi inminente.

El vigilante de seguridad, al verme, no dice nada. Solo pulsa el botón para abrir la puerta,

cosa que me extraña un poco. Vuelvo a acelerar para entrar y mientras escucho como la puerta se cierra a mi espalda, el hombre sale de la garita.

—Señorita, me temo que ha llegado tarde.

Aprieto los labios y pienso en lo que me había dicho Massimo. Que me daría unos minutos de cortesía y que si no aparecía, se marcharía.

—Mejor tarde que nunca —susurro.

Pego un acelerón hasta llegar al muelle en el que se encuentran los barcos. Apenas tardo en distinguir el yate de Massimo alejándose.

Clavo la vista en él. El sol ha empezado a salir.

Asiento lentamente.

Espero que Damiano algún día me perdone por esto.

Doy puño a la moto, haciendo que el motor se revolucione.

Y acelero.

Acelero sin miedo.

Sin mirar atrás.

Acelero hasta que el suelo desaparece.

Noto el viento mezclándose con el olor a mar.

Saboreo la libertad mientras, aun subida en la moto, me sostengo unos segundos en el aire.

Y grito su nombre.

—¡Massimo!

Suelto el manillar, dejando que el vehículo caiga al agua unos segundos antes que yo y cuando me sumerjo, el agua fría me recibe.

Abro los ojos de sopetón al tiempo que tomo una gran bocanada de aire. Me intento incorporar, pero un latigazo en el hombro hace que vuelva a tumbarme.

Me encuentro con la mirada de Massimo en cuanto focalizo la vista en una esquina del camarote en el que estoy.

—Hemos llegado a Riomaggiore —informa—. ¿Cómo estás?

—Me duele todo —admito.

Él tuerce los labios.

—¿Y ese disparo? —me pregunta, señalando la herida que él mismo me ha curado mientras estaba ¿inconsciente?

Niego con la cabeza.

—Ya está solucionado —respondo, aunque no estoy del todo segura de mis palabras, pues no sé qué pasaría después de que yo me marchase. Tampoco quiero darle demasiadas vueltas.

A Massimo, como es obvio, no le gusta mi respuesta. Se acerca hasta la cama y se sienta en el borde. Coloca la mano encima de una de mis piernas, cubiertas por una fina sábana de color gris, y nos miramos a los ojos mutuamente mientras noto como la piel me arde.

—¿Me escuchaste?

—Te escuché. Y vi la moto caer al agua —contesta con seriedad—. Cuando te encontré estabas inconsciente. Habías perdido mucha sangre y tragado agua. Tuve que reanimarte ahí, en la popa. —Está muy serio mientras habla.

Emito una pequeña carcajada y me acomodo en las almohadas.

—¿Qué es eso que veo en tu mirada, Massimo? ¿Preocupación?

Él suspira y se ríe. Me da un apretón en la pierna.

—Como una niñata tocapelotas me ha dicho muchas veces… Ya quisieras. —Me palmea la rodilla y se pone de pie—. Voy a traerte tu ropa. La he dejado secándose al sol.

Justo cuando dice eso es que me percato de que la única tela que me cubre es una camiseta suya.

Su inconfundible perfume varonil le ha delatado.

Justo cuando se va, me obligo a levantarme de la cama. No le he mentido con lo de que me duelen todos los músculos, aunque es un dolor soportable.

Cuando salgo a la cubierta, donde Massimo está recogiendo mi ropa de encima de unos sillones, me permito observar el pintoresco e increíble paisaje que se despliega ante mis ojos. Frente a mí se yergue majestuosa la ciudad en la que Massimo me ha hablado, Riomaggiore; un espectáculo de colores vivos y casas apretujadas entre acantilados que se elevan desde las aguas cristalinas del Mar Mediterráneo.

Las casas de tonos pastel se escalonan hacia arriba en una sucesión casi surrealista, formando un laberinto de callejuelas estrechas y empinadas. Las fachadas desgastadas por el tiempo contrastan con el azul intenso del mar y el verde exuberante de la vegetación que se aferra valientemente a las laderas rocosas.

Barcos pesqueros pintorescos se mecen suavemente en el puerto, mientras que gaviotas revolotean en el aire.

Nunca, en mi vida, he visto algo así.

Es un lugar precioso.

Ojalá no tuviéramos que estar de paso por aquí.

—¿Qué te parece? —Oigo la voz de Massimo a mi espalda.

—Es… increíble. ¿Habías estado aquí antes? —le pregunto.

Él niega.

—No, pero era un destino que tenía pendiente desde hace algún tiempo.

—¿Para qué? ¿Un retiro espiritual? —bromeo.

Massimo toma aire y lo suelta.

—Las conexiones marítimas que tiene me parecen interesantes.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. A veces se me olvida que en su cabeza solo existe una cosa: dinero.

Después de vestirme y de ponernos una gorra junto a unas gafas de sol, nos bajamos del barco directamente en la pequeña playa de la pequeña ciudad.

A medida que avanzamos por la playa hasta sumergirnos en el corazón de Riomaggiore, me percato de que este lugar es igual de impresionante por dentro que por fuera. Los lugareños charlan animadamente en las plazas, los niños corretean entre las casas y los gatos se acurrucan perezosamente al sol en los muros de piedra que rodean las fachadas.

Apenas llevo cinco minutos aquí y ya siento como la paz me invade.

Es difícil de explicar.

Massimo, agarrándome la mano, me hace salir del ensimismamiento. Tira de mí, haciendo que le siga por un callejón algo más estrecho que por el que estábamos andando y se detiene junto a la puerta de una casa cuya fachada se encuentra pintada de un desgastado color rojo.

—¿Qué hacemos aquí?

Massimo, dando un vistazo rápido a nuestro alrededor, se inclina para abrir el farolillo que, en las noches, alumbra la casa, y saca una llave de su interior.

—Aquí es donde se encuentra la documentación falsa que le pedí a Damiano que me consiguiera —explica—. Vamos, pasa.

La casa está abandonada. No hay muebles y tampoco indicios de que alguien haya vivido allí anteriormente. En mitad del salón hay una caja de cartón, donde imagino que se encontraran

los documentos de Massimo, puesto que ha ido hacia allí como un resorte.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? —le pregunto, mirando a nuestro alrededor.

Él gira el rostro para mirarme.

—Solo estamos de paso —recuerda.

Suspiro y asiento con la cabeza.

—Así que… solo nos quedan unas horas aquí… Juntos.

—Sí.

—Habrá que aprovecharlas, ¿no?

UN IMPULSO DE RIESGO

En cuanto Zouk abandona el apartamento de Damiano, el lugar en el que Rhim y le había citado y al que no sabe muy bien por qué, ha acabado yendo, se cruza con tres hombres que no le dan buena espina.

En especial, el que encabeza el grupo.

Se han cruzado de pasada. Apenas ha durado unos segundos, pero le ha resultado vagamente familiar. ¿Es posible que su foto esté colgada en la pared de la casa de su madre?

Fragmentos inconexos de algunas de las fotos del lienzo policial no oficial que tiene montado en casa con su madre llegan a su mente.

La respuesta llega como un rayo.

Es el albanés al que su madre estaba investigando.

Frena en seco y se queda mirando hacia donde se dirigen. Les ve doblar la esquina del pasillo, justo en la misma dirección en la que se encuentra el apartamento de Damiano.

No sabe explicarlo, pero siente que algo va mal.

Escribe un mensaje veloz a sus compañeros de cuerpo, indicándoles la ubicación y pidiéndoles que se alejen de Civitavecchia y saca su pistola. Decide rodear el edificio. El piso de Damiano es una planta baja, por lo que, las ventanas dan directamente a la calle. Quizá pueda ver algo desde fuera.

Deslizando la espalda por los muros del edificio, se detiene justo al lado de la ventana que da al salón. No ve demasiado, puesto que Rhim tenía todas las luces apagadas, pero escucha algunas palabras sueltas.

Traga saliva y trata de agudizar el oído, pero apenas sirve.

Entonces la oye gritar.

Rhim dice algo acerca de que ella no mató a alguien.

Y es cuando él, movido por su instinto, decide actuar.

Hace disparar su pistola contra el cristal de la ventana, haciendo que esta estalle en mil pedazos, y se abalanza contra ella, adentrándose en el apartamento como si se tratase una misión de alta seguridad.

Da una voltereta en el suelo y al incorporarse se encuentra de que, tal y como temía, Rhim se encontraba en un aprieto.

Se coordinan bien para acabar con los matones de Kosta Nikolli.

Zouk la ayuda a ganar tiempo para que pueda escapar, tal y como habían acordado antes de que esto sucediera y antes de que ella se marche, mientras Zouk mantiene inmovilizado a un histérico Kosta, intercambia una mirada con Rhim y le ofrece una sonrisa débil.

No dicen nada, pero intuye que en esa última mirada que le ha lanzado antes de salir por la ventana, Rhim le ha dicho algo parecido a ‘‘¿No era que solo te jugabas el cuello por tus amigos?’’.

44
MASSIMO

Lo primero que hacemos es ir a comer. Algo tan básico como necesario. Y es que, hasta que no he probado el primer bocado, no he sido consciente del tiempo que llevaba sin comer algo medianamente en condiciones. A ella ha debido pasarle lo mismo, por su expresión.

—Así que…, por ahora, tu nombre falso va a ser Dante —me dice mientras saborea su copa de vino blanco—. Dante Armani.

—Sí.

—¿No podías buscarte un nombre que suene menos mafioso? No sé… ¿Pietro Rossi?

—Claramente, no.

Se ríe y niega con la cabeza. Yo observo cada uno de sus movimientos. Parece tranquila, pero en sus ojos puedo ver una tristeza absoluta. La veo desde que Aurora se fue.

—Aún no me has contado qué es lo que ha pasado con tu madre —dice—. Me dijiste que te ayudó a escapar, ¿no?

A veces se me olvida que, por mucho tiempo que pase, no deja de ser la niñata tocapelotas que necesita saberlo todo.

—No hay mucho que contar. Me ayudó para sentirse bien consigo misma y ya está. —Bajo la mirada a mi plato y remuevo las verduras que acompañan a mi plato.

No me despedí de ella al marcharme. Al menos, no directamente. Ni siquiera tenía por qué hacerlo, pero algo en mi interior, algo que no comprendo, me obligó a dejar una nota encima de la mesa.

No me esmeré, y tampoco es que escribiera demasiado.

Siete letras.

Una sola palabra.

‘‘Gracias’’.

—Es tu madre —dice Rhim—. Dudo que solo quisiera sentirse bien consigo misma y ya está. Sabía a lo que se exponía ayudándote y no le importó lo más mínimo.

Me encojo de hombros.

—Yo no la obligué —murmuro con indiferencia. No quiero hablar del tema.

—Dios, no soporto cuando te pones en este plan —espeta con mala cara—. ¿Tanto te cuesta decirme que tu madre estaba preocupada por ti, porque eres su hijo y te quiere contra todo pronóstico? —Me apunta con el tenedor—. A ella igual la engañes, pero a mí no. Sé de qué pie cojeas. Y sé que su ayuda te ha afectado más de lo que aparentas.

—Paso de esto.

Me levanto de mala gana y, aunque me dan ganas de largarme, me dirijo al cuarto de baño. Si tanto me conoce como dice, debería de saber entonces que lo último que me apetece ahora es hablar sobre eso, joder.

Abro el grifo y dejo el agua correr. Después observo mi reflejo en el espejo. Mi momento de soledad apenas dura medio minuto, pues enseguida me topo con su mirada felina reflejada en el espejo.

—¿Qué quieres ahora, Rhim? ¿Vas a seguir con tu estúpido intento de psicoanalizarme?

Cierra la puerta y echa el pestillo. Apoya la espalda en el marco y se cruza de brazos sin dejar de mirarme.

—No entiendo por qué te pones así. No he dicho nada malo, por mucho que tú creas que sí.

—No quiero hablar del tema, ¿de acuerdo? Ahora no.

—Muy bien. Pero acuérdate de que quedarte las cosas para ti solo, no liberarse de las cadenas, acaba por consumirte. No caigas en eso. No cuando tienes a alguien en quien confiar.

—¿Quién? ¿Tú?

Rueda los ojos y mis ganas de comerle la boca aumentan por momentos. Odio que me dé por el culo con el mismo tema, pero al mismo tiempo una parte de mí se siente bien al saber que se interesa por mí. Me gusta. Me gusta demasiado.

—Pues sí, yo. ¿Quién si no? ¿Tu hermano Niccolo?

El tono irónico que emplea hace que se me escape una carcajada algo ronca. Doy un paso hasta ella y apoyo las manos contra la puerta, dejando su cabeza entre mis brazos. Ella, como siempre, alza el mentón con ese toque pícaro y canalla en la mirada.

—Se nos va a enfriar la comida —advierte sin moverse.

—Ahora mismo eso es lo último en lo que estoy pensando, si te soy sincero.

Aprieta los labios.

—¿Y qué estás pensando?

—Nada bueno, te lo aseguro.

—Lo que hablamos en Seúl sigue en pie. —Va bajando la voz poco a poco. Se le escapa alguna mirada fugaz a mis labios y yo sonrío complacido—. Tú y yo hemos acabado.

—Para que algo se acabe primero tiene que haber empezado —contesto vacilón.

Traga saliva y es ella misma quien acerca su rostro al mío. Roza su nariz con la mía y cierra los ojos. Niega con la cabeza.

Coloca ambas manos contra mi pecho y me empuja hacia atrás.

—No podemos —dice con voz trémula—. No debemos. No si queremos dejar toda esta mierda atrás. Somos tóxicos, Massimo. Putas bombas radiactivas el uno para el otro. No nos merecemos esto.

Tenso la mandíbula al escucharla.

—¿Y qué nos merecemos? —pregunto.

—Todavía no lo he descubierto, pero seguro que esto no.

Sé que lleva razón, pero qué le voy a hacer. Soy un puto egoísta. No voy a cambiar nunca.

No hablamos más.

Soy yo quien quita el pestillo de la puerta y el primero en salir. Cuando ella regresa a la mesa, continuamos comiendo, esta vez en silencio.

Solo intercambiamos alguna que otra mirada.

Después de varias horas sin hablarnos, es ella quien decide dar el primer paso. Lo hace cuando estamos en la playa, viendo cómo se pone el sol, el mismo que nos indica que el tiempo se agota y que pronto tendremos que separarnos.

Su cabeza se apoya en mi hombro y yo, a pesar de que se me tensa todo el cuerpo, consigo mover el brazo para abrazarla contra mí.

—Eres muy importante para mí, ¿sabes? —me dice sin mirarme—. Y eso no va a cambiar nunca.

—Es… mutuo —respondo con la garganta reseca. Noto como me arde la cara.

—Lo sé.

Su respuesta hace que, de forma inconsciente, o no, la abrace contra mi pecho con algo más de fuerza. La escucho suspirar.

—¿No te parece una locura todo lo que hemos vivido en las últimas semanas? —me

pregunta. Ahora sí, levanta la cabeza para mirarme.

Le devuelvo la mirada y asiento.

—Sí. Han pasado demasiadas cosas.

Su mirada se oscurece. Le tiembla el labio. Acaricio su espalda y ella vuelve a apoyar el rostro en mi hombro. Sé que está pensando en Aurora. En… nuestra hija. Yo también lo estoy haciendo.

—Si Zouk no llega a aparecer ayer… probablemente nunca nos hubiéramos vuelto a ver —admite. Ha preferido evitar sacar el tema de la muerte de Aurora.

Frunzo el ceño.

—¿Zouk?

—Sí.

—¿Te disparó él?

—No, no. —Se separa de mí y se incorpora para quedar a mi lado. Nos miramos—. Él me salvó la vida. Kosta fue quien me disparó.

Me hierve la sangre. ¿Por qué coño no me lo ha contado antes, cuando le he preguntado sobre el disparo?

Rhim parece notar mi molestia, por eso me sujeta por la mano, haciendo que me sobresalte.

—No vas a estar toda la vida salvándome el culo, ¿recuerdas? —me dice—. Mi problema con Kosta es solo mío. Además, dudo que vaya a volver a darme molestias. La policía estaba llegando mientras Zouk le retenía. Lo más probable es que a estas horas ya se encuentre de camino a alguna cárcel albanesa.

—No sabía que habías hecho amistad con el hijo de Yang Mi.

—Y no lo he hecho. Solo estaba ahí en el momento correcto, supongo. —Se humedece los labios.

Prefiero no responderle. Mi relación con ese imbécil es nefasta y diga lo que diga, mi percepción sobre él no va a cambiar lo más mínimo.

—Además… —añade— El cupo de capullos que me caen bien ya está cubierto.

Sonrío de lado al escucharla.

—El mío también.

Rhim se bebe su vaso de chupito como si la vida le fuese en ello. Sonríe y acto seguido arruga la nariz por el ardor del licor atravesando su garganta.

Ha sido idea suya la de venir a un pub. El único pub abierto de todo el pueblo, concretamente.

Ha dicho que era por los viejos tiempos, como cuando estábamos en Atenas y quemábamos la ciudad cada noche.

No he podido decirle que no.

Son pocas las horas que nos quedan juntos.

Hacemos brindar los pequeños vasos de la nueva ronda que hemos pedido y cuando los dejamos, a la vez, sobre la barra, me hace un gesto con la cabeza para que vayamos a bailar.

Probablemente la música que está sonando se creó cuando ni siquiera habíamos nacido, pero no la veo preocupada por ello. Y, honestamente, yo tampoco lo estoy.

El día de hoy, aunque ha tenido un poco de todo, también me ha hecho darme cuenta de una cosa, y es que nunca había sentido esta libertad.

Estoy relajado, aunque no debería, y estoy… ¿tranquilo?

Algo así.

Bailamos.

Bebemos.

Y rezo internamente para que, de alguna forma, el tiempo se detenga.

Pero no lo hace.

Al contrario de mis plegarias, fluye con mayor velocidad.

Tan rápido, que cuando quiero darme cuenta, ya estamos fuera del local y el reloj está chillándome a voces que esto, este día, nosotros, ha llegado a su fin.

Y que, ahora sí, es el momento de decir adiós.

Lo mejor para ambos y lo mejor para la situación de cada uno.

Pero, que sea lo mejor, no significa que sea lo que yo quiera.

45
RHIM

Caminamos en silencio durante unos minutos hasta detenernos en una callejuela pedregosa que conecta con la playa. Massimo y yo nos quedamos mirándonos a los ojos, con esa intensidad desmesurada que nos aborda siempre. Diciéndonos con la mirada mucho más de lo que nunca llegaremos a expresar de viva voz.

—Este es el final de nuestro camino —le digo—. Va a amanecer pronto.

—Sí.

Con sincronía, ambos asentimos.

Me aclaro la garganta.

Soy incapaz de moverme, también de dejar de mirarle.

No sé a qué estoy esperando.

Supongo que era más fácil cuando no nos despedíamos. Nos ahorrábamos esto, este momento. Esta tensión. Esta… presión en el pecho que casi no me deja respirar.

De repente, Massimo da un paso adelante y percibo como su nuez sube y baja con lentitud. Me quedo quieta cuando, sin que lo vea venir, me estrecha entre sus brazos.

Sus labios se apoyan en mi coronilla durante unos segundos, los mismos que me mantengo sin respirar.

Noto mis latidos acelerados.

Por eso, cuando él comienza a separarse de mí, siento el impulso de frenarle con mis brazos rodeándole la cintura. Pego la cara a su pecho y cierro los ojos mientras que él me acaricia la espalda sin decir nada.

No es necesario.

Me impregno en su olor.

En su ritmo cardiaco bajo mi tacto.

Su corazón. Ese que tanto esconde y que sé que, aunque derruido y lleno de heridas sin cerrar, está ahí.

Ni siquiera sé cuánto tiempo permanecemos así.

Nos separamos después de un rato y volvemos a la incómoda posición inicial de mirarnos fijamente.

Ahora sí, ha llegado el momento.

Despedirse.

Romper, de una vez por todas, el círculo.

Liberarnos el uno del otro.

—Cuídate —le digo, comenzando a dar pasos cortos hacia atrás.

—Tú también —responde. Él no se mueve del sitio.

Aprieto los labios y fuerzo una sonrisa para, después, darme la vuelta y soltar una bocanada de aire. Comienzo a andar.

No he dado ni diez pasos cuando sus manos, fuertes y posesivas, tiran de mi brazo, haciéndome chocar contra su pecho por la brusquedad. Massimo me sujeta la cara con ambas manos. Tensa la mandíbula y busca el contacto visual.

—Rhim… —Mi nombre se le escapa de los labios como si fuera un susurro—. Yo…

Mi garganta se bloquea. Siento un gran nudo asfixiándome. Intento responderle, pero

apenas soy capaz de soltar un jadeo.

Imito su gesto y estiro mis manos para sujetarle la cara. Se tensa en cuanto lo nota, aunque no hace nada por apartarme.

—No digas nada —consigo pronunciar—. Es… es mejor así.

Él asiente.

Nos soltamos a la vez.

Volvemos a sostenernos la mirada, esta vez sin trampa ni cartón.

Nos damos la vuelta al mismo tiempo y comenzamos a caminar.

No me giro.

Sé que él tampoco.

Los primeros rayos de sol comienzan a llenar Riomaggiore cuando llego a la playa. A excepción de un par de bañistas atrevidos, la zona se encuentra completamente vacía. Me quito los zapatos y hundo los pies en la fría arenilla.

Camino a paso lento, disfrutando de la sensación, y cuando llego a la orilla, cierro los ojos. El agua, lo suficientemente fría como para ponerme la piel de gallina, me humedece los pies en cada vaivén de las olas.

Tomo aire y lo suelto.

Abro los ojos y noto como las lágrimas, que se me habían acumulado, se han derramado por mis mejillas. No las limpio. Dejo que fluyan. Todo lo que no he dicho tiene que salir de alguna forma. Aunque duela.

Me llevo las manos al pecho y, aunque sé que me voy a mojar, me siento en la arena húmeda. Pronto, la marea me alcanza.

Clavo la vista en el impresionante amanecer y pienso en Aurora. Pienso en todo lo que ha sucedido en el último mes.

Lo que he ganado y lo que he perdido.

Lo que he sacrificado.

En mi situación actual con la justicia.

Mis opciones.

Kosta.

Vienen tiempos difíciles.

No voy a dejar que puedan conmigo. He aprendido, a la fuerza, que la vida insistirá en doblegarte, pero cada desafío solo servirá para hacerte resurgir con más fuerza. Implacable. Como un jodido ave fénix.

Massimo tenía razón, marcharme y darles el poder de creer que les tengo miedo es un error tremendo. No voy a darles ese placer.

Ahora, más que nunca, La Reina sigue firme en el tablero.

Contra todo y contra todos.

EPÍLOGO 1

Dos años después…

En la mullida cama de la suite situada en la planta más alta de uno de los hoteles más lujosos de Sicilia, Massimo Vizzini da una calada a su cigarrillo con la vista clavada en el techo, que está cubierto por un espejo redondo. Las dos mujeres que pasaron la noche con él, continúan en la cama. Desnudas y completamente dormidas. La mezcla de alcohol y cocaína, sumada a la sesión de sexo desenfrenada que se mantuvo hasta altas horas de la madrugada, las dejó sin energía. Él, por su parte, como costumbre que arrastra desde hace mucho tiempo, apenas ha pegado ojo.

Hay algo que no ha cambiado, y que él mismo ha asumido que no va a cambiar, y es que, en la noche, solo en la noche, es cuando permite a sus demonios ganar la batalla en su mente.

Massimo se coloca el brazo detrás de la nuca y continúa fumando mientras observa su reflejo. Ve su rostro serio, casi inexpresivo, ocultarse entre el humo durante unos segundos.

Se levanta de la cama con poco cuidado y va directo al cuarto de baño, donde se da una ducha que se extiende lo suficiente como para que las chicas, de las que ni siquiera recuerda el nombre, se hayan marchado cuando él regresa a la habitación. Así se ahorra el tener que echarlas a patadas, como siempre.

Únicamente con una toalla cubriéndole la cintura, se deja caer en el sillón de terciopelo de la suite y coge su teléfono móvil. Se queda mirando la pantalla hasta que esta se apaga por inactividad. Vuelve a encenderla y repite el mismo procedimiento varias veces. Después, se levanta del sofá y se viste aprisa. Se le ha hecho bastante tarde y hoy tiene que viajar hasta Nápoles para asistir a una reunión de negocios. Si todo va bien, la compraventa de armas entre la Cosa Nostra y la Camorra Napolitana bajo su supervisión será un hecho.

Al otro lado del Estrecho de Mesina, en Nápoles, Rhim cierra los ojos y contiene la respiración en el momento en que sumerge su cuerpo en una cámara frigorífica llena de agua congelada.

Una vez que el agua, helada, entra en contacto con su cuerpo, sin abrir los ojos comienza a soltar el aire que ha contenido y da respiraciones algo más profundas. Afloja el agarre de sus dedos en el borde de la cámara frigorífica y sus brazos se deslizan hasta colarse en el agua.

Abre los ojos.

Se limita a escuchar su respiración.

A controlarla.

A desconectar su mente durante unos instantes.

Aunque al principio se mostraba reacia a llevar a cabo dicha mecánica, con el paso del tiempo fue cogiéndole el punto. Incluso el gusto.

Desde que salió de Riomaggiore hace ya dos años y se trasladó hasta Nápoles, donde lleva asentada desde entonces, como si se tratase de una disciplinada militar, se levanta cada día a las seis menos cuarto de la mañana para salir a correr. Después, en casa, golpea su saco de boxeo hasta la extenuación y cuando ya apenas es capaz de sentir los dedos, las manos y los brazos, se sumerge en el agua congelada.

Es lo único que la ayuda a calmar la ansiedad que vive dentro de ella. De apagar, por un rato, su cerebro y sus emociones.

De no pensar en nada.

Tampoco en nadie.

Sale del trance cuando el temporizador de su teléfono móvil comienza a sonar, indicando que los veinte minutos de agua fría han concluido.

Rhim se levanta y sale de la cámara frigorífica con calma. Se pone un albornoz y, aun descalza y completamente empapada, camina dejando sus huellas por todo el pasillo hasta llegar a su dormitorio.

Esboza media sonrisa al descubrir que él sigue allí, desnudo y enredado en las sábanas de su cama.

—Hola, preciosa —le dice al verla entrar.

—Sigues aquí —comenta Rhim mientras hurga en su cómoda y saca un conjunto de ropa interior que se pone delante de él.

—¿Quieres que me vaya? —cuestiona con tono burlón.

Rhim no acostumbra a este tipo de situaciones. Normalmente, cuando tiene algo con algún chico, ni siquiera les permite pasar la noche con ella, en su casa. Sin embargo, con él es diferente.

Es la cuarta noche que pasan juntos.

—Quiero muchas cosas —contesta ella, girando la cabeza para mirarle—, pero no tenemos tiempo ni para la mitad.

Él suspira.

—Puedo ser rápido si me lo propongo, ya lo sabes —responde mientras se desliza por las sábanas y se queda de rodillas en el colchón, justo detrás de Rhim. Acerca los labios al hombro de ella y da un pequeño mordisco.

Rhim se ríe y pone los ojos en blanco.

Se da la vuelta y rodea su cuello con los brazos. Le mira a los ojos. Esos ojos verdes que contrastan el color bronce de su piel.

Sus labios apenas tardan en encontrarse y las manos de él, enseguida, bajan por su espalda hasta agarrarla por el culo.

Adriano Fontana entró en su vida cuando ya llevaba unos meses en Nápoles. Sus respectivos rumbos a través de las cloacas del mundo criminal hicieron que se encontrasen.

Él es el primogénito y segundo al mando de Domenico Fontana, Don de uno de los clanes camorristas más grandes (y violentos) de la región de Campania.

Su relación comenzó siendo estrictamente profesional. Ni siquiera Rhim sabría decir con exactitud cual fue el momento en el que cruzaron el límite entre los negocios y el placer. Tampoco es que le diera mucha importancia.

Le gusta pasar tiempo con él.

Y acostarse con él.

Aunque no puede evitar sentirse extraña cuando despierta a su lado en la cama. O cuando actúan como si hubiese algo más que sexo y amistad entre ellos.

Es Rhim quien rompe el momento íntimo que estaba cociéndose entre ellos. Hunde la cara en el cuello de Adriano y tras darle un beso corto, se echa hacia atrás.

—No podemos, ya lo sabes. Tu padre nos espera.

—Mi padre te espera a ti —corrige—. Échame la culpa por la tardanza. Lo entenderá.

Rhim se ríe al escucharle y niega con la cabeza.

—Lo siento, Adriano. Ya sabes que me tomo los negocios demasiado en serio. Y la reunión de hoy es importante. Vienen jefes de muchos clanes. Es el momento perfecto para seguir expandiéndome. Sabes tan bien como yo que me ha costado recuperarme tras lo de Roma. He

perdido mucho dinero.

Adriano acaba asintiendo con la cabeza y comienza a vestirse.

—Sí, nena. Tienes razón. Será mejor que me vaya y que nos veamos allí —dice—. No quiero que todos esos gamberros especulen más de la cuenta.

Ella suelta una carcajada.

—¿Esos gamberros? ¿O tu padre?

Arruga la nariz con una mueca divertida.

—Un poco de ambos. —Se acerca a darle un beso en la punta de la nariz—. Esto es más divertido cuando solo es nuestro.

—¿Esto? ¿Nuestro? —Rhim se cruza de brazos y le observa divertida—. Hablas como si hubiera un nosotros.

Adriano pone los ojos en blanco y se guarda su pistola en la cinturilla de sus vaqueros pitillos.

—Puedes llamarlo como quieras, nena. Yo solo sé que me encantas. —Le guiña el ojo con picardía y ambos estallan en carcajadas.

—Se te va a desgastar el párpado de tanto guiñarlo. A ver si te crees que no me he fijado en como ligas con las chicas en tu discoteca —responde Rhim.

Adriano se termina de colocar la camiseta y sonríe.

—Lo de que me encantas es verdad, eh. —Le da un pellizco en la mejilla—. Nos vemos ahora, preciosa.

Rhim se queda sola y, aunque mantiene la sonrisa durante unos segundos, acaba soltando un suspiro.

Adriano le gusta, se divierte con él. Y, aun sin él saberlo, la ha ayudado muchísimo. Sin embargo, le resulta inevitable sentir una especie de vacío. Como si algo le faltase. Como si… necesitase más.

Se sienta en la cama y se queda mirando a la pared. Concretamente, mirando hacia el enorme cuadro que cubre casi todo el muro. Es abstracto. Un encargo personalizado que ella misma pidió a un artista local de uno de los barrios más pobres de Nápoles.

Quizá, para alguien que no comprenda el significado del cuadro, solo será capaz de identificar una mezcla de colores vivos, pero Rhim, mientras lo observa, es capaz de dar forma a esas explosiones de color, convirtiéndolas en aquellas preciosas y pintorescas casas de colores que bordeaban el acantilado de Riomaggiore.

Suspira nuevamente y niega con la cabeza.

El sonido de unas patitas raspando en la puerta consigue hacerla salir del bucle en el que estaba a punto de entrar. Se levanta y abre la puerta, dejando que Ricky, el perro maltratado que rescató de las calles durante sus primeros días en Nápoles y que la acompañó hasta que logró asentarse, convirtiéndose en su mayor compañía, entre meneando el rabo y dando saltitos a su alrededor. Rhim lo coge en brazos y besa su cabecita con cariño, también le acaricia las orejas puntiagudas. Él responde al gesto lamiendo sus dedos.

Massimo llega a Nápoles por la noche, cerca de las nueve, y con el tiempo bastante justo. Su barco ha tenido problemas que han tardado demasiado en solucionarse. Nino y Damiano le acompañan. Nápoles es la ciudad natal de Damiano y, aunque tenía mucho trabajo por hacer en Sicilia, no ha podido evitar decidir acompañar a su medio hermano.

Antes de separarse en Roma, Rhim le pidió que volviese a trabajar con Massimo. Le aseguró que estaría bien y que si algún día le necesitaba, le llamaría. Han pasado dos años desde entonces y aunque no ha tenido noticias de su mejor amiga en todo ese tiempo, sabe que está

bien. También sabe que está allí, justo en la misma ciudad en la que ellos se encuentran en ese momento, que lleva allí desde que escapó de Roma.

Damiano tiene el corazón dividido en lealtad hacia Massimo y ella, por eso, a pesar de que sabe que Massimo le mataría por no contárselo, decidió que guardaría el secreto de la ubicación de Rhim. Tomó la decisión bajo el pensamiento infundado de que le estaba haciendo un favor a ambos.

Mientras Massimo, acompañado por sus más fieles esbirros, camina por las calles de Nápoles, su mirada escudriña cada rincón con una intensidad penetrante. Observa los oscuros callejones que se entrelazan como laberintos, donde las sombras parecen danzar al ritmo de su paso firme.

A medida que avanza, sus ojos captan los destellos de las luces de neón que parpadean en los establecimientos clandestinos, donde se llevan a cabo transacciones ilícitas y negocios turbios que él conoce demasiado bien. La actividad frenética de la noche se refleja en los rostros fugaces de los transeúntes, algunos con miradas nerviosas que evitan su escrutinio, otros con expresiones de complicidad que apenas disimulan sus vínculos con el bajo mundo de la mafia. Todos, de algún modo, peones en un tablero infinito.

Como no puede ser de otra forma, Massimo también percibe los murmullos apenas audibles que flotan en el aire, fragmentos de conversaciones susurradas entre sombras, intercambios de información codificada que alimentan la red de influencias y poder en la ciudad.

Se detienen en la puerta de un casino cuyo nombre, ‘‘FONTANA’’, brilla con intensidad en la fachada y tras intercambiar un par de palabras en clave con los gorilas de la puerta, estos les dan paso y, mientras uno continúa controlando el acceso, el otro les guía por un pasillo de luces tenues y oculto al resto de clientes del casino.

La sala en la que se van a reunir emerge ante ellos al final del pasillo. Massimo reconoce los rostros de algunos de los mafiosos que están allí. Los repasa uno por uno, mentalizándose de la posición que deberá adoptar con cada uno de ellos y entonces… la ve.

Es la única mujer.

Está dándole la espalda.

—Desde luego, ver para creer —pronuncia Domenico Fontana cuando le ve aparecer—. Caballeros, señorita, nos encontramos ante una autentica resurrección de los muertos. Qué digo de los muertos. De un diablo.

Massimo escucha la voz de Fontana en forma de eco. Está mirándola sin pestañear.

Contiene la respiración cuando se gira para mirarle.

Ambos se sostienen la mirada durante unos segundos que, para los dos, son realmente largos y, como si la mano de Damiano sobre su hombro le hiciera volver a la realidad, se recompone. Aparta la mirada de Rhim y se acerca a saludar a Domenico en primer lugar.

Después, todos los presentes se levantan para estrechar la mano con él con respeto y frialdad.

Ella es la última en levantarse.

Estrechan sus manos como si fuera la primera vez que se ven. Como si sus pieles jamás hubieran entrado en contacto. Como si no se sintieran arder por dentro.

Massimo no es capaz de quitarle el ojo de encima y ella, aunque lo intenta, tampoco.

Sabían que existía la mísera posibilidad de que este encuentro se diese, pero habían preferido evitar pensarlo demasiado.

Para evitar sobre pensar.

O para evitar decepcionarse.

El último en llegar es Adriano Fontana, el hijo de Domenico. Los saluda a todos, tal y como ha hecho Massimo, y acaba tomando asiento junto a Rhim, que le ofrece una sonrisa nerviosa.

Massimo tensa la mandíbula en el momento en que ve como Adriano se acerca a susurrarle algo al oído con disimulo y mueve su mano por debajo de la mesa, colocándosela en la rodilla.

La reunión dura dos horas. Se hablan de negocios, de rutas, de posibles alianzas, de mercancías. Massimo argumenta y acata con inteligencia y frialdad, pero no está del todo centrado. Está actuando en modo automático, como tantas otras veces en su vida, cuando su padre le enviaba a resolver asuntos por él.

No es el único.

Rhim tampoco ha logrado concentrarse.

A pesar de que a su alrededor se encuentran más de veinte personas, ha sentido el olor de su perfume constantemente dentro de sus fosas nasales. Como si solo estuviese él allí y la habitación en lugar de ser enorme, fuese un pequeño zulo sin ventanas y ventilación en la que solo se encuentran los dos.

La reunión se traslada al piso superior del casino, donde Fontana tiene una discoteca regentada por Adriano. Allí, la reunión pasa a un plano más informal.

Cada uno se encuentra situado en una esquina del local. Evitando mirarse, pero sin poder no hacerlo. Con el hormigueo carcomiéndole en el pecho a Rhim y con la metáfora del hielo derritiéndose en la mente de Massimo. Aunque, en el caso de Massimo, otras emociones han ido surgiendo a lo largo de la noche. Sobre todo cada vez que ve a Adriano cerca de Rhim.

El destino siempre ha pecado de caprichoso, ambos lo saben bien.

Por eso, como si este se empeñase en juntarlos a pesar de que ellos hagan por alejarse, cuando Rhim sale a fumar a la azotea del casino, él está allí.

Fuman en silencio el uno al lado del otro durante unos minutos.

Hasta que es ella quien se anima a dar el paso. Romper el silencio.

—Me alegro de verte —dice en voz baja.

Él aprieta los dientes y mueve el cuello para mirarla.

—Yo también.

—¿Cómo…? ¿Cómo has estado? —le pregunta Rhim.

—Bien. Trabajando. Como siempre. —Traga saliva—. ¿Tú?

—Bien, también. Trabajando para recuperar todo lo que perdí en Roma.

—¿Estás con él? —Las palabras abandonan la boca de Massimo sin mucha dilación. No la mira cuando pregunta. Ella, en cambio, sí que lo está mirando.

—¿Qué? ¿Con quién? —Rhim frunce el ceño.

—El hijo de Fontana. El mismo con el que no has dejado de tontear en toda la noche. ¿Te gusta ponerle cachondo delante de todos? —El tono de Massimo esconde celos y cierta rabia. Desde que los ha empezado a observar con más atención no ha podido pensar en otra cosa.

Rhim aprieta los ojos y niega con la cabeza.

—No debería ni de contestarte, ¿sabes? Porque no es asunto de tu incumbencia con quien estoy o con quien dejo de estar.

—¿Y por qué me respondes, entonces?

—No lo sé. —Bufa.

Rhim se da la vuelta con intención de marcharse. Está claro que la conversación no va a terminar bien.

—Me… me alegra verte bien. —Suena rudo. Apresurado. Hace una pausa breve—. Te lo… Te lo mereces.

Frena en seco al escucharle. Ambos están dándose al espalda. Rhim aprieta los labios con fuerza. Nota el corazón latiéndole deprisa.

—Gracias.

Traga saliva y está a punto de retomar el camino hacia el interior del casino, donde Adriano debe estar buscándola. Massimo vuelve a hablar, impidiendo que siga su camino.

—A ti… Nadie… Nunca… Podrá reemplazarte —dice—. Jamás en la vida podrán hacerlo. Solo… quería que lo supieras.

Rhim se ve obligada a cerrar los ojos. Nota la punzada en el pecho y en la boca del estómago. Se muerde el labio y da media vuelta, enfrentándose a él. Massimo ya no le está dando la espalda, si no que la está mirando.

Ella se acerca demasiado a él. Le clava el dedo en el pecho. Los ojos le escuecen y es capaz de notar como los músculos de la mandíbula de Massimo se tensan.

—¿Tan poco te quieres a ti mismo para pensar que eres reemplazable? —murmura Rhim.

—¿Lo soy?

Los sentidos de Massimo se alteran, aun más, cuando Rhim le coge por la muñeca con fuerza y estampa su mano contra el pecho de esta. El Vizzini es capaz de sentir los latidos desbocados del corazón de la chica que tiene delante palpitando contra la palma de su mano.

—¿A ti qué te parece?

Se sostienen la mirada.

El ojo del huracán los atrapa.

Sus labios se encuentran con desesperación. Con ansiedad. Con rabia.

Con anhelo.

Se besan hasta la extenuación.

Casi que les falta el oxígeno.

Se separan casi al mismo tiempo y cuando lo hacen, una lágrima resbala por la mejilla de Rhim.

Los labios de él se posan en su frente y luego da un paso atrás. Levanta la muñeca y observa la hora en su Rolex dorado. Traga saliva y, tras extender la mano para acariciar el rostro de Rhim, apartándole las lágrimas en el proceso, asiente lentamente y pronuncia:

—Son las doce en punto. Ya es veintiséis de febrero. —Hace una pausa breve mientras ella siente como le tiemblan las rodillas—. Feliz cumpleaños, Rhim.

Massimo se marcha.

Ni siquiera es consciente de que ha salido del casino hasta que se sube en el coche que ha alquilado pegando un portazo. Apoya los codos contra el volante y se pasa las manos con desesperación por la cara.

No puede ser egoísta con ella.

Ya no.

No quiere hacerle daño.

Y sabe perfectamente que lo acabará haciendo.

Como siempre.

Él es así.

Porque hay cosas que nunca cambian y quizá, aunque sea en otra vida, ellos algún día sean la excepción. Mientras tanto…

Massimo da un último vistazo a la fachada del casino Fontana y se marcha de allí. Ya se reunirá con Damiano y Nino en el hotel.

Rhim se queda allí arriba. Sola. Con el corazón desbocado. Los labios entumecidos. Y una

espiral en el centro del pecho.

Por aquel beso que te robé, por enseñarme a creer, a crecer

Por la última vez, por eso que dijiste y quizá no recuerdas

Aunque tú y yo nunca, tú y yo siempre, princesa.

Caminaré — Natos y Waor

♥

EPÍLOGO 2

Cinco años después…

En mitad de la madrugada de una calurosa noche de julio, el timbre de la mansión familiar propiedad del matrimonio compuesto por Rhim y Adriano Fontana, suena con ímpetu. Insistente. Los ladridos del perro de Rhim no tardan en unirse al estridente sonido.

Rhim y Adriano se despiertan e intercambian una mirada confusa. Es ella quien comprueba la hora, dándose cuenta de que apenas son las cuatro y algunos minutos. Aunque, lo que verdaderamente les extraña a ambos es que ninguno de los hombres de seguridad que vigilan la casa hayan dado el aviso.

El timbre vuelve a sonar y, al mismo tiempo, la puerta de la habitación matrimonial se abre, dejando ver a un niño pequeño, de unos tres años, frotándose los ojos.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta el niño a Rhim.

Adriano se levanta de la cama y coge a su hijo en brazos. Lo deja junto a su mujer y es él mismo quien se encamina hacia la puerta de la entrada para comprobar quién o qué puede estar buscando algo de ellos a esas horas de la madrugada.

Por alguna razón, Rhim siente que algo no va bien. Por eso acuna a Mauro, su hijo, hasta que consigue volver a dormirlo y, tras dejarlo en el colchón, abandona la habitación. Descalza, en camisón y con el corazón agitándose en cada paso que da.

Un silencio sepulcral lo invade absolutamente todo.

Ese tipo de silencio nervioso que solo puede vaticinar una cosa:

Desastre.

Caos.

Justo en el instante en que Rhim está bajando por las escaleras, el sonido ensordecedor de un disparo hace que el corazón se le detenga. Los ladridos de su perro se suman al llanto de su hijo, que ha debido despertarse por el fuerte ruido del disparo.

Al llegar a la entrada de su casa, con los ojos muy abiertos, no puede evitar que las rodillas le fallen. Se lleva las manos a la boca y ahoga un grito. La lágrimas bañan su rostro.

Adriano Fontana, su marido, yace en el suelo.

Muerto.

Un disparo en el entrecejo decora su rostro y un charco de sangre comienza a formarse a su alrededor.

No hay nadie más allí.

Rhim, presa del terror y de los nervios, se arrastra por el suelo hasta llegar al cuerpo y lo abraza contra ella sin poder dejar de llorar. Es ahí, mientras lo abraza, cuando se da cuenta de que su marido tiene algo encima del pecho.

Un trozo de papel.

Con las manos temblando, lo desdobla y nota como, por segundos, su corazón deja de latir. Ella misma deja de respirar.

La nota, escrita con restos de sangre, dice lo siguiente:

‘‘Te dije que esto no había terminado, zorra’’.

AGRADECIMIENTOS

Madre mía.

Ni siquiera sé cómo empezar esto.

Este libro surgió de una idea remota. Una simple posibilidad. Empecé, como siempre, experimentando. Tanteando el terreno. Y llegó un momento en que lo único que necesitaba era seguir escribiéndolo. Ver como avanzaba. Acabarlo.

‘‘La Reina del Tablero’’ es un libro que he disfrutado mucho. Muchísimo. Y que, de alguna manera, va a acompañarme siempre. Al igual que mis personajes, sé de buena mano que el destino, la vida, o lo que coño sea, es muy caprichoso. Demasiado. Y ha dado la casualidad, o no, de que este libro me ha acompañado en los que puedo calificar perfectamente como los peores meses de mi vida. Supongo que por eso, tanto Rhim como su historia siempre van a ser especiales para mí.

Siempre he dicho que escribir es terapéutico, lo sigo diciendo y siempre lo diré. Porque el propósito de seguir con esta historia, a pesar de mis circunstancias personales, ha sido lo único que ha conseguido mantener mi cordura.

Así que, si estás leyendo esto, GRACIAS.

GRACIAS por darme una oportunidad. Por dársela a Rhim.

Espero que hayas disfrutado, reído o llorado. O todo junto.

Espero haber conseguido distraerte por un rato, con eso es más que suficiente.

Mel, Andrea. Gracias. Por ser mis amigas. Por haber estado ahí en todo momento. Por preocuparos por mí siempre y por, a pesar de la distancia, sentiros muy cerca. Os quiero mucho.

Marilú. Mi lectora -5. Mi confidente y la persona que ha perdido los nervios en cada capítulo. Gracias por la paciencia, por el amor que le das a cada uno de mis libros. Pero si hay algo más por lo que tengo que darte las gracias es por ser tú. Por ser como eres. Por la amistad que hemos creado. Gracias por acompañarme en esta aventura. Codito o na’.

¿Qué más puedo decir?

No tengo remedio ninguno.

Los que ya me conocéis un poco, lo sabéis.

Hay muchas cosas por contar.

Por decir.

Muchos personajes que esperan que, algún día, les dé voz.

Puede que lo haga, o puede que no.

Yo solo fluyo.

Soy casi tan impredecible como lo que sale de mi cabeza.

No podía ser de otra forma.

Ser un desastre forma parte de mi personalidad, y tengo que mantener el estatus de escritora disaster.

Gracias, una vez más, por acompañarme.

Te prometo que nos veremos pronto.

¿Dónde?

Todavía no lo sé, pero en algún punto de Italia, seguro.

About The Author

ALISON CRAWFORD

Alison Crawford es una autora española nacida en 1998 que escribe bajo seudónimo. No concibe la vida sin música y sin libros. Tampoco sin escribir.
Amante de la lectura y la escritura desde edades tempranas, a partir de 2014 hasta 2018 compartió sus escritos en la plataforma Wattpad, pero no fue hasta 2020 que se animó a publicar en papel y digital bajo el sello de Amazon.
Le encantan los thriller de acción y misterio, las tramas mafiosas con tintes románticos, dar visibilidad a temas controvertidos y el drama.